V DIARIOS NOBLES



El diario de una Institutriz

Maria Isabel Salsench Olle

Derechos de autor © 2024 Maria Isabel Salsench Ollè

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Número de registro en Safe Creative: 2407038470344

El diario de una Institutriz

SAGA DIARIOS NOBLES V

Capítulo 1

El destino entre llamas de cobalto

Es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado en absoluto.
Alfred Lord Tennyson

Calcuta, corazón de la colonia inglesa en el seno del vasto Imperio Británico. Año 1868.

Con treinta y un años de vida, siete de ellos dedicados a la noble tarea de ser institutriz, su apariencia desmentía su edad. Su rostro, portador de la gracia de la juventud, mostraba mejillas redondas salpicadas por pecas rojas, en armonía con su brillante melena del mismo color. Con esmero, su cabello se recogía en un moño bajo, al que se le sumaban dos trenzas laterales, como hilos de una historia que aún estaba por desvelarse.

Recién desembarcada en Calcuta, Emma estaba inmersa en un caleidoscopio cultural: la grandiosidad de la arquitectura colonial británica se fusionaba con el bullicio de los vibrantes mercados y bazares indios. A pesar del sofocante calor y la multitud que la rodeaba, ella permanecía serena en el carruaje de alquiler, dejando atrás el caos del puerto. Aunque había pasado varios meses en la tercera clase de un buque transoceánico, su espíritu no mostraba señales de fatiga; la India, uno de sus sueños más anhelados, se extendía ante ella, lista para ser explorada.

Ese viaje distaba mucho de las narraciones épicas que había devorado en los libros de historia o de las fantasías tejidas en sus sueños. Era una travesía que se entrelazaba con una aventura genuina, una que le pertenecía de manera exclusiva y singular. Con valentía, había abrazado una oportunidad poco convencional para una institutriz. Desde el fallecimiento de su madre adoptiva, Bethany, y la pérdida de su empleo debido al matrimonio de su última pupila, Emma había aceptado una oferta inusual del vicario de Minehead.

Con cierto nerviosismo, desplegó el papel arrugado que resguardaba la dirección del ilustre futuro vizconde Canning, Gobernador General de la India. Había sido la única en responder su solicitud, un hecho que no resultaba sorprendente, considerando la osadía necesaria para aventurarse tan lejos de casa y aceptar las exigencias del Gobernador.

Emma Rothinger, o al menos así la habían llamado desde sus primeros susurros de infancia, no encajaba en el molde de mujer común. Criada entre las opulentas paredes de la mansión de los Condes de Norfolk en Minehead, desde temprana edad había aprendido el arte de la autosuficiencia. Ahora, decidida a labrar su propio destino, dejaba atrás a su hermano adoptivo, el futuro Conde de Norfolk, y las lujosas comodidades que la nobleza le podría ofrecer. No buscaba favores ni se rendiría ante la tentación de convertirse en una joven mantenida por su hermano adoptivo. Prefería mantenerse fiel a sí misma, como una huérfana que, con valentía, desafiaba el mundo.

Al fin y al cabo, esa era su realidad: era una huérfana. Sus padres habían muerto trágicamente en un accidente laboral en Portland cuando ella era apenas una niña, y desde entonces, todo lo que había conocido había sido gracias a la bondad y generosidad de los Condes

de Norfolk. A ellos les debía la espléndida educación que había recibido y la oportunidad de desempeñarse como institutriz, una noble labor que le otorgaba independencia y la emoción de enfrentarse a nuevas aventuras cada vez que se integraba a una nueva familia, enfrentando retos únicos y diversos.

Esta vez, el ilustre Gobernador General de la India, Nathaniel Canning, había enviado un llamado que resonaba en todo el país en busca de una institutriz. Según los escuetos detalles que había logrado recabar a través del vicario, esta institutriz tendría la encomienda de cuidar a cuatro pequeños. Era una solicitud peculiar para ella, pues comúnmente se esperaba que una niñera se hiciera cargo de tal responsabilidad. Su rol convencional implicaba la educación de las jovencitas de familias respetables, guiándolas hacia la senda de la instrucción, el respeto y la decorosa conducta hasta el matrimonio.

La mayoría de las institutrices no se ocupaban de tareas como la selección de vestimenta, la atención constante de los niños o el cuidado de sus necesidades; estas labores solían corresponder a una niñera. Sin embargo, parecía que el Gobernador esperaba que ella asumiera ambos roles simultáneamente.

Su corazón no albergaba preocupación alguna por tener que trabajar un poco más. El privilegio de residir en una morada distinguida y segura mientras perseguía uno de sus más acariciados sueños y escapaba de Inglaterra, bastaba para ella. Solo anhelaba que la esposa del Gobernador no fuera de temperamento demasiado exigente. No obstante, de ser así, confiaba en su habilidad para manejar cualquier situación que se presentara.

Los caballos del carruaje desaceleraron su paso, lo que motivó a Emma a guardar apresuradamente el papelito con la dirección en su modesto ridículo de algodón blanco. Por suerte, apenas había descendido del buque, todo su equipaje había sido rápidamente acomodado en los portaequipajes del vehículo, eliminando cualquier preocupación sobre la demora en la recuperación de sus pertenencias. Además, el vestido que llevaba puesto no era impropio en absoluto, pues se había cambiado justo antes de desembarcar. Se apretó los lazos del bonete para dar la imagen de rectitud y seriedad que se esperaba de ella y miró a través de la ventana.

Una institutriz estaba llamada a ser discreta, casi invisible, y ante todo, prudente. Su tarea debía manifestarse únicamente en el desarrollo de sus pupilas o pupilos, sin jamás perturbar a los señores a menos que su presencia fuera imprescindible.

Su reputación intachable era la base de su supervivencia.

El carruaje se desvió por una avenida arbolada y cruzó un pequeño patio antes de detenerse frente a una majestuosa mansión de columnas blancas y enormes porches, engalanados con toldos de estilo hindú. Sus muros resplandecían en un vibrante tono amarillo, mientras que los porticones de madera lucían una pintura verde. Entre todas las residencias en las que había estado, podía afirmar con seguridad que aquella era una de las más hermosas por fuera.

—Bienvenida, la estábamos esperando —la saludó el ama de llaves en cuanto Emma abrió la puerta del carruaje y descendió por su propia cuenta, prescindiendo de cualquier ayuda, como era lógico.

Emma notó de inmediato que el ama de llaves vestía un riguroso luto, cuyo negro contrastaba notablemente con los colores vivos de la casa. Su semblante no revelaba seriedad, pero sus ojos parecían despreciarla con solo una mirada. La observaba con cierto aire de superioridad, como si ni siquiera la considerara digna de su atención. Emma decidió sonreír abiertamente, ya que no era la primera vez que se encontraba con un ama de llaves de semblante severo; de hecho, la mayoría de ellas solían carecer de tacto y empatía, pues el puesto que ocupaban demandaba un carácter fuerte y, a veces, incluso amargado.

No era fácil ser una mujer independiente en un mundo de hombres y eso ella lo entendía muy bien, así que no iba a darle más importancia de la necesaria.

La sociedad inglesa valoraba el dinero y la posición por encima de todo, y en ese sentido, ella carecía de ambos. Por eso, ser pragmática en todas las situaciones se había convertido en su salvavidas, permitiéndole vivir y mantener su dignidad. Bethany, su madre adoptiva y que también había trabajado como ama de llaves en la propiedad de los Condes de Norfolk, le había inculcado esa mentalidad desde niña. Siempre la había preparado para enfrentar la realidad de su situación: una mujer sin familia, sin hogar y sin recursos más allá de sus propias habilidades.

No pasó mucho tiempo antes de que atravesaran la puerta de servicio, tras saldar al cochero con las pocas monedas que guardaba en su modesto ridículo blanco. Parecía que el ama de llaves estaba impaciente, e incluso parecía culparla por su tardanza. Emma observó a su alrededor con cierta y repentina decepción. El interior de la casa no guardaba ninguna similitud con su exterior. Todos los colores vivos, vegetación y detalles que había apreciado al llegar ahora parecían desvanecerse en un ambiente oscuro, con espejos cubiertos por sábanas negras y polvo acumulado en los rincones.

—Soy la señora Manderley —la oyó decir mientras andaba con prisas, convencida de que Emma le seguía los pasos—. Ahora la llevaré a su habitación y se instalará, esperará en ella hasta que el señor llegue. Estoy muy contenta de que haya venido, solo espero que no se asuste como lo han hecho todas las demás.

—Oh, le aseguro que no he hecho un viaje tan largo para asustarme ahora, señora Manderley — replicó con prontitud, cargando con sus dos maletas con agilidad a pesar de su peso. La respuesta solo provocó otra de las miradas autosuficientes de la señora Manderley, quien, por cierto, era bastante común.

La señora Manderley no destacaba en absoluto. No por su vestimenta o su comportamiento, sino por su apariencia: ni alta ni baja, ni fea ni guapa, ni gorda ni delgada. Tan corriente era que Emma fácilmente podría haberla olvidado si no fuera por el hecho de que tendrían que convivir durante un buen tiempo. Siempre y cuando Emma durara en su puesto de trabajo, claro estaba. Hasta ahora, nunca había sido despedida ni había renunciado. Al contrario, había superado todos los desafíos de su ocupación y siempre había dado por concluida su labor una vez que su pupila encontraba marido o debutaba en sociedad.

Ascendieron por las escaleras del servicio, recorrieron varios pasillos flanqueados por sirvientes indios, suelos enmoquetados y más espejos cubiertos por sábanas negras, todo envuelto en un silencio sepulcral. De hecho, Emma solo era capaz de oír sus propios pasos y los de la señora Manderley.

¿Acaso los cuatro niños habían salido junto a su padre?

—¿Tendré el placer de conocer a la señora Canning antes de la llegada del señor? —preguntó con decisión, sin vacilar, considerando que no había necesidad de recluirse en su habitación hasta que llegara el Gobernador, cuando podía comenzar su labor mucho antes.

No hubo respuesta, pero Emma pudo apreciar como el ama de llaves apretaba ligeramente los puños mientras subían las escaleras hacia la planta superior.

Cada peldaño de la escalinata principal estaba finamente tallado con intrincados motivos florales y geométricos. Los barandales, ricamente ornamentados con filigranas de oro e incrustaciones de piedras preciosas, relucían bajo la luz que se filtraba desde los ventanales, creando luces y sombras, aunque a Emma le dio la sensación de que las sombras abundaban más que las luces. Pero, sobre todo, lo que más le llamó la atención fue un enorme retrato que ocupaba con majestuosidad uno de los descansillos de las escaleras, atrayendo todas las miradas

y acaparando la atención de quienes ascendían por la escalinata.

Era una mujer de una belleza impresionante, con una actitud regia que emanaba autoridad. Su cabello negro y profuso enmarcaba un rostro de facciones delicadas, y unos ojos del mismo tono parecían observarlo todo con penetrante intensidad. Supuso de inmediato que se trataba de la señora Canning, la esposa del Gobernador.

—Esta es su habitación, señorita Rothinger —Llegaron a una recámara pequeña, con lo básico—. Al lado están las habitaciones de los niños —Emma asintió—. Puede instalarse, la avisaré cuando llegue el señor y él decida atenderla. El señor Canning es un caballero muy ocupado y no le gusta que lo molesten.

La posición de una institutriz era, sin duda, superior a la del servicio, pero aun así, seguía siendo parte de él. Un trabajo solitario y, con frecuencia, poco apreciado. Sin esperar respuesta, la señora Manderley la dejó sola antes de que Emma pudiera siquiera abrir la boca.

La señora Manderley desconocía que Emma solo seguía las normas en apariencia. En su interior, era un espíritu rebelde, lo había sido siempre. Sus treinta y un años no habían menguado ese ímpetu; por el contrario, mientras más años cumplía, más firme se volvía en su determinación de no permitir que las leyes sin sentido sofocaran su luz. Así que tras un tiempo prudencial y colocar sus enseres en la habitación, decidió salir a dar un paseo por el patio delantero. Nadie podía prohibírselo. Podían prohibirle pasear por el jardín trasero, por la casa o presentarse ante los niños sin ser presentada previamente ante los señores. Pero nadie podía impedirle dar un paseo por el patio delantero de la casa.

Después de pasar demasiados meses encerrada en la cabina de un barco, soportando el incesante vaivén del agua bajo sus pies, anhelaba pisar tierra firme y contemplar la naturaleza.

El sol brillaba radiante en el cielo, extendiendo su cálido abrazo sobre la tierra. Sin embargo, el calor no favorecía en absoluto a la cofia negra que Emma llevaba sobre la cabeza. Se refugió en un banco apartado de la propiedad, bajo la sombra de un árbol típico de la India, rodeada de flores exóticas y embriagantes aromas. Con un suspiro de alivio, se quitó la cofia y dejó que la suave brisa acariciara sus orejas y su nuca. Cerró los ojos y recostó la cabeza hacia atrás, apoyando las manos en el banco. Disfrutaba de aquel momento de libertad, de aventura, de conexión con la naturaleza.

Debería sentir miedo, quizás. Miedo de estar sola en un país tan extraño. Angustia por el recibimiento tan frío y descortés del ama de llaves, a la espera de ser aceptada por el señor de la casa. Pero, en realidad, lo único que era capaz de sentir en ese momento era una calma profunda y una alegría inmensa.

La calma apenas tuvo tiempo de asentarse cuando, de manera repentina, dos bestias del tamaño de tigres se lanzaron hacia ella con una velocidad pasmosa, rompiendo abruptamente su ensimismamiento. Debería haber trepado al banco y empezar a gritar, aguardando a que alguien viniera a ayudarla. Las fauces de aquellos dos perros eran lo suficientemente aterradoras como para infundir terror y provocar un estado de pánico. Pero su respuesta fue muy distinta: sin titubear, se aferró a un palo que reposaba cerca del banco y lo alzó en dirección a ellos, irguiéndose con la esperanza de que su valentía intimidara al menos un poco a las bestias.

¿De dónde habían salido esos perros? No había divisado ninguno antes de sentarse allí; de haber sabido de la presencia de perros guardianes, jamás se habría detenido. Los ladridos incesantes la habían cercado como si fuera una presa. ¡Pero ella no era una presa fácil! Firme, blandió nuevamente su rudimentario bastón, aunque, en verdad, su temple comenzaba a flaquear. Si alguno de ellos decidía lanzarse sobre ella, poco podría hacer para detenerlo. Y si los dos decidían atacarla simultáneamente, sabía que sería vencida.

El tañido de los cascos resonó como una bendición para su angustiado corazón. —¡Tranquilos, tranquilos! —una voz grave y gélida hizo eco entre los ladridos—. Ya os he dicho que, ¡tranquilos! —Emma apartó la vista de los canes para encontrarse con un nutrido grupo de jinetes, todos ellos observándola. Uno de ellos, desmontado de su montura, se acercó para socorrerla—. ¿Está usted bien? —preguntó el hombre. Emma se sintió abrumada, como si estuviera ante un ser sacado de un sueño o de las páginas de un cuento, pues jamás había visto a un hombre tan alto, tan rubio, con ojos tan azules que parecían dos piedras de cobalto, dos manantiales de los cuales saciar la sed o dos pozos de hielo en los que morir congelada. Su cabello, de un rubio casi blanco, irradiaba un resplandor platino. Se quedó muda, algo completamente inusual en ella—. ¡Fuera, fuera! —ordenó el caballero, y los perros se apartaron de ella—. ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Oh, mi honorable caballero —replicó, a sabiendas de que debía tener un aspecto horrible, pues se sentía sudada y despeinada—, sin duda me encontraría en un estado mucho más favorable si no hubiera sido por el infortunio de casi caer presa de sus fieros perros de caza —añadió con bastante mal humor, pero con una exquisita dicción del lenguaje y palabras rebuscadas—. Le aconsejaría encarecidamente que no los deje vagar sin restricción cerca de las viviendas ajenas, donde podrían representar un peligro para los inocentes niños que juegan despreocupadamente —continuó desahogándose—. Si tuviera el honor de ser la señora de esta casa, no dudaría en tomar la decisión de sacrificar a esas bestias sin demora que más que perros me han parecidos diablos —Tiró el palo con cierto ímpetu y muy poco decoro, sintiendo como el miedo y la confusión se transformaban en un arrebato de ira—. Es necesario tener en cuenta que en este hogar residen cuatro tiernas criaturas, y prefiero no contemplar las consecuencias si alguna de ellas hubiera estado en mi lugar.

Las carcajadas de los jinetes resonaron de inmediato, y el caballero de los ojos azules se ajustó un monóculo sobre su ojo derecho, estudiándola de arriba abajo como si fuera un insecto atrevido que se hubiera aventurado a volar en su magnífica presencia. —¿Acaso no sabes quién es él, jovencita? —oyó Emma a alguien, pero ella no miró a nadie. De repente, la ira se transformó en vergüenza, así que decidió coger su bonete negro y salir corriendo de allí. Solo esperaba no volver a ver a ninguno de esos impresentables nunca más.

—¿Acaso está usted familiarizado con la joven que se dirige hacia su finca con tal destreza y espontaneidad? Saltando como una liebre —preguntó el embajador de Austria, desatando otra ola de risas entre los presentes, distinguidos invitados del Gobernador Canning, quienes habían disfrutado de una placentera mañana de cacería después de una larga semana de negociaciones entre ambos países.

—No tengo la más mínima idea —respondió el Gobernador General de la India, el futuro vizconde Nathaniel Canning, volviendo a montar en su espléndido corcel blanco después de observar cómo la joven se apresuraba hacia la protección de Canning's House. Guardó su monóculo en el bolsillo de su traje de montar y arqueó una de sus distinguidas cejas blancas—. Quizás sea la hija de algún empleado, en cuyo caso, confío en que su visita sea breve. Pero, vamos, caballeros, las mesas deben de estar ya dispuestas para el festín.

Nathaniel Canning decidió dejar de lado la impertinencia de la joven. No podía permitirse distraerse con asuntos triviales cuando su agenda rebosaba de responsabilidades y la prestigiosa presencia del embajador de Austria adornaba su hogar. Además, tenía noticias de la inminente llegada de una institutriz para sus hijos. Esperaba fervientemente que esta vez fuera una mujer idónea para el cargo. Una mujer como correspondía, recta y ejemplar en su conducta y acciones que no causara alborotos ni quejas entre los demás empleados.

Ah, sin embargo, por un fugaz instante, antes de confiar su cabalgadura al mozo para que la guardara, la imagen de aquella joven, con sus cabellos rojos alborotados y sus mejillas encendidas, se insinuó en su mente. Y por otro fugaz instante, antes de acompañar al embajador al interior de su propiedad, reconoció que la joven había demostrado valentía al enfrentarse a sus dos mejores perros de caza. Sin embargo, la valentía no era un rasgo favorable en una dama, sino más bien todo lo contrario. Por más rojo que fuera su cabello o encantadoras sus mejillas, comportarse de esa manera solo la hacía ver desaliñada y vulgar.

No como Tara. No como su esposa. Que siempre había sido un ejemplo de conducta excepcional y educación exquisitas.

Pero el asunto se esfumó rápidamente de su mente. De hecho, durante toda la tarde, no volvió a pensar en él en absoluto. Ni siquiera lo recordó cuando el ama de llaves le anunció la llegada de la nueva institutriz.

—Hágala pasar a mi despacho —ordenó, tras despedir al embajador y demás distinguidos invitados.

—Sí, Su Excelencia, ahora mismo —respondió la señora Manderley con diligencia.

"Acababa de llegar a India, un destino soñado, pero todavía no sabía lo que el destino estaba a punto de depararme, nada sería como imaginé que sería".

Capítulo 2

El monóculo del Gobernador Canning

Una institutriz, educada más allá de su condición, es a menudo condenada a una vida de soledad y ambigüedad social.

Charlotte Brönte.

—Su Nobilísima la está esperando en el despacho —oyó al otro lado de la puerta la voz de la señora Manderley.

Emma había tenido bastante tiempo para serenarse y recuperar la compostura. Incluso había disfrutado de un par de bocadillos fríos que algún miembro del servicio le había ofrecido durante la hora del almuerzo. Aunque no podía presumir de un buen comienzo, al menos podía agradecer que ningún miembro distinguido de la casa hubiera sido testigo de su lamentable actuación. Guardó el libro con el que había estado matando el tiempo en su maleta, la cual aún no había deshecho del todo, aguardando para hablar con los señores de la mansión, y se contempló en el espejo. Había logrado peinarse con esmero una vez más, y se había cambiado la ropa por un vestido impecable de color negro, con un cuello blanco lo suficientemente alto como para conferirle dignidad.

El gesto autosuficiente de la señora Manderley la estaba esperando cuando abrió la puerta de su modesta estancia. —Vamos, apresúrese, el señor dispone de un tiempo muy limitado para atenderla.

Con pasos decididos, Emma prosiguió tras el ama de llaves a través de la esplendorosa propiedad colonial, adornada con elementos hindúes de vivos colores que, desafortunadamente, se veían eclipsados por las cortinas oscuras y la atmósfera decadente. ¿Acaso solo el señor la estaba esperando? ¿Dónde estaba la esposa? Era posible que la señora estuviera ocupada con los niños, lo que explicaría por qué aún no los había escuchado. Quizás la madre imponía una disciplina estricta a sus vástagos. Cosa que le facilitaría mucho el trabajo, por supuesto. Aunque no fuera precisamente amante de las doctrinas rígidas.

Decidió no pensarlo demasiado. Si algo había aprendido durante su vida era a no pensar las cosas más de lo necesario. Cuando lo hacía, las cosas solo empeoraban, pues no podía concentrarse en lo verdaderamente importante y avanzar. Memorizó cada rincón de la casa, tenía buena memoria. Era un don que Dios le había otorgado desde la niñez, por eso recordaba cada libro de historia, matemáticas, lengua o filosofía que había leído. Los Condes de Norfolk habían sido muy amables al proporcionarle las mejores maestras durante su juventud, pero ella tampoco había desaprovechado ninguna oportunidad, siempre agradecida y trabajando con el máximo de sus capacidades.

—Pase, por favor —la instó de nuevo la señora Manderley al llegar a una puerta de dos hojas de madera de estilo señorial con cuarterones tallados, altillo y laterales de madera calada con cristalera.

Emma dio por sentado que el Gobernador de la India había ordenado que la hicieran pasar sin demora. Por lo tanto, golpeó la puerta dos veces y entró con decisión, con la espalda recta y las dos manos cruzadas por delante de la falda. Lo hizo con la cabeza ligeramente inclinada hacia

abajo en señal de respeto y sumisión, tal y como se esperaba de ella. Rápidamente se dio cuenta de que el despacho apenas tenía luz, todo eran sombras y penumbras. Como si toda la oscuridad que había percibido en la propiedad proviniera de allí dentro y se escampara hacia el resto de las estancias. ¿Quién había muerto? ¿La madre del Gobernador, quizás?

Hizo una reverencia hacia la sombra que se distinguía, apenas, sentada detrás del escritorio.

—Es un honor, Su Excelencia —habló con respeto—. Me llamo Emma Rothinger.

Nathaniel Canning, Gobernador General de la India, estaba recostado tras el imponente escritorio de roble en su magnífico y fastuoso despacho en Calcuta cuando percibió la entrada de la institutriz. Había conseguido relajarse tras la partida del Embajador de Austria y se encontraba revisando algunos informes, pero en cuanto oyó su voz, la voz de esa tal Emma Rothinger, se cuerpo se tensó de nuevo. Levantó la vista de los documentos que tenía entre manos y la miró incrédulo. Sí, no se había equivocado. Esa voz que, pese a intentar parecer comedida y seria, sonaba vivaracha y demasiado alegre, era la misma voz que lo había reprendido horas antes en el patio delantero frente a sus invitados especiales.

Rebuscó en el bolsillo de su chaleco y extrajo su monóculo, colocándoselo con elegancia sobre el ojo derecho mientras ajustaba el flujo de gas de la lámpara de mesa para aumentar la luminosidad y poder observarla con mayor claridad. Vio su cabellera roja bien peinada hacia atrás en un moño bajo unido a dos trenzas laterales, y parte de su frente. Ella seguía con la mirada gacha, pero no había duda de que se trataba de esa joven que el Embajador de Austria había tildado de «liebre».

No había nada que le apeteciera menos en el mundo que tener que lidiar con una jovencita inexperta que pretendía cuidar y educar a sus hijos siendo un pésimo ejemplo de modales y sí una referencia de vulgaridad e impertinencia. No se le ocurría una manera más indeseada de pasar los siguientes días, meses o años. No, tenía que despedirla inmediatamente. Por supuesto, la indemnizaría por las molestias. Pero no la quería en su casa ni cerca de su familia.

Emma percibió que la luz del despacho se hacía más fuerte al igual que la tensión del ambiente. Se sintió observada, y alzó la vista.

Los ojos de Emma, de un verde resplandeciente y rebosantes de vitalidad, se encontraron con los de Nathaniel, azules como dos pozos de hielo que se desvanecían en la frialdad de un alma marchita. Él, era todo lo que ella nunca sería, y viceversa. Pero, por algún motivo que ambos desconocían, sus miradas se encontraron en ese punto de sus vidas.

Le habría gustado sentirse lo suficientemente frágil como para empezar a temblar. Sin embargo, Emma tragó su vergüenza con estoicismo para que solo unas manchas rojas se destacaran en sus mejillas pecosas.

«No puede ser», fue lo único capaz de pensar.

No podía ser que, precisamente, entre todos los hombres posibles, ese fuera el Gobernador Canning. Su sorpresa era palpable. Se había imaginado a un hombre mucho más mayor, considerablemente más mayor que el que tenía frente a ella, y mucho menos atractivo. Pero, sobre todo, se había figurado a alguien a quien no hubiera reprendido como si fuera un niño pequeño apenas unas horas antes.

No estaba segura de poder permanecer en esa casa veinticuatro horas más. Sobre todo, a juzgar por el semblante gélido de Su Nobilísima, su ceja platina enarcada y su monóculo a la altura de su ojo derecho, estudiándola como si fuera una especie de insecto extraño.

Debería haber inclinado la cabeza de inmediato. Esa habría sido una respuesta más apropiada que la de quedarse mirándolo fijamente, pero lo cierto era que, poco a poco, estaba dejando atrás la sorpresa, el miedo y la confusión para dar paso a la irritación. ¿Por qué debería

avergonzarse ella? De hecho, el responsable de dejar sueltos a los dos perros de caza había sido él. Y quien había estado al borde de ser devorada por los perros había sido ella, soportando un verdadero trance.

Lo vio enarcar la otra ceja, como si le sorprendiera el descaro que demostraba al enfrentarse a su mirada. Fue entonces cuando Emma decidió que no apartaría los ojos, aunque la echaran de allí a patadas. La había reconocido, ¿verdad? ¿Y qué? Al fin y al cabo, su delito había sido decir cuatro verdades acerca de la irresponsabilidad de ese hombre. Si alguien hubiera resultado herido por esos perros, ahora estarían lamentándolo.

—Creo que ha habido un error, señorita Rothinger —dijo al fin el Gobernador, llenando cada mueble de roble, cada cortina negra y cada moqueta roja con ornamentos exóticos con su voz profunda, grave y fría. Emma lo observó ponerse de pie. Era alto, bien formado y muy elegante. Llevaba un magnífico chaleco bordado en gris claro, unos pantalones gris oscuro y su chaqué verde estaba sobre la silla. El nudo de su pañoleta estaba un poco desecho, sin caer en la vulgaridad, seguramente porque el Gobernador se había relajado antes de recibirla a ella. Su cabello era tan rubio como lo había visto en el patio, casi blanco. Y muy bien peinado. Bajo el elegante atuendo sus hombros parecían muy anchos, y en comparación sus caderas parecían muy estrechas. Aunque no era solo su aspecto lo que estaba dejando a Emma sin palabras por segunda vez, sino la seguridad de su porte, la arrogancia de su barbilla. Estaba claro que era un hombre acostumbrado a dominarlo todo y que exigía obediencia inmediata a los que le rodeaban, entre los que se encontraba, por supuesto, ella—. Estábamos buscando a una institutriz de mayor edad y experiencia, pues el puesto requiere hacerse cargo de cuatro niños.

La conmoción la dejó en silencio más tiempo del debido, hasta el punto de temer que el Gobernador la considerara una persona maleducada. En todos sus años como institutriz, jamás había experimentado un inicio tan desastroso. No era que se considerara perfecta, pero siempre había sido extremadamente educada y comedida, un modelo de rectitud. Quizás necesitaba despertar o tal vez aquel lugar estaba impregnado de una influencia extraña, pero su verdadera naturaleza parecía haberse revelado nada más llegar. No quería rendirse tan fácilmente. No había llegado hasta India para rendirse solo porque el padre de sus alumnos fuera un hombre detestable. En definitivas cuentas, lo más seguro fuera que, si lograba hacerlo cambiar de idea, no lo viera con demasiada frecuencia. Los señores de su rango no solían dedicar mucho tiempo a sus hijos.

—Comprendo que se sienta contrariado, Su Nobilísima, pero estoy convencida de que debe de haber recibido mis referencias y sabe que ni soy tan joven como parezco ni carezco de experiencia. Permítame decirle que he trabajado para algunas de las familias más prestigiosas de Inglaterra, entre ellas, los Marqueses de Salisbury.

Nathaniel se vio obligado a relajar su postura y a guardar el monóculo en el bolsillo de su chaleco. La señorita Rothinger tenía razón. No era que hubiera olvidado la carta del vicario de Minehead y las virtudes elogiadas en ella acerca de la institutriz que tenía delante, pero la simple presencia de la joven, que quizás no era tan joven como aparentaba, lo incitaba a desechar cualquier cosa positiva sobre ella.

Hacía tiempo que no se sentía tan contrariado, como bien ella había apreciado. Y no deseaba que alguien lo alterara. No, cuando había pasado los últimos tres años y algo más, siendo poco más que un instrumento de trabajo. Su vida se reducía a su cargo. Una posición que llevaba con facilidad y que no le provocaba sobresaltos ni altibajos de ningún tipo. Hacía años que era el Gobernador General de la India, un puesto que le había sido otorgado después de una fulgurante carrera política en Londres.

Era un miembro reconocido en la política del Imperio Británico, un hombre que lo tenía todo bajo control. Y Emma tenía todo el aspecto de ser una criatura indomable. Estaba seguro de que, si se soltara el pelo, este se convertiría en una maraña de rizos rojos al puro estilo escocés. ¿Era escocesa? ¿Tenía raíces en Escocia? Por un momento, se la imaginó trepando colinas, cruzando riachuelos y cabalgando a horcajadas en mitad de una pradera. Se la imaginaba salvaje y despreocupada, una imagen que distaba mucho de la que ella pretendía dar a entender con ese vestido negro y ese cuello blanco alto que casi no la dejaba respirar.

Era una pérdida de tiempo imaginar todo aquello. De hecho, era una pérdida de tiempo seguir atendiéndola cuando lo único que deseaba era que se marchara.

—Entiendo —dijo él, poniéndose de pie y rodeando el escritorio para ponerse delante de ella, sin ninguna mesa que se interpusiera entre ambos—. Le pagaré el sueldo correspondiente a seis meses y el viaje de vuelta a Inglaterra, espero que pueda disculparme —zanjó, mirándola fijamente a los ojos con su gesto más impecable, más serio e inflexible. En ese punto, la mayoría de los mortales solían acatar sus órdenes, asentir e irse.

Pero la señorita Rothinger todavía no había bajado la mirada ni parecía dispuesta a irse; de hecho, seguía firme sobre sus zapatitos de cuero negro, y su gesto, aunque respetuoso, era cada vez más desafiante. Estaba claro que no iba a dejarse acobardar.

Emma apretó los labios y tragó saliva. No perdía nada aceptando la oferta del Gobernador. Pero lo sentía como una derrota y, sobre todo, como una humillación. ¿Cómo iba a despedirla en menos de veinticuatro horas?

—¿Puedo saber a qué se debe esta negativa, Su Nobilísima? —inquirió, furiosa a esas alturas—. Por lo que he sabido, mi señor, ninguna otra institutriz ha respondido a su petición y dudo mucho de que ninguna lo haga en un futuro próximo. He atravesado varios mares para estar aquí, mi señor, y al menos merezco una oportunidad. No carezco de experiencia ni de referencias, y estoy lista para cumplir con mi deber desde este preciso instante si así me lo permite su señoría —se explayó, esperando que la furia no le hiciera temblar la voz.

Nathaniel la observó de nuevo reparando en las pecas de sus mejillas, en sus labios de un rosa intenso a pesar de carecer de mejunjes, y en sus manos pálidas que se cruzaban con sumisión por delante del delantal, una pose muy dispar con el brillo perspicaz de sus ojos y con sus palabras firmes, rozando a la impertinencia, pero bastante elocuentes.

Era una mujer valiente. Muy diferente a las otras que habían pasado por allí y que habían renunciado al puesto.

Lo más seguro era que no durara más de dos semanas, después de todo.

—Ha realizado un viaje muy largo para venir aquí, señorita Rothinger —la vio relajar los hombros—. ¿No tiene familia? —preguntó con cierto afán de curiosidad, sabiendo que su pregunta quizás era tan impropia como lo había sido ella esa mañana. No tenía derecho a hacerle preguntas personales, pero quería saber un poco más de ella.

—Soy huérfana, Su Nobilísima —respondió Emma sin titubear ni pestañear—, mis padres murieron en un accidente laboral en Portland, eran muy humildes. Pero los Condes de Norfolk nos ampararon a mí y a mi hermano, a ellos les debo todo cuanto poseo, que no es nada más que mi capacidad de educar, guiar e instruir a niños de familias respetables —El Gobernador palideció al oírla. Y Emma fue muy consciente de ello—. Lamento su pérdida, mi señor —se compadeció, al recordar el luto en el que estaba hundida la propiedad—. Sé lo que es perder a un ser querido. ¿Alguien cercano a los niños, quizás? No fui informada de ello. Aunque de haberlo sabido tampoco habría cambiado mi decisión de venir aquí.

Nathaniel no podía apartar la mirada de los labios de la señorita Rothinger; le parecía que

no dejaban de moverse.

—Mi esposa, Tara —respondió después de algunos segundos, con la voz llena de hielo, mirando hacia el retrato de su difunta esposa que colgaba de una de las paredes del despacho, como si él mismo no se creyera lo que estaba diciendo ni lo que había estado repitiendo durante los últimos tres años.

Emma palideció como lo había hecho el Gobernador instantes antes. No había previsto esa respuesta.

El Gobernador era viudo. Y esa casa parecía un mausoleo en torno a «Tara».

Pobres niños.

Y pobre de ella ahora que sabía que no tenía una tarea nada fácil por delante si, finalmente, se quedaba allí.

"El Gobernador me pareció la persona más detestable y aborrecible que había conocido nunca. Y no era por su arrogancia, sino por esos ojos fríos, esa mirada impenetrable y su actitud insoportable. Tampoco me habían informado de que los niños eran huérfanos de madre, eso iba a complicar mi labor. Las cosas empezaban a truncarse cada vez más, y solo acababa de llegar".

Capítulo 3

Huérfanos de madre

Ser institutriz es ser una paria: vivir entre los servidores y no ser una de ellos, compartir la mesa de los amos y no ser uno de ellos.
Charlotte Brontë.

—Lamento profundamente su pérdida, mi señor —repitió Emma con sinceridad, pero el Gobernador no la miró, absorto en la contemplación de su difunta esposa en el retrato. Emma ya la había visto en las escaleras. Sin duda, una mujer de gran belleza, de pelo y ojos muy negros. Estaba convencida de que el señor seguía enamorado de ella a pesar del paso del tiempo. Emma permaneció en silencio unos momentos más, respetando la quietud del momento—. El amor perdura más allá de la vida terrenal —comentó en un susurro.

—¿Amor? —despertó Su Excelencia, fijándole una mirada intensa con sus ojos azules, tan gélidos que podrían haber congelado a cualquiera, pero no a Emma. En la mirada de Emma ardía un fuego interior, una pasión que parecía desafiar incluso el hielo más frío, creando chispas en sus iris verdes—. Es usted muy amable. Pero soy un hombre, señorita Rothinger. Los hombres no creemos en el amor, la poesía es para las mujeres. Tara y yo fuimos muy felices, pero eso es todo.

Emma apretó los labios con determinación y permitió que una leve sombra de incredulidad se dibujara en sus ojos. El estado de la casa y la actitud del propio Gobernador no respaldaban esas palabras. Sin embargo, los hombres rara vez hablaban de tales asuntos, y este en particular no era una excepción. De hecho, parecía ser el menos dado a demostrar afecto de todos ellos. Estaba segura de que jamás había pronunciado un «te quiero».

—Por supuesto, mi señor. Si usted lo dice, me veo obligada a creerlo —respondió ella, esforzándose por no sonar demasiado sarcástica, aunque sin mucho éxito. Su voz denotó incredulidad y su gesto lo reflejó claramente.

Los ojos del Gobernador se estrecharon sobre ella, evidenciando su irritación.

—Recuerde, señorita Rothinger, que su permanencia en esta casa pende de un hilo —advirtió él.

—¿Significa eso que me dará una oportunidad? —inquirió Emma con cautela.

—Como Gobernador General de la India, un representante del Imperio Británico y de sus costumbres, sería sumamente descortés de mi parte no concederle la gentileza de quedarse aquí al menos un par de semanas; disculpe si he sido un poco abrupto hace poco —respondió él con solemnidad.

Sin duda, se había precipitado al expulsarla de su hogar. El recuerdo de Tara lo había hecho reflexionar. Ella nunca habría despedido a alguien que había viajado desde tan lejos de un día para otro. Además, no le agradaría en absoluto que la parlanchina señorita Rothinger regresara a Inglaterra esparciendo el rumor de lo brusco que había sido con ella. Como político y hombre de modales, sabía que debía actuar con prudencia y cuidar de su imagen. Eso era lo que había hecho siempre. La dejaría marchar después de dos semanas, le ofrecería una compensación generosa y la enviaría de vuelta a Londres. Sí, ese era un plan mucho más sensato para todos.

Mientras tanto, enviaría otro mensaje en busca de una nueva institutriz y esperaba recibir

una respuesta pronto.

—Sí, mi señor. ¿Cómo prefiere que me dirija a usted? —preguntó Emma con cortesía, orgullosa de su pequeño logro; el Gobernador había reflexionado a pesar de sus primeras palabras tan poco amables.

—Suelen dirigirse a mí por «mi señor» o «Su Nobilísima», aunque también puede referirse a mí como el «Gobernador» o el «vizconde» —comentó él, estirándose hasta dirigir el mentón hacia el techo.

Emma se abstuvo de rodar los ojos. La exigencia de ese hombre era palpable. Parecía que vivía por y para unas normas autoimpuestas muy bien definidas.

—A su servicio, mi señor —reverenció ella—. Y acepte mis disculpas por lo acontecido esta mañana —añadió, con la esperanza de reescribir ese patético comienzo y empezar de cero.

Aguardó un instante, esperando a que él también se disculpara, pues él debería de asumir la responsabilidad de aquel incidente en el que sus propios perros habían atacado a una mujer inocente.

Sin embargo, como era de esperar, no sucedió.

—Bueno, señorita Rothinger, no sé qué le habrá dicho el reverendo de Minehead.

—No mucho.

—Usted es la décima institutriz que pasa por aquí para cuidar a mis hijos desde que murió su madre —explicó él, como si fuera un orgullo, colocando las manos en su espalda mientras se acercaba a la puerta de salida caminando lentamente.

—¿Los niños tienen problemas de obediencia, mi señor? —se preocupó ella, mirándolo con cierto asombro, siguiéndolo con la vista a través del despacho.

—Oh, por supuesto que no. El problema recae en las institutrices, señorita Rothinger —respondió él con seguridad—. Como puede deducir, soy un hombre de rigurosidad en todos los aspectos de mi vida. Mi profesión, mi posición y mi propia naturaleza así me lo exigen. Por consiguiente, no tolero la más mínima vacilación en los horarios, rutinas y educación de mis hijos, los cuales son mi futuro y mis representantes en un mundo lleno de personas vulgares con objetivos vulgares. Y no quiero que confunda mis palabras con arrogancia, pues en mi presencia tienen cabida todo tipo de personas desde el más bajo hasta el más alto rango. No hablo de rangos, señorita Rothinger. Hablo de normas, de moral, de rectitud. ¿Lo comprende?

—Sí, mi señor, creo que sí.

—Como habrá podido deducir, no tengo predilección por las niñeras. No deseo que nadie mime ni debilite a mis hijos. Busco a una mujer de rectitud, capaz de imponer disciplina y con conocimientos en la educación adecuada. Por ese motivo, le solicito que asuma la responsabilidad de los cuatro. Respecto a mi heredero, Oliver, puede estar tranquila, no le corresponde enseñarle matemáticas o geopolítica ni ninguna competencia masculina, pues ese cometido recae en el mejor maestro de Calcuta, el señor Herming.

Emma se vio tentada a expresar sus pensamientos. De hecho, deseaba ardientemente compartir su opinión sobre esa forma despótica y poco humana de criar a los hijos. Estaba segura de que dejaría secuelas irremediables en esos pequeños si seguía tratándolos como instrumentos. Sin embargo, se contuvo.

Sabía que no era el momento adecuado para hacerlo. Se limitó a asentir.

—En esta casa se establecen tres normas —prosiguió él, abriendo la puerta, y Emma lo siguió hacia el pasillo—. En primer lugar, los horarios. Todos deben levantarse a las seis de la mañana, desayunar y dirigirse a las aulas de estudio. Estudiarán desde las siete y media hasta las once y media. Después, tendrán una breve pausa para un tentempié y continuarán estudiando

hasta las cuatro de la tarde. A esa hora, se les permitirá disfrutar de una breve siesta seguida de un corto paseo por el patio trasero. La cena y la hora de dormir serán alrededor de las siete y media de la tarde y deberá asistirlos. A las ocho deben de estar todos dormidos —Emma abrió los ojos con espanto, pero él no lo vio, pues seguía andando con paso firme y seguro por delante de ella, guiándola a través de la primera planta. —La segunda, y escúcheme bien —Se giró para dirigirle una mirada de advertencia y volvió a darle la espalda—. En esta casa hay estancias en las que está prohibido entrar.

—¿Cómo cuáles?

—Todas aquellas que encuentre cerradas con llave. Ah, y por supuesto, nadie paseará por el patio principal. Ese lugar está reservado para las visitas, no para los miembros de esta casa ni para aquellos que la administran —añadió con firmeza.

—Sí, mi señor. ¿Y la última norma?

—Se espera que todos en la casa mantengan un alto nivel de etiqueta y comportamiento apropiado en todo momento. Esto incluye el vestuario, el lenguaje, los modales en la mesa y la cortesía hacia los demás, especialmente hacia los invitados. En esta casa, señorita Rothinger, los invitados lo son todo. ¿Lo comprende?

—Sí, mi señor. ¿Hay muchos?

Nathaniel Canning se detuvo de repente en medio de una sala amplia, lo que obligó a Emma a detenerse justo detrás de él, casi rozándole los talones. —Señorita Rothinger, rebusque en su diccionario y encuentre la palabra «Gobernador». ¿Cree que podrá hacerlo?

—Gobernador: sustantivo masculino. Persona que ejerce el mando de una provincia, ciudad o territorio —recitó ella de memoria, dirigiendo su mirada al techo para luego volver a mirarlo a los ojos—. Memorizaba todo el diccionario a los once años, mi señor. Siendo hija adoptiva de una ama de llaves, solía esconderme en las escaleras de servicio y pasar horas y horas con un diccionario entre mis manos, era una de mis aficiones favoritas cuando no tenía que ayudar con las tareas del hogar. Me lo sé todo, desde la «A» hasta la «Z».

Nathaniel arqueó una ceja y la examinó detenidamente. Debía de admitir que, al menos, la señorita Rothinger poseía una memoria notable. A pesar de su evidente dificultad para ocultar sus emociones, debía tener alguna virtud entre sus muchos defectos. No era de su agrado tratar con personas tan transparentes, que dejaban ver sus pensamientos a través de gestos y miradas. Detestaba a aquellos que carecían de control sobre sus propias emociones.

—Cualquier asunto, por mínimo que le parezca, deberá consultarlo conmigo.

—Sí, mi señor.

—Su labor requerirá que permanezca siempre cerca de los niños. No hay otras damas en la casa capacitadas para hacerlo, así que deberá asumir el rol por completo.

Emma percibió que el Gobernador deseaba que sus hijos contaran con una figura materna, pero sin permitir que se encariñaran demasiado con ella.

Nathaniel hizo sonar la campanilla del salón. Había albergado la esperanza de que sus exigencias fueran suficientes para alejar a la señorita Rothinger, como había sucedido con otras jóvenes anteriormente. No era que hubiera exagerado esas normas para que ella se marchara, pero las había expresado con tanta firmeza que había esperado que ella se echara para atrás. Sin embargo, no había sido así.

Emma observó con cierta admiración y pasmo cómo cuatro pequeños de varias edades irrumpían en el sombrío salón, con una disciplina que rayaba en lo militar. Habían acudido al sonido de la campanilla, convocados por una fuerza que Emma no podía discernir del todo. En esos círculos de riqueza, el afecto hacia los hijos solía ser una rareza, relegado a ocasiones

excepcionales. Los padres, ausentes en su crianza, delegaban su cuidado en niñeras y tutores, interesados solo en los logros y avances de los infantes.

Pero, en esa ocasión, no le parecía que el Gobernador no quisiera tenerlos cerca. Sino todo lo contrario, quería controlarlos hasta tal punto que no les permitía vivir.

—Él es Oliver —comenzó el padre las presentaciones—. Mi heredero.

Un jovencito apenas rozando los diez años se destacó del ordenado grupo de infantes, asintiendo con un gesto sombrío. Emma lo escrutó con atención, observando su impecable atuendo y la falta de emoción en su rostro, aunque percibió un destello de duda en su mirada, como si la vergüenza lo acechara. Era un niño de una belleza notable, con cabello oscuro y ojos azules, seguramente una fuente de gran regocijo para sus progenitores desde el mismo momento en que nació.

—Me llamo Amelia —anunció una niña con delicadeza, avanzando con determinación hasta colocarse al lado de su hermano mayor, mientras ejecutaba una bonita reverencia—. Y ella es mi hermana menor, Jennifer —indicó, señalando hacia otra pequeña que se había quedado rezagada junto al más joven de los cuatro, apenas una criatura de unos tres años que se sostenía sobre sus dos piernas con admirable temple.

—¿Y tú, pequeño, cómo te llamas? —preguntó Emma con dulzura al último infante, apoyando las manos sobre sus rodillas para inclinarse a su altura.

—Se llama Arthur; como puede ver, es el más pequeño de los cuatro. Pero eso no significa que deba hablarlo con afectación o infantilismo. Ya no es un bebé, y se dirigirá a él por el tratamiento de «señorito».

Emma se recolocó y enarcó ambas cejas a la vez. —¿El señorito Arthur habla, mi señor?

—No, todavía no. Pero no me cabe duda de que lo hará pronto. Todos mis hijos aprendieron a hacerlo de forma prematura.

—¿No emite palabra alguna, mi señor?

—Es mudo —comentó la más pequeña de las dos niñas, Jennifer, que debía tener unos seis años.

—¡No es mudo! —la contradijo Amelia, de quizás unos nueve, con evidente irritación y mal carácter—. Ningún Canning tiene defectos, Jennifer.

Emma volvió a arquear ambas cejas, pero el Gobernador se limitó a hacer sonar la campanilla que reposaba sobre una mesita auxiliar por segunda vez.

—No toleraré ningún tipo de discusión en mi presencia, y menos que habléis sin pedir permiso. Amelia, trabajarás tu mala actitud soportando estos libros sobre tus manos —Nathaniel cogió un par de libros de una estantería y los colocó encima de las manos de la niña bajo la atenta e incrédula mirada de Emma—. Y tú, Jennifer, copiarás en una hoja cien veces que ningún Canning tiene defectos. Señorita Rothinger, encárguese de que las niñas cumplan con su castigo. Oliver tiene clase con su maestro dentro de, exactamente —Sacó el reloj de su bolsillo y miró la hora—. Siete minutos. Espero que sea capaz de cuidar de ellos debidamente hasta la hora de la cena.

Emma contempló el reloj que colgaba en la pared. Las agujas marcaban las cinco de la tarde. Sin una palabra más, el Gobernador pasó junto a ella para salir del salón. Emma captó su aroma, una fragancia fresca impregnada de la simpleza del jabón, ajena a los perfumes ostentosos. Siguió con la mirada su partida, pero él no le dirigió ni una sola mirada de vuelta.

Debería estar satisfecha. Había logrado empezar su trabajo; por un momento, había creído que se iría de allí a la mañana siguiente. Pero no, tenía dos semanas por delante para demostrar su valía. Jamás le habían asustado los retos. Claro que no sabía cómo sentirse después de todo lo

que había visto y oído.

—Bien, yo soy la señorita Rothinger —se presentó ella misma, pues el Gobernador no lo había hecho, ya fuera por olvido o porque no lo consideraba necesario. Lo más probable era que Su Nobilísima tuviera la esperanza de que ella misma renunciara después del período de prueba.

—Es un placer, señorita Rothinger —avanzó el señorito Oliver hacia ella con una leve inclinación de cabeza—. Ahora, si me disculpa, debo prepararme para la clase —añadió con un gesto frío y serio poco común en un niño de su edad. Emma asintió y observó con detenimiento la banda negra que el señorito Oliver llevaba sobre la chaqueta de su traje gris, una señal de luto. ¿La llevaba con verdadero pesar? ¿Era necesario para un niño tan joven portar tal símbolo de duelo?

No quería pensar que el padre era quien lo obligaba a vestir así.

Y, de repente, se dio cuenta de que todos los niños vestían con colores oscuros y apagados. Pero ¿qué crueldad era esa? Después de tres años, esas criaturas deberían haber aceptado la partida de su madre. Por su propio bien. Pero nadie había hecho nada para que eso sucediera; al contrario, el recuerdo de «Tara» parecía ser la cuarta norma no escrita del Gobernador.

Oliver abandonó el salón por la misma puerta por la que su padre había salido apenas segundos antes. Emma permaneció de pie, observando a Amelia con los libros descansando en sus palmas, a Jennifer sentada con una hoja y tinta entre las manos, y al pequeño Arthur aún en el mismo lugar donde lo habían dejado.

Sin vacilar, se aproximó al pequeño y lo alzó entre sus brazos. —Pequeño Arthur —le susurró con afecto, sintiéndolo tan diminuto, tan tierno. Se compadeció de él.

—No debería tratarlo con tanto mimo, señorita Rothinger; mi hermano no es ningún bebé —intervino Amelia con tono serio—. A papá no le gusta que lo tratemos como a uno. Los niños Canning no necesitamos esta clase de gestos.

—¿Qué gestos?

—Abrazos, besos, caricias. No necesitamos nada de todo eso, pues no somos débiles. Varias institutrices han sido reprendidas por lo mismo que está haciendo usted ahora mismo. Yo solo se lo advierto; de todas maneras, su nombre es fácil de olvidar. Ya casi no recuerdo el nombre de la última que pasó por aquí, ni siquiera su rostro —añadió la niña con una nota impertinente en su voz.

—En ese caso, señorita Amelia, será mejor que deje los libros a un lado y se siente al lado de su hermana para escribirme una carta.

—¿Una carta? —se extrañó Amelia, sin atreverse a liberarse del castigo impuesto por su padre.

—Una carta de despedida, así es. Porque, aunque usted me olvide, no desearía tener que hacerlo yo también. Por lo tanto, le ruego que abandone el castigo impuesto por el futuro vizconde y comience a redactar una carta de despedida, un par de notas que me hagan recordarla para siempre a pesar de que no la conozco bien todavía. ¿O acaso no sabe escribir?

—¡Por supuesto que sé! —exclamó Amelia con convicción.

Con resolución, la señorita Amelia devolvió los libros a la estantería y se sentó junto a la señorita Jennifer. Tomó una hoja y una pluma, y comenzó a redactar bajo la divertida mirada de Emma.

"No sabía cuánto tiempo permanecería allí. Tenía la certeza de que mi sueño de vivir en la India no sobreviviría más allá de dos semanas y que me vería obligada a regresar a Inglaterra a pesar de las cosas que me mantenían alejada de ella. Pero eso no significaba que me doblegara ante las absurdas normas del General Canning; todo lo contrario. Sin nada que perder, estaba

decidida a hacer todo lo que fuera necesario para ayudar a esos niños de buen corazón, más allá de mi deber laboral. Al fin y al cabo, yo sabía muy bien lo que era ser una huérfana".

Capítulo 4

Sin palabras

Una institutriz tiene que ser todo: madre, hermana, amiga, maestra, todo en uno. Nadie tiene un mayor poder de moldeo en la vida de otro que el que tiene una institutriz.
Elizabeth von Arnim

Debía admitirlo, estaba seriamente preocupado por la situación. Se tomaba muy en serio la educación de sus hijos y la influencia de la señorita Rothinger le parecía peligrosa. No la conocía en absoluto, y debería de darle una segunda oportunidad de forma genuina si se consideraba un caballero de honor. Sin embargo, su experiencia diaria le había enseñado a juzgar a las personas con solo una mirada. A pesar de las buenas referencias y la experiencia de la señorita Rothinger, para él era evidente que poseía un espíritu rebelde. Era una mujer con ideas propias sobre la educación, demasiado vivaz para su gusto. Además, no podía ocultar la pasión que ardía en su interior, incluso con sus vestidos negros y su postura erguida. Su cabello rojo era su mayor delator, ya que se sabía que las mujeres pelirrojas ardían con intensidad, eran seres apasionados y peligrosos. Traían malos augurios. Los romanos consideraban que la gente pelirroja no era de confianza, y por algo sería.

—La prima de Su Majestad la Reina Victoria vendrá de visita dentro de quince días, Su Nobilísima —informó el secretario con deferencia. Había decidido abandonar la finca para dedicar la tarde a los asuntos gubernamentales. Sus deberes diplomáticos exigían atención constante para evitar acumulaciones, especialmente tras haber retrasado varios asuntos con la visita del Embajador de Austria.

La espera de esa nueva visita en Calcuta había sido prolongada. La prima de la Reina Victoria, la Marquesa de Ailsa, desempeñaba un papel crucial en la supervisión del Imperio Británico. Familiares y allegados a Su Majestad solían visitar a los embajadores de diversos imperios para luego compartir sus impresiones personales con la Reina. Era una forma sutil y diplomática de obtener información.

—Gracias, señor Kamis —expresó Nathaniel a su leal secretario hindú, empleado desde hacía años. Esperaba que, para entonces, la señorita Rothinger ya no estuviera en su casa. Había enviado nuevas solicitudes a Inglaterra en busca de una nueva institutriz y aguardaba ansioso una pronta respuesta. Quizás tendrían que prescindir de una institutriz por un tiempo, pero era preferible a tener una inadecuada. Eran casi las siete y media de la tarde, como confirmó con una rápida ojeada al reloj de su escritorio. No deseaba regresar demasiado tarde; no sabía qué se encontraría al volver—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Su Nobilísima.

Con un gesto de agradecimiento, Nathaniel se despidió de su secretario y salió de su despacho con paso firme. La tarde se desvanecía lentamente, tejiendo una manta de sombras sobre los exuberantes jardines de Calcuta. Un carruaje lo aguardaba en la entrada, ansioso por llevarlo de regreso a casa.

La inminente visita de la Marquesa de Ailsa resonaba en su mente mientras observaba las calles desde el interior de su vehículo. Esa visita traía consigo la promesa de un escrutinio minucioso de su vida en la India. Nathaniel se sentía tenso ante la perspectiva de tener que

justificar sus recientes decisiones relacionadas con la colonia, y aún menos emocionado ante la posibilidad de que esa mujer indagara sobre su vida personal.

Al llegar a la majestuosa mansión y después de bajar del vehículo, Nathaniel se detuvo un instante frente a la imponente fachada amarilla. Un recuerdo fugaz de tiempos pasados se agolpó en su mente, recordándole los días en que Tara, su difunta esposa, había sido la anfitriona indiscutible de aquel hogar. En aquellos días, su única preocupación había sido el trabajo, sin tener que lidiar con las complejidades de la vida personal.

Suspirando, Nathaniel sacudió la melancolía que amenazaba con envolverlo y se adentró en las sombras de su hogar.

Al cruzar el umbral de la puerta principal, Nathaniel fue abordado de inmediato por la señora Manderley, cuya expresión de malestar era evidente.

—Su Nobilísima —comenzó ella con tono inquieto—. Esto es sencillamente inconcebible.

La señora Manderley era la única figura femenina que se ocupaba de los asuntos de la casa desde el fallecimiento de Tara. Nathaniel no le había confiado la educación de sus hijos, pues no era una dama ni una institutriz capaz de ejercer ese rol. Sin embargo, su antiguo papel como confidente cercana de su difunta esposa seguía siendo de gran importancia para él. Era ella quien se esforzaba por mantener la normalidad en casa: los mismos menús, los mismos horarios, las mismas normas, todo igual a como lo dejó su esposa antes de morir en aquel fatídico accidente. Nathaniel reconocía su dedicación y valoraba su presencia, que constituía un ancla de estabilidad en medio del caos.

—¿Qué ocurre?

—Están cenando en el patio trasero —respondió la señora Manderley con tono de desaprobación.

—¿Quiénes?

—¡Los señoritos! ¡Cenando en el patio trasero! ¡Como si fueran vagabundos! —exclamó la señora Manderley, denotando su indignación.

—¿Quién ha tenido esta descabellada idea? ¿Alguno de mis hijos ha realizado semejante petición? —inquirió Nathaniel, volviendo a irritarse por segunda vez en ese día.

Los jardines que quedaban detrás de la propiedad estaban destinados únicamente a recibir sus invitados más selectos. Nadie de la casa solía usarlos salvo para dar un paseo después de la siesta.

Se dirigió hacia las puertas con vidrieras que se abrían hacia los jardines traseros, Nathaniel percibió una algarabía de voces infantiles al acercarse. No recordaba la última vez que había escuchado a sus hijos tan ruidosos. Ni siquiera cuando aquella institutriz demasiado joven e irresponsable había irrumpido en su hogar unos meses atrás, provocando un auténtico desastre.

Nathaniel aminoró el paso y se asomó a través del cristal. Observó cómo todos estaban sentados alrededor de una de las mesas de piedra del jardín, la más cercana a la casa, iluminada por farolillos. La señorita Rothinger dirigía la conversación, con el pequeño Arthur reposando sobre sus faldas negras, mientras Oliver se erguía recitando algún tipo de poema. ¿Poesía? ¿De su propio heredero? Era algo que le resultaba completamente fuera de lugar. Por ende, Amelia y Jennifer parloteaban y reían en una esquina mientras comían.



Una vez que los niños completaron sus tareas diarias, Emma había decidido cenar en el

patio trasero de la propiedad. Había dado instrucciones a uno de los sirvientes para que preparara todo para la ocasión, pues su posición social era superior a la de cualquier sirviente y bien tenía derecho a hacerlo. Además, consideraba que era una forma de romper el hielo con los niños, con quienes había tenido un comienzo algo distante.

Sin embargo, justo cuando estaban a punto de terminar de cenar, una corriente gélida le recorrió la espalda a Emma. No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera la razón de su escalofrío, al ver cómo los niños palidecían de golpe y se levantaban de sus sillas de un salto, alineándose en fila para recibir, por supuesto, a su padre.

El Gobernador irrumpió en el jardín con largas zancadas, su presencia imponente parecía llenar todo el espacio. Con una estatura que parecía aumentar con cada paso. Desde su asiento, Emma lo observó con una mezcla de aprehensión y valor. Por un instante, el impulso de quedarse quieta, la tentó. Pero rápidamente rechazó esa idea. Se puso de pie con elegancia, sosteniendo al pequeño Arthur sobre su cadera, y se posicionó frente a los tres niños, cuyas miradas reflejaban un evidente temor. Al cambiar de posición, también notó la sombra de la señora Manderley cerca de la puerta con vidriera que conducía al jardín desde la propiedad.

Seguro que ella había sido la primera en ir a informar al Gobernador sobre su «desacato».

Al parecer, Su Nobilísima era capaz de ocultar muy bien todos sus sentimientos, excepto uno: la ira. Su rostro estaba completamente airado, con los labios apretados y el ceño ligeramente fruncido. Bien, era bueno saber que, al menos, era humano. O eso fue lo que pensó Emma antes de dar un paso hacia él.

—¿Puede explicarme el significado de todo esto, señorita Rothinger?

—Ignoro qué podría explicarle, Su Nobilísima. Estamos cenando —dijo Emma, buscando en el bolsillo de su falda negra y sacando un pequeño reloj que siempre llevaba consigo para mantener las rutinas de sus alumnos—. Comenzamos a las siete en punto, y ahora son las siete y veinte. Dentro de diez minutos empezaremos a retirarnos, como usted me ordenó, para que a las ocho estén en la cama —resumió, guardando de nuevo el reloj, segura de sí misma y con una media sonrisa, dispuesta a no dejarse vencer por los ojos intimidantes del señor—. Aquí está la copia que ha hecho la señorita Jennifer —Emma se dio media vuelta y tomó la hoja en la que la pequeña había escrito cien veces la frase «Ningún Canning tiene defectos»—. Tenga —Extendió la carta hacia el Gobernador, pero este no hizo ningún gesto para tomar el papel.

La observó fijamente a los ojos, estudiándola. A Emma le pareció que su mirada penetraba hasta lo más profundo de su ser, como si estuviera tratando de leer sus pensamientos. La sensación de ser examinada de esa manera, con esa autoridad, la hizo sentir incómoda.

—¿Acaso considera que el salón no es adecuado para cenar?

—Mi señor, mi tarea es instruir a los jóvenes en todos los aspectos de la vida, incluido el social. No sé si está al corriente, pero cenar en los jardines es una tendencia entre las clases más acomodadas de Inglaterra. Simplemente estaba enseñándoles a los niños cuál sería la etiqueta adecuada en este tipo de situaciones —replicó ella, sin dejar de sonreír, pero con la voz firme.

Nathaniel titubeó. Después de tantos años en Calcuta, desconocía por completo las nuevas modas en Inglaterra en cuanto a etiqueta y costumbres. Quizás la señorita Rothinger tenía razón, y estaban algo rezagados en lo que deberían saber como ingleses.

Emma se rio para sus adentros. No había dicho ninguna mentira, pero había exagerado un poco su argumento. Si bien era cierto que cenar en los jardines era una actividad cada vez más común durante eventos especiales, no era una costumbre hacerlo a diario. Ah, pero disfrutó demasiado viendo al Gobernador titubear, tambalearse sobre su propia furia y exigencias.

—Amelia, ¿cumpliste con tu castigo? —preguntó Su Nobilísima, desviando la mirada de la

institutriz para mirar a su hija mayor.

Amelia miró a Emma, indecisa sobre cómo reaccionar. —Oh, por supuesto que lo ha cumplido —mintió Emma con destreza—. Además, ha escrito una maravillosa carta como parte del ejercicio. Amelia posee una excelente ortografía y un talento innato, pero su redacción me pareció un tanto carente, falto de expresión —Con elegancia, Emma se volvió hacia la mesa, recogió la carta escrita por Amelia y la ofreció también al señor, tal y como había hecho con los deberes de Jennifer.

Nathaniel volvió a clavar sus ojos azules sobre Emma y, muy serio, pero menos enfadado, tomó la carta de su hija entre sus manos.

«Querida señorita Rothinger:

Agradezco enormemente su esfuerzo al realizar un viaje tan largo para venir a cuidarnos. Sin embargo, no será necesario que continúe con su presencia, ya que mi madre sigue velando por nosotros. Esta es la creencia de mi padre y de todos nosotros. Respecto a una despedida, confieso que nunca he tenido que despedirme de nadie. Espero que guarde buenos recuerdos de nosotros, a pesar de la seriedad habitual de mi padre.

Atentamente, Amelia Canning»

Nathaniel tuvo que leer dos veces la carta de la niña para comprenderla. —¿Qué clase de ejercicio es este, señorita Rothinger?

—Le pedí a la señorita Amelia que escribiera una carta de despedida hacia mí. Es un ejercicio común para una jovencita de su edad. ¿No son las damas generalmente responsables de mantener la correspondencia con familiares y allegados, así como de redactar cartas a los empleados cuando es necesario?

Una vez más, Nathaniel se quedó sin palabras. ¿Realmente su hija pensaba que su madre aún la cuidaba? ¿Había sido esa la imagen que había inculcado en su mente? No había nada de malo en considerar que su madre la estaba viendo de algún modo, pero sí podía ser un problema creerlo hasta el punto de considerar que no era necesario tomar clases o aprender de otras mujeres.

Aquella creencia podía limitar su desarrollo y su comprensión del mundo.

Quería enfadarse con la señorita Rothinger. No, de hecho, estaba muy molesto con ella. Pero no podía explicar por qué. A efectos prácticos, y tras haber escuchado sus argumentos, no tenía ningún motivo para estar enfadado. —No crea que no sé lo que está intentando, señorita Rothinger —susurró él, evitando su mirada, con la vista todavía clavada en la carta.

—Dios mío, los señoritos cogerán frío aquí fuera —interrumpió la señora Manderley de repente.

—¿Frío? —inquirió Emma con ironía. En Calcuta, hacía un calor sofocante, aunque estuviera oscureciendo.

—Por favor, entrad todos de inmediato —ordenó el Gobernador—. La salud de mis hijos es delicada, señorita Rothinger —se recompuso—. No están acostumbrados a los cambios de temperatura como nosotros que hemos crecido en Inglaterra. Sería prudente que lo recordara durante las próximas dos semanas —Emma asintió mientras observaba de reojo cómo los niños se retiraban con el ama de llaves—. No puedo mentirle, he mandado otro aviso en busca de una nueva institutriz.

Emma se dirigió hacia el Gobernador sin perder su sonrisa, sosteniendo al señorito Arthur entre sus brazos mientras se quedaban a solas.

—Mencionó que me brindaría una segunda oportunidad —respondió con calma—. Pero no se preocupe, desde el principio supe que su palabra era solo simple cortesía. Usted es un hombre

de política. Ahora, si me disculpa, será mejor que ayude a Arthur... perdón, al señorito Arthur, a retirarse.

Con estas palabras, Emma se giró y se alejó sin esperar respuesta alguna por parte del Gobernador. Nathaniel permaneció inmóvil, observándola mientras cargaba a su hijo con gracia sobre las caderas.

No podía negar la belleza de la señorita Rothinger; sería una tontería hacerlo. Sin embargo, su belleza quedaba eclipsada por su mal carácter y su incapacidad por seguir las normas. ¿Cómo se atrevía a jugar así con él? ¿A hacer que sus hijos escribieran cartas y a insinuar su falta de palabra con tanta sutileza? ¿Qué había querido decir con que él era un hombre de política?

¿Qué solo hablaba para quedar bien?

Nathaniel dobló la carta de Amelia y la guardó en su bolsillo. De todos sus hijos, ella era la que más se parecía a Tara. Tan hermosa e imponente como lo había sido su difunta esposa. Tara no había sido una mujer alegre, sino más bien regia. Una dama de alta alcurnia, preparada para ser la esposa de un Gobernador. Muy educada, y contenida.

Emma, en contraste, y aunque no tenía sentido compararlas, parecía ser una bomba a punto de estallar. Había logrado dejarlo sin palabras, y eso era algo que pocas personas conseguían hacer.

La miró hasta que desapareció de su vista. Estaba malcriando al pequeño Arthur; él era perfectamente capaz de andar, no había necesidad alguna de cargarlo. Sin embargo, no quería discutir más por ese día. Aún le quedaban catorce días por delante, así que decidió contenerse un poco. Al fin y al cabo, la señorita Rothinger seguro que también tendría una explicación perfectamente razonable para llevar a su hijo pequeño sobre las caderas.

¡Pelirroja detestable!

Capítulo 5

La locura de la señorita Rothinger

Las institutrices son las heroínas olvidadas de la literatura victoriana, las guardianas de la moralidad y la sabiduría en un mundo de convenciones y restricciones.
Desconocido.

Las primeras tres noches en la propiedad del Gobernador resultaron fatídicas. Los niños sufrían de horribles pesadillas que despertaban a Emma en la habitación contigua. Por supuesto, ella se levantaba cuantas veces fueran necesarias para auxiliarlos. Aunque una doncella velaba por el pequeño Arthur, a Emma no le parecía suficiente. Prefería ocuparse ella misma, después de todo, el Gobernador le había encomendado la tarea de estar al lado de las criaturas en todo momento y las doncellas no estaban preparadas para ocuparse de los infantes.

No albergaba esperanzas de permanecer allí más de dos semanas, pero eso no endurecía su corazón. Los niños seguían siendo su prioridad; después de todo, había ido allí para cuidarlos. Había ido allí para cumplir un sueño, para conocer un país distinto, vivir una aventura soñada, escapar de los recuerdos de su difunta madre adoptiva.

Y también... por un pequeño problema del que se había visto obligada a huir precipitadamente.

Llevaba varios meses paralizada por algo parecido al pánico. Y ella no era una mujer cobarde. Tenía miedo de que la culparan por intento de asesinato.

Después de terminar su último trabajo, había decidido casarse. No se lo había dicho ni siquiera a sus hermanos, solo se lo había comunicado al vicario de Minehead, quien estaba al corriente de la situación y la había ayudado a escapar.

El rumbo de las cosas, su intención de casarse y formar una familia se había transformado por completo cuando Sylvie, su prometido y un buen amigo cuya proposición de matrimonio había aceptado, intentó violarla. Fue entonces cuando Sylvie mostró su verdadera naturaleza, justo después de que ella hubiera aceptado su propuesta de matrimonio.

Todo había sido una rápida sucesión de eventos que desembocaron en tragedia. Aunque Sylvie no hubiera resultado muerto, había perdido la capacidad de andar. Y a pesar de que lamentaba que las cosas hubieran llegado a ese punto, no podía arrepentirse de haberse defendido de ese canalla. Por eso, cuando el vicario de Minehead le habló de esa oferta de trabajo en India, aceptó sin dudarlo. Sin importarle que la hermana mayor de Sylvie, Vivienne, hubiera sido su amiga durante tanto tiempo. Estaba convencida de que ella se pondría de parte de su hermano.

Esa era la verdad completa. Los motivos reales por los que estaba allí.

Necesitaba permanecer en India, aunque si eso resultaba imposible, tendría que resignarse a su destino. Sylvie, como hijo menor del Barón de Munchassen, no poseía un poder desmesurado, pero su influencia superaba la suya. Podría haber recurrido a alguno de sus hermanos en busca de ayuda, pero no deseaba involucrarlos en lo que seguramente se convertiría en una verdadera tragedia. Jeremy, su hermano de sangre era un miembro de la marina y no quería manchar su reputación con un escándalo, y Joe, su hermano adoptivo, solía ensuciarse las manos con demasiada facilidad. No quería ser ella la que agrandara la lista de víctimas a manos de Joe

Peyton, futuro Conde de Norfolk.

Quizás, en caso de una verdadera emergencia, terminaría recurriendo a los Condes de Norfolk. Pero tampoco quería abusar de su bondad, suficiente habían hecho ellos para ayudarla; amparándola desde su niñez cuando la encontraron huérfano en el puerto de Francia.

Y, en parte, todo aquello había sido su culpa. Por aceptar una propuesta de matrimonio sin consultarlo con nadie previamente. Se frotó la cara con ambas manos, lamentando profundamente haber aceptado la propuesta de matrimonio de Sylvie.

Lo había hecho porque ya tenía treinta y un años, y su deseo de tener hijos propios era demasiado fuerte como para ignorarlo. Sin embargo, en su corazón, sabía que lo que había sentido por Sylvie no había sido más que una bonita amistad. Esa amistad se vio tristemente arruinada por el intento de abuso que él perpetró una tarde, bajo el pretexto de tomar el té en su casa.

Sylvie la engañó haciéndole creer que su hermana Vivienne estaría presente durante la reunión, pero cuando llegó, solo estaba él, con su vil intención de hacerla suya a la fuerza. Jamás habría imaginado que aquel hombre de sonrisa afable, amante de la literatura e historia, que había conocido cerca de su casa en Minehead, albergara tan oscuros sentimientos e intenciones.

Se remojó los ojos con el agua fría de su pequeña tina de porcelana y abrió el armario para sacar su vestido negro. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al encontrar un enorme sapo entre los pliegues de la tela. El pobre animal se había quedado rezagado allí, quizás en busca de un refugio temporal. El pequeño acercamiento que había tenido con Amelia, porque imaginaba que había sido ella, no había servido para ganársela. La pequeña seguía dispuesta a echarla de allí cuanto antes.

Lo que la pequeña Amelia no sabía era que Emma no temía a los bichos. Muy al contrario, era un amante de la herpetología.

Tomó al sapo con un trapo y lo puso dentro de una caja.

—Buenos días —se presentó Emma en el salón de desayunos, después de haberse preparado, con la caja entre las manos. Por supuesto, el Gobernador no estaba, él desayunaba separado de sus hijos—. Señoritos, ¿saben que me he encontrado esta mañana en mi armario? —preguntó ella, con una enorme sonrisa.

El pequeño Arthur, que comía con la ayuda de una doncella, negó con la cabeza. Y Jennifer hizo un movimiento parecido.

—¿Qué ha encontrado, señorita Rothinger? —preguntó el señorito Oliver, el mayor.

Emma se aproximó a las pesadas cortinas negras y las apartó, permitiendo que la luz del amanecer se filtrara por las ventanas. Los lacayos que merodeaban por el salón de desayunos mostraron su sorpresa ante tal acción.

—Señorita, Su Nobilísima no desea que abramos las cortinas —expresó un lacayo con una mueca de preocupación.

—Lo sé —respondió ella, sin prestarle demasiada atención, apagando las velas del salón—. Bien, en esta caja hay un animalito —finalizó su recorrido por la estancia junto a la caja que había dejado sobre la mesa del desayuno. Aunque Amelia esbozó una sonrisa maliciosa, Emma, lejos de enfadarse, continuó con su plan—. Y hoy, en lugar de hacer clase de modales, haremos clase de ciencias.

—¿Ciencias? —Amelia esbozó una mueca de horror—. ¡Pero si eso solo tiene que estudiarlo Oliver! Yo soy una señorita, no tengo por qué saber de ciencias.

—Pues lamento informarle, señorita Amelia, que cada vez se espera más que una mujer, incluso una de su posición, esté versada en una variedad de temas.

En ese momento, el mayordomo, un hombre de edad avanzada con bigote y cabello blancos, interrumpió la conversación con su saludo matutino.

—Buenos días —dijo con cortesía el mayordomo, con quien Emma ya había entablado cierta familiaridad. A diferencia del ama de llaves, el mayordomo era un hombre amable y gentil —. Ya ha llegado el maestro del señorito Oliver.

—En ese caso, señorita Rothinger, me despido —resolvió el heredero, con esa actitud tan formal y severa que portaba pese a no tener más de diez u once años.

—No, señorito Oliver. Por favor, señor Fairchild, ¿sería tan amable de hacer pasar al maestro en el salón? Estoy convencida de que puede ayudarnos mucho en la clase de hoy.

El mayordomo vaciló un momento; sin embargo, con una sonrisa, partió en busca del maestro. Emma aún no había tenido el placer de conocer al maestro del señorito Oliver personalmente, ya que en cada visita a la propiedad, Oliver y él se retiraban a un estudio apartado del resto de la casa.

Pronto entró un caballero de mediana edad, con lentes, pelo canoso y una barba prominente que se fundía con sus patillas. Su atuendo no era lujoso, pero sí impecable: llevaba un traje chaqué en tonos azules, muy cómodo.

—Creo que no nos han presentado debidamente —comenzó él con una voz más alegre de lo que Emma había esperado. Por un instante, imaginó que el maestro sería una réplica del Gobernador Canning, pero se había equivocado.

—Soy la señorita Rothinger —extendió Emma su mano con una sonrisa de vuelta—. Siento haberle hecho pasar.

—Señor Herming, a su servicio.

El maestro tomó su mano enguantada y depositó un casto beso sobre el dorso de su mano. Era un hombre educado y cortés. Y Emma sintió, de inmediato, una conexión con él. Estaba convencida de que era de ese tipo de personas con las que podías pasar horas hablando sobre cualquier asunto.

—Oh, señor Herming, verá —explicó ella, animada por la posibilidad de encontrar un alma afín entre tanta formalidad y frialdad en esa casa—. Esta mañana me he encontrado con este pequeño amigo en mi armario. Por favor, acérquese para que pueda verlo.

—Oh, ya veo, señorita Rothinger —comentó él con una mirada cómplice, sospechando que alguno de los niños que los observaban con tanta atención era el culpable de ese incidente—. ¡Un sapo!

El corito de risas y comentarios no se hizo esperar entre la cuadrilla de infantes. Incluso Amelia rio.

—¿Qué le parece si me ayuda a explicar los aspectos científicos de nuestro invitado de hoy?

Ambos, maestro e institutriz, impartieron una clase improvisada sobre anfibios, abordando temas como sapos, renacuajos, riachuelos, lagos y charcos. La atención de los niños y adultos se centraba en el pequeño sapo, que a pesar de su tamaño reducido, causaba un gran alboroto. Finalmente, el sapo saltó de las manos del señor Herming a la mesa del desayuno, desencadenando un coro de gritos, risas y diversas emociones entre los presentes, incluido el mayordomo, quien dio un respingo.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó horrorizada Emma, tratando de atraparlo entre las manos, pero el sapo resultó ser más astuto y saltó nuevamente, esta vez sobre uno de los boles de leche, derribándolo en el proceso y derramando el líquido blanco por encima de la mesa.

Oliver, por primera vez en años, rio con una hermosa risa infantil al contemplar la

desastrosa escena que Emma estaba protagonizando, persiguiendo al sapo por la mesa mientras se caían copas, tazas y comida, llenándolo todo de migas, zumos derramados y huellas de sapo viscoso. Mientras tanto, el maestro intentaba controlar la situación diciendo cosas como: "No se preocupe, seguro que lo cogemos".

Era, sin duda, una de las situaciones más hilarantes que esos cuatro niños habían vivido en medio de tantas normas, formalismos y sonrisas corteses.

—¿Qué es este escándalo? —se presentó la señora Manderley con las manos sobre la cintura y la boca apretada, mirando a Emma con una profunda animadversión.

Pero Emma ni siquiera la escuchó, ni la vio. Tenía sus ojos puestos en el animalito, con su concentración completamente enfocada en resolver la situación.

El Gobernador Canning, desayunando su té matutino con un par de tostadas como de costumbre, estaba sentado en un salón solitario, cerca de donde sus hijos tomaban su desayuno, con el periódico. De repente, un horrible grito lo sobresaltó, haciendo que derramara el té que sostenía en su mano sobre su camisa blanca y sobre el periódico.

Con el corazón latiendo con fuerza y una preocupación que no había sentido en mucho tiempo, se levantó de un salto y se encaminó con zancadas rápidas hacia el salón de desayunos, desde donde había resonado aquel inquietante grito.

No supo hacia dónde dirigir su mirada. Lo primero que atrapó su atención, por supuesto, fue la institutriz. Quizás fue el color de su cabello o la brillante presencia que irradiaba en el salón, pero sin duda fue lo primero que captó su mirada. Estaba despeinada, como esa mañana en el patio delantero cuando trataba de defenderse de sus perros de caza. Pero esta vez, se le añadían las migas de pan esparcidas por su cabello y su ropa oscura. Después, reparó en que sus hijos ni siquiera habían notado su presencia.

Lejos de colocarse en fila con gesto serio como siempre hacían al verlo, estaban todos relajados, riendo y gritando disparates. Un auténtico desastre al que se le añadía la mesa repleta de leche, zumos y agua vertidos, tostadas esparcidas y un sinfín de desorden.

—Gobernador —se inclinó ligeramente el señor Herming, el único que, al parecer, lo había visto entrar; siempre tan educado y con un saber estar envidiable—. Hemos tenido un pequeño incidente con un anfibio.

—¡Quitádmelo, quitádmelo ahora mismo! —gritó de nuevo la señora Manderley y Nathaniel se relajó un poco, aminorando los latidos de su corazón dormido.

No había ocurrido ninguna desgracia, nada irremediable. Desde la muerte de su esposa, cualquier alboroto en su casa le provocaba un sobresalto en el corazón que le dolía hasta rabiar.

El ama de llaves tenía, de forma bastante cómica, lo que parecía ser un sapo encima de su cara.

Emma se mordió el labio, no había previsto un desenlace tan desastroso cuando se le ocurrió darle una lección a la señorita Amelia por su travesura. Los accidentes ocurrían, por supuesto, pero ver el sapo en la cara de la señora Manderley era poco menos que una tragedia. No quería ni imaginarse la expresión que tendría ella cada vez que se encontraran durante los doce días restantes que le quedaban en la casa del Gobernador.

Estiró las manos para atrapar al animal y liberar a la señora Manderley, pero una mano grande y firme se adelantó, capturando al sapo con un simple movimiento y liberando a la señora Manderley del inoportuno invitado.

Supo que era él sin alzar la vista, por su aroma fresco, a jabón, y su enorme sombra imponente.

—¡Su Nobilísima! —exclamó, apresurándose a hacer una breve reverencia antes de levantar

la mirada.

Le hubiera gustado que la tierra se la tragara en ese mismo instante, cuando los ojos azules y penetrantes del Gobernador se encontraron con los suyos. No era la primera vez que se topaba con ese hielo, con la autoridad de esa expresión adusta. Sin embargo, nunca terminaba de acostumbrarse a ella. El ambiente distendido se oscureció en cuestión de segundos, como si el mismísimo Gobernador fuera otra espesa cortina negra de las que ella había descorrido al entrar en ese salón de desayunos.

—Respóndame con sinceridad, señorita Rothinger, ¿es usted la culpable de todo esto?

Emma notó la fila que estaban formando los niños detrás de ella, como si, en lugar del Gobernador, se hubiera presentado el General.

—Mi señor, si me permite —intervino el maestro—. Lo sucedido no ha sido más que una serie de infortunios de los cuales nadie es verdaderamente el culpable.

—¡Sapo! ¡Sapo! —se oyó entonces una voz terriblemente infantil y nueva, acaparando la atención de todos los presentes.

—¡Arthur, pero si hablas! —exclamó la señorita Jennifer hacia su hermano pequeño de pelo rubio y ojos azules, una copia del Gobernador en miniatura.

—Ves, te dije que ningún Canning tiene defectos —se enorgulleció la señorita Amelia hacia su hermana.

—¡Sapo! ¡Sapo! —repetía Arthur, señalando al animal que todavía pateaba al aire, sostenido por la mano del Gobernador.

—¡Mi señor! —consiguió hablar también la señora Manderley después de recuperar la compostura—. Me parece que estará de acuerdo conmigo con que esto no puede continuar así, la influencia de la señorita Rothinger es ya de por sí poco recomendable, pero lo de hoy ha sido un auténtico despropósito.

—Le rogaría que aguardara a que el animal fuera liberado antes de poner en duda mis capacidades como institutriz, señora Manderley. No me parece justo hacer sufrir a una criatura inocente —expresó Emma, pasando dl bochorno al enfado.

Nathaniel observó cómo el pecho, prominente e imposible de ignorar para cualquier observador, de Emma se agitaba alterado bajo la tela ceñida de su recatado vestido. No se fijó en él porque le pareciera un atributo atrayente, por supuesto que no. Hacía tres años que él no tenía ningún interés por las mujeres, ni siquiera se había permitido la compañía de una prostituta. No había sentido la necesidad masculina ni el ímpetu necesarios para ello.

Enfocado en su trabajo, en los niños, y en superar la pérdida de Tara no había considerado, si quiera, la posibilidad de volver a compartir el lecho con alguien. En su cuerpo no había nada más que hielo, se sentía frío, como si hubiera muerto junto a su esposa.

Aun así, su vista se quedó clavada en el busto de la señorita Rothinger. —Creo que eso sería lo apropiado, sin duda —volvió a intervenir el señor Herming, sacando a Nathaniel de su pequeña ensoñación.

—Señorita Rothinger, me veo obligado a acompañarla personalmente a liberar este animal indeseado —comentó Nathaniel, mirándola a los ojos nuevamente, ese par de ojos verdes, tan llenos de vida, de emoción—. No me gustaría que volviera a atacar a alguno de los miembros de esta casa.

La señorita Rothinger inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Puedo venir yo también, padre? —preguntó Oliver, saliéndose de la fila, dando un paso hacia delante, ilusionado.

—No me parece adecuado, Oliver. Tu maestro te está esperando.

—Oh, en absoluto, me parece que sería muy grato para mi alumno observar a un anfibio en su medio natural, mi señor —Sonrió el señor Herming y Nathaniel vio como Emma sonreía de vuelta al maestro, con una especie de mirada cómplice.

—Señorita Rothinger, quédese entonces con las niñas, nosotros iremos a liberarlo.

—Oh, papá, yo también quiero ir —lloriqueó Amelia.

—Y yo —dijo algo temerosa Jennifer.

—¡Sapo! ¡Sapo! —volvió a gritar el pequeño Arthur, provocando una risa contenida en Emma que, pese a verse visiblemente afectada por lo ocurrido, parecía no perder el buen humor en ninguna circunstancia.

—No me gusta nada todo esto, concuerdo con la señora Manderley en que esto no puede seguir así —notó él su mal humor, su irritación al ver el descontrol, las risas, la felicidad apenas perceptible, como si se estuvieran olvidando de Tara—. Pero por hoy os permitiré acompañarme, vamos, venid —cedió, uniéndose a la locura de la señorita Rothinger por unos instantes.

"Sentí que, a pesar de mis errores, estaba progresando con los pequeños. En tan solo tres días, el joven Oliver comenzó a mostrarse más espontáneo, entusiasmado con la vida. El señorito Arthur mostró habilidades en la comunicación. Y las niñas, especialmente la señorita Jennifer, parecían empezar a depositar su confianza en mí".

Capítulo 6

El despacho del Gobernador Canning

Las locuras que más se lamentan en la vida de un hombre son las que no se cometieron cuando se tuvo la oportunidad.
Helen Rowland.

Con el monóculo puesto, Emma comenzó a fantasear sobre al menos diez formas distintas de hacer añicos ese molesto artilugio. Lo tenía atado a una cadena doble de oro que se cruzaba hasta su cuello y la miraba con gesto airado de arriba a abajo a través de él. Era su mirada azul lo que la hacía sentir vulnerable, su altura, su pelo platinado, su todo él. Jamás se había sentido así en presencia de un hombre, pero él conseguía hacerla flaquear. Era autoritario hasta decir basta.

Estaban en el despacho. Era la segunda vez que Emma entraba allí, y no distaba nada de la primera. La misma oscuridad, las mismas cortinas negras cubriendo los ventanales, el mismo retrato de Tara mirándolos fijamente, y el mismo gesto gélido del Gobernador Canning.

Sobre la mesa no había ninguna caja de puros ni rastro de cigarrillos. La licorera estaba cerrada y llena, a la espera de algún posible invitado, pero nada más. Nathaniel Canning parecía no tener defectos.

«Ningún Canning tiene defectos».

—Señorita Rothinger, necesito que me brinde una explicación franca y sin evasivas sobre lo acontecido esta mañana durante la hora del desayuno —habló él después de un largo silencio, provocando en Emma un pequeño sobresalto—. Debo advertirle de que dicha explicación será determinante para decidir si continúa su estancia en esta casa por un día más.

—Sí, General. Quiero decir: sí, Gobernador.

Nathaniel enarcó una ceja rubia y apretó su mandíbula.

—¿Acaso considera posible, por mera casualidad, que mis hijos hayan protagonizado una escena ridícula durante el desayuno el día de hoy, para luego aventurarse al estanque y cubrirse hasta las rodillas de barro mientras usted impartía una breve charla sobre los renacuajos?

Emma entendió que la opción más simple habría sido asentir con él, luego disculparse y prometer que nada similar volvería a suceder. Sin embargo, él había solicitado sinceridad, y ella, a pesar de su deseo ferviente de permanecer allí, no podía seguir alimentando lo que consideraba una crueldad hacia esos pobres niños huérfanos de madre. Si defenderlos significaba hablar con franqueza y enfrentarse de nuevo a la posibilidad de ser despedida esa misma noche, lo haría sin titubear. No temía la intemperie; de niña, antes de ser acogida por los Condes de Norfolk y adoptada por el ama de llaves de estos, Bethany, había pasado muchas noches al aire libre junto a su hermano Jeremy. Aunque su apariencia exterior reflejara la de una dama, Emma era consciente de su origen humilde y de su capacidad para sobrevivir ante cualquier adversidad.

—El concepto del ridículo, mi estimado señor, es sumamente subjetivo. Lo que para usted pueda haber parecido tal cosa, para mí ha representado una magnífica oportunidad de conocer más a fondo a mis alumnos. Ha sido la ocasión perfecta para descubrir que detrás de la aparente seriedad y rigidez del joven Oliver, aún pervive un niño con sueños e ingenio. Igualmente, he tenido el placer de constatar que las jóvenes damas poseen la admirable habilidad de adaptarse a

cualquier circunstancia, por adversa que parezca. Y, sobre todo, me complace informarle, Su Nobilísima, que este episodio me ha permitido descubrir que el señorito Arthur sí posee la capacidad de expresarse verbalmente, cosa que hasta ahora todos poníamos en duda.

—¿Acaso creía que mi hijo era mudo? Por favor —se estiró Nathaniel, delante de ella, pues no se había sentado en la mesa del despacho—. Ningún Canning tiene defectos.

Emma rodó los ojos, sin importarle lo que él pudiera pensar sobre ese gesto; empezaba a estar harta de esa frase.

—Este acontecimiento, señor —lo ignoró—. No solo me ha brindado una valiosa información acerca de las aptitudes de los niños, sino que también ha sido una oportunidad para impartirles algunas lecciones sobre ciencia, en las cuales debo reconocer que el señor Herming ha sido de gran ayuda.

—Oh, el señor Herming, por supuesto —Sonrió de golpe el Gobernador, pero Emma supo que no era una sonrisa, sino más bien una mueca de profunda ira mal contenida—. No quiero sonar descortés, señorita Rothinger, pero en esta casa no se toleran las relaciones de ningún tipo entre los empleados.

—Mi señor, apenas he transcurrido tres días en esta residencia. Como podrá imaginar, el tipo de relación que haya podido entablar con el señor Herming durante este breve lapso es prácticamente inexistente. Sin embargo, si sugiere que no se permite forjar una amistad, debo expresar que me parece poco más que un sin sentido.

—Mis empleados trabajan, no forjan amistades —recalcó el Gobernador, ajustándose el monóculo contra el ojo, como si no se creyera que ella estuviera llevándole la contraria.

De hecho, Emma tampoco podía creerlo. Por supuesto que había tenido desacuerdos con sus anteriores señores, pero nunca se había enfrascado en una discusión tan intensa como aquella. Se dio cuenta de que su respiración estaba agitada, de que apenas podía respirar. Quizás fuera porque jamás había presenciado semejante injusticia hacia unas criaturas inocentes.

No era justo que esos niños vivieran en un luto permanente. Entendía y valoraba el respeto que el Gobernador quería inculcarles hacia la memoria de su madre, pero no hasta el punto de anularlos, de no dejarles ni siquiera sonreír y de impedir su desarrollo.

Como si el solo hecho de curvar los labios hacia arriba fuera una traición hacia un fantasma.

El bochorno sofocante de Calcuta, sumado a la angustia que la atormentaba por dentro debido al asunto de Sylvie y la disputa con el Gobernador, le provocó un repentino sofoco que la dejó mareada. No fue su intención perder el equilibrio de sus pies, pero se tambaleó.

Nathaniel observó cómo la señorita Rothinger adquiría un tono rojizo que se extendía desde la raíz del cabello hasta el cuello, para luego notar el brillo del sudor en su frente. Lo último que necesitaba era que esa mujer enfermara en su propiedad. La vio tambalearse y entonces se horrorizó, obligado a tomarla por los hombros.

Una situación espantosa.

Al cogerla, percibió que ella olía a flores. A flores silvestres, a campo, a hierba recién cortada. La notó tierna, sus brazos eran carnosos, no como los de Tara, que habían sido delgados y rígidos.

No tenía sentido compararlas, pero lo hizo sin querer. Pues no había tocado a ninguna mujer desde su esposa. Y no era que no hubiera conocido a mujeres hermosas durante esos tres años, o que ninguna dama no se le hubiera insinuado. Simplemente, él no había sentido interés por ellas. Tampoco sentía interés por la señorita Rothinger, eso sería inadmisible.

Ella era su empleada, la institutriz de sus hijos, estaba bajo su protección. Y el recuerdo de

Tara seguía fresco en su memoria.

Emma percibió el roce de las manos frías y toscas de Su Nobilísima sobre sus brazos. Aún llevaba puestos los botines empapados de barro y parte de los dobladillos de su falda estaban húmedos, pues apenas liberaron al sapo, habían regresado apresuradamente a la residencia y el Gobernador la había conducido directamente a su despacho.

Se sintió absolutamente fuera de lugar, desfavorecida, como si de repente ella fuera la mujer menos agraciada del mundo y el Gobernador el hombre más deseable que jamás hubiera existido. A pesar de estar firmemente sujeta por él, se sintió insegura, estúpidamente torpe. Todo el brío del que había presumido durante su vida, toda su valentía, absolutamente todo aquello que la había mantenido con vida hasta ese momento, se congeló. Hasta su corazón cálido y rebosante de fuerza se quedó paralizado.

Capítulo 7

Quemazón

La institutriz es como una vela en la oscuridad, iluminando el camino hacia el conocimiento y la virtud para sus pupilos, a menudo sacrificando su propia felicidad en el proceso.
Desconocido.

Después de que su cuerpo se enfriara con el contacto del Gobernador Canning, de sentir que todas sus energías la abandonaban con su roce, Emma perdió el sentido del tiempo y de la realidad. Todo se sumió en la oscuridad y, finalmente, se desvaneció. Su cuerpo se cayó sobre el abdomen de Su Nobilísima sin poder hacer nada para evitarlo.

No había nada que le apeteciera menos en el mundo que cargar a la señorita Rothinger hasta su alcoba. De hecho, no se le ocurría una manera más indeseada de pasar parte de la mañana que la de tener que avisar al médico para que la revisara. La señorita Rothinger estaba ardiendo, podía notarlo a través de la tela de su vestido que, a decir verdad, era demasiado gruesa para Calcuta. Era un vestido de verano, pero para Inglaterra. En ese país en el que estaban precisaban de algodones mucho más finos si no querían desmayarse como lo había hecho ella.

¡Lo que le faltaba! Que una completa desconocida, a la que había querido despedir ese mismo día, se enfermera en su propiedad.

La señorita Rothinger había caído sobre su cuerpo tras intentar cogerla por los brazos, así que se vio obligado a cargarla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la señora Manderley en cuanto salió del despacho con Emma en brazos, como si la sirvienta hubiera estado cerca de la puerta todo ese tiempo.

—Avise a un médico —respondió Nate sin mirarla. La señorita Rothinger, a pesar de que era una mujer de generosas formas, era diminuta y fácil de cargar—. Y asegúrese de que los niños no se enteren de esto, no me gustaría que se asustaran innecesariamente.

—Sí, Su Nobilísima. Pero no debería cargar con ella, mi señor. Está muy por encima de tener que hacer esto. Si lo requiere, avisaré a un bracero para que lo haga.

—Solo soy un caballero atendiendo a una dama en apuros, señora Manderley. Se ha desmayado cuando intentaba despedirla, y me veo con la obligación moral de auxiliarla —respondió él, empezando a subir la famosa escalinata de Canning's House; fue una idea de Tara decorar la propiedad con esa escalinata y él siempre lo había considerado una idea estupenda, pues le otorgaba a la casa un toque de distinción único con motivos hindúes.

Tara siempre había pensado en esas cosas. En cómo hacer de su vida, de su casa y de su familia, un estandarte de su carrera política y personal.

—Si me permite sugerirle, mi señor —continuó la señora Manderley, siguiéndole los pasos —, quizás no debería apresurarse en tener tantas consideraciones hacia la señorita Rothinger. Tratarla como una dama quizás sea excesivo. Desconocemos el motivo de su desmayo, y quizás no haya usted notado la familiaridad con la que hablaba con el señor Herming. En realidad, no sabemos nada de ella, aparte de su evidente falta de decoro e integridad. Me atrevería a decir que ninguna de las institutrices anteriores se comportó de una manera tan inapropiada como lo está

haciendo ella. Es una mujer coqueta.

Nathaniel enarcó sus dos cejas platinadas mientras avanzaba por la escalinata. No le parecía que la señorita Rothinger fuera una mujer de ese tipo, de esas que intentaban seducir a los hombres. Si bien su comportamiento distaba mucho del que esperaba de una institutriz, no podría llegar a tildarla de coqueta. Al menos, él no la había visto de esa manera.

La señorita Rothinger tenía un carácter espontáneo y apasionado, era vivaz y transparente, lo que podía inducir a la gente a pensar mal de ella. Pero no había vislumbrado esa clase de maldad en ella.

—Quizás tenga razón en algunas cosas, señora Manderley —dijo Nathaniel, sin ánimos de defender a la señorita Rothinger y alcanzando la planta superior—. Sin embargo, preferiría no tener que lamentar otra desgracia en mi hogar, sobre todo no deseo tener que lidiar con la enfermedad de una mujer desconocida. Sería prudente que un médico acudiera rápidamente a evaluarla. Si su enfermedad se prolonga, nos veremos obligados a mantenerla aquí, aunque no queramos.

—Siempre y cuando no sea lo que yo sospecho que es, mi señor.

Nathaniel miró a la señora Manderley, incrédulo, mientras esta abría la puerta de la recámara. No era característico del ama de llaves inmiscuirse en chismes. ¿Cómo podía sugerir que la señorita Rothinger estaba embarazada? La joven había pasado varios meses a bordo de un navío; de ser cierto, su estado sería evidente. ¡Eso era una locura! ¡Y una tontería!

—¿Acaso sabe algo que yo desconozco, señora Manderley?

—Como le he dicho, no sé nada sobre esta joven, mi señor. Pero solo tiene que verla, observarla, yo llevo haciéndolo desde que llegó porque me parece una mujer demasiado peculiar.

Nathaniel depositó con cuidado a Emma en la cama de su modesta habitación, la misma que él le había cedido para residir en su propiedad (cerca de la habitación de los niños), y la observó detenidamente como el ama de llaves le había sugerido. Desde su pelo rojo recogido en un moño bajo, ligeramente desordenado por el incidente con el sapo, hasta su frente amplia, sus cejas del mismo tono rojizo que su cabello, su nariz ligeramente pequeña pero hermosa, y sus labios grandes y rosados. Era una beldad. Una mujer muy hermosa, que aparentaba muchos menos años de los que tenía. Luego siguió su recorrido por el cuello, pálido y aterciopelado. Aunque no lo había tocado, no había tocado su piel, solo la había rozado por encima del vestido, pero su piel parecía muy suave.

Tuvo que contener el aliento en cuanto llegó a sus pechos, eran generosos. ¿Sería eso a lo que se refería la señora Manderley? Aunque su esposa había estado embarazada en cuatro ocasiones, lo que sabía sobre ese tema era escaso o nulo, pues Tara siempre se había retirado durante sus períodos de espera, tal y como se esperaba de una buena mujer inglesa. Las mujeres embarazadas de alta alcurnia solían recluirse lejos de sus esposos para evitar molestarlos.

—Mírele la barriga, mi señor —lo instó el ama de llaves—. La tiene hinchada, ¿no lo ve? Y no ha parado de comer desde que ha llegado aquí. Le aseguro que esta mujer algo esconde, su glotonería no entra dentro de lo normal. Y ahora, esto: un desmayo.

—Ya es suficiente, señora Manderley —la cortó Nate, apartando la vista de la señorita Rothinger y de su barriga, que si bien no era plana del todo, tampoco le parecía hinchada de la manera que debería estarlo en caso de estar esperando a un hijo—. No me corresponde a mí observar a una mujer de esta manera, ya sea cierto o no lo que usted está insinuando —se ofendió el Gobernador; la señora Manderley tragó saliva, pues no era habitual que el Gobernador se enfadara con ella—. Por favor, avise al doctor de inmediato, tal y como le he pedido que

haga.

—Tiene razón, mi señor. Acepte mis disculpas —reverenció la señora Manderley, que nada en ella destacaba especialmente, pues su aspecto era de lo más común, con rasgos vulgares. Su pelo era de un color rubio apagado, su cara pálida y sus ojos avellana—. Solo me preocupo por la seguridad de esta casa, por el bienestar de esta familia y el de los niños.

Nathaniel se vio obligado a relajar su postura. Reconocía la indispensable labor de la señora Manderley; sin ella, la casa se habría desmoronado por completo. —Lo sé.

—Ahora mismo avisaré al doctor, mi señor —volvió a reverenciar la señora Manderley y salió de la estancia apresuradamente.

Nathaniel Canning observó de nuevo a Emma, esta vez a solas con ella. Recordó las palabras que ella le había dirigido sobre el amor el día en que se conocieron, cuando le aseguró que el amor perduraba a través del tiempo, trascendiendo incluso la vida y la muerte.

¿Sería posible que la señorita Rothinger ya hubiera experimentado lo que era el amor? ¿Habría entregado su corazón a algún hombre antes de llegar a Calcuta? Emma parecía ser una persona romántica, un rasgo común en las mujeres, pero en ella más pronunciado.

Además, cualquiera se enamoraría de ella. Sería fácil amar a una mujer así, tan femenina, tan hermosa, tan agradable y risueña. Una mujer no apta para débiles o inseguros, pues como la señora Manderley, fácilmente cualquiera podría confundir su actitud despreocupada o apasionada, con la coquetería. A él, en cambio, la señorita Rothinger le parecía que era cualquier cosa menos fácil. Se la imaginaba blandiendo un palo contra cualquier hombre que quisiera sobrepasarse con ella, como lo hizo con sus perros de caza.

Ah, pero era demasiado vulgar. No tenía sentido de la vergüenza, y eso desperdiciaba cualquier encanto que pudiera tener. Solo había que dar un vistazo a sus botas y a los bajos de sus vestidos, llenos de barro todavía.

—Hace frío —escuchó entonces la débil voz de la señorita Rothinger.

—No se preocupe, pronto llegará el médico para revisarla.

—Usted hace bajar la temperatura de la estancia, mi señor —comentó ella con total descaro.

Nathaniel tuvo que mirarla fijamente a la cara durante algunos segundos para darse cuenta de que estaba delirando; de lo contrario, se hubiera ofendido seriamente.

Con las cejas enarcadas y dejando el monóculo suspendido en su cuello después de haber examinado el rostro delirante de la señorita Rothinger, hizo sonar la campanilla que estaba sobre una de las mesitas auxiliares. Había una en cada habitación; al hacerla sonar, alguien del servicio debía acudir. Pero no acudió nadie y la señorita Rothinger seguía quejándose por el frío.

¿Cuándo recuperaría la normalidad? Desde esa mañana, solo había experimentado una desgracia tras otra. Además, su trabajo en las Oficinas del Gobierno se acumulaba sin cesar. Debía prepararse para la llegada de la Marquesa de Ailsa. Y todo aquello solo suponía una pérdida de tiempo. Sus padres, los vizcondes de Canning, lo habían educado para ser un hombre exitoso, y todavía vivían, en una zona rural de Inglaterra, siempre pendientes de sus progresos. Hacía años que no los visitaba, los mismos que tenía Oliver. Su carrera política, su vida en Calcuta, lo habían llenado todo. Y jamás se había permitido una equivocación, un desliz, salvo el día en el que compró ese dichoso caballo. Ese caballo, ese regalo para Tara. Ese caballo maldito.

Molesto, se acercó a las botas de la señorita Rothinger y las retiró con dos movimientos rápidos; no deseaba tocarla, no quería sentir su cuerpo ardiente a través de las medias de sus pies, ni indagar si estos eran pequeños o delicados. Tampoco la miró cuando, de otro movimiento rápido, le sacó la falda mojada. Sus piernas quedaron fuera de su vista gracias a la estrecha crinolina que llevaba; aunque, por supuesto, tampoco tenía ningún interés en saber cómo eran.

No tenía ningún interés en esa mujer que yacía delirante en la cama que él mismo le había prestado. Por muy hermosa, por muy roja, e irritante que fuera. Era detestable, estúpidamente detestable. Hasta enferma se atrevía a contrariarlo.

Desearía no haberla conocido, y desearía haberla podido despedir ese mismo día. A todas leguas, la señorita Rothinger era un dolor de cabeza.

La envolvió con las sábanas de la cama. A pesar del bochorno, ella daba la impresión de sentir frío. De forma instintiva, llevó la mano a su frente para comprobar su temperatura y sintió una quemazón. Percibió el ardor en la palma de su mano y estaba seguro de que habría desarrollado ampollas si no la hubiera retirado de inmediato. Esa mujer no necesitaba coquetear, poseía un extraño atractivo que carecía de artimañas.

No era elegante, ni siquiera distinguida, y aunque había recibido una buena educación, la carencia de padres y de linaje era evidente. Ella no era de una familia noble, ni siquiera rica. Algo había comentado sobre que sus padres habían muerto en un accidente laboral en Portland, por lo que provenía de una familia de jornaleros. Si no fuera por la bondad de los Condes de Norfolk, Emma Rothinger no sería más que una mujer más de entre tantas que recogían carbón o hacían mover los telares en las fábricas. Y, aun así, Nathaniel Canning se quedó mirándola fijamente, y reconoció que para un hombre sería díficil mirarla una sola vez.

La vio sollozar, abrir la boca ligeramente y retorcerse bajo las sábanas, y entonces experimentó algo que no había sentido en mucho tiempo, algo terriblemente inconsciente y que había creído haber perdido para siempre: deseo.

Un deseo sexual que había creído muerto y enterrado junto a Tara. Una tensión poderosa que le provocó un dolor insoportable.

«No puede ser», se dijo a sí mismo, sintiéndose terriblemente culpable por ello. Con un gruñido, y muy enfadado consigo mismo, abandonó la estancia a toda prisa y se encerró en su recámara tras pedir un baño de agua fría. Se escondió hasta que los sirvientes le llenaron la tina y no se bañó hasta que los hubo despedido a todos, con graves dificultades para volver a la normalidad, para relajarse de nuevo. Estuvo tentado de complacerse a él mismo, pero no lo hizo. No podía hacerlo. No podía sentir placer, no se lo permitiría.

Él mató a su esposa.

A la madre de sus hijos.

No sería justo que ahora disfrutara, que ahora se permitiera sentir placer, o excitarse con una mujer a la que ni siquiera conocía.

La señorita Rothinger debía marcharse, cuanto antes.

"Desconocía por completo qué me estaba sucediendo. No era una mujer propensa a enfermar. No podía permitírmelo, pues estaba sola en el mundo. Pero caí en la casa del Gobernador, sin imaginar que mi enfermedad pudiera provocar tantas opiniones, sentimientos y reacciones en aquellos extraños que me rodeaban y con los que estaba conviviendo con el fin de educar y acompañar a cuatro niños que lo habían perdido todo, incluido a su padre, a pesar de seguir vivo."

Capítulo 8

Tormenta de nieve

La vanidad es tan fantástica, que hasta nos induce a preocuparnos de lo que pensarán de nosotros una vez muertos y enterrados.
Ernesto Sábato.

—Nate —escuchó la voz de Tara en la distancia—. Nate —repitió esa voz que resonaba de manera idéntica a la de su esposa, y de pronto la visión de ella se volvió borrosa ante sus ojos, con sus oscuros orbes, su cabellera negra y su imperturbable semblante. No era la primera vez que le sucedía; de hecho, le ocurría con frecuencia. Cada vez que caía en un sueño profundo, veía a Tara frente a él, y la percepción era increíblemente real.

Sin embargo, unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensueño. Se había quedado dormido en la bañera fría. —Mi señor —escuchó la voz del mayordomo, el señor Fairchild. Era el sirviente más veterano de su propiedad, lo había llevado consigo desde Inglaterra, y ya era casi un anciano. A pesar de que debería dejarlo marchar con una buena compensación, él se negaba a irse y Nathaniel tampoco sentía prisa por despedirlo; después de todo, la señora Manderley se encargaba de la casa mejor que nadie y el viejo Fairchild, en muchas ocasiones, solo seguía sus indicaciones.

—¿Qué sucede? —carraspeó, saliendo de la tina y sintiendo su cuerpo frío mientras tomaba un paño para secarse.

—Se trata del médico, mi señor. Ya ha examinado a la señorita Rothinger y desea hablar con usted.

Por un momento, había olvidado por completo a la institutriz, a pesar de haberse quedado dormido pensando en ella. Su ayuda de cámara, un hindú, lo asistió para vestirse con celeridad y salió de su habitación. Aquel cuarto había sido su refugio desde que enviudó, incapaz de usar la alcoba presidencial o la conyugal que había compartido con Tara.

—¿Y bien? —preguntó al ir en busca del médico, que lo había estado esperando en el despacho.

¿Durante cuánto tiempo se había quedado dormido? A veces, perdía la noción del tiempo entre sueño y sueño. Por eso, prefería ausentarse en las Oficinas del Gobierno, allí no perdía el control de su vida como le ocurría en casa. Había pensado varias veces en mudarse, pero no podía dejar atrás los recuerdos que lo ataban a la propiedad.

—Gobernador —reverenció el señor Hastings, poniéndose de pie. Lo conocía bien y sentía aversión por él. Después de todo, había sido él quien había certificado la muerte de su esposa. En Calcuta no abundaban los médicos ingleses, por lo que ese hombrecillo de pelo oscuro y espeso bigote solía ser el encargado de los asuntos médicos relacionados con los miembros de la alta nobleza o altos cargos del Imperio Británico.

—¿Cuál es el diagnóstico de nuestra recién llegada de Inglaterra, señor Hastings? —inquirió, evitando su mirada mientras buscaba su talonario para abonar sus honorarios.

—Pues me temo, mi señor, que la señorita Rothinger está esperando un hijo —declaró el doctor Hastings. Nathaniel levantó la mirada del cajón, aún de pie, y clavó su penetrante mirada

azul en los ojos avellana del médico, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Las palabras de la señora Manderley lo golpearon como una verdad irrefutable. ¿Por qué no la había querido escuchar? Al fin y al cabo, su ama de llaves era la persona con quien más confiaba tras su secretario personal.

—¿Está usted seguro? La señorita Rothinger ha llegado aquí con excelentes referencias. Me resulta difícil creer que una mujer con su impecable historial profesional y las recomendaciones más elogiosas de personas destacadas en Inglaterra esté esperando un hijo, ya que, según tengo entendido, la joven no tiene esposo.

—Su Nobilísima, estoy completamente seguro de lo que afirmo. La señorita Rothinger muestra señales de estar embarazada de unos cinco meses, aunque su barriga apenas es visible. Estoy convencido de que los corsés que lleva también han contribuido a ocultar su estado.

¿Y por qué le resultaba tan difícil creerlo? ¿Por qué no podía concebir la posibilidad de que la señorita Rothinger se hubiera entregado a un hombre sin honor? ¿Por qué le costaba aceptar que tal vez la señorita Rothinger había amado a alguien y todo había terminado en tragedia? ¿Por qué no podía imaginarla en los brazos de otro?

Pero era el propio Sir Hastings quien lo estaba informando sobre ese tedioso e inesperado asunto. No se trataba de las sospechas de su ama de llaves ni de un mero rumor infundado. La señorita Rothinger, la mujer que lo desafiaba constantemente con sus demostraciones de falta de límites estaba esperando un hijo. No debería extrañarle. Ella no había sido, precisamente, un dechado de virtudes, y solo llevaba tres o cuatro días allí con ellos.

—Entiendo que le resulte increíble —continuó el señor Hastings—. Son circunstancias que escapan al entendimiento de un hombre de su integridad, y lamento ser yo quien le dé esta noticia tan impropia de ser pronunciada ante un caballero de su rango. Pero, si me permite aconsejarle, lo mejor sería que despidiera a esa mujer lo antes posible. Temo por el bienestar de su familia.

Nathaniel sintió como si un centenar de agujas, similares a las que su madre empleaba para bordar, se le clavaran en el cuello. Las sombrías paredes de su despacho se oscurecieron aún más, y los ojos de Tara, inmortalizados en el retrato que colgaba de una de las paredes principales, parecieron moverse hacia él, observándolo con desdén por haber permitido que una mujer sin reputación entrara en su propiedad y se ocupara de sus hijos.

Otro error.

Se había encargado de no volver a cometer ninguno más desde la compra de ese maldito caballo que seguía relinchando en los establos de su propiedad.

Un caballo de color rojo, pelirrojo.

Pero se había vuelto a equivocar.

Iracundo, con la furia palpitando en sus sienes, firmó el cheque para abonar los honorarios del señor Hastings y lo despidió sin más que un par de palabras de cortesía. Salió del despacho antes que el médico, sin mirar a la señora Manderley que lo había estado esperando en una esquina sombría, y subió la escalinata de Tara sin respirar. Echó una mirada rápida al otro retrato de Tara en mitad de la escalinata y llegó a la habitación de la señorita Rothinger con el talonario en las manos, dispuesto a pagarle en ese mismo instante para que se marchara de allí sin más dilación.

Tocó la puerta un par de veces, pero no aguardó respuesta. Después de todo, consideraba que una mujer como ella no merecía ese tipo de deferencia, pues ya no era una mujer intachable ni una dama. No podía juzgarla, no sabía nada de su pasado ni cómo había terminado con un hijo en su vientre sin un esposo, pero lo único que sabía era que la quería lejos de su propiedad, de

sus hijos y de su vida.

Al abrir la puerta, sin embargo, la encontró despierta y ella lo miró con sus ojos verdes. Estaba sentada en la cama, envuelta en las sábanas blancas, con la espalda apoyada en el respaldo.

Sus ojos no parecían los de una mujer como la que se había estado imaginando desde que el médico le había dado la noticia. Sus ojos brillaban con un verde lleno de vida, de emociones; pero, sobre todo, le parecían unos ojos inocentes a pesar de su pasión. Una mirada que jamás había visto hombre alguno desnudo, una mirada propia de las mujeres castas, ajenas a los placeres de la cama. Sin saber muy bien por qué, escondió el talonario en su chaqué y dio un paso hacia el frente; mudo, de repente. Alguien la había ayudado a ponerse el camisón, seguramente alguna doncella. Y su pelo rojo estaba cogido en una larga trenza bien espesa. Le pareció que no era de ese mundo, le pareció tan hermosa que ni siquiera pudo tragar saliva.

—Su Nobilísima —expresó ella con esa voz potente y femenina, nada parecida a la de Tara. La voz de la señorita Rothinger resonaba como la de una cantante de ópera, la de una actriz o la de una mujer del paraíso—. ¿Qué le ha dicho el médico? No ha querido compartir nada conmigo.

Se quedó sin palabras unos segundos más, mirándola fijamente a los ojos. —Padece usted de un parásito intestinal, señorita Rothinger —mintió, sin reconocerse a sí mismo.

Rígido, apretando los puños por detrás de su espalda y sintiendo un sudor muy frío corriéndole la espalda, casi doloroso. Aquello no era propio de él. Estaba atentando contra sí mismo, contra todo lo que había luchado y perseverado toda su vida. Sintió que la vida se le escapa de control, pero la retuvo entre sus puños, apretándolos más y más hasta sentir el dolor de sus uñas contra su carne.

—¡Oh! —rio la señorita Rothinger, ajena a la tormenta de nieve que estaba sufriendo el Gobernador en su mente y al incendio que se había desatado en su alma al unísono—. Eso sí que es vergonzoso, mi señor —se ruborizó ella—. Debe de haber sido por la comida del buque. ¿Le ha recetado algún medicamento? Oh, por favor, permita que yo costee el tratamiento, tengo un poco de dinero en mi equipaje.

—¿Todavía no lo ha deshecho?

La señorita Rothinger le dedicó una de sus miradas amonestadoras, seguramente recordando el plazo de quince días que él mismo le había dado. —No, mi señor —contestó ella, con cierto sarcasmo.

—Ordenaré que se lo deshagan ahora mismo, no se irá hasta que se recupere. Por el momento, podemos olvidarnos del plazo que le había dado —zanjó, desviando la mirada de los ojos sorprendidos de la señorita Rothinger hacia la salida, incapaz de permanecer allí ni un segundo más.

No tenía ni idea de por qué había tomado esa decisión impulsiva tan impropia de él. Ni de por qué permitía que una libertina, una cualquiera, siguiera un minuto más en su propiedad, la casa que había construido con su decente esposa y que era un lugar honorable para recibir visitas de todo el mundo. Tampoco no tenía ni idea de cómo era capaz de dejar que esa mujer fácil y ligera de moral respirara el mismo aire que sus perfectos hijos.

Pero lo estaba haciendo. Aunque, por supuesto, no era una decisión irrevocable. La echaría en cuanto entrara en razón, en cuanto asimilara lo ocurrido se sinceraría con ella y la despediría.

—Mi señor —escuchó la voz apesadumbrada de la señora Manderley en cuanto salió de la habitación de la institutriz—. No pude evitar preguntarle al señor Hastings sobre el estado de la señorita Rothinger. Siento mucho que mis sospechas se hayan confirmado. Es una verdadera lástima, mi señor. Pero no podemos permitir que alguien como ella permanezca en una casa

respetable como esta, Su Nobilísima. ¿Quiere que mande a un bracero para que compre el billete de la señorita Rothinger? No tardaré ni un solo minuto en hacerlo, se lo aseguro.

—Avise a alguien para que deshaga el equipaje de la señorita Rothinger —contestó él, sin mirar al ama de llaves, dispuesto a encerrarse en su habitación de nuevo.

—¿Qué? —se detuvo en seco la señora Manderley.

—Que avise a alguien para que deshaga el equipaje de la señorita Rothinger —repitió él, sin darse cuenta de que la señora Manderley por poco se desmaya también, pero de la impresión, en mitad del pasillo.

Capítulo 9

Los ojos avellana de la señora Manderley

Gran parte de las dificultades por las que atraviesa el mundo se deben a que los ignorantes están completamente seguros y los inteligentes llenos de dudas.
Bertrand Russell.

Había decidido, después de permanecer confinado en su modesta alcoba, salir de la propiedad y dirigirse a las Oficinas del Gobierno. El trabajo era lo único que lo ayudaba a sentirse mejor, siempre. Esa era su única felicidad, si es que se podía considerar mínimamente feliz.

—Buenos días, Gobernador —lo saludó el señor Kamis, su secretario personal.

—Buenos días. ¿Hemos comenzado a organizar la visita de la Marquesa de Ailsa?

—Se ha considerado alojarla en la torre principal, donde podrá disfrutar de privacidad y comodidad al mismo tiempo. Sin embargo, la mayor parte de su estancia la pasará en Canning's House, desde donde se llevarán a cabo los banquetes y los encuentros con otros distinguidos miembros de Calcuta y demás eventos.

—El proyecto del ferrocarril va viento en popa, por lo que veo —comentó, tras echar una rápida ojeada a uno de los documentos que tenía sobre la mesa de su despacho—. Pero temo una revuelta por parte de los autóctonos; la última ley que aprobamos no les sentó demasiado bien.

—La ley de impuestos fue excesiva, Su Nobilísima.

—Lo sé, pero ya sabe que, en muchas ocasiones, solo aplicamos lo que el Imperio Británico requiere. Tendremos que solventar el problema aquí, pues ya ha habido varias protestas a lo largo del país. No sería nada extraño que, muy pronto, hubiera un conflicto en el que las armas sean necesarias. Todo esto se hablará esta tarde, en la Asamblea con los demás secretarios y miembros de la Gobernación India.

El día transcurrió con una agitada ocupación, con la mente enfocada en India, en Calcuta y en su labor. Aunque sus padres no habían sido particularmente severos con él, Nathaniel se había impuesto altas exigencias en cuanto a sus aspiraciones. No se permitía sentir alegría ni tristeza rápidamente; todas sus emociones las dosificaba en pequeñas dosis para que no afectaran a su carrera política. Así se había educado a sí mismo para llegar a ser el Gobernador de una colonia británica, pues su origen no era precisamente el más opulento ni el más poderoso.

Su padre, el vizconde Canning, poseía una buena fortuna y generosas tierras en la zona rural de Inglaterra, pero no era un duque. No tenía el linaje ni el peso social de su cuñado, el Duque de Wellington. Su esposa, Tara, había sido la única hija del primer Duque de Wellington, y su hermano era el actual Duque de Wellington, con quien Nathaniel había formado una curiosa amistad.

Arthur, el Duque de Wellington, era un hombre dado a los vicios, a las mujeres, y un vividor. Era responsable de sus posesiones, pero se dedicaba solo a mantenerlas a flote sin ambición de hacerlas crecer. Esta diferencia de carácter entre ambos cuñados, sin embargo, no había impedido que Nathaniel encontrara en Arthur a un amigo y aliado en la compleja vida social y política de Calcuta.

Por eso, tras pasar el día entre papeles, reuniones, problemas y asuntos políticos, decidió

seguir alejado de su casa un poco más.

Se dirigió hacia el Taj Palace, el club para caballeros ingleses en Calcuta. No era algo que hiciera regularmente, pero de vez en cuando lo visitaba para mantener una agradable convivencia con sus semejantes y, sobre todo, para encontrarse con su cuñado. A pesar de no tener mucho en común, le gustaba mantener una buena relación con él, pues sentía que de alguna forma honraba la memoria de su difunta esposa al hacerlo.

El Taj Palace, un emblema de la elegancia colonial en el corazón de Calcuta, se alzaba imponente bajo el cielo del atardecer. Sus pilares de mármol y grandes ventanales, adornados con cortinas de terciopelo rojo, irradiaban una grandeza que no podía ignorarse. Nathaniel Canning, el Gobernador, llegó a la entrada del club, donde los sirvientes con librea se apresuraron a abrir las puertas de su carruaje. Descendió con la gracia y el porte que su posición exigía, saludando con un breve asentimiento a los presentes.

Al cruzar el umbral, el murmullo de conversaciones refinadas y el tintineo de las copas de cristal lo envolvieron. Los hombres se reunían en pequeños grupos, enfrascados en debates políticos, chismorreos de sociedad y negocios lucrativos. Nathaniel se dirigió directamente al salón de juegos, donde el humo de los puros y el olor a brandy impregnaban el aire.

En una mesa al fondo del salón, distinguió a Arthur Wellington, su cuñado. Arthur, con su cabello negro cuidadosamente peinado y sus ojos negros brillando con una mezcla de malicia y astucia, estaba inmerso en una partida de cartas. El montón de fichas delante de él evidenciaba que estaba apostando considerablemente.

Nathaniel avanzó con paso seguro, abriéndose camino entre los jugadores y observadores, algunos de los cuales lo saludaron con un leve movimiento de cabeza. Llegó hasta la mesa donde Arthur estaba sentado, sin perder la compostura que lo caracterizaba.

—Arthur, me alegra verte tan concentrado —dijo Nathaniel, con una leve sonrisa que apenas suavizaba la seriedad de su semblante.

Arthur levantó la vista, sorprendido por un momento, antes de devolverle la sonrisa con una chispa de diversión en sus ojos oscuros.

—Nathaniel, no esperaba verte aquí hoy. ¿Te unes a la partida o solo vienes a observar cómo desplumo a estos caballeros?

Nathaniel negó con la cabeza, aunque el tono ligero de su cuñado logró arrancarle una sonrisa más sincera.

—Solo he venido a saludarte y a ver cómo te va. No creo que el azar esté de mi lado esta noche. Pero cuéntame, ¿cómo ha ido la jornada?

Arthur recogió sus cartas y lanzó una mirada evaluadora a sus compañeros de juego antes de responder.

—Ha sido un día de suerte, parece que la fortuna me sonríe. Y tú, cuñado, ¿cómo has estado? ¿Alguna novedad en la gobernación?

Nathaniel se sentó en una silla vacía junto a la mesa, dispuesto a compartir un rato con Arthur, aunque su mente divagaba, por algunos segundos, hacia la señorita Rothinger.

—Mucho trabajo, como siempre. Pero nada que no se pueda manejar.

Mientras conversaban, Nathaniel no podía evitar pensar en su esposa, la hermana de Arthur. Sentía que esos momentos con su cuñado eran un tributo a su memoria, un esfuerzo consciente por mantener viva la conexión que los unía a ambos con ella. A medida que la noche avanzaba, la charla fluía con naturalidad, y aunque el peso de sus responsabilidades nunca lo abandonaba del todo, en ese rincón del Taj Palace, Nathaniel encontró un respiro momentáneo en la compañía despreocupada de su cuñado, su único amigo en ese país en el que ambos se habían

afincado años atrás.

—¿Cómo estás tratando a mis sobrinos? —preguntó de repente Arthur, a altas horas de la noche, con unas copas de más.

Nathaniel, que estaba cómodamente reclinado en un sillón alejado de las mesas de apuestas donde los juegos ya habían concluido, arqueó una ceja con una mezcla de curiosidad y desdén. Él no había bebido más de lo necesario en una situación social como aquella.

—¿A qué viene este repentino interés por ellos? —preguntó, con su tono deliberadamente ligero, pero con un trasfondo de auténtica sorpresa.

El tío Arthur no solía preocuparse por sus cuatro sobrinos, pues no le gustaban y los consideraba poco más que un estorbo.

Arthur, con los ojos oscuros ligeramente empañados por el alcohol, se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas.—Son los hijos de mi hermana —replicó con reproche.

—Están bien cuidados, Arthur, ya lo sabes —aseguró, con su voz más suave, pero cansado. Al fin y al cabo, él era el tío de esas criaturas y tenía derecho a preguntar—. He contratado a una institutriz que parecía competente. Aunque debo admitir que la señorita Rothinger ha traído consigo una serie de complicaciones inesperadas.

Arthur rio con una carcajada ruidosa.

—¿Complicaciones? ¿Cómo las nueve institutrices anteriores?—se burló, tratando de enfocar su mente embotada—. ¿Qué clase de complicaciones?

Nathaniel se pasó una mano por su cabello rubio platino, con un gesto de frustración contenida.

—Es una historia larga y no apta para esta hora ni para tu estado actual —dijo finalmente con una autoridad que no admitía réplica alguna—. Pero puedo asegurarte de que los niños están bien. Solo... que hay ciertos asuntos que requieren de mi atención, eso es todo.

Arthur asintió lentamente, aunque era evidente que no estaba completamente satisfecho con la respuesta.

—Solo espero que, cualquiera que sea la situación, los niños no sufran por ella —dijo con un susurro antes de dejarse caer de nuevo en el respaldo de su silla mientras sus ojos estaban comenzando a cerrarse por el cansancio y el alcohol.

Nathaniel lo observó por un momento con una extraña mezcla de ternura y pesar. Sabía que Arthur, a pesar de sus defectos, tenía un corazón sincero, especialmente cuando se trataba de su familia. Y aunque los desafíos eran muchos, Nathaniel se prometió a sí mismo que haría todo lo posible por seguir protegiendo a sus hijos y garantizar su bienestar, por la memoria de su difunta esposa y por el hombre que estaba ahora dormitando frente a él.

Un poco más relajado, con su cuñado durmiendo en el sillón del frente y el club casi vacío, reflexionó sobre lo ocurrido esa mañana.

La institutriz: embarazada.

No sabía nada de su pasado. En cualquier casa decente, esa situación constituía una vergüenza y una deshonra, pues a primera vista, ella carecía de esposo. Y, en el caso de tenerlo, no podía ejercer como institutriz.

Fuera como fuera, aquello era un despropósito. Una mancha en su intachable reputación.

Nathaniel se paseó por la estancia, levantándose del sillón, con sus pensamientos oscilando entre la incredulidad y el enfado. Emma Rothinger había llegado con referencias impecables, con una reputación que parecía intachable. Y ahora, se encontraba enfrentado a una verdad que no podía ignorar, una verdad que amenazaba con desmoronar el orden que tanto se esforzaba por

mantener.

Cualquier hombre de honor se sentiría ultrajado al descubrir que una mujer bajo su techo estaba en semejante estado sin ser desposada. La posibilidad de que pudiera tener un esposo en algún lugar no suavizaba el escándalo; más bien, complicaba aún más las cosas. Una institutriz embarazada no tenía cabida en su hogar, no en una sociedad que valoraba tanto la apariencia y el decoro y en la que él era su máximo representante.

Debería haberla despedido, tal como lo había sugerido la señora Manderley y como él mismo había resuelto tras consultar con el médico. Sin embargo, al verla, al encontrarse con aquel rostro sereno e inocente, fue incapaz de hacerlo.

Ante todo, era un caballero, un hombre que velaba por el bienestar de quienes estaban bajo su cuidado. Y, si lo consideraba con justicia y frialdad, tampoco sería completamente justo expulsar sin contemplaciones a una mujer encinta. Su estado de salud podría complicarse, y él no quería ser el responsable de una tragedia aún mayor que la de permitir que otro hijo ilegítimo llegara a ese mundo. ¿Qué sucedería si ella perdía al niño por tener que viajar nuevamente hacia Inglaterra? ¿Y si ella misma perecía en el proceso?

Sí, su sentido de justicia era lo que le había llevado a tomar esa decisión aparentemente insensata.

Necesitaba encontrar una solución, pues la señorita Rothinger ya no podía desempeñarse como institutriz; su situación la excluía de manera irremediable de ese puesto. No quería que se acercara a sus hijos ni que se deambulara por su propiedad. No la quería cerca de él.

Pero ya no eran horas de seguir pensando sobre ese asunto. Apenas conocía a esa mujer. No tenía sentido perder tanto tiempo pensando en ella.

—Que alguien se encargue de llevar al Duque de Wellington a su carruaje —ordenó a uno de los sirvientes del club, dándole una generosa propina antes de salir y subir a su vehículo, que lo había estado esperando toda la noche a las puertas del club.



En la oscuridad de la noche, Emma se vio asaltada por una pesadilla. Soñó con Sylvie, su más íntimo amigo, aquel hombre con quien estuvo a punto de contraer matrimonio y construir una familia. Sin embargo, en el desasosiego de su sueño, se vio obligada a empujarlo escaleras abajo antes de que pudiera ultrajarla sin el menor atisbo de remordimiento.

Despertó bañada en sudor y se enderezó, abandonando la cama de una vez por todas. No se encontraba lo suficientemente mal como para permanecer postrada todo el día. De hecho, se sentía sorprendentemente bien a pesar de las preocupantes palabras del Gobernador.

¿Un parásito intestinal?

Todo parecía sumamente extraño. Desde el diagnóstico inesperado hasta el hecho de que nadie la hubiera visitado desde su última conversación con el Gobernador.

No le habían traído medicinas, ni siquiera un buen plato de comida. Alguna doncella le había dejado una bandeja sobre la mesa mientras dormía, pero no encontró en ella más que bocadillos fríos.

¿Así era cómo se trataba a los enfermos en aquella casa? Hizo sonar la campanilla para que alguien la asistiera con el baño. Deseaba refrescarse, pero nadie acudió de inmediato.

—La ha dejado quedarse —escuchó de repente la voz de la señora Manderley tras unos segundos de impaciencia. Apenas la vio entrar, y cuando se giró, la encontró a menos de dos

metros de distancia.

La señora Manderley continuaba observándola con esa expresión de autosuficiencia que había mostrado desde el primer día. Sin embargo, ahora acompañaba su mirada con una sonrisa desagradable, una mueca que parecía más un insulto que un gesto de simpatía.

—Estoy sumamente agradecida con el Gobernador por su amabilidad; ha sido un gesto de gran generosidad, y estoy dispuesta a retribuirlo con mi labor —respondió ella, irguiéndose instintivamente. El ama de llaves no era robusta, ni siquiera alta. Emma tampoco era alta, pero sí gozaba de un cuerpo más generoso.

—Oh, señorita Rothinger, qué ingenua es usted —rio la señora Manderley, rodeándola sin apartar la mirada de sus ojos—. No es la primera vez que el Gobernador se muestra tan indulgente con una institutriz, a pesar de las evidentes carencias profesionales que pueda tener.

—Imagino que el Gobernador debe mantener siempre una gran cortesía hacia los demás, siendo un hombre de política y experto en el trato con las personas —replicó ella; confundida, pero sin bajar la mirada, manteniéndola firme en los ojos avellana de la señora Manderley.

—Los dos abrazados, sus labios sobre los suyos, los suyos sobre los de él —dijo de repente la señora Manderley, tomándola firmemente del brazo—. No se sienta especial cuando eso ocurra, señorita Rothinger. Pero tampoco se atreva a juzgar al Gobernador por ello, pues es un hombre, y ya sabemos cómo son los hombres cuando una mujer ingenua como usted cae fácilmente en sus juegos —Emma sintió que su modesta habitación de prestado se encogía con los ojos del ama de llaves apenas a unos centímetros de los suyos y su mano fuertemente cogida a su brazo, que solo estaba cubierto por un fino camisón blanco—. Nueve, señorita Rothinger. Nueve institutrices han pasado por aquí, algunas más jóvenes que otras, pero todas terminaron renunciando. El Gobernador suele romper el corazón de las damas fácilmente, pero no es culpa de él, por supuesto que no. Es culpa de las mujeres ingenuas —repitió y Emma frunció ligeramente su ceño cubierto de pecas rojas—. Y fáciles.

—Señora Manderley, ¿qué significa esto? —se liberó Emma de su agarre y se apartó de ella, todavía no había amanecido del todo y apenas se filtraba la luz por las ventanas de esa pequeña y austera habitación que ocupaba Emma.

—Estoy salvando a una niñita de un animal hambriento. El Gobernador la usará y luego la dejará. ¿No entiende que solo la quiere como uno más de sus tantos trofeos?

Por unos instantes, Emma sintió como si estuviera atravesando una realidad alterna a la que había conocido hasta ese momento. De entre todos los hombres que había conocido, el Gobernador Canning era precisamente el más distante y hosco.

Jamás había dado indicio alguno de interés hacia ella; todo lo contrario, siempre había deseado su despido y solo su sentido del honor como caballero y su propia destreza como mujer valiente y astuta habían evitado tal desenlace.

—Una señora de su clase no debería de hablar así —se recuperó, sosteniendo el aire todavía en sus pulmones.

—Puede que tenga razón, tal vez he descuidado algunas lecciones de decoro. No obstante, me alegro de que usted permanezca aquí; estoy segura de que voy a aprender mucho de usted, nuestra nueva institutriz. ¿Había tocado la campanilla?

Emma respiró profundamente. De repente, se sintió desequilibrada una vez más, como tantas veces desde que había llegado a esa casa. No sabía qué pensar. Por supuesto que había experimentado algo diferente al ver al Gobernador; pero era porque, indudablemente, era un hombre muy atractivo.

Impresionaba con solo su mirada, de un azul cobalto tan transparente, frío y cautivador que

cualquier dama se quedaría sin aliento al contemplarlo. Tenía unos ojos muy bonitos. Pero dudaba mucho de que él sintiera algo remotamente parecido al verla a ella, y menos cuando parecía tan obsesionado con su difunta esposa. Las palabras del ama de llaves le parecían un despropósito, pero la señora Manderley conocía mejor al Gobernador que ella.

Fuera como fuera, se limitaría a hacer su trabajo e intentaría mantenerse alejada del señor. No quería confiarse como lo había hecho con Sylvie.

"Desde que había llegado a esa casa solo había experimentado algo parecido a la locura. Debería haber renunciado ese mismo día, pero algo me obligó a quedarme, una fuerza instintiva, casi de supervivencia, o de lucha. Yo nunca he sido una mujer débil, aunque quizás fuera ingenua, tal y como había insinuado la señora Manderley ese día."

Capítulo 10

Guerra de corazones

Rendirse ante la adversidad es mostrarse de su parte.
Diego de Saavedra.

A lo largo de los días siguientes, Emma se dio cuenta de que, a pesar de los esfuerzos del Gobernador Canning por proyectar una imagen de impecable perfección, en aquella casa la cortesía y los buenos modales brillaban por su ausencia.

La trasladaron a una habitación remota, lejos de los niños y del resto de la propiedad. Al principio pensó que era para evitar el contagio del parásito, pero con el paso de los días comprendió que, por alguna razón insondable, no deseaban tenerla cerca. Su único contacto con la humanidad era la señora Manderley.

El ama de llaves, con su presencia constante pero reservada, la visitaba un par de veces al día, trayéndole comida y asistiéndola con las cuestiones de higiene.

A su soledad se le sumaban unas horribles pesadillas en las que evocaba con frecuencia a Sylvie. Su prometido, con quien había soñado formar una familia, aparecía en sus sueños revelando su verdadera naturaleza, la que había mostrado en el último momento: la de un monstruo que había intentado ultrajarla, arrebatarle la virginidad antes del matrimonio.

Pero esas no eran las únicas pesadillas que la desvelaban. En altas horas de la noche, se despertaba sobresaltada por terribles ruidos que parecían perseguirla. Incluso, en una ocasión, le pareció ver la sombra de una mujer de cabello negro en su habitación, aunque sabía que no eran más que malos sueños.

A pesar de sus esfuerzos para evitar una explosión de carácter, descubrió que ya no podía soportar el encierro en aquella habitación durante más tiempo. Las paredes floreadas parecían consumirla a cada segundo que pasaba, y la vista desde su pequeña ventana que daba al patio trasero, siempre desierto, era insuficiente. Aunque hubiera habido alguien allí, tampoco habría podido comunicarse, pues su habitación estaba en la parte más alta de la casa; la habían relegado al último piso.

Decidió vestirse con la determinación que la caracterizaba. Apenas un leve mareo la asediaba y no podía permitirse permanecer en la cama. Ansiaba con fervor retomar su rutina cotidiana, reincorporarse a sus quehaceres habituales. Se decantó por uno de sus trajes oscuros más distinguidos, realzando su elegancia con un impecable cuello blanco. Sin embargo, su resuelta determinación de abandonar la estancia se vio abruptamente obstaculizada al encontrar la puerta cerrada. ¡Qué absurdo! ¿Cómo podían confinarla allí arriba? ¿Acaso se había convertido en una prisionera?

La inquietud la invadió. ¿Y si surgía un incendio o requería de asistencia urgente? Cuando aceptó trasladarse allí, ascendiendo cada escalón con confianza, nunca anticipó las repercusiones que ahora enfrentaba. Había depositado su confianza en el honorable Gobernador Canning, en su reputación intachable, pero por el momento, parecía que sus suposiciones acerca de él eran completamente erróneas.

¿Qué caballero, en su sano juicio, encerraría a una dama de esa manera? ¡Durante cinco días!

No aguardaría a que la señora Manderley acudiera a su rescate. Sin titubear, comenzó a golpear la puerta con fuerza, lanzando gritos desesperados que resonaban en la habitación. Incluso se aventuró a abrir la ventana, proyectando su voz hacia el patio trasero con la esperanza de que alguien la escuchara.



El señor Herming, quien en ese momento se encontraba instruyendo al señorito Oliver en el estudio especialmente reservado para tal propósito en el segundo piso, dio un respingo al escuchar la voz de la señorita Rothinger. Sus gritos desesperados le llegaron a través de la ventana que se abría hacia el tranquilo patio trasero. Habían pasado varios días desde la última vez que la había visto, al menos cinco, desde aquel incidente con el sapo.

Sin la confianza suficiente para indagar, había asumido en su imaginación que había sido despedida o que ella misma había renunciado.

—¡Es la señorita Rothinger! —exclamó el señorito Oliver, dejando entrever cierta alegría en su tono.

El niño, a pesar de sus propias preocupaciones, también había estado angustiado por la suerte de la institutriz, aunque nunca lo hubiera expresado abiertamente. Las barreras de confianza entre su padre y el resto de los miembros del hogar, quienes parecían limitarse a obedecer las directrices de la señora Manderley, lo mantenían callado sobre sus inquietudes.

Profesor y alumno se asomaron juntos a la ventana, compartiendo el impulso de confirmar que no eran meras fantasías auditivas.—¡Ayuda! ¡Estoy aquí arriba encerrada! —resonó con mayor claridad, confirmando sus temores y sus esperanzas simultáneamente.

Salieron del estudio con premura, pero al hacerlo, se toparon con el ama de llaves. —¿Qué significa este alboroto? —inquirió la señora Manderley, con evidente malestar impregnando en cada sílaba de su voz.

—Se trata de la señorita Rothinger; al parecer, necesita ayuda —contestó el señor Herming sin vacilar, recolocándose sus gafas.

—Oh, ¿no lo sabe? La señorita Rothinger padece de una extraña enfermedad.

—¿Extraña enfermedad? ¿Y qué extraña enfermedad puede llevar a la señorita Rothinger a estar encerrada? Si no le importa, me gustaría poder hablar con ella personalmente —El profesor dio un paso hacia delante, pero el ama de llaves le cortó el paso—. ¿El Gobernador no se encuentra en la propiedad? —insistió el señor Herming, ajustándose nuevamente las gafas.

Desde el fallecimiento de la señora Canning, la residencia había caído en una sombría penumbra ante sus ojos. Había sido testigo de un desfile lamentable de institutrices que aparecían y desaparecían sin dejar rastro. Hasta ahora, había optado por no darle demasiada importancia, comprendiendo el dolor que esas personas podían experimentar. Sin embargo, la señorita Rothinger había destacado notablemente como la mejor entre todas las institutrices que habían pasado por allí.

En tan solo tres días, había logrado que el pequeño Arthur empezara a hablar y que el señorito Oliver mostrara una faceta más sociable. Hasta las niñas, incluida la señorita Amelia, se habían animado. No le parecía que la señorita Rothinger fuera de esa clase de mujeres que precisaran estar encerradas.

Todo, al contrario, le había parecido una dama encantadora, con un don de gentes

envidiable; todo un soplo de aire fresco para la familia Canning.

—Padre no está —respondió el señorito Oliver, venciendo su temor hacia la señora Manderley.

Desde siempre, el ama de llaves le había parecido una figura intimidante, áspera y autoritaria que lo había coaccionado hasta el punto de no poder hablar ante su propio padre. Pero Oliver se había sentido demasiado bien en compañía de la señorita Rothinger, y a sus casi once años, ya empezaba a ser un caballero con ideas propias. Eso, por supuesto, también se debía a las lecciones del señor Herming, quien siempre lo alentaba a tener su propia opinión y a defenderla con sus mejores argumentos.

—Precisamente, Su Nobilísima ha estado ausente desde hace algunos días. Se encuentra inmerso en asuntos que reclaman su atención más allá de los confines de Calcuta —informó la señora Manderley con una expresión que denotaba cierta preocupación.

—¿Las revueltas de los indios?

—Así es, señor Herming. Aunque lamentablemente, los períodos de ausencia del Gobernador en esta residencia suelen prolongarse más de lo deseado —añadió el ama de llaves con un deje de resignación en su voz—. Y mientras él no está, yo estoy a cargo de la propiedad. Por eso es por lo que no puedo dejarle ver a la señorita Rothinger.

Oliver, con su cabello negro (igual al de su difunta madre) y los ojos azules que reflejaban la misma intensidad que los de su padre, reunió coraje y dio un paso al frente.

—Señora Manderley —dijo el siguiente vizconde de Canning, bastante alto para su edad—. ¿Usted tiene más autoridad que yo? —El ama de llaves tambaleó sobre sus pies, sorprendida por la actuación del infante, pues Oliver siempre se había mostrado obediente y callado—. Las competencias del ama de llaves se limitan al personal de la casa y la señorita Rothinger no forma parte de él. Ella es nuestra institutriz, y merece el trato de una invitada. Como señor de esta casa, ordeno verla de inmediato. De lo contrario, me veré obligado a quejarme personalmente con mi padre.

—Sí, señorito Canning —obedeció el ama de llaves con una mueca imperceptible de impotencia—. Por favor, síganme.

—¿Qué clase de enfermedad obliga a la señorita Rothinger a estar encerrada tan apartada del resto de la propiedad? —inquirió el señor Herming mientras ascendían las escaleras hacia el tercer piso, un lugar en el que nadie residía, con los muebles cubiertos por sábanas negras y puertas cerradas por doquier.

Oliver caminó por la tercera planta sin querer desviar la mirada. Aquel lugar le traía demasiados recuerdos; era donde su madre solía pasar la mayor parte del tiempo antes de aquel trágico accidente. Su madre no había sido una mujer muy demostrativa de cariño, influenciada por la educación que había recibido. Sin embargo, él había sentido su amor; en esa tercera planta habían jugado juntos infinidad de veces. Incluso le pareció notar su olor, el olor de su madre.

Ella había mantenido a la familia en pie antes de que todo se convirtiera en dolor. Cuando llegaron las primeras institutrices, él tampoco se había mostrado receptivo. Nadie podía sustituir a su madre, y jamás nadie lo haría. Pero con la llegada de la señorita Rothinger había comprendido una cosa: que necesitaba sentir un poco de alegría y esa mujer parecía ser la alegría personificada.

La señorita Rothinger no había venido para sustituir a nadie, sino para completar, para arreglar algo que estaba roto.

—¡Sáquenme de aquí! —continuaba gritando la señorita Rothinger.

—¿Le parece que este es el comportamiento de una dama, señor Herming? —preguntó el

ama de llaves, sin dejar de andar por delante de ellos—. ¿Le parece que es un buen ejemplo para los señoritos?

—No podría afirmarlo con certeza, señora Manderley. Pero estoy convencido de que, si me encontrara encerrado aquí arriba, no dudaría en forzar la puerta para escapar. En mi opinión, la señorita Rothinger está demostrando una notable consideración al no hacerlo.

Emma percibió el sonido del pomo de la puerta girando, acompañado de un crujido pesado de llaves. En cuanto la puerta se abrió, ella salió con impulso de allí, casi empujando a la señora Manderley en el proceso. Estaba acalorada por la inquietud que había vivido y por todo lo que había tenido que gritar y golpear la puerta para que la liberaran. —Quiero hablar con el Gobernador, ahora mismo —exigió ella, ante las miradas pasmadas del señor Herming y Oliver, sacándose el polvo de su falda negra con unos golpes iracundos.

—Lo siento mucho, señorita Rothinger, pero el Gobernador no se encuentra en la propiedad en estos momentos —respondió el ama de llaves con una vocecilla comedida que terminó de sacar a Emma de sus casillas.

—¿Está en las Oficinas del Gobierno? Porque no pienso demorar esta conversación ni un solo minuto más, señora Manderley. Nací libre, soy una mujer libre, y no toleraré que nadie vuelva a encerrarme. Mis disculpas, señor Herming, espero poder hablar con usted cuando no tenga un asunto primordial que resolver —se inclinó levemente Emma hacia el maestro.

—En absoluto —sonrió el señor Herming—. Pero me parece que el Gobernador no está en...

Emma no prestó atención. Le dirigió una rápida sonrisa al señorito Oliver, quien le devolvió el gesto, y salió apresuradamente de la tercera planta con todas sus fuerzas e ímpetu.

Siempre le habían dicho que por sus venas corría sangre escocesa; recordaba muy poco de sus padres, pero su memoria aguda le decía que los había escuchado hablar en escocés. Así que dejó que su sangre más salvaje latiera por su cuerpo con todo el vigor. Necesitaba aire, necesitaba salir de allí de una vez por todas y enfrentarse al Gobernador. No le importaba tener que cruzar toda Calcuta para ello. Con las faldas cogidas entre sus manos, corrió sin detenerse hasta encontrarse en mitad de la calle. El aire caliente de ese nuevo país en el que se encontraba, la golpeó. Pero le pareció más refrescante de lo que esperaba.

Al menos, ya no estaba encerrada. ¿Cómo se les ocurría dejarla allí arriba de esa manera? ¡Era inaudito! ¡Todavía no podía creerlo! Si pensaban que podían atropellar sus derechos porque era una mujer sola, estaban profundamente equivocados. Ella no necesitaba a nadie que la defendiera ni compañeros que hablaran por sus intereses.

La frustración de toda la negatividad que había absorbido en esa casa durante ocho días, sumada a la rabia que había sentido al descubrir que la habían encerrado, la obligaron a recorrer una calle tras otra sin ni siquiera pensar a donde iba. Se sentía nerviosa, angustiada. Necesitaba andar, escapar de ese mausoleo en torno a Tara, escapar de la lengua venenosa de la señora Manderley y de los lamentos por los rincones. Ni siquiera había dormido bien desde que vivía allí, siempre con pesadillas y gritos de horror.

No miró a su alrededor, no se fijó en que los bazares indios estaban cerrados ni en nada que no fueran sus propios pensamientos. No tenía miedo, así era ella.

El aire caliente y polvoriento llenaba sus pulmones, pero ella apenas lo notaba. Su única preocupación era llegar hasta el Gobernador y enfrentarse a él, decirle lo que pensaba de su manera de tratar a una dama enferma. Sin embargo, al doblar una esquina, se encontró de repente en medio de una escena caótica.

La calle estaba llena de personas autóctonas enfurecidas, sus rostros contorsionados por la

ira y la rebeldía. Blandían palos, antorchas y herramientas improvisadas como armas. Gritos de desafío y dolor resonaban en el aire, mezclándose con el estruendo de vidrios rotos y el crepitar de las llamas que comenzaban a consumir algunos edificios cercanos. Los comerciantes cerraban sus tiendas apresuradamente, y las madres recogían a sus hijos y huían en dirección contraria.

Emma se detuvo en seco, con la respiración entrecortada mientras trataba de asimilar lo que veía. La multitud se movía como una ola poderosa, arrastrándola hacia el centro del tumulto. Se encontró rodeada por hombres y mujeres que empujaban y gritaban algo en su idioma. La violencia y el desorden eran palpables, y por un momento, Emma se sintió completamente impotente y aterrorizada.

El calor de las antorchas y el humo de los incendios cercanos la estaban envolviendo, haciendo que sus ojos lagrimearan y su garganta se sintiera seca y áspera. La piel de su rostro y manos empezó a arder por la cercanía del fuego. La presión de los cuerpos a su alrededor la empujaba en todas direcciones, y cada intento de avanzar se veía frustrado por la marea humana que la rodeaba.

A pesar del miedo que amenazaba con paralizarla, Emma sabía que no podía permitirse el lujo de quedarse quieta. Tomó una profunda respiración, intentando calmarse, y empezó a moverse con determinación, pero alguien la empujó y se cayó de bruces al suelo.

Intentó incorporarse, pero apenas logró vislumbrar las patas de un majestuoso caballo blanco que se acercaban a ella con inquietante rapidez. Durante un instante, un pánico helado la invadió al imaginarse aplastada bajo el peso de aquel noble animal. Sin embargo, casi de inmediato, reconoció al Gobernador montado con destreza sobre el corcel, quien había detenido su avance justo a su lado, extendiendo una mano solícita para auxiliarla.

Iba vestido con un traje militar, suponía que el correspondiente a su rango como Gobernador de la India, y tenía una mirada gélida en su rostro. Aun así, a Emma, su gesto le pareció inusualmente de lo más cálido. Como si de veras, se preocupara por ella.

Ella se levantó con premura del suelo, aferrándose a su mano extendida con una urgencia palpable. Con una destreza admirable, el Gobernador la alzó hasta la grupa del caballo, posicionándola frente a su propio cuerpo. En aquel instante, se vio envuelta entre sus poderosos brazos, abrazada por la solidez de su figura, envuelta en la suave caricia de su casaca escarlata, impregnada con el aura de la distinción y la autoridad.

En ese abrazo, experimentó una sensación de seguridad inesperada, como si estuviera protegida de un modo que trascendía lo físico. Como casi cada vez que se topaba con él, se quedó muda, pero no perdió las fuerzas como le ocurrió en el despacho, sino que se aferró a él para no caerse de la montura y dejó que la llevara lejos de allí, sintiendo su cuerpo frío contra el suyo, su respiración helada sobre su pelo rojo y sus ojos azules clavados al frente cuando ella solo podía mirarlo con una admiración sincera.

Sus piernas habían quedado por encima de uno de sus fuertes muslos viriles. Su pecho contra su torso duro, su cabeza en el hueco de su pectoral ancho y lleno de galardones. Una sensación que jamás había experimentado le recorrió el cuerpo de forma febril, un calor salvaje que se extendió por su vientre y terminó entre medio de sus muslos.

El olor del Gobernador Canning era exquisito. Un hombre limpio, sin perfumes caros. Y le encantaba que fuera así. Cuando salieron de la horda enfurecida, Nathaniel aminoró la velocidad y la miró a los ojos, provocándole un sonrojo todavía mayor.

—¿Qué hace en estas calles sola? —le recriminó él con una mezcla de frialdad y cierta inquietud.

¿De veras estaba preocupado por ella? ¿O solo le preocupaba lo que pudiera sucederle

porque estaba viviendo bajo su techo?

—Por favor, bájeme —pidió ella, recordando el calvario vivido durante los últimos cinco días, aislada de todo y de todos, para terminar, descubriendo que la habían encerrado como si fuera una delincuente, una demente o algo peor.

Estaba enfadada con ese hombre, ofendida.

—¿Qué hubiera ocurrido si alguien le hubiera hecho daño, señorita Rothinger? —siguió recriminando él, apretándola más entre sus brazos—. ¿Quién hubiera pagado por ello?

Nathaniel se había aventurado a enfrentar a los revolucionarios hindúes, liderando un modesto contingente de soldados, después de haber dejado atrás otras ciudades vecinas azotadas por levantamientos similares. La subida de impuestos había provocado una revolución. Su ausencia en Calcuta se había extendido a lo largo de cinco días completos, una duración que, aunque no era inusual, lo mantenía distante de su hogar debido a sus responsabilidades.

Sin embargo, al divisar una cabellera roja entre la multitud de nativos, experimentó una sensación peculiar: un impulso irrefrenable de protección, una urgencia imperiosa de velar por la seguridad de la señorita Rothinger. Por supuesto, atribuyó esas emociones a su deber como caballero y al hecho de que ella se encontraba bajo su tutela. Aun así, no podía ignorar la leve aceleración de su corazón, lo que le provocaba una furia contenida.

¿Cómo se atrevía la señorita Rothinger ponerse en peligro de esa manera? La simple idea de que algo malo pudiera sucederle lo llenaba de ira.

—Bájeme —imperó ella, alzando el mentón, mirándolo con un renovado desdén.

—No debe de estar sola en la calle —continuó regañándola, hablándole a escasos centímetros de su boca, sintiendo su cálido aliento sobre sus labios fríos—. Es muy peligroso, ¿no lo entiende?

—Bájeme o saltaré —amenazó ella al fin, quitando sus pequeños brazos de los hombros de él, por donde se había cogido para no caerse del caballo.

—Parece que usted disfruta poniendo en riesgo su seguridad, ¿verdad, señorita Rothinger? —detuvo él el caballo en seco para cogerla con fuerza por los brazos y retenerla contra él, absorbiendo su aroma femenino, su leve perfume dulzón; sintiendo su generoso y tierno pecho contra su cuerpo duro y viril.

Afortunadamente, la calle estaba vacía y nadie podía verlos. La mayoría de los habitantes habían optado por refugiarse en sus hogares, mientras que los soldados se esforzaban por aplacar los ánimos de los revolucionarios, lejos de allí.

A su alrededor se alzaban majestuosos edificios, reminiscentes del exquisito estilo hindú, con sus adornos intrincados y misteriosos.

—Sí, Su Nobilísima, así debe ser, pues no alcanzo a encontrar otra razón para que yo haya consentido en confinarme en un desván durante cinco largos y desoladores días, privada de todo y de todos, como si fuera una criminal. Debe de ser verdad eso que tanto le gusta decir sobre mi amor por el peligro. No me habría visto envuelta en el tumulto de la revolución india si usted me hubiera tratado con la deferencia que una dama merece. La angustia que he soportado para escapar de aquella habitación ha sido tal que, en cuanto la señora Manderley ha abierto la puerta, mi único deseo era confrontarlo. Buscarlo en cualquier rincón y expresarle, muy amablemente, que no soy su prisionera y que no se atreva a pensar, que porque soy una mujer sola en estas tierras, puede hacer y deshacer como le plazca sobre mi persona. Le aviso que no le temo a nada ni nadie; he venido aquí para cumplir con mi trabajo, y no toleraré una sola humillación más; aunque le advierto que tampoco tengo intenciones de renunciar como lo deben de haber hecho las nueve institutrices anteriores. Tendrá que buscar otro plan de destrucción para hacer que me

vaya por mi propia cuenta —terminó su discurso alterada, con la respiración agitada y su pecho subiendo y bajando con violencia. Había intentado mantener las formas con el Gobernador Canning, pero ella tenía el derecho a defenderse de lo que había sido una injusticia con todas sus letras.

Desde el primer instante, el Gobernador se había mostrado como un hombre implacable, altivo y completamente condescendiente hacia ella. Desde el momento mismo de su presentación, había deseado despedirla, amenazándola constantemente con esa posibilidad. Era odioso, un individuo extraordinariamente complicado y del que nadie querría tener cerca, a pesar de su apariencia atractiva y todo su poder. Quizás su cuerpo flaqueara a su lado, pero ella jamás sería capaz de sentir nada positivo hacia un hombre así; tan solo admiración.

Y sí, lo más fácil y sensato sería renunciar. Pero no quería hacerlo, no quería darse por vencida. No entraba en sus planes dejarle las cosas fáciles a ese hombre que intentaba humillarla por todos los medios. Si el Gobernador la despedía, entonces se iría. Pero no lo haría por su cuenta.

Era una luchadora nata. Y cuando las cosas se ponían más difíciles, más valor le nacía del corazón. Había viajado hasta allí con un objetivo y pensaba cumplirlo. Además, mantenerse lejos de Inglaterra todo lo que pudiera era también primordial.



La señorita Rothinger lo estaba mirando fijamente a los ojos con una fuerza envidiable. Desde el primer día le había parecido una mujer muy valiente, pero seguía demostrándolo. Como ella había dicho, estaba sola en ese país. Pero no tenía miedo de hablar con franqueza y de retarlo. A pesar de ser tan pequeña, tan tierna entre sus fuertes brazos y tan arrebatadoramente femenina. Por un segundo, se alimentó de su vitalidad, de su fuerza, bebió de sus ojos verdes como si fueran un manantial para los sedientos de vida. Jamás había conocido a una mujer así, con tanta bravura.

Y la admiró un poco.

No solo la admiró, sino que también experimentó una punzada dolorosa de celos hacia el hombre que tenía su corazón, hacia aquel que la había dejado embarazada y del que, muy posiblemente, ella siguiera enamorada. Pues ella misma, el primer día en el que la conoció, le había dicho lo importante que era el amor, incluso más allá de la eternidad.

Era una romántica, una mujer frágil debajo de todas esas capas de valentía.

—Ignoro lo acontecido durante estos días en los que estuve ausente de la propiedad, señorita Rothinger.

—¿Lo ignora? ¿Acaso no es usted el que se jacta de tener el dominio absoluto sobre su entorno? ¿De veras no estaba al corriente de que me habían confinado en la tercera planta de su propia casa? Me resulta incomprensible la magnitud del escándalo por causa de un simple malestar estomacal. Al principio llegué a pensar que temían contagiarse, pero esto supera toda lógica. Más bien considero que busca cualquier método para hacer que renuncie.

—Si quisiera que se fuera, solo tendría que echarla —replicó él, clavándole una mirada gélida, de esas que le atravesaban el cráneo a Emma; pero ella no se dejó intimidar. Agradeció que él no llevara el monóculo esa vez—. Por favor, deje de fingir que no sabe el verdadero motivo por el que la señora Manderley debe de haberla encerrado lejos de los niños.

—¿El verdadero motivo?

—El motivo que le imposibilita seguir siendo una institutriz, señorita Rothinger. El motivo por el que tendría que haberla echado, pero aun así le he dado la oportunidad de seguir en mi casa hasta que...

—¿Hasta qué? —se quedó quieta ella, sin comprender nada, observando como brillaban esos ojos azules bajo las cejas platinadas.

—Hasta que dé a luz —dijo al fin el Gobernador, apartando la vista de ella, clavándola al frente—. La mantendré hasta que dé a luz, señorita Rothinger. Pero no quiero que se acerque a mis hijos, creo que eso puede entenderlo.

Emma abrió desmesuradamente los ojos.

Capítulo 11

Besos mudos bajo la lluvia

Hay palabras que suben como el humo, y otras que caen como la lluvia.
Madame de Sevigné.

Lo primero que cruzó por la mente de Emma fue la sospecha de que Sylvie había descubierto su paradero y que, de algún modo, se había puesto en contacto con el Gobernador para perjudicarla con falsedades. Pero luego comprendió que eso era prácticamente imposible. El vicario de Minehead era el único que sabía dónde se encontraba, y él jamás la delataría. El poder del Barón de Munchassen tampoco era suficiente para rastrearla hasta la India.

¡Ah, qué hombre tan odioso! ¿Cómo podía decirle, con esa calma imperturbable, que ella estaba embarazada? ¿Cómo podía insinuar que había entregado su cuerpo a un hombre sin el sagrado vínculo del matrimonio? ¡Ella! Que se encontraba en un país remoto, habiendo huido tras empujar a su prometido escaleras abajo para evitar ser ultrajada antes de la boda.

Sin pensarlo más, liberó un brazo del agarre de Su Nobilísima y le propinó una sonora bofetada que resonó contra las paredes de los edificios hindúes, fundiéndose con el polvo y el calor del entorno. Alzándose como el humo de la revuelta. Hasta los saris y las telas coloridas que colgaban de los balcones parecieron sacudirse ante el estruendo.

Con el eco de su impactante gesto aun reverberando en el aire, Emma se mantuvo firme, sin titubear. ¿Con que eso era lo que había estado sucediendo todos esos días? ¿Por eso la habían encerrado? El silencio tenso se apoderó del callejón, y el Gobernador se llevó una mano enguantada sobre su rostro, por encima de donde Emma lo había abofeteado.

—¿Ha perdido usted el juicio, Su Nobilísima? —dijo Emma, con evidente enfado; de hecho, su furia era palpable a través de todos los poros de su piel; hasta sus pecas rojas parecían tambalearse con el calor de la ira—. Lamento profundamente si lo he ofendido, pero usted me ha ofendido mucho más con lo que acaba de decirme y con la manera en que me ha tratado. ¡Encerrarme! ¿Cómo puede creer que me presentaría en su casa si estoy esperando un hijo? ¡Un hijo! ¡Dios mío, Su Nobilísima! ¿Acaso carece de vergüenza? Es un asunto demasiado vergonzoso como para exponerlo a la ligera.

Por supuesto que Emma quería tener hijos. Por eso había decidido aceptar la oferta de matrimonio de su mejor amigo, Sylvie. ¡Pero no de esa manera! Nathaniel Canning había perdido el juicio por completo tras la muerte de su esposa; eso, o era mucho más necio de lo que creía. Tanta política le había consumido la capacidad de pensar con claridad. Apenas daba crédito a lo que acababa de escuchar.

¿Dar a luz? ¿Cómo iba a dar a luz si ni siquiera había compartido el lecho con un hombre? Quizás debería echarse a reír.

—Usted no tiene término medio, señorita Rothinger —replicó Nathaniel, con la voz que usaba cuando quería rebajarle los humos a alguien—. Una verdadera dama educada no debería comportarse de este modo. Pero claro, usted carece del refinamiento aristocrático al que suelo estar acostumbrado. Por más diccionarios que haya memorizado, su origen es común y corriente, y eso no lo puede remediar. Dejando de lado el diagnóstico del médico, jamás me ha parecido adecuada para el puesto de institutriz y, después de esto, dudo mucho de que la tolere ni un

segundo más en mi presencia.

Ya estaba dicho. No era del estilo de Nathaniel decir todo lo que pensaba, pero aquella bofetada lo había impulsado a hacerlo. Aunque admiraba la valentía de la señorita Rothinger, pegarle había sido excesivo y una falta de respeto imperdonable. ¿Cómo se atrevía esa mujer?

—Debería abstenerse de impartir lecciones sobre buenos modales cuando, al parecer, usted mismo carece de ellos, mi señor —Nathaniel elevó su mentón, cada vez más ofendido; no estaba acostumbrado a que lo tacharan de maleducado ni a que lo regañaran; la audacia de la institutriz parecía no tener límites—. Sería prudente reflexionar sobre por qué han desfilado nueve institutrices por su casa en lugar de juzgar a una mujer sin conocerla —recordó Emma las amenazas de la señora Manderley—. Siempre me ha quedado muy claro que no aprueba mi forma de ser, desde el primer día, y apenas sin razón alguna, pero nunca imaginé que fuera capaz de mentirme dada su elevada posición social y el perfeccionismo del que presume. Me aseguró que el médico me había diagnosticado un simple parásito intestinal; si me hubiera revelado en ese momento que el doctor había mencionado mi estado de embarazo, las cosas no se habrían complicado de esta manera, muy señor mío, pues lo habría sacado de su error de inmediato.

La institutriz quedó repentinamente en silencio al recordar que, además de esa mentira, Su Nobilísima había ordenado que deshicieran su equipaje, obligándola a quedarse. No parecía la clase de hombre que aceptara a una mujer de dudosa reputación bajo su techo. ¿Por qué lo había hecho si realmente la había creído embarazada? ¿Por qué había querido ayudarla?

De repente, y como a menudo ocurría en la India, una pesada lluvia cálida comenzó a caer sobre ellos. La lluvia los envolvió en segundos, empapando sus ropas y mitigando el calor abrasador de Calcuta. Emma jamás había visto llover de esa manera y, aunque sus problemas no eran pocos, por unos momentos se permitió disfrutar del agua que le caía sobre el cuerpo.

La sensación de frescura y renovación que traía la lluvia le brindó un breve respiro, una pausa inesperada en medio de la confrontación abierta que había iniciado con el Gobernador. Emma era una mujer beligerante, pero solía mantener las distancias con los señores. Esa vez, por supuesto, le había sido imposible.

No recordaba un trabajo con peores condiciones como aquel. Jamás la habían tratado con tanto poco respeto.

Nathaniel la observaba, impresionado por la capacidad de la señorita Rothinger de hallar un instante de paz en medio del caos. Sus propias preocupaciones parecían disiparse bajo la lluvia torrencial y Emma le pareció arrebatadoramente encantadora con el pelo empapado y su vestido negro chorreando, callada y con los ojos brillantes.

Por un momento, ambos compartieron un extraño, silencioso entendimiento, dejando que el aguacero lavara no solo el polvo del aire, sino también las tensiones entre ellos. Cuerpo contra cuerpo, respiración contra respiración, entremezclándose el uno con el otro de forma natural y casi inadvertida. No les pareció extraño estar cogidos bajo de la lluvia, a lomos de ese noble caballo blanco.

Con la llegada del aguacero, la revolución india contra los colonos británicos se vio momentáneamente interrumpida. Los niños y niñas hindúes comenzaron a salir de sus casas para jugar bajo el aguacero, y a Emma le pareció un espectáculo precioso. Las telas vibrantes de sus ropas se empapaban, creando un mosaico de colores vivos, mientras las risas infantiles y el creciente murmullo de voces femeninas llenaban el aire. Las mujeres también salían junto a sus hijos, y todos parecían deleitarse con aquella bendición caída del cielo.

—Es un espectáculo único, ¿verdad? —murmuró Emma, sin apartar la vista de los niños que saltaban en los charcos.

—Sí, lo es —respondió Nathaniel suavemente, casi como si hablara consigo mismo; viendo como su pelo rojo se fundía con su rostro pálido; sintiéndola tan inocente de lo que se le había culpado como le había parecido desde el principio—. Señorita Rothinger, admito que he sido injusto —dijo finalmente Nathaniel, levantando la voz para hacerse oír sobre el estruendo de la tormenta—. Le debo una explicación y una disculpa —reconoció, más calmado—. Pero no aquí, bajo esta tormenta. Permítame acompañarla hasta casa.

Emma abrió la palma de su mano bajo la lluvia y asintió sin mirarlo, sonriendo mientras contemplaba la belleza del agua deslizándose sobre su piel pálida.

—Había estudiado sobre el clima del sur de Asia, pero no pensé que alcanzaría a vivirlo en mis propias carnes —cambió de tema ella y Nate la admiró todavía más, olvidándose un poquito de la discusión. ¿Cómo era posible que una mujer a la que aborrecía tanto le causara admiración de repente? No le agradaban las expresiones de sentimientos ni las emociones violentas, pero la admiró por todo ello.

Cabalgaron sobre el barro y se movieron por las calles más inhóspitas de Calcuta hasta regresar a Canning's House, aquel edificio de paredes amarillas, porches grandes y lleno de empleados hindúes, de piel oscura, que corrían de un lado a otro vestidos con sus ropajes típicos.

Desde una de las ventanas del segundo piso los vio llegar la señora Manderley. Pero, por supuesto, ellos no se dieron cuenta. Un lacayo ayudó a la señorita Rothinger a bajar del caballo y luego desmontó el Gobernador de un salto.

—Espero que, de ahora en adelante, señorita Rothinger, mande usted un emisario a buscarme en lugar de salir corriendo a la calle para hacerlo. El caos reina en todas partes.

Emma aprovechó que ya no estaba a lomos del caballo para mirar al cielo, se mojó toda la cara y luego trató de secársela con las manos. Al bajar la mirada, chocó con los ojos azules del Gobernador, y sintió que su cuerpo se aceleraba.

Sin duda, el Gobernador Canning era muy guapo, pese a la frialdad de su atractivo. Ciertamente era un hombre peligroso, aunque no resultara patente a simple vista. Un hombre obsesionado con el control, con las normas y la perfección. No era la primera vez que lo consideraba extremadamente hermoso, pero sí era la primera que deseó algo más aparte de limitarse a admirarlo.

Deseó que la besara. Aunque fuera una locura.

Debía tener la cabeza llena de pájaros para pensar algo así. Él jamás pensaría algo parecido sobre ella, ni sobre ninguna otra mujer que no fuera su difunta esposa. Él seguía enamorado de Tara, aunque lo negara. La idea de que él la besara era ridícula.

Pero lo deseó, lo deseó con todas sus fuerzas y hasta memorizó sus labios toscos y masculinos, clavando su mirada verde en ellos.

Nathaniel Canning no recordaba haber visto a una criatura más seductora que la señorita Rothinger. Allí, bajo la lluvia, completamente empapada, con la ropa pegada a su cuerpo, sus mejillas pálidas y sus labios enrojecidos y húmedos, las gotas de lluvia entremezcladas con sus pecas, parecía un sueño etéreo y tentador.

Se le pasó por la mente la ridícula y aterradora idea de besarla. De hecho, se quedó espantosamente quieto memorizando sus labios finos y femeninos. El tiempo pareció detenerse entre ellos y, por segunda vez, esa virilidad que creía dormida volvió a despertarse. Pensó que un beso no sería suficiente y que, muy seguramente, estaría muy complacido de ir mucho más allá con la señorita Rothinger.

Se pasó una mano nerviosa por el rostro empapado y se obligó a huir de esos pensamientos. No era justo pensar todo aquello. Primero, porque no era noble. Segundo, porque ella estaba bajo

su cuidado. Y tercero, porque Tara no se lo perdonaría nunca si se permitiera amar; no, desear a otra mujer.

—La espero en mi despacho, para terminar nuestra conversación.

—Preferiría evitar ese lugar, mi señor —replicó ella, y él recordó lo terriblemente inadecuada y rebelde que era esa mujer, lo mucho que le disgustaba su proceder—. La última vez me desmayé allí y prefiero no recordarlo. Si no le importa, me gustaría hablar con usted en un lugar más distendido.

A Nathaniel se le cortó la respiración al oírla decir aquello. De repente, se la imaginó en su habitación, desnuda de arriba a abajo, completa y absolutamente entregada a él.

Pero ella no se dio cuenta de lo que sus palabras podían dar a entender, pues emprendió el camino hacia la propiedad sin mirarlo, completamente ajena a lo que él sí había entendido e imaginado.

—Comprendo que no quiere que volvamos a enzarzarnos en una discusión —tosió él, siguiéndola, pisando detrás de ella hacia la casa, esforzándose por mirarle los bajos del vestido y no lo que la curvatura de su vestido empapado quería revelar: la forma de su cuerpo.

—Exactamente —dijo ella con esa voz fuerte y poderosa, por delante de él, sin detenerse—. Un té sería muy apropiado para conversar sobre lo acontecido.

—Oh, por supuesto, un té —comprendió Nathaniel, reprendiéndose con severidad por sus malos pensamientos—. El salón de invitados será adecuado, entonces. Allí podremos zanjar todo este tedioso asunto —La adelantó—. Si me disculpa —Hizo una reverencia formal y corta, apropiada hacia una dama que carecía de título—. Cuando se cambie y se encuentre preparada, la estaré esperando.

—Sí, mi señor —respondió ella, más tranquila de lo que había estado al salir de aquella casa.

La posibilidad de tener una conversación distendida con el Gobernador era esperanzadora; necesitaba aclarar el asunto del médico y de su encierro. ¿Por qué el médico había dado ese diagnóstico? ¿Y por qué la habían encerrado? Una cosa y la otra eran imperdonables y esperaba que el Gobernador actuara en consecuencia de las afrentas contra su persona.

—¡Señorita Rothinger! —la recibieron la señorita Amelia y la señorita Jennifer, como si la hubieran estado observando por alguna ventana todo ese tiempo—. ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde estaba? —reclamó la señorita Amelia—. Creía que ya había sido despedida —comentó la pequeña con esa malicia tan suya.

—Me alegro de que no se haya ido —sinceró Jennifer, con una sonrisa temerosa ante la mirada acusadora de su hermana mayor.

—¡Sapo! ¡Sapo! —Apareció el pequeño Arthur en brazos de una de las doncellas que hacían a veces de niñeras.

—Señorita Rothinger —la recibió Oliver finalmente, tan formal como siempre—. ¿Ha logrado hablar con mi padre?

—No, señorito Oliver. Pero ha prometido hablar conmigo dentro de un rato —respondió ella, complacida por el cálido recibimiento de los niños. Sentía que, en poco tiempo, había logrado ganarse un poco su afecto, y eso la llenaba de gratificación.

"Lo más fácil hubiera sido renunciar esa misma tarde. Secarme, cambiarme de ropa y decirle al Gobernador Canning que me iba. Pero aquello hubiera supuesto darles la razón a los que querían que marchara. Sería ponérselo fácil a los que deseaban, por algún oscuro motivo, mantener el control de esa propiedad y de esos niños. No podía abandonar a la familia Canning, ni a esos pequeños que, de algún modo, y quizás sin saberlo, estaban esperando que alguien los

rescatara. Quizás, y solo quizás, incluso el mismísimo Gobernador estaba esperando que alguien lo sacara de ese pozo oscuro en el que vivían todos".

Capítulo 12

La voz de la institutriz

La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo.
Nelson Mandela.

La señorita Rothinger, completamente empapada por la lluvia, se apresuró a su habitación de prestado, la que había estado ocupando antes de que la encerraran en la tercera planta, para secarse y prepararse para tomar el té con el Gobernador Canning. Cerró la puerta tras de ella y se detuvo un momento, contemplando su reflejo en el espejo. Sus cosas habían sido trasladadas de nuevo allí, alguien las había movido.

Su vestido estaba pegado a su figura, y sus rizos, normalmente bien arreglados, caían en desorden alrededor de su rostro. Un completo desastre, tenía un aspecto espantoso y ridículo. ¿Qué habría pensado el Gobernador al verla de esa guisa? No le extrañaba en absoluto que la considerara una mujer sin término medio, vulgar.

«¿Cómo había podido fantasear con un solo beso del Gobernador Canning?», pensó con severidad, regañándose a sí misma seriamente. No podía permitirse esa clase de pensamientos con su señor, con el padre de los niños a los que estaba instruyendo. Con un caballero al que apenas conocía.

¿Qué le estaba ocurriendo? Ni siquiera con Sylvie, su prometido, le había ocurrido algo similar. Jamás había deseado que su mejor amigo la besara.

Además, el Gobernador Canning no se fijaría en una mujer como ella. Tal como él mismo le había señalado poco antes, ella carecía del refinamiento aristocrático al que estaba acostumbrado. Pero ¿y si la señora Manderley tenía razón y Su Nobilísima era un seductor nato?

La sola idea la hizo reír sola frente al espejo. Nada le parecía más insólito que imaginarse al Gobernador Canning tramando un plan de seducción en torno a ella. Él, que parecía contenerse hasta la respiración. ¿Por qué le habría dicho todas esas cosas tan feas el ama de llaves? ¿Por qué la habían encerrado? ¿Por su falso embarazo? Necesitaba respuestas. Necesitaba saber por qué el médico había mentido sobre su estado.

Hasta entonces no había querido sospechar ni pensar mal de nadie, pero empezaba a imaginarse lo peor y eso que apenas llevaba ocho días en esa casa. Le daba la sensación de que un secreto muy oscuro la estaba persiguiendo, y que también atormentaba a todos los residentes en ella.

Con la esperanza de reencontrarse con el Gobernador en un ambiente más distendido, se despojó de la ropa mojada y buscó una toalla suave para secar su piel y su cabello. Frotó vigorosamente hasta que sus mejillas recuperaron su saludable tono rosado y sus rizos volvieron a su forma natural, aunque un poco más sueltos de lo habitual. Con manos firmes, desenredó su cabello y lo recogió en un elegante moño, dejando algunos mechones sueltos para enmarcar su rostro con gracia.

Se había citado con el Gobernador para tomar el té, su primer encuentro fuera del marco profesional, lejos del tétrico despacho con el gran retrato de Tara mirándolos. Él le había dicho que la recibiría en el salón de invitados, así que debía sentirse como una verdadera invitada. Su

papel en esa casa todavía tambaleaba, y aquella era una oportunidad invaluable para hablar con más tranquilidad.

Eligió un vestido seco y adecuado para la ocasión, en un suave tono marfil que realzaba la delicadeza de su tez. Se lo colocó con esmero, asegurándose de que cada pliegue y botón estuvieran perfectamente en su lugar. Era un vestido modesto, pero alejado de los atuendos rígidos y formales que había llevado hasta ahora. Quería proyectar una imagen diferente, mostrarle al Gobernador que, detrás de su apariencia de institutriz, también podía presentarse como una dama.

Sí, no tenía padres ricos ni nobles. Ni siquiera tenía padres. Pero había sido educada con las mejores institutrices de Inglaterra, los Condes de Norfolk se habían encargado de procurarle una educación exquisita con la que se valía para educar a damas de alta alcurnia. Había sido mantenida y protegida por una de las familias más prestigiosas del Imperio Británico, y eso no podía olvidarlo.

Unos guantes del mismo tono que el vestido, un toque de polvo en sus mejillas y un sutil trazo de color en sus labios completaron su aspecto. Nada que fuera provocativo ni insultante, y sin joyas. Además, no poseía joyas, y no habrían sido adecuadas considerando su modesto estatus en esa casa.

Finalmente, respiró hondo y se permitió un breve momento para calmar sus nervios. No tenía motivos para alterarse, debía pensar en el Gobernador como una figura autoritaria a la que debía causar buena impresión a la par de aclarar algunos asuntos de vital importancia.

Nada más.

Salió con su vestido de mangas largas y cuello ligeramente alto aparentando una tranquilidad que para nada sentía. Era un vestido de algodón, pero aun así sentía un poco de calor, pues en Calcuta el clima era muy distinto al que estaba acostumbrada.

—Oh, ¿cómo se atreve usted a vestir un color tan claro? —la interceptó la señora Manderley, como si la hubiera estado esperando.

Emma se acordó de que todo a su alrededor era negro. Los pasillos, habitualmente llenos de luz y actividad, yacían en la penumbra, apenas iluminados por la luz mortecina que se filtraba a través de las cortinas pesadas. Los espejos, relucientes y reflejantes, permanecían cubiertos por sábanas oscuras.

El mobiliario, usualmente elegante y adornado, parecía despojado de su esplendor habitual. Las telas de terciopelo y brocado, una vez vivaces en tonos ricos, ahora estaban envueltas en tonos oscuros y apagados, en consonancia con el luto que pesaba sobre la casa.

Las figuras de las doncellas y el ama de llaves se movían con una quietud solemne, vestidas de negro de pies a cabeza. Incluso los niños, generalmente bulliciosos y llenos de vida, parecían sumidos en una especie de quietud, sus ropas también teñidas de luto.

En cada detalle, desde los candelabros hasta los jarrones de flores marchitas, se podía sentir la pesada carga del dolor y la pérdida. La casa del gobernador, seguramente una vez llena de vida y actividad, estaba envuelta en un silencio sombrío que reflejaba el vacío dejado por la ausencia de su querida señora.

—Señora Manderley —recuperó Emma su compostura apenas unos pasos fuera de su alcoba, cada vez con más inquina hacia esa mujer que ya no solo le parecía desagradable, sino mala—. El luto estricto, como prescribe la costumbre, se extiende a lo largo del primer año para toda la familia. Y ahora, el segundo año de duelo también ha llegado a su término; de hecho, ya hace más de tres años de la pérdida de la señora Canning. No es propio que en esta residencia se perpetúe la tristeza mediante ropajes sombríos. Tal prolongación se considera una afrenta a las

normas de cortesía y elegancia que imperan en nuestra sociedad. Una sociedad que, como buenos ingleses, exhibe su capacidad de recuperación ante cualquier adversidad. Si estuviéramos en Inglaterra, se nos instaría a retornar a la normalidad. Somos afortunados de encontrarnos lejos de personas que comprenden verdaderamente estas cuestiones; de lo contrario, podríamos ser etiquetados como individuos con carencias emocionales significativas y apenas unas pocas familias se dignarían a visitarnos. Además, no tuve el placer de conocer a la señora Canning, y he sido invitada a disfrutar del té como una huésped, por lo que me comprometo a ajustar mi comportamiento a las normas de etiqueta que la ocasión exige. Espero haberme expresado con claridad —se explayó como si estuviera dando una de sus lecciones a una pupila.

Emma se dio cuenta de que la señora Manderley se había quedado sin palabras, así que, decidida, se encaminó hacia la imponente escalinata de Tara, la pieza más destacada de la propiedad, aquella que se regía por ornamentos hindúes y molduras de oro.

Sin embargo, al poner el pie en el primer peldaño, una extraña sensación la invadió, como si alguien intentara empujarla y hacerla caer escaleras abajo. Se aferró con fuerza al pasamanos antes de volverse para encontrarse con la figura del ama de llaves detrás de ella. Aunque la mujer le sonreía de manera desagradable, Emma se percató de que no la había empujado; de hecho, las manos del ama de llaves permanecían ocultas tras su espalda. Simplemente la estaba mirando. Ligeramente espantada, se llevó una mano sobre el pecho, y sacudió esa idea de su mente.

Por muy mala que fuera la señora Manderley, era el ama de llaves de esa casa. Una persona de confianza del Gobernador Canning. Era muy descabellado pensar que podría llegar a atentar contra su persona de ese modo: tirándola por las escaleras.

Decidió proseguir su camino en silencio, sin añadir más palabras. Dejó atrás la penetrante mirada avellana de la señora Manderley, junto al retrato de Tara que presidía la escalinata.

Preguntó a uno de los miembros del servicio el paradero del salón de invitados y llegó antes que el Gobernador. Decidió tomar asiento en uno de los divanes. Aunque era casi la hora del almuerzo, dadas las circunstancias, los horarios podían ser flexibles.

¿Qué estarían haciendo los niños en ese momento? Lo más seguro era que estuvieran en su recámara, a punto de comer, solos. Se le encogió el corazón al recordarlos. Quería ayudarlos genuinamente. Educarlos como merecían, lejos de la locura impuesta en esa casa que nada, o muy poco, tenía que ver con los valores que deberían estar aprendiendo. Etiqueta y formalidad sí, pero no estar muerto en vida. No era ese el espíritu de los miembros de la clase alta inglesa que solía inclinarse hacia la ociosidad, los bailes, las fiestas y un sinfín de aficiones de todo tipo.

¿Habría cesado la lluvia? Emma apenas podía distinguirlo a través de las densas cortinas que cubrían los ventanales. Se levantó del diván y se acercó a ellos, extendiendo la mano para abrir una de las cortinas. Descubrió que había salido el sol, y se maravilló con la frondosa vegetación del patio delantero mojado.



Necesitó de otro baño de agua fría para recobrar la compostura. Era la segunda vez que se veía perturbado por la presencia de la señorita Rothinger, sintiéndose más hombre en su cercanía de lo que se había sentido en mucho tiempo. Con la ayuda de su asistente, un hábil criado hindú que siempre lo atendía con meticulosidad, el señor Tuka, se dispuso a prepararse para el té.

Sin embargo, antes de ello, envió con premura una carta al médico, el señor Hastings, solicitándole que se presentara en su residencia sin demora. Lo sucedido, independientemente de

sus pensamientos hacia la señorita Rothinger, de si ella era adecuada o no para ser la institutriz de sus hijos, era un asunto sumamente grave. Una mujer decente había sido difamada en su hogar, y eso no podía pasarse por alto. Quería saber qué estaba ocurriendo verdaderamente. ¿La señorita Rothinger decía la verdad? Y si lo hacía, ¿por qué el señor Hastings había mentido?

Salió de su habitación con cierto malestar, la señorita Rothinger era una pérdida de tiempo y un quebradero de cabeza. Si la hubiera echado el primer día, todo eso no estaría ocurriendo. Pero ella parecía un imposible.

Descendió la gran escalinata con paso rápido, pasando frente al retrato de su difunta esposa. Siempre tenía la sensación de ser observado por ella, incluso en los momentos en los que parecía no estar pensando en ella.

Al llegar al salón de invitados, su mirada recayó en la institutriz de inmediato. La encontró de pie frente a la ventana, bañada por los rayos dorados del sol. Vestía un delicado vestido blanco que resaltaba su cabello rojo como el fuego, creando un halo de luz y calor a su alrededor.

Un palpitar diferente invadió su pecho al contemplarla en esa escena, un sentimiento que le resultaba difícil de definir pero que no podía negar. Era como si el resplandor del sol encontrara su contraparte en la presencia radiante de Emma. En medio del luto que todavía se vivía en su hogar, ella le pareció un ángel caído del cielo, indescriptiblemente hermosa. Y no solo desde un punto de vista sexual, sino desde todos los puntos de vista en los que un hombre podía admirar a una mujer.

Tosió apenas, lo suficiente para atraer su atención, y entonces observó cómo ella dejaba de contemplar el paisaje exterior para dirigir su mirada hacia él. El sutil movimiento de sus pestañas rojizas, el dulce parpadeo de sus ojos verdes, su sonrisa naturalmente cálida y acogedora; todo eso le pareció un espectáculo único.

—Señorita Rothinger — nombró él con voz autoritaria mientras avanzaba hacia el interior del salón, envuelto en sombras apenas iluminadas por la ventana que Emma había destapado y por el tenue resplandor de las velas—. Por favor, siéntese.

La situación, tan fuera del ámbito profesional que los unía, lo perturbaba profundamente. Sin embargo, lo ocurrido justificaba una tregua entre ambos. Desde la llegada de la señorita Rothinger, sus interacciones se habían reducido casi exclusivamente a discusiones. Esto no podía prolongarse, pues él tenía obligaciones que atender y ella debía ocuparse de los niños mientras no llegara su sustituta o no la echara antes. El mensaje que había enviado a Inglaterra en busca de una nueva institutriz, el mismo día en el que la señorita Rothinger llegó, seguía vigente, y era muy probable que, con el tiempo, todo aquello no fuera más que un borroso y mal recuerdo.

—Ha dejado de llover —comentó Emma con una exquisita dicción, tomando asiento con la espalda recta. El Gobernador hizo un leve gesto al mayordomo, el viejo señor Fairchild, que permanecía de pie en una de las esquinas del salón de invitados. En respuesta, Fairchild hizo una señal a un lacayo, quien inmediatamente comenzó a servir el té.

—En efecto, eso parece —respondió Nathaniel, tomando asiento frente a la institutriz. Ambos estaban separados por la mesita del té, ella en un diván y él en un sillón de color azul cielo.

El refinamiento en los modales de la señorita Rothinger era innegable. Negarlo sería una terquedad imperdonable; sin embargo, eso era precisamente lo que se esperaba de ella como institutriz. Desde la forma en que se sentaba hasta sus gestos delicados al coger la taza y el platillo, todo era perfecto. Incluso él mismo se sintió ligeramente torpe ante su exquisita etiqueta.

Eso, o quizás la belleza de esa mujer lo estaba enloqueciendo. Sus manos enguantadas se movían con una delicadeza que lo dejaba perplejo, mientras su cuello pálido y sus ojos verdes lo hipnotizaban. No podía evitar notar lo encantador de sus pecas y lo cautivante de su cabello rojo. Cada rasgo parecía conspirar para perturbar su cordura y hacerle perder la compostura.

¿Cómo podía ser tan educada y a la vez ostentar una personalidad tan vulgar y corriente? ¿Cómo podía saberse todas y cada una de las etiquetas inglesas y en cambio ser una discutidora nata?

—¿Le está gustando Calcuta, señorita Rothinger? —preguntó él, siguiendo el rumbo formal de la conversación, después de unos largos segundos de silencio, cambiando su posición en el asiento.

Emma apenas contuvo la risa, presionando ligeramente sus labios carnosos. Aunque los modales del Gobernador Canning eran adecuados, le faltaba la cortesía necesaria en una situación como aquella. Unas lecciones en etiqueta no le vendrían nada mal. Lo observó con cierta diversión, pero también con un deje de nerviosismo.

Emma sentía que las manos le sudaban por debajo de sus guantes, y no solo por el calor. El caballero que tenía sentado frente a ella le provocaba una incomodidad insólita. Era un hombre alto, de piernas largas, que sentado parecía ocupar demasiado espacio en la estancia, como si estuviera a punto de desbordarla. Pero eran sus ojos azules lo que la hacían temblar, esa mirada penetrante, que la observaba fijamente sin ningún pudor.

Una gota imperceptible de sudor le resbaló por la nuca a Emma.

—Calcuta es un destino soñado para cualquier amante de la literatura y la historia —convino ella, sin apreciaciones personales, mordiéndose ligeramente el labio inferior después de darle un sorbo rápido a su té.

Nathaniel dirigió una mirada fugaz hacia el mayordomo y el lacayo para asegurarse de que ninguno de los dos había advertido la pequeña gota de té en los labios de la señorita Rothinger ni el modo en que ella la había recogido con un pequeño mordisco.

La rigidez de su cuerpo varonil se volvía cada vez más incómoda. La señorita Rothinger lucía encantadora con ese vestido de media tarde. Acostumbrado a verla con sus severos trajes oscuros, impuestos por su profesión, contemplarla de esa manera le parecía un regalo inesperado, un deleite para sus ojos, pero también una tortura innecesaria para su ya precaria capacidad de contenerse.

¡No tenía ningún interés por ella!

Pero se hallaba inquieto, nervioso. Hasta irritable. Y todo se debía a que, por primera vez en su vida, se sentía atraído hacia una mujer a la que moralmente no podía ni quería tener.

¿Atraído? Ni él mismo podía creerlo.

—Señorita Rothinger, espero que haya encontrado todo lo necesario para su comodidad durante su estancia aquí —dijo, sosteniendo su taza de té con una mano firme, pero tensa.

—Precisamente creo que deberíamos hablar sobre esto, mi señor —declaró ella, depositando la taza sobre la mesita. Aún no había tocado ninguna de las galletas que reposaban en un platillo aparte. Su expresión se tornó seria—. Por supuesto que he hallado todas las comodidades necesarias en su propiedad, mi señor. Pero necesito saber los motivos por los que me he encontrado encerrada esta mañana en el tercer piso. Cuando me puse enferma hace unos días, accedí a trasladarme de habitación, lejos de la de los niños, con el fin de no contagiar a la familia; pero no se me informó de que estaría encerrada. Lo he descubierto cuando, tras pasar unos días de soledad y angustia, decidí salir por mi cuenta. Gracias a Dios que el señor Herming y el señorito Oliver oyeron mis gritos; de lo contrario, creo que todavía estaría encerrada.

Coincidirá conmigo en que ese no es el trato adecuado hacia ninguna persona que resida en su propiedad.

—Como le he mencionado, he estado ausente estos días. Ya ha podido observar el estado de las calles de Calcuta.

—Comprendo que sea un caballero ocupado, mi señor. Pero mucho me temo que estas son cosas de las que usted debería estar informado. El señor Fairchild —Emma miró hacia el mayordomo de pelo blanco—. O la señora Manderley deberían de haberle mandado una misiva con el estado en el que me encontraba, ¿no cree?

Nathaniel dirigió su mirada al mayordomo, un hombre de avanzada edad que tosió, sintiéndose interpelado.

—Si me permiten la osadía de hablar —dijo el anciano con voz temblorosa—, como bien sabe, Su Nobilísima, tales decisiones suelen recaer en la señora Manderley. No me atreví a cuestionar su proceder. Y ruego disculpas a la señorita Rothinger por mi inacción. De ahora en adelante, si así lo precisa Su Nobilísima, me encargaré personalmente de mandarle una misiva con cualquier asunto relacionado con la señorita Rothinger.

Emma no cabía en su incredulidad. ¿Había sido decisión del ama de llaves encerrarla? ¿Y cómo era posible que el ama de llaves tuviera más poder que el mayordomo?

—Entonces, si he entendido bien, señor Fairchild, ¿fue el ama de llaves quien decidió encerrarme? —preguntó la institutriz, indignada—. Una decisión de tal magnitud no debería tomarse sin el consentimiento del señor de la casa. —Emma dirigió su mirada hacia el Gobernador, buscando respuestas en su semblante imperturbable.

Desde la muerte de Tara, Nathaniel se había acostumbrado a que la señora Manderley fuera la máxima autoridad en la propiedad. Mantenía todo en orden con una fidelidad incuestionable. Sin embargo, debía admitir, aunque la señorita Rothinger fuera solo una completa desconocida en comparación con la señora Manderley, que tenía razón. Encerrar a la institutriz de sus hijos, quien no formaba parte del servicio, era una falta grave.

Por mucho que la señora Manderley creyera que la señorita Rothinger estaba embarazada, esa no era la manera de tratar a una persona que vivía bajo su techo. En todo caso, si él hubiera querido tomar alguna medida en relación a la dudosa reputación de la señorita Rothinger, lo máximo que se habría permitido hacer era echarla de su propiedad. Nadie podía retener a otra persona sin su consentimiento, eso era inaudito; es más, incluso la señorita Rothinger podría llegar a presentar una denuncia formal hacia ellos por lo acontecido. Pues ella no era una criminal a la que alguien debía encerrar.

—Ordené que deshicieran su equipaje, señorita Rothinger, con la intención de que permaneciera aquí hasta encontrar una solución plausible a su estado. Y luego tuve que irme, no sabía que la señora Manderley tomaría una decisión tan poco acertada. Me veo obligado a pedirle disculpas en su nombre.

Emma frunció ligeramente el ceño. ¿Eso era todo? No estaba satisfecha con esa respuesta.

—¿No va a pedirle explicaciones a la señora Manderley? —insistió con firmeza, endureciendo su mirada verde—. Considero que algo tan relevante debería ser argumentado ante mi persona, Su Nobilísima. Dudo mucho que unas meras disculpas puedan tranquilizarme lo suficiente. Mi principal preocupación son los niños, su bienestar y mi vocación. Pero me resulta imposible confiar en mi capacidad para desempeñar mi labor si alguien del servicio actúa de manera tan arbitraria sin ofrecer explicaciones.

Nathaniel no recordaba ni un solo día en el que hubiera tenido que pedirle explicaciones a la señora Manderley sobre algún asunto. Pero Emma tenía razón. Lo sucedido ameritaba una

explicación y una disculpa hacia la institutriz.

—Por favor, señor Fairchild, haga venir a la señora Manderley.

Capítulo 13

Deseos reprimidos

El que se alimenta de deseos reprimidos finalmente se pudre.
William Blake.

La señora Manderley, el ama de llaves de la propiedad del Gobernador de India entró en el salón de invitados con una elegancia serena. A Emma le pareció, de repente, que aquella mujer cargaba con más años de los que había aparentado hasta entonces. Con su pelo rubio bien recogido hacia atrás en un moño bajo y tirante, los miró a ambos. A él como si fuera un cordero a punto de ser degollado y a ella, con esa sutil autosuficiencia de la que solo parecía darse cuenta Emma.

—¿Quería hablar conmigo, Su Nobilísima? —preguntó ella con una voz cándida, una voz inusualmente dulce.

—Siento molestarla, señora Manderley. Estoy seguro de que tiene mucho trabajo, como siempre.

—Se me ha informado de que el Duque de Wellington vendrá a cenar esta noche, mi señor —dijo la señora Manderley con suavidad—. Estaba dando instrucciones a la cocina para que preparen el menú que la difunta señora de Canning siempre encargaba para su hermano.

Emma sabía que no tenía motivos para cuestionar las decisiones del ama de llaves en cuanto al menú. La casa carecía de señora, y era normal que ella se encargara de esas cuestiones. Aun así, el modo en que mencionó a Tara le pareció malicioso. Como si buscara cualquier excusa para traer a colación el dolor del Gobernador. Se dio cuenta de que el gesto de Su Nobilísima cambiaba un poco al recordar a su difunta esposa.

—Es cierto, lo había olvidado. Debo reconocer que no sé qué haría sin su inestimable ayuda.

—Espero poder serle de gran ayuda siempre que lo necesite, Su Nobilísima.

Emma se removió ligeramente en su diván, no sabía qué sentir ante esa escena.

—La he hecho llamar, señora Manderley, porque deseo saber qué ha ocurrido con la señorita Rothinger en mi ausencia. Al parecer, nuestra nueva institutriz ha sufrido una experiencia espantosa esta mañana, al descubrir que la puerta de su habitación estaba cerrada con llave. Tampoco recuerdo haber ordenado su traslado desde su habitación en la segunda planta a otra en la tercera. La tercera planta no se utiliza desde... —el Gobernador se removió en su sillón —. En fin, desde la muerte de Tara —terminó la frase, con una dificultad evidente que no pasó desapercibida para nadie en ese salón de invitados.

El ama de llaves apretó las manos frente a su falda, pero no perdió la compostura ni dejó entrever sentimiento alguno. Emma la miró fijamente, esperando algún tipo de reacción, pero solo recibió una sonrisa comedida, la misma que la señora Manderley siempre esbozaba.

—Mi señor, no creo que sea adecuado hablar de este tema delante de la señorita Rothinger. No me gustaría ofenderla.

A Emma le hubiera encantado erguirse, pero temía que tal acto socavara el refinamiento que con tanto esmero exhibía.

—No tema herir mis sentimientos, señora Manderley —susurró, rompiendo el silencio con su voz clara y decidida—. Prefiero la honestidad a la dulce mentira. Vivir en la ignorancia, sin duda, es la mayor ofensa. Necesito saber por qué motivos decidió usted encerrarme sin mi conocimiento ni el del Gobernador Canning.

La mirada autosuficiente de la señora Manderley recayó sobre ella, pero Emma no estaba dispuesta a dejarse intimidar. Cada vez más, estaba prácticamente convencida de que esa mujer ocultaba algo. No se trataba solo de su personalidad fuerte debido a su profesión, esa mujer iba más allá. Era como si se sintiera la dueña de esa casa, como si nadie pudiera tomar ninguna decisión en ella, ni siquiera el propio Gobernador. Cualquier persona, con un poco de sentido común, se daría cuenta de eso.

¿Cuántos años tendría? Tal vez unos cinco más que el Gobernador. No era una anciana, ni tampoco parecía vieja. Su cabello no mostraba canas, aunque no podía llamarse hermosa. No había nada en ella que atrajera la mirada. Y el perpetuo luto que llevaba tampoco contribuía a resaltar su presencia. Ni siquiera su pelo rubio era bonito, pues lucía apagado y tirante en un moño bajo. Tan solo sus ojos de color avellana destacaban en su rostro, pero no para bien. A Emma le parecía que esos ojos eran malvados, desagradables.

¿Cómo podía el Gobernador no darse cuenta de lo que ella estaba percibiendo en tan solo unos días? Todo indicaba que algo no estaba bien. Sin embargo, el Gobernador parecía ajeno a las sombras que rodeaban a la ama de llaves, como si estuviera envenenado.

—Bien, si así lo desea, señorita Rothinger... seré sincera. Aunque la sinceridad no es una cualidad, sino más bien un modo pobre de ocultar la poca capacidad de sobrellevar las situaciones —respondió el ama de llaves con una frialdad calculada; el Gobernador no se inmutó ante ese comentario, pero Emma se quedó helada ante la falta de valores evidente. ¿Acaso carecían de vergüenza?—. Tan solo pretendía proteger a los señoritos. Como ama de llaves y persona de confianza de Su Nobilísima, me siento encargada de la decencia de esta casa.

—¿Y considera decente encerrar a una mujer inocente?

—Quizás no fuera lo más apropiado, pero sí lo más justo. Usted llegó a esta casa ocultando a Su Nobilísima algo muy grave, algo que le imposibilita seguir ejerciendo como institutriz.

Se imaginó a sí misma, en un arrebato de furia contenida, saltando sobre el ama de llaves para propinarle un par de bofetadas merecedoras. La visión de la mujer, con su actitud despectiva y su aparente indiferencia ante la verdad, despertó en Emma un impulso de justicia visceral, un deseo de hacerle pagar por sus manipulaciones y su crueldad disfrazada bajo una fachada de autoridad.

Sin embargo, contuvo sus posibles raíces escocesas y sus orígenes más humildes de Portland, y esbozó una sonrisa de esas que solo las damas de alta alcurnia sabían ofrecer cuando las situaciones más desagradables lo requerían. Con una elegancia forjada en la adversidad y una compostura que desafiaba cualquier deseo de confrontación, Emma se frenó. Ella sabía que era capaz de explotar, que era todo fuego si se lo proponía.

Nathaniel, que apenas podía apartar la mirada de la señorita Rothinger, reparó en que las pecas de su rostro empezaban a tomar un tono más rosado. La delicadeza de ese rubor apenas perceptible agregaba un encanto adicional a su semblante, como si cada pecoso detalle fuera una pincelada más en el retrato de su belleza natural. Porque la belleza de Emma era natural, no había nada en ella forzado: ni polvos, ni corsés demasiado apretados ni un rizado de pelo elaborado.

Estaba enfadada, era evidente. Aunque se esforzara por ocultarlo. Y no era que la institutriz no supiera cómo desenvolverse en una situación como aquella o que le faltaran un par de lecciones de etiqueta; no, simplemente, esa mujer era pura emoción. Todo en ella parecía vibrar

en consonancia con sus sentimientos.

¿Era verdaderamente virgen? Y si lo era, ¿cómo respondería en la cama una mujer con todo ese fuego en su interior? Tara había sido dulce, comedida, no muy pasional, pues las normas de la sociedad exigían a las mujeres de clase alta no demostrar deseo sexual.

Pero Emma... Emma Rothinger tenía todo el aspecto de convertirse en un volcán entre las manos adecuadas. ¿Necesitaría un tercer baño de agua fría? ¿Qué ideas eran esas? cada vez se sentía más ridículo.

No podía divagar en esos pensamientos que, poco a poco, se volvían más frecuentes. Además, la situación ya era suficientemente tensa de por sí. Nathaniel estaba casi convencido de que era toda una suerte que Emma todavía no hubiera abofeteado a la señora Manderley como había hecho con él esa mañana. Se aclaró la garganta, llamando la atención de ambas mujeres, y se enderezó en su asiento.

—Comprendo sus motivos, señora Manderley. Pero son insuficientes para encerrar a una mujer inocente; en cualquier caso, la decisión tendría que haber sido mía.

Emma se quedó sin aliento al ver al Gobernador hablar por ella, dando un paso al frente, haciendo brillar sus ojos azules implacables sobre la señora Manderley. Le pareció que su cabello platino brillaba con una intensidad renovada, que su ligera barba bien recortada era más atractiva que nunca. Había estado esperando su actuación, pero no había imaginado que sería tan contundente.

De repente, todo en él le pareció tremendamente varonil, y sin querer, volvió a desear que la besara. Ningún hombre había rozado sus labios a pesar de los intentos de Sylvie por hacerlo. ¿Cómo sería? ¿Cómo sería que alguien como Su Nobilísima lo hiciera? A sus treinta y un años, aún no había experimentado el romance. Otras mujeres de su edad ya tenían una hilera de hijos, y ella no era más que una inexperta. Una mujer entregada a su profesión cuyo único intento de formar una familia había terminado en desgracia.

—Además —continuó Nathaniel, con la exigencia de un hombre que no está acostumbrado a que la situación se le escape de las manos—. Debemos retractarnos de lo que hasta ahora considerábamos una verdad inmutable. Es posible que el señor Hastings haya cometido un error en su juicio. La señorita Rothinger ha negado el diagnóstico.

¡Qué vergüenza! Emma sintió que su rostro se tornaba más rojo. ¿Cómo habían llegado a la lamentable situación de tener que discutir sobre su estado de embarazo inexistente?

La cara del ama de llaves se transformó en un rictus de furia apenas disimulada al escuchar las palabras del Gobernador en defensa de Emma, la institutriz. Sus labios se tensaron en una delgada línea, y sus ojos, normalmente fríos y calculadores, destellaron con una mezcla de envidia y resentimiento. Sus mejillas, que momentos atrás habían estado pálidas y serenas, ahora estaban enrojecidas por la ira reprimida. Los celos, como una sombra oscura, se reflejaban en su mirada mientras observaba al Gobernador con resentimiento, sintiendo cómo su posición privilegiada se veía amenazada por la presencia de Emma.

—Comprendo que Su Nobilísima ha hablado del asunto con la señorita Rothinger —dijo la señora Manderley con la voz teñida de una calma forzada—. Pero sigo sin entender por qué deberíamos dudar del diagnóstico del señor Hastings, un médico de confianza. Un profesional que nos ha atendido desde el nacimiento del señorito Oliver.

Emma no perdió la compostura ante la insidiosa insinuación de la señora Manderley. Simplemente se levantó de su asiento y se acercó a la ventana, contemplando el patio delantero con una calma aparente. La situación se volvía cada vez más insostenible e imperdonable. Que la acusaran de mentirosa de una manera tan vil y sobre un tema tan delicado sobrepasaba los límites

de lo que cualquier institutriz debería soportar.

No le sorprendía en absoluto que las nueve anteriores hubieran dejado esa casa de un modo u otro. Esas personas, aunque en apariencia tan educadas y rectas, no eran más que unas desvergonzadas.

—El señor Hastings, aunque competente, no está exento de errores —respondió con firmeza el Gobernador, para más sorpresa de la señorita Rothinger. Su defensa inquebrantable la llenaba de una mezcla de alivio y admiración. Sin embargo, la tensión en la habitación era palpable, y la señora Manderley no parecía dispuesta a ceder fácilmente.

—Si me lo permite, Su Nobilísima, creo que sería prudente proceder con cautela. No quiero que tomemos una decisión apresurada basada únicamente en la palabra de una institutriz que lleva aquí tan poco tiempo —la voz de la ama de llaves era cortante, su desdén apenas disimulado.

Nathaniel se sintió obligado a levantarse, ya que la señorita Rothinger había tomado la iniciativa. No tenía sentido seguir sentado cuando el té ya estaba casi frío y su acompañante estaba siendo injustamente ofendida. La señora Manderley no mentía al decir que sabían poco sobre la señorita Rothinger, y era cierto que el señor Hastings era su médico de confianza. Sin embargo, Nathaniel se sentía inclinado a proteger a la institutriz. Incluso si ella estuviera mintiendo, seguía siendo una afrenta que la hubieran encerrado.

—Preferiría que no discutiéramos más sobre este asunto, que ya es bastante vergonzoso de por sí. Ninguna mujer, sin importar su clase, merece sentirse humillada bajo mi techo.

«¿Sin importar su clase?»

¿De veras el Gobernador acababa de decir eso? Emma se volvió hacia él, luego hacia el ama de llaves, ambos la estaban mirando fijamente.

—Le agradezco que no desee que me sienta humillada, Su Nobilísima. Pero lo cierto es que jamás me había sentido tan avergonzada como me han hecho sentir en esta casa. Hablar de estos temas de una forma tan impúdica me parece, como poco, escandaloso. Creo yo, mi señor, que con mi palabra deberían tener suficiente. Pero si el doctor insiste en su diagnóstico, no tendré más remedio que buscar a otro médico que pueda decir la verdad como merece ser dicha. Porque, señora Manderley, la sinceridad no es una forma de ocultar la poca capacidad de sobrellevar las situaciones, sino que es una virtud de todo aquel que desee salir victorioso de ellas.

—Quizás, simplemente, lo más sensato sería que se marchara, señorita Rothinger —replicó el ama de llaves, con su tono gélido y cortante—. De todos modos, usted no es del agrado de Su Nobilísima y los quince días que le otorgó como una muestra de generosidad, debería aprovecharlos usted para buscar otro trabajo.

Emma abrió desmesuradamente los ojos, sus pestañas rojas rozando la delicada piel bajo sus cejas. ¡¿Pero qué autoridad tenía esa mujer para hablarle de esa manera?! ¿Cómo se atrevía? Era cada vez más evidente que la señora Manderley se tomaba libertades que no le correspondían en esa propiedad. Lo más exasperante era que el Gobernador parecía consentir esa prepotencia, a pesar de haberla defendido parcialmente. No confiaban en ella; habían creado su propio círculo en esa casa, aislado de la sociedad civilizada, donde cualquiera que intentara entrar era impiedosamente machacado hasta hacerlo huir.

Notó que esa gota de sudor que le había resbalado por la nuca cuando estuvo a solas con el Gobernador, de repente se tornaba fría, y un escalofrío desagradable le recorrió el cuerpo.

El salón seguía en penumbras, excepto por la ventana que Emma había descubierto al apartar las cortinas. El mayordomo, el señor Fairchild, permanecía en una esquina, tan silencioso y discreto que parecía mudo y sordo. Mientras tanto, el lacayo había desaparecido desde hacía

varios minutos.

Emma sabía que una institutriz ocupaba una posición única y ambigua en la jerarquía doméstica. Aunque educaba a los hijos de la familia, no era ni considerada una simple sirvienta ni una igual entre la alta sociedad. Proveniente de la clase media y dotada de buena educación, compartía techo con la familia, pero se le exigía mantener una distancia respetuosa. Su vida era una existencia solitaria y aislada, con escasa autoridad sobre los niños y vulnerabilidad ante el abuso. Aunque respetada por su función educativa, también podía ser objeto de desprecio por parte de la familia y el personal doméstico debido a su posición intermedia. Lo que estaba ocurriendo no sería ni la primera ni la última vez que ocurría. Sin embargo, el ama de llaves estaba traspasando los límites de toda lógica imaginable.

—Señora Manderley, le ruego que medite sobre sus palabras —dijo Nathaniel con calma, aunque su tono dejaba entrever cierta indignación—. Comprendo su preocupación, pero en este asunto, después de tantas decisiones acertadas de su parte, debo discrepar. La señorita Rothinger no abandonará esta residencia hasta que yo lo disponga, ya que no está bajo su autoridad, sino bajo la mía.

Su voz, suave pero decidida, resonó en la habitación, dejando claro que no habría debate sobre el asunto. Nathaniel estaba decidido a proteger a la señorita Rothinger; y aunque no podía explicar del todo el porqué de su necesidad, sentía en lo más profundo de su ser la urgencia de hacerlo.

Por supuesto, también consideraba que la actitud de la señora Manderley no estaba siendo correcta.

—Espero que esto ponga fin a cualquier malentendido —ultimó él—. La señorita Rothinger tiene todo mi apoyo hasta que el médico ratifique su diagnóstico. Ahora, puede retirarse. Quisiera hablar con la señorita Rothinger a solas.

El ama de llaves hizo una reverencia rígida. —Como desee —dijo con resentimiento, y salió de la habitación, dejando tras de sí una atmósfera cargada de tensión. Emma observó su salida con una mezcla de alivio y aprehensión.

—Señor Fairchild, desearía que usted también saliera, por favor; necesito hablar con la señorita Rothinger a solas.

El anciano mayordomo hizo una reverencia y salió del salón de invitados dejando completamente solos a Emma y Nathaniel.

¿Por qué necesitaba estar con ella a solas? Nate no estaba seguro de ello. No estaba convencido de por qué había despedido al servicio de ese salón, pero se tensó de repente al darse cuenta de que no había nadie mirándolos ni juzgándolos. Ella todavía parecía enfadada. Solo quería pedirle disculpas por las palabras del ama de llaves, nada más que eso.

Capítulo 14

Bajo el encanto rojo

La envidia en los hombres muestra cuán desdichados se sienten, y su constante atención a lo que hacen o dejan de hacer los demás, muestra cuánto se aburren.
Arthur Schopenghauer

Su reputación estaba en peligro. Y su situación, ya de por sí precaria, dependía de una reputación intachable. Emma estaba desesperada por esas acusaciones infundadas y por los comentarios crueles e indiscretos del ama de llaves. ¿Cuestionar su virtud abiertamente y en público? Ese tipo de conversaciones no deberían tener lugar jamás, y sin embargo, en esa casa se había hablado del asunto como si fuera algo trivial, como si insultar a una mujer sin padres fuera la cosa más fácil del mundo. ¡Qué injusto! ¡Qué inmoral!

Pero no solo estaba desesperada, sino que también se sentía terriblemente humillada, deshonrada. ¡Qué mala educación! Esas personas, las de esa casa, no tenían moral.

—Señorita Rothinger —oyó la voz profunda y grave del Gobernador, sacándola de sus pensamientos. Estaba tan enfadada, tan ofendida y ansiosa que ni siquiera se había dado cuenta de que se habían quedado a solas—. Permítame ofrecerle mis más sinceras disculpas por las palabras inapropiadas del ama de llaves —dijo él con voz autoritaria y pausada, proyectando poder sin esfuerzo—. Independientemente de la veracidad de las acusaciones, no ha sido adecuado el modo en que se ha tratado el tema.

—¿De veras? Esto es cada vez más inaudito. Aprecio su amabilidad, pero resulta insuficiente si aún alberga dudas sobre mi palabra —Respiró hondo ella—. Esperaré la llegada del médico en mi recámara —Elaboró una reverencia corta y dio dos pasos hacia la puerta, pero el futuro vizconde Canning la cogió por el brazo, deteniéndola, acercándose a ella. Ya habían estado cerca el uno del otro a lomos del caballo blanco del Gobernador.

Pero ahora ambos estaban pisando tierra firme.

—No dudo de su palabra —susurró él con una pronunciación clara, cerca de su oreja. Emma lo miró de soslayo y sus ojos se encontraron con la frescura azul de los suyos.

Nathaniel aflojó el agarre de su brazo hasta parecer una caricia y ella suspiró de forma involuntaria. —Comoquiera que sea...

—No discuta más, señorita Rothinger. Lo único que debe saber es que no dudo de su palabra —ordenó él con su habitual autoridad, acostumbrado a ser obedecido sin objeciones, a que nadie desafiara abiertamente sus decisiones. Sin embargo, ella era diferente, parecía decidida a contradecirlo en cada momento.

Quizás por eso, poco a poco, no podía sacársela de la cabeza, porque era distinta a todas las demás. Porque era todo lo que él pensaba que odiaba.

—¿Alguien le ha dicho que es usted el hombre más arrogante del Imperio Británico?

—No con esas mismas palabras, aunque el Duque de Wellington suele decirlo de otra manera mucho menos refinada.

El comentario la hizo enmudecer. Los rayos de sol seguían colándose por esa ventana que ella había destapado, cruzando las penumbras del salón de invitados que llevaba años sin

redecorarse. En la penumbra, él vio que los pechos de ella se hinchaban y el hielo en sus venas se derritió. Le hubiera gustado ahondar mucho más en esa caricia, en ese roce de su mano sobre el brazo de ella. Tuvo que refrenar todos sus demonios para no desatarse y tocarla de un modo mucho menos sutil. Lo que él quería, lo que estaba deseando en esos momentos, estaba mal en todos los sentidos.

Con la mandíbula apretada, se recordó que solo había querido disculparse.

Controló sus instintos justo antes de que se dispararan, pero entonces ella volvió a suspirar y le pareció que la señorita Rothinger deseaba lo mismo que él: un beso.

Deslizó su mano por el brazo de Emma lentamente y luego le tomó la mano enguantada, acariciándola por encima de la tela, sintiendo su piel cálida a través del algodón. Nate bajó la cabeza despacio, provocándole un estremecimiento a la institutriz y él retuvo ese tercer suspiro entre sus labios, sin soltarla de la mano. Emma tampoco habría podido soltarse de él ni que los cielos se hubieran desplomado.

El primer roce de sus labios la hizo temblar violentamente, pero él no la soltó. No liberó su mano ni un solo instante durante el impacto de sentir sus labios masculinos sobre los suyos.

Era su primer beso. No sabía nada sobre esos asuntos ni cómo actuar frente a una situación así. Con Sylvie había sido distinto, porque ella jamás había deseado que la tocara o la besara como estaba deseando que lo hiciera el Gobernador.

Y justo cuando creyó que dejaría de besarla, que ese momento surrealista e idílico llegaría a su fin, él la abrazó y la atrajo hacia él. La dureza de sus músculos se apoderó de ella al tiempo que la presión de los labios se hacía cada vez más exigente.

Los movimientos eran firmes, como todo él, autoritarios. Pero estaban teñidos de una suavidad única, un frío abrasador. Emma se quedó inmóvil, temblando, ardiendo y sintiendo como sus pezones se ponían duros por debajo de su sencillo corpiño. El placer la embargó, cálido y húmedo, y se arremolinó en sus entrañas, haciéndola sentir agradablemente mareada como ese día que, por accidente, tomó una copa de champán en una fiesta.

Nathaniel sabía que estaba perdiendo el control de la situación. De hecho, lo había perdido desde el momento en el que la había cogido por el brazo. Pero el instinto masculino, su necesidad imperiosa de saciar su deseo con la señorita Rothinger era superior a cualquier juicio moral que pudiera imponerse en ese instante. Además, que ella temblara entre sus brazos, suspirando y gimiendo, tan llena de pasión contenida, tampoco ayudaba a su virilidad a refrenarse. Esa mujer, que lo había sacado de sus casillas desde el primer día, que se atrevía a contradecirlo en público y en privado, y que lo llevaba por el camino de la amargura en apenas ocho días de su presencia, era todo lo que su cuerpo anhelaba.

Deseaba poder controlarla de algún modo, hacerle perder ese sentido de la lógica que siempre exponía ella, ganándolo en todas las discusiones y argumentos. Quería verla como estaba, temblando ante su presencia, sometida a sus exigencias. Podía imaginársela desnuda a pesar de que iba muy bien vestida, podía imaginar sus pezones endurecidos y su intimidad completamente empapada por él. Y no solo podía imaginársela, sino que quería verla. Quería verla retozando de placer y sumisión bajo su mando y guía, sin quejas, sin objeciones, rendida a su autoridad. La empujó contra la ventana y la besó con más fuerza, dejando de abrazarla para acariciarle la nuca, los rizos rojos, el cuello y el inicio de su escote.

Estaba loco por esa pelirroja.

Aturdida, con los pensamientos arremolinados, notó el frío del cristal en su espalda y las frías manos del Gobernador recorriéndole la nuca, el cuello y cada parte visible de su cuerpo.

La rendición de la señorita Rothinger era dulce, sabiendo, como sabía, que ella no era una

mujer que se rindiera fácilmente. Apenas la estaba forzando, pero ella se entregaba a él con una facilidad excitante. La institutriz yacía dúctil entre sus brazos y caricias, sus labios entregados a los de él para que los disfrutara, su dulce boca abierta para que la saboreara y la hiciera suya. Se apretó contra ella, rozando su virilidad cubierta por el pantalón por encima de su vestido color crema. Ella era tan bajita, y él tan alto, que su miembro quedó a la altura de su vientre. Solo tenía que levantarla del suelo, abrirla de piernas y buscar su secreto mejor guardado.

Abrió los ojos, que había cerrado por unos segundos, y ella también lo hizo. Se topó con sus ojos verdes humedecidos y ligeramente oscuros por el deseo. Su tez pálida y pecosa estaba roja desde la frente hasta el cuello, y sus labios estaban al rojo vivo, en carne viva. Su abundante pecho bajaba y subía contra la dureza de sus músculos y su respiración era ruidosa, mezclada con algún que otro gemido suave y flojo.

Ella representaba todo lo que había estado evitando durante tanto tiempo. Todo aquello en lo que ni siquiera había pensado en tres años. Era perfecta. Perfecta para precipitarse al vacío. Sus acuciantes necesidades le dificultaban el pensamiento. La delicadeza de la señorita Rothinger, presionándose contra él, desde el pecho hasta los muslos, era una fuerte tentación.

—Su Nobilísima —se oyó la voz del anciano mayordomo al otro lado de la puerta y Emma recobró el sentido, dándose cuenta de que lo que acababa de suceder era horrible—. Ha llegado el señor Hastings.

—Quédese aquí —ordenó él, separándose de ella. Ella lo miró asombrada, pues no parecía descompuesto como ella lo estaba. Entonces, las palabras del ama de llaves la azotaron dolorosamente.

«La usará y luego la dejará».

No cabía duda de que el Gobernador era un experto en esas situaciones, lo había juzgado mal. No era un hombre tan correcto como había aparentado ser. Quizás fuera cierto que hubiera hecho algo similar con las anteriores institutrices o algunas de ellas. De nuevo, no le extrañaba que todas se hubieran ido. Entre la crueldad de la señora Manderley y los deseos de Su Nobilísima cualquiera saldría huyendo de allí. ¿Y ella? ¿Cómo había podido ceder? ¿Cómo había podido doblegarse a sus besos y caricias? Seguro que ahora sí que pensaría que ella era una mujer fácil, que se entregaba a cualquiera. ¡Ay, Dios!

Nathaniel retomó el control de la situación completamente arrepentido. Lo que había hecho era un despropósito y un deshonor para cualquier caballero que se apreciara. Él no era un hombre que pudiera darse el lujo de perder el juicio entre las faldas de una mujer. Él era el Gobernador de la India y el padre de cuatro niños huérfanos de madre. ¿Cómo había podido aprovecharse de la inexperiencia de la institutriz de sus hijos? Porque, después de ese beso, no cabía duda de que la señorita Rothinger era inexperta en los asuntos del amor. Ignoraba qué le había sucedido a la señorita Rothinger antes de llegar a su propiedad para que el médico dijera que estaba embarazada, pero fuera cual fuera el motivo, ella jamás había sido besada por ningún hombre. ¿Y si habían abusado de ella? ¿O si ella se había entregado a algún marido o prometido sin que este supiera nada de como amar a una mujer?

Después de eso, le debía una disculpa a la señorita Rothinger. Pero lo mejor para todos, tal y como había indicado la señora Manderley, era que ella se marchara. No podía permitirse una distracción como aquella pese a sus intenciones de protegerla. No podía protegerla si él se perdía en el proceso.

No quería traicionar la memoria de su difunta esposa. Ni permitir que una jovencita respondona le hiciera perder el juicio de esa manera.

—Hágalo pasar a mi despacho —Abrió la puerta él con sus propias manos, saliendo del

salón de invitados como si el mismísimo infierno estuviera dentro de él.

Emma se quedó durante largos minutos pasmada, quieta en el mismo lugar en el que el Gobernador la había dejado. Entonces, se dio cuenta de que lo que habían hecho, lo habían hecho frente a la ventana de la propiedad. Se giró hacia ella, para ver si alguien la estaba mirando, pero no vio a nadie. ¡Qué tontería! ¿Por qué deberían de espiarlos? Nadie los habría visto. De todas formas, había sido una imprudencia permitir que la empujara contra la ventana y la besara de esa manera. Si alguien los hubiera visto...

Pero ¿por qué no había hecho pasar al médico en el salón? Ella era la principal interesada en hablar con ese señor que mentía sobre su estado. Decidida, y tras recomponerse el vestido y el pelo, salió del salón de invitados en busca del despacho del Gobernador, no pensaba quedarse apartada, a la espera de que nuevas acusaciones infundadas recayeran sobre su persona.



La señora Manderley no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Gracias a Dios, pues había aprendido a conocer cada rincón y escondrijo desde los cuales podía observar todas las habitaciones y salones de aquella vasta propiedad.

Jamás había visto al señor Canning hacer algo parecido. Ni siquiera con su difunta esposa se había mostrado tan impulsivo. Los encuentros sexuales de los señores Canning siempre habían sido nocturnos, casi planeados, tan solo para asegurar el bienestar del matrimonio y la continuidad de la familia. Pero ¿eso? ¿Abalanzarse sobre la señorita Rothinger como un jovenzuelo o un mujeriego? No le cabía duda alguna de que esa pelirroja era una maldición para esa casa. Estaba embrujando al hombre más sensato, prudente y correcto que había conocido nunca.

Lo vio todo, vio como la besaba y la tocaba. No era la primera vez que veía al Gobernador excitarse, pues con la señora Tara también lo había hecho. Pero esa vez era distinta, el Gobernador parecía fuera de sí. Se llenó de rabia, de odio hacia la señorita Rothinger. .

¿Cómo era posible que la señorita Rothinger siguiera en la propiedad? Debía hacer que se marchara cuanto antes.

"Desconocía por completo hasta donde era capaz de llegar la señora Manderley. Sí, ya no tenía dudas de que ella quería que yo me marchara. Pero no sabía hasta qué punto era capaz de llegar ni qué era lo que la motivaba realmente a hacer todo aquello. Los besos del Gobernador Canning me parecieron un error gravísimo, algo de lo que me arrepentiría toda la vida. Pero, en el fondo de mi alma, sentí una profunda conexión con él, un vínculo que se había forjado por orden divina."

Capítulo 15

Inocentes y Culpables

Una institutriz es la que, tras un minucioso estudio, descubre lo que es el bien y lo que es el mal en la naturaleza humana.
Agnes Repplier.

Quería creer en la versión de la señorita Rothinger. De hecho, la creía inocente. Pero en la vida podían ocurrir toda clase de accidentes. Bien podía ser que la joven hubiera sido forzada o que se hubiera entregado a un hombre sin escrúpulos. La señora Manderley, aunque bastante indiscreta, tenía su parte de razón. ¿Por qué dudar de la palabra de su médico de confianza?

Aun así, Nathaniel se encontraba de nuevo frente al señor Hastings para aclarar el asunto. El hombrecillo de ojos avellana no le causaba ninguna gracia, pues él había sido el que había certificado la muerte de su esposa. El médico, por supuesto, no tenía culpa alguna de aquello, pero verlo, le traía malos recuerdos.

—¿En qué puedo ayudarle, Su Nobilísima?

Nathaniel observaba al médico desde una posición elevada, pues había decidido no sentarse tras el escritorio frente al señor Hastings. Permanecía de pie, con las manos en los bolsillos, a un lado del caballero.

—Es sobre el diagnóstico que emitió el otro día sobre la señorita Rothinger —dijo Nathaniel con voz firme, sin apartar los ojos del hombrecillo—. No me andaré con muchos rodeos, pues tengo trabajo acumulado en la Oficina del Gobierno. La joven institutriz asegura que su diagnóstico es erróneo, que no está en estado de buena esperanza. Como comprenderá, este asunto es muy delicado. El prestigio de una joven cuyo sustento depende únicamente de su intachable reputación, está en juego. Me gustaría que me dijera, si existe la más mínima posibilidad, por mínima que sea, de que se haya equivocado.

El señor Hastings, el único médico en quien los ingleses de Calcuta depositaban su confianza, se removió en su asiento, mostrando una ligera incomodidad, como si las dudas del Gobernador fueran un agravio personal. —Mi señor, creo que soy capaz de saber cuándo una mujer está embarazada.

—No me malinterprete; no pongo en duda sus cualidades como profesional. Sin embargo, todos somos humanos y, como tales, susceptibles a errores. Una jornada ajetreada, un dolor de cabeza, o simplemente un mal día, podrían haber influido en su juicio y llevarlo a una conclusión apresurada. Le repito, la reputación de la joven y su profesión están en juego. ¿Consideraría volver a evaluarla? —insistió Nathaniel, movido por esa necesidad de proteger a la señorita Rothinger a pesar de que, cada vez, las cosas parecían estar más en su contra. A pesar de que, él mismo, necesitaba que ella se marchara. Pues ni le agradaba como institutriz de sus hijos, siendo demasiado permisiva con ellos, ni debía seguir teniéndola bajo su techo cuando, lo único que deseaba, era hacerla suya de la manera más salvaje e inmoral que jamás había imaginado.

El matrimonio con Tara había sido un acuerdo entre familias, un enlace de conveniencia como tantos en su sociedad. Sin embargo, habían compartido una vida feliz y armoniosa. Él la había amado dentro de lo que se esperaba de un caballero como él, pues ella siempre se había mostrado obediente y perfecta, una dama de alta alcurnia que cualquier hombre habría sido capaz

de querer por su saber estar, su educación y su manera de llevar la propiedad y la familia.

Tara había sido una gran mujer y él un esposo fiel y dedicado.

Pero con Emma lo que le estaba ocurriendo era algo parecido a la locura. No podía controlarse a pesar de las fuertes exigencias que siempre había tenido para sí mismo, desde una edad temprana. No había cometido errores durante su vida, los justos. Siempre moral, siempre correcto. Todo para ser exitoso en su vida profesional, en su trabajo. Sus padres no eran ni los más ricos ni los más poderosos de Inglaterra, pero él había logrado ser rico y poderoso con esfuerzo y dedicación.

De hecho, el matrimonio con la hija mayor del primer Duque de Wellington, Tara, fue uno de sus mejores logros, eso le otorgó un mayor estatus.

Ah, pero ahora... esa institutriz, esa huérfana con posibles raíces escocesas que apenas era capaz de controlarse a sí misma, hija de unos jornaleros de Portland, lo estaba llevando por caminos donde sus propios demonios no querían refrenarse.

—Por supuesto que podría volver a evaluarla si usted me lo pide, Su Nobilísima.

Nathaniel iba a disponerlo todo para una segunda evaluación, pero entonces unos golpes en la puerta los interrumpieron. —Mi señor, soy la señorita Rothinger. Me gustaría poder hablar con el médico.

Sintió que lo atacaba otra jaqueca. La había dejado en el salón de invitados porque necesitaba alejarse de ella, poner en orden sus ideas y pensar en las palabras adecuadas para disculparse tras lo ocurrido, tras haberla besado.

Pero allí estaba de nuevo.

—Adelante —accedió finalmente, aunque hubiera deseado manejar la situación de una manera menos violenta. Ella irrumpió en el despacho, fijando sus penetrantes ojos verdes en el médico—. Señorita Rothinger, le presento al señor Hastings, el médico que la atendió el otro día.

Sus labios seguían enrojecidos, y aunque el rubor de sus mejillas se había atenuado, conservaban un delicado tono rosado. —Es un placer, señorita Rothinger —dijo el hombrecillo, poniéndose de pie para saludar a la institutriz con formalidad.

—Me gustaría poder decirle lo mismo, señor Hastings —pronunció ella con un tono de voz comedido y educado a pesar de lo bruscas que eran sus palabras—. Pero lo cierto es que su diagnóstico ha resultado, no solo una vergüenza y un despropósito, sino una completa falsedad.

Nathaniel, habituado a hablar con ciertos rodeos debido a su profesión, quedó estupefacto al escuchar la manera tan directa en que la señorita Rothinger había abordado el tema. Y, según el gesto del señor Hastings, él también. Pues lo vio recolocarse la pañoleta del cuello como si lo hubieran abofeteado.

—Señorita, llevo más de diez años sirviendo sin mancha alguna a todos los miembros de la alta sociedad inglesa en Calcuta, y puedo asegurarle que ninguno, absolutamente ninguno de mis pacientes, se ha quejado jamás de mis diagnósticos.

Emma no había podido ver bien al médico cuando la atendió, pues en ese momento estaba demasiado mareada. Aunque se sentía avergonzada por tener que abordar un tema tan impúdico frente a él y al Gobernador, debía superar cualquier moral impuesta para defenderse. No podía permitir que continuaran acusándola injustamente.

Al mirar al señor Hastings de frente, le resultó extrañamente familiar.

—Doctor, no estoy poniendo en duda sus años de servicio. Sin embargo, ninguno de sus diagnósticos anteriores tienen relevancia si ahora está cometiendo un error. No puedo quedarme callada mientras me acusan injustamente de algo que no tiene sentido.

—Señorita Rothinger, entiendo su indignación —respondió el médico con el tono de su voz forzado—. Pero le aseguro que mis diagnósticos son siempre precisos y basados en años de experiencia.

—Si insiste, sugiero que busquemos una segunda opinión —resolvió ella sin miedo.

La tensión en el despacho aumentó y a Emma le dio la sensación de que el aire se podría haber cortado con un cuchillo. Su reputación pesaba más que el orgullo del médico. No le importaba parecer enfurecida, lo cierto era que solo se estaba conteniendo porque su profesión la obligaba a hacerlo. Era una institutriz. Y aunque la peor de las calumnias hubiera caído sobre ella, debía seguir manteniendo cierta cortesía y educación, eso era lo que se esperaba de ella.

—Esto es indignante, insultante diría yo —resopló el señor Hastings, removiendo su espeso bigote—. ¿Usted va a permitir que esta señorita recién llegada de Inglaterra ponga en duda mi profesionalidad? —se dirigió hacia Nathaniel.

—Lo que yo comprendo, señor Hastings, es que la señorita Rothinger en ningún momento ha puesto en duda su profesionalidad. Solo está tratando de defender su reputación y considero que está en su derecho de hacerlo. Si quiere una segunda opinión, es totalmente aceptable.

Las palabras del Gobernador, poderosas, resonaron entre esas cuatro paredes

—Me parece que mi labor aquí, entonces, ha terminado —finalizó el hombrecillo de ojos avellana, saliendo del despacho tras dedicar una rápida reverencia al Gobernador e ignorar a la señorita Rothinger por completo.

—Creo, señorita Rothinger, que acabo de perder el aprecio del único médico tolerable de toda Calcuta —dijo Nathaniel en cuanto se volvieron a quedar solos.

—Lamento mucho que pierda su aprecio, mi señor. Pero no puedo perder mi reputación. No he hecho un viaje tan largo para que aquí se me acuse de lo que nunca se me acusó en Inglaterra. Quiero que un médico diferente me atienda, hoy mismo, a poder ser.

—¿Es que usted no se cansa?

—¿De luchar por lo que considero correcto? No, mi señor.

Algo brilló en la sonrisa reacia de él. Y ella se dio cuenta de que el Gobernador apenas sonreía, y si lo hacía, era solo por pura formalidad. Esa sonrisa, esa mínima muestra de humanidad, le hizo recordar lo que acaba de ocurrir en el salón de invitados. Lo había olvidado ante la imperiosa necesidad de hablar con el médico que la acusaba de algo totalmente incierto. Pero no sabía cómo había podido hacerlo, pues todavía sentía los labios de ese hombre sobre los suyos, su cuerpo rozando su pecho, su mirada febril sobre la suya. La vergüenza se apoderó de ella de repente; todo el bochorno que había omitido durante su breve discusión con el señor Hastings, le subió a las mejillas repentinamente.

Le hubiera gustado volver a cogerla, volver a besarla y entrelazar su lengua con la de ella. Tomarla por la cintura, o por las caderas, y subirla a la mesa del despacho para saciar su hambre. Hambre de ella. Pero sabía que no podía. Que ya era suficiente. La locura debía parar.

—Señorita Rothinger... —pronunció, conteniendo cada sílaba, cada respiración. Sintiendo la rigidez de su cuerpo, sabiendo que, si quería, podía volver a tenerla entre sus brazos con dos movimientos ágiles—. Creo que, indudablemente, ahora le debo una segunda disculpa. Por lo ocurrido en el salón de invitados hace poco, no...

—No necesito que se disculpe —se apresuró ella—. Soy una mujer adulta. Lo que ha ocurrido ha sido una vergüenza tanto para usted como para mí. Espero que esto no alimente sus sospechas sobre mi reputación.

Nathaniel se quedó algo frío. No había esperado una respuesta tan cortante por su parte. Pero ¿qué pretendía? ¿Que la institutriz empezara a rogar por sus besos y caricias? ¿Que de

repente le confesara un amor que, indudablemente, no podía existir? ¡Tan solo se conocían de unos pocos días! Que ella se hubiera retractado con él, era un alivio.

—Si hiciera tal cosa, sería muy poco honorable por mi parte, pues he sido yo el que he cometido el error. Usted solo...

—Me he dejado llevar, mi señor —confesó ella, casi sin pensar lo que significaban esas palabras, sintiendo todo el calor de India sobre su cuerpo, sobre su vestido de algodón y el sudor chorreándole entre los senos y los muslos—. Solo quiero que un médico me evalúe y poder continuar con mi labor. Los niños, como le he dicho, son mi prioridad.

Nathaniel apenas la miró. No podía seguir haciéndolo. Sabía que, si lo hacía, las palabras que acababa de pronunciar quedarían en ridículo, porque volvería a cernirse sobre ella. —Quizás, señorita Rothinger, lo mejor sería que...

—¿Que me marchara? Mi señor. Somos dos personas adultas, creo que seremos capaces de olvidar lo acontecido —la repentina frialdad de la señorita Rothinger sobre el asunto, lo sorprendía. Hasta lo hacía enfadar ligeramente. Pero no era frialdad, sino más bien un sentido práctico de ver la vida con el que esa joven sobrevivía. Estaba convencido que, desde que era una niña, había tenido que aprender a ser práctica, a sobreponerse al torrente de sus emociones. Él debería ser igual, al fin y al cabo, su corazón era mucho más gélido—. Ahora mismo, necesito limpiar mi reputación —aclaró ella, firme, decidida a aguantar un poco más allí. A luchar—. Y terminar con mi período de prueba. Después, podemos tomar una decisión, alejada y racional.

Emma no se reconocía. Lo que le había ocurrido, era lo más emocionante y ardiente que le había ocurrido nunca en la vida. Todavía sentía el fuego en sus entrañas, la necesidad de que ese hombre la tocara, la besara y la llevara a rozar el cielo que nunca había rozado. Pero sabía que siempre, en el fondo, a pesar de sus emociones, a pesar de su humanidad, había sido una mujer de lo más práctica. Debía sobreponerse, serenarse, y tirar hacia delante. Si se hubiera quedado en un rincón llorando tras lo ocurrido con Sylvie, probablemente en esos momentos estaría en la cárcel o envuelta en una situación horrible. Se había salvado, estaba en Calcuta, un lugar soñado. Debía pelear, por ella. Por esos niños a los que quería ayudar.

—Como desee —obedeció él, que no estaba acostumbrado a recibir órdenes, sino a darlas. Pero no quería discutir más con ella, pues parecía ganarlo con cada argumento, cada palabra. Lo superaba.

Sin mirarla, salió del despacho. Estaba alterado, de mal humor. Enfadado consigo mismo y un poco con ella. No estaba acostumbrado al caos en su vida personal. Tara siempre había sido un pozo de serenidad, sin sobresaltos, sin discusiones, sin pasión. Tara había sido obediente, una mujer ejemplar, muy alejada de la vulgaridad de la señorita Rothinger.

¡Dios! No podía creer que su cuerpo estuviera deseándola con todo el fervor. Que se sintiera rígido, palpitante. Estuvo tentado de pedir un tercer baño de agua fría. Pero sabía que eso solo lo enfurecería más.

Salió de la propiedad sin nada. No cogió ni los guantes ni ningún complemento, tampoco pidió el carruaje. Cruzó Calcuta a pie, a pesar de las revueltas y de los autóctonos que deseaban verlo muerto.

—¡Su Nobilísima! ¿Ha llegado usted sin vehículo? —se horrorizó el señor Kamis, su secretario, en cuanto entró en las Oficinas del Gobierno mucho más tarde, tras una buena y larga caminata que había llenado sus botas y los bajos de sus pantalones de polvo.

—Necesito un médico.

—¿Lo han herido? —se angustió el fiel señor Kamis, torciendo sus labios marrones, y mirándolo con sus enormes ojos negros, buscando signos de heridas—. No debería haber venido

a pie, las calles no son seguras ahora mismo.

—No es para mí. Es para una joven que trabaja en mi casa, señor Kamis —dijo, mientras se acomodaba en el imponente sillón de su vasto despacho y dejaba atrás el ajetreo de la Gobernación, que estaba siempre a rebosar de trabajadores, secretarios, y personas influyentes.

—¿Quiere que mande una nota al señor Hastings?

Nathaniel levantó su mirada azul y fría y negó con la cabeza. —No a él, no. Debe ser otro.

—Pero...

—Pero en Calcuta no hay más médicos ingleses, lo sé.

Era inaudito. Algo nuevo, sin duda. Durante diez años todos los ingleses habían dependido del señor Hastings. Y era extraño que ahora él demandara a un médico diferente, a sabiendas de que no había otro inglés capacitado para ello en esa ciudad.

El señor Kamis, con su turbante amarillo y su cabello negro saliendo por debajo de él, se llevó un dedo a la barbilla y meditó por unos segundos. Sus ojos, oscuros y profundos, escrutaron al Gobernador.

—Quizás, Su Nobilísima, esta sería una buena oportunidad para demostrar que los ingleses necesitan tanto del pueblo indio como el pueblo indio necesita de los ingleses. Conozco un médico que es muy reconocido y respetado en la comunidad, si la gente supiera que el mismísimo Gobernador precisa de sus servicios... quizás los ánimos se calmarían un poco entre los habitantes.

Nathaniel arqueó sus dos cejas rubias a la vez. Parecía algo muy simple, pero el señor Kamís tenía razón. Quizás era el momento de demostrar un poco de confianza hacia los autóctonos, de valorarlos por algo más que su labor en el campo o en la industria textil, de explotarlos económicamente. Además, la medicina hindú era famosa por ser extremadamente eficaz.

Al final de todo, la señorita Rothinger, sin saberlo, podría representar la solución a un gran problema. —Avíselo, hoy mismo. Sé que es apresurado, pero necesito, con urgencia, terminar con este asunto.

—Entonces, mi señor, avisaré al doctor Devi ahora mismo.



Emma pasó las siguientes horas, tras la partida del Gobernador, recluida en su habitación. Aprovechó para refrescarse y relajarse, pero mantuvo la puerta cerrada con llave. No se sentía segura en aquella casa. La presencia de la señora Manderley era inquietante y opresiva.

No supo cuánto tiempo pasó tratando de no rememorar los besos del Gobernador Canning. Cuando tocaron su puerta, avisándola de que el doctor Devi quería revisarla, volvió a la realidad y se obligó a tomar el control de su cuerpo. Era ya de noche.

—Sí, señor Fairchild.

Abrió la puerta con dignidad y se encontró con un médico de tez oscura. Él la miraba expectante, tal vez esperando su reacción al saber que sería atendida por un médico hindú. Sin embargo, ella apenas lo consideró. El color de aquel hombre no le importaba, siempre y cuando fuera profesional y pudiera arrojar luz sobre las falsedades que se habían lanzado sobre su persona desde su llegada a esa casa.

—Señorita Rothinger —se aclaró la garganta el Gobernador, que estaba detrás del médico —. Él es el doctor Devi. La atenderá tal y como hemos pactado antes.

—Le agradezco su tiempo y que haya acudido con tan poco aviso.

—No se preocupe, señorita. Siempre estoy dispuesto para servir —comentó el doctor Devi con un exquisito inglés y Emma lo dejó pasar a su habitación.

Nathaniel no daba crédito. Un médico autóctono en su casa. Pero eso era lo que estaba ocurriendo, y a pesar de que había temido la reacción de Emma, ella se había mostrado completamente natural ante la situación. Según su secretario, la voz ya había empezado a correr por Calcuta. Y eso era un punto a su favor en términos políticos. Quería la paz en su territorio, odiaba las revueltas y tener que disparar contra los hindúes. Pues, en el fondo, sabía que algunos de los impuestos que se le exigían no eran del todo razonables.

Oh, dichosa mujer. Su terquedad y su firmeza parecían terminar siempre bien. Si supiera que lo estaba ayudando indirectamente con su carrera política... Se hincharía como un pavo y no la podría soportar durante los días restantes de prueba. Tara también lo había ayudado en su carrera, pero de un modo mucho más formal. A través de su apellido, a través de su buena organización de cenas y eventos, pero nunca... nunca de un modo tan cercano hacia los autóctonos. Es más, estaba convencido, de que Tara jamás habría querido que el doctor Devi la revisara.

El médico salió de la habitación de la señorita Rothinger tras unos breves minutos, seguido de Emma, como era de esperar. —Quizás sería preferible hablar en mi despacho —los condujo él hacia su estudio, para abordar ese tema tan poco común y delicado con mayor intimidad—. ¿Y bien?

—Mi señor —dijo el doctor Devi, sin sentarse—. No he necesitado explorar a la señorita Rothinger. Con solo ver su vientre, es indudable que ella no está en estado de buena esperanza. Es más, me resulta difícil de creer que cualquier profesional de la medicina sea capaz de emitir tal diagnóstico.

Emma apenas disimuló su felicidad y sus ojos brillantes, lo cuales clavó sobre el Gobernador. Nathaniel se llevó una mano a la cabeza, peinándose hacia atrás su pelo platino. —A mí también me cuesta creer que se efectuara un diagnóstico tan impropio y errado. Sin duda, el señor Hastings nos debe una explicación. Muchas gracias, doctor Devi —Extendió su mano hacia el hindú y esta la encajó con una sonrisa sincera.

—Señorita Rothinger, no tengo palabras por todo lo acontecido, hoy mismo mandaré una misiva al señor Hastings pidiéndole explicaciones. Por el momento, a modo de disculpa, acepte cenar esta noche conmigo... y con mi cuñado, el Duque de Wellington. A ambos nos vendrá bien la compañía de una joven recién llegada de Inglaterra; hace años que ninguno de los dos viajamos a nuestro país, así que agradeceremos que nos ponga al día.

Emma asintió lentamente, percibiendo que el Gobernador intentaba evitar su mirada.

—Agradezco sus disculpas y su invitación; pero creo que debo declinarla. Quiero descansar para poder entregarme a mis discípulos mañana a primera hora. A las seis de la mañana, ¿cierto? Esa era su primera norma, y no querría desacatarla. Los horarios, mi señor, me dijo que eran primordiales.

Nathaniel apretó ligeramente los puños contra sus muslos. ¿Cómo se las hacía esa jovencita discutidora para ganarlo en cada conversación? —En ese caso, ya puede retirarse —dijo él con la frialdad más absoluta de su ser, ignorándola por completo—. Olvidémonos de toda esta pesadilla cuanto antes.

Emma sintió una punzada. ¿Pesadilla? ¿Los besos habían sido una pesadilla para él? En fin, era lo mejor para los dos. Olvidarse de lo ocurrido, hacer ver que no había ocurrido nada.

—Nadie más interesada que yo en olvidar este tormento, milord —respondió, recuperando

la ventaja en la conversación.

Nathaniel apretó un poco más los puños a la par de la mandíbula, pero ella ya no lo vio, porque salió del despacho como un terremoto, dejando tras de sí esa oleada de perfume floral. Nate levantó la vista de los documentos que había fingido mirar, y observó el retrato de su difunta esposa.

—No te preocupes, Tara. Una vez finalizado el período de prueba, la despediré, puedes estar segura de ello —le aseguró antes de ponerse a trabajar un poco más antes de la llegada de su cuñado para cenar.

Capítulo 16

Invitaciones indeseadas

Las institutrices son como velas; se consumen para iluminar a otros.
Gioconda Belli.

La marquesa de Ailsa, prima de la reina Victoria y enviada desde Inglaterra para recabar información sobre Calcuta y su Gobernador, había llegado. Era una mujer de mediana edad, aún soltera y de una sofisticación notable. Su llegada coincidía con un momento algo turbulento, dada la situación política de la colonia, aunque los ánimos en la ciudad de Calcuta se habían relajado un poco desde que el Gobernador había decidido acercarse más a la población autóctona y mostrarse más amable con ellos. El asunto del doctor Devi, por supuesto, también había contribuido significativamente.

Los días habían transcurrido con una calma necesaria tras lo ocurrido con la señorita Rothinger. La institutriz no había dado más problemas; de hecho, Nathaniel apenas la había visto. Lo único que sabía era que los niños habían estado todo el tiempo atendidos por ella y que habían recibido las lecciones pertinentes. Los horarios se habían cumplido y todo había vuelto al orden establecido y que él tanto amaba.

La cosa cambió la mañana que, desde la Gobernación, se decidió hacer una excursión a las ruinas de un castillo hindú situado a varios kilómetros de la ciudad de Calcuta. Los carruajes estaban preparados en el patio principal de Canning's House, al igual que lo estaban los invitados de honor a la espera de las instrucciones del Gobernador. Sin embargo, llegado el recuento final, se descubrió que faltaba una dama. La dama ausente era la señora Molly, una anciana que iba con bastón y que solía eludir ese tipo de eventos sociales a los que consideraba una pérdida de tiempo. Deberían haberlo previsto, pues ahora peligraba el cuidadoso plan de emparejar a los invitados. Y la Marquesa de Ailsa esperaba con ojos críticos, con su tocado de plumas y su sonrisa tiesa, al lado de su carruaje principal.

—Su Nobilísima, necesitamos encontrar a una dama para cuadrar las parejas —le mencionó lo obvio el señor Kamis, a su lado, mientras el patio delantero de su propiedad rebosaba de gente expectante y de caballos ansiosos por tirar de los vehículos.

—¿No me dijiste que habías contratado a una nueva institutriz? —inquirió su cuñado, el Duque de Wellington, mientras deambulaba por allí con actitud aborrecida. Lo había forzado a asistir, con el propósito de elevar el nivel del grupo ante los ojos de la prima de la reina Victoria. Su cuñado no era el tipo de hombre que disfrutara de esa clase de eventos; de hecho, solía rehusarlos y ahora deambulaba por su lado aburrido y haciendo preguntas necias como aquella.

—¿Y? —respondió él, llevándose el monóculo al ojo con elegante indiferencia, observando al Duque de Wellington, Arthur, a través de él. No podía imaginar nada más desastroso que llevar a la señorita Rothinger de excursión con ellos. Hasta ahora, se había comportado, pero ¿quién podía asegurarle que no volvería a coger un sapo entre sus manos o a blandir un palo contra unos perros? Definitivamente, no era una buena idea. Mezclar a la Marquesa de Ailsa y a la señorita Rothinger podía resultar una desgracia absoluta para su prestigio.

—¡Oh, es una magnífica idea, Su Excelencia! —aprobó su secretario general con entusiasmo—. Una institutriz puede ocupar el lugar, mi señor. —El señor Kamis clavó sus

penetrantes ojos negros en él—. Es una dama educada y cualificada. Puede que no ostente un título, pero no estaría mal visto que se uniera a ustedes en esta ocasión.

—¿Algún problema, Gobernador? —se acercó a ellos la Marquesa de Ailsa, con sus andares femeninos y estudiados. Era una mujer bella, de ojos verdes y pelo rubio, pero Nathaniel no se fijó en su belleza. Solo estaba preocupado por impresionarla, por dar una buena imagen de sí mismo y de su gestión.

—En absoluto, Marquesa. Avisen a la señorita Rothinger —se giró él hacia la señora Manderley, que había estado esperando a la retaguardia a que le diera las órdenes necesarias.

La buscaron durante un cuarto de hora, durante el cual el Gobernador estuvo al borde del colapso, hasta que por fin apareció.

En realidad, más que aparecer, llegó a la carrera con la pequeña Jennifer pisándole los talones y el pequeño Arthur en sus brazos.

—¡Lo siento muchísimo! —se disculpó alegremente, mientras se acercaba—. Estábamos dando un paseo cerca del río. Volveré en cuanto lleve a los pequeños a su habitación.

¿Río? ¿Qué río? Nathaniel apretó un poco más su monóculo contra su ojo y la miró de arriba a abajo con evidente irritación. La institutriz no lo había informado de que esa mañana iba a ir al río con los niños.

—Yo me encargaré de ellos —se ofreció el ama de llaves, para evitar que siguieran esperando. Tenía mucha suerte de tenerla a ella, al menos. La señora Manderley se estaba encargando de que todo saliera perfecto durante la visita de la Marquesa de Ailsa.

La señorita Rothinger, con un aspecto un poco desaliñado pero correcto, subió a uno de los carruajes ayudada por el Duque de Wellington, su pareja para la excursión. Cinco minutos más tarde ya estaban en marcha. Y el Gobernador observó a la Marquesa de Ailsa sentada delante de él, junto alguna dama de compañía con la que ella viajaba y algún que otro caballero que se había unido a ellos.

—¿Quién es la joven que se ha unido a nosotros a última hora? —preguntó la Marquesa de Ailsa con la voz suave y su sonrisa comedida mientras ajustaba delicadamente su falda de muselina rosada.

Nathaniel carraspeó antes de responder. —Es la institutriz de mis hijos, Marquesa.

—Ah, sí. Me han comentado que tiene usted cuatro hijos, aunque no he tenido el placer de conocerlos.

—Todavía son demasiado pequeños para unirse a los eventos que organizo en mi propiedad —explicó Nathaniel con una leve inclinación de cabeza.

—Comprendo —respondió la Marquesa. Aunque su expresión permanecía imperturbable, al Gobernador le dio la sensación de que ella no se había quedado del todo satisfecha con esa respuesta.

La jornada transcurrió según lo planeado. Para su alivio, el comportamiento de la señorita Rothinger fue impecable, y todos parecieron aceptarla con naturalidad, especialmente su cuñado, quien no se despegó de ella durante toda la excursión.

—No creo que recuerde el nombre de tu institutriz al cabo de unos días, pero jamás olvidaré su belleza, ¿me entiendes? —se burló más tarde el Duque de Wellington, llevándose las manos sobre los pectorales para dibujar unos senos invisibles, a lo que él respondió con un par de cejas enarcadas, bastante ofendido por ese gesto vulgar. A pesar de sus diferencias, él y Arthur se llevaban excepcionalmente bien—. Pero hablando en serio —rio Arthur—, la joven me ha sorprendido. Pensaba que me tocaría una institutriz de mirada severa y rostro adusto, alguien parecido al cuervo que tienes en casa como ama de llaves, pero ha resultado ser una compañía

muy agradable. Su conversación ha sido sumamente interesante y natural, nada forzada. Muy alegre, me atrevería a decir.

Sin embargo, una verdadera dama no debería ser tan alegre, ni... tener ese aspecto tan poco riguroso cuando estaba en compañía de la aristocracia. Eso sí, durante los siguientes días no supo nada más de ella. Tampoco tuvo tiempo de preguntarle acerca de su excursión al río con los niños. Ni siquiera se acordó de ello, se mantuvo ocupado con la Marquesa de Ailsa día y noche, acompañándola a lo largo y ancho de la colonia británica.

Fueron días ajetreados, con la agenda llena de deberes y compromisos. Apenas estuvo en casa. Pero se vio obligado a detenerse cuando el Duque de Wellington, sorprendentemente, mandó una invitación a la Marquesa de Ailsa para comer en su casa. Le extrañaba mucho que su cuñado estuviera interesado en organizar un evento social en su propiedad, a no ser que tuviera algún interés personal en ello. Pero la Marquesa de Ailsa aceptó la invitación y él estaba obligado a acompañarla. No solo estaba obligado a acompañarla, sino que su cuñado también le mandó otra carta de invitación a él, incluyendo a los niños.

No le gustaba que Arthur hubiera decidido entrometerse en sus planes con la Marquesa de Ailsa. No sabía qué pretendía, pero sabía que no era algo bueno. ¿Y por qué invitar a los niños? ¿Cuándo él jamás se había interesado por ellos lo más mínimo? Algo le hacía sospechar que, quizás, Arthur estaba interesado en la señorita Rothinger. Ah, no sería la primera vez que su cuñado perdía el norte tras las faldas de una mujer, fuera cual fuera la clase social de esta. Incluso se había encamado con algunas mujeres autóctonas de todos los rangos.

Y tras sus últimas palabras acerca de la belleza de la señorita Rothinger, no le parecía nada desorbitado pensarlo.

Pero no podía negarse a ir. Él era el Duque de Wellington.

Y la Marquesa de Ailsa quería ir.

Debía de llevar a la institutriz con él, pues nadie más podía ayudarlo con los niños.

¡Un despropósito!



Emma apenas vio al Gobernador después de aclarar lo acontecido con el señor Hastings, ni siquiera supo algo más sobre el asunto, pues ignoraba si Su Nobilísima le había pedido explicaciones al médico o no. Él rara vez estaba en casa y, cuando lo estaba, ella no se cruzaba con él, ocupada como estaba en el cuidado de los niños.

Durante una semana entera, los señoritos fueron su prioridad absoluta, y gracias a Dios, no hubo ningún contratiempo. Los horarios se cumplieron con precisión, las clases se dieron con regularidad, y los pequeños se acostumbraron poco a poco a su presencia. Todo transcurrió con una sorprendente normalidad, a pesar de la ausencia de comunicación con el Gobernador.

Durante ese tiempo, Emma dejó algunas notas a Su Nobilísima, informándole sobre el progreso de los niños o pidiéndole permiso para llevarlos al río. Sin embargo, él nunca le respondió. Supuso que no tenía tiempo para atender tales asuntos y que su silencio implicaba que no tenía objeción alguna a su proceder.

Por eso, tras su rotundo silencio y ausencia, le sorprendió mucho cuando la señora Manderley la fue a buscar al río de la propiedad, para informarla de que la estaban esperando para una excursión a las ruinas de un castillo. Al principio, no entendió nada, pero casi murió de vergüenza al ver el numeroso y distinguido grupo en el patio delantero. La señora Manderley no

la había informado de que Su Nobilísima estaba acompañado por miembros de la aristocracia. De haberlo sabido, se habría cambiado antes de acudir a su encuentro.

Sugirió ir a dejar a los niños a sus habitaciones, pero la señora Manderley se ofreció a hacerlo en su lugar. Así que Emma se vio obligada a ir de excursión ante tan ilustre compañía sin pasar por su habitación para cambiarse y acicalarse. Pensó que la ignorarían durante el resto de la jornada, pues no tardó en darse cuenta de que solo la habían llamado para completar el número de parejas que viajaban. Pero se sorprendió gratamente al conocer al Duque de Wellington, quien fue su compañero de viaje y se mostró sumamente atento con ella.

El Gobernador, en cambio, apenas la miró. Ella lo divisó siempre al frente del grupo, acompañado de una mujer de alta alcurnia y muy distinguida, al parecer, era la Marquesa de Ailsa. Lo vio con su famoso monóculo sobre el ojo todo el tiempo, una imagen que contrastaba mucho con la que había tenido de él en el salón de invitados. Le pareció muy lejano ese beso, casi un sueño irreal, como si nunca hubiera ocurrido.

¿De veras él la había besado atrapándola entre sus brazos? ¿De veras la había acariciado con avidez? Ahora, con ese semblante imperturbable, sus andares elegantes y sus gestos arrogantes, no se lo creía.

No obstante, y a pesar de que la excursión no fue del todo mal, agradeció sobremanera volver a la rutina al día siguiente. Lo mejor era mantenerse alejada de ese hombre. No quería tener que lidiar con su presencia gélida ni con su pelo platino cuidadosamente repeinado hacia atrás.

El señorito Oliver se abría cada día más con ella. La señorita Amelia parecía odiarla un poco menos. La señorita Jennifer estaba apegada a sus faldas día y noche. Y el pequeño Arthur se había acostumbrado a sus brazos.

Eso era todo cuanto le importaba y por lo que estaba allí.

Sin embargo, unos días más tarde, le llegó otra noticia desagradable. La señora Manderley, con su acostumbrada compostura, le informó de que debía acompañar a los niños a la propiedad del Duque de Wellington. Al parecer, los pequeños habían sido invitados por su tío, y el Gobernador no podía encargarse de ellos solo. Así pues, se requería la presencia de la institutriz, que además cumplía el papel de niñera.

"Lo último que deseaba era estar cerca del Gobernador. Pues él se había mostrado totalmente indiferente a mí desde ese beso. No estaba dolida, pues no albergaba sentimientos hacia él. Pero no podía evitar un sentimiento de impotencia y de resentimiento a pesar de sus disculpas. ¿De veras él estaba acostumbrado a hacer ese tipo de cosas tal y como había insinuado la señora Manderley? Tampoco se me había informado sobre la respuesta del señor Hastings tras descubrir que su diagnóstico había sido una completa mentira. Lo único bueno, al menos, la señora Manderley, ya no me molestaba y había podido pasar unos buenos días cumpliendo con mi trabajo; de hecho, había sobrepasado el período de prueba de quince días".

Capítulo 17

Oda a la vida y a la muerte

Vale más actuar exponiéndose a arrepentirse de ello, que arrepentirse de no haber hecho nada.
Giovanni Boccaccio.

Emma no dejaba de asombrarse ante el abismo de contrastes entre el interior de la Canning's House y la vibrante ciudad que la rodeaba. La residencia del Gobernador estaba sumida en un luto solemne, típico de Inglaterra, mientras que el exterior rebosaba de vida, de colores, y del exotismo de Calcuta.

Un contraste tan profundo que, aunque ella no era poeta, alguien podría describirlo como una oda a la vida y a la muerte.

El carruaje, adornado con el emblema azul vibrante de los Canning, se desplazaba con gracia por los sinuosos y ajetreados caminos de Calcuta, dirigiéndose hacia la majestuosa propiedad colonial del Duque de Wellington. ¡El día tan esperado había llegado! Por fin, Emma y los niños podían dejar atrás aquella casa de sombras y oscuridad para sumergirse en un evento social animado, lleno de alegría y gente deseosa de disfrutar.

Después de tres años casi recluidos, los pequeños vivían su primera fiesta, una nueva oportunidad para experimentar la verdadera esencia de la alta sociedad inglesa.

Los niños se lo merecían, sin duda y Emma estaba feliz por ellos. Sentada con porte sereno frente a los tres hijos mayores del Gobernador, mientras que el pequeño Arthur permanecía a su lado, los observó con atención y satisfacción, verificando que todo estuviera en orden. Los últimos días habían sido un torbellino de obligaciones, preparando cada detalle para ese día.

Ya había pasado casi un mes desde su llegada. Los quince días de prueba habían quedado en el olvido, pues el Gobernador estaba tan ocupado que apenas se había acordado de ella. Emma, sin embargo, había dado todo de sí, cumpliendo cada norma y horario impuesto con diligencia, buscando no importunar y ganarse su lugar.

La decisión de cambiar el vestuario de los niños no había sido tomada a la ligera, sabía que se estaba arriesgando a recibir una buena reprimenda. Desde la muerte de Tara, tres años atrás, los señoritos habían estado vistiendo el luto perpetuo, con ropas negras que parecían aumentar la tristeza en sus corazones infantiles.

Emma sentía la necesidad de un cambio. Con la ayuda del señor Herming, un hombre de buen corazón y amplias conexiones en la ciudad había encargado a una modista inglesa nuevos atuendos que irradiaban alegría y esperanza en los pequeños; daba gusto verlos. Y, sobre todo, se integrarían en la fiesta correctamente. Hubiera sido algo vergonzoso presentarlo con esos ropajes oscuros, cuando el luto permitido en cualquier casa de bien ya había terminado.

Emma no pudo evitar sonreír. La pequeña Amelia, de nueve años, lucía un vestido azul cielo adornado con cintas blancas que realzaban sus rizos negros. Los pequeños, Jennifer y Arthur, de siete y tres años, vestían trajes verdes con encajes de tonos crema que resaltaban el brillo en sus ojos azules traviesos. Incluso el serio Oliver, de once años, sonreía con timidez mientras acariciaba su nueva chaqueta azul marino, aunque la banda negra en su brazo no había desaparecido.

Al parecer, el pequeño, deseaba llevarla. Según le había contado el profesor Herming, el señorito Oliver llevaba esa muestra de luto voluntariamente: una cinta negra atada a su brazo derecho. Y Emma había decidido respetarlo, a pesar de que, al principio, había creído que eso era idea del Gobernador. Pero no, el mayor de los niños seguía sufriendo por la muerte de su madre. Y eso le rompía el corazón.

Tenía que hacer algo para que el señorito Oliver superara el duelo. Pero más tarde.

En ese momento, Emma sintió una oleada de orgullo y ternura. Los días de riguroso luto habían quedado un poco atrás, reemplazados por una renovada felicidad. Era un riesgo; sabía que el Gobernador, rígido y odioso, podría no aprobar su atrevimiento.

Pero en su corazón, Emma estaba convencida de que había hecho lo correcto para sus pupilos. Y eso era suficiente.

—¡Mire, señorita Rothinger! —exclamó Jennifer con su hermoso vestido verde, señalando con entusiasmo los campos que se extendían más allá de las ventanas del carruaje—. ¡Todo es tan bonito!

Emma asintió. La propiedad del Duque de Wellington, el tío de los niños se alzaba imponente a lo lejos, prometiendo una jornada alegre y, quizás, una aceptación del cambio que Emma había iniciado en la familia.

Emma respiró profundamente, disfrutando del aire fresco y de las risas de los niños. Había sido una elección valiente, pero por ver la alegría en sus rostros, valía la pena.



Wellington's House se erigía imponente entre exuberantes jardines. Su fachada típicamente inglesa, con columnas de mármol y una puerta tallada, revelaba un interior opulento. Los techos altos, suelos de mármol y mobiliario elegante llenaban los espacios con un aire de esplendor.

Los jardines eran vastos, tal vez incluso más extensos que la propia mansión, y la vista no alcanzaba para abarcar la totalidad del paisaje. No había una terraza desde la que acceder a ellos, las puertas que habían sido abiertas daban directamente a ellos, y era como entrar en otro mundo; pues los jardines del Duque de Wellington eran los más extensos de la Calcuta, y eran conocidos como los «Jardines del Marajá».

El Gobernador, con el ceño fruncido y la mirada gélida, cruzó el amplio salón donde la música y las risas llenaban el aire. La fiesta en la propiedad del Duque de Wellington estaba en pleno apogeo, pero en sus ojos, una sombra de desaprobación se profundizaba a cada paso que daba entre los invitados.

Aquello era un auténtico despropósito.

No había ningún protocolo en las mesas ni en los invitados. Había una mezcla de personajes ilustres ingleses e hindúes y los niños de cada familia se mezclaban por los salones y jardines, sin más control que el de unas angustiadas doncellas que habían sido llamadas a hacer de niñeras y que corrían desde los salones hasta los jardines y viceversa.

Finalmente, encontró a su cuñado, el Duque de Wellington, charlando animadamente con un grupo de invitados; entre ellos, la Marquesa de Ailsa. Sin más preámbulos, lo apartó a un lado, lejos de los oídos curiosos.

—Arthur, ¿qué demonios crees que estás haciendo? Debía suponer que me esperaba alguna clase de locura de las tuyas —espetó el Gobernador, manteniendo la voz baja pero cargada de indignación, mirando a su alrededor con la espalda recta y el mentón ligeramente alzado.

El Duque lo miró con una mezcla de malicia y diversión, levantando una ceja negra como el azabache en señal de interrogación.

—¿A qué te refieres, Nate? —ironizó—. Ya sabes que yo no reparo en gastos cuando organizo algo en mi propiedad. Es solo una fiesta para alegrar a las familias de la ciudad y, claro, a nuestros distinguidos invitados; sobre todo, a la Marquesa de Ailsa.

Nathaniel giró la cabeza para dar una ojeada rápida a la Marquesa de Ailsa, la invitada de honor. La mujer estaba riendo con uno de los príncipes hindúes de la zona. Se la veía relajada, pero nadie sabía lo que estaba pensando realmente.

—¿Bailarinas de India? —replicó el Gobernador con un tono frío, volviendo a mirar a Arthur y señalando discretamente hacia el escenario donde un grupo de bailarinas ejecutaba una danza tradicional india—. ¿Crees que esto es apropiado para nuestros hijos? Esta es una muestra de la frivolidad más absoluta. Solo faltaría que alguna de tus amiguitas autóctonas también estuviera implicada en todo esto...

—Nathaniel, por favor, es hora de abrir nuestras mentes —rio Arthur, ligeramente más bajo que Nathaniel, llevándose una copa a los labios—. Estamos en Calcuta, no en Londres. Estas danzas son lo mejor de la zona, y tranquilo, me he asegurado de que no sean las mismas de los bazares. Además, los niños están encantados. Míralos —dijo, señalando a los pequeños que, con ojos brillantes y sonrisas amplias, observaban a las bailarinas con fascinación e imitaban algunos de los pasos.

—No se trata solo de ellos, Arthur. Tenemos una reputación que mantener. No quiero que se hable de esta familia y esta colonia como si estuviéramos fomentando... —dudó un momento, buscando la palabra adecuada—. Distracciones inapropiadas. La Marquesa de Ailsa está aquí para recabar información sobre mi gestión y llevarla a Londres.

—Nathaniel, relájate, por favor —Arthur se terminó la copa de un trago y la dejó en una de las bandejas que un lacayo sostenía cerca de ellos—. De la Marquesa de Ailsa me encargo yo —Arthur dirigió sus ojos negros a la mujer—. Te aseguro que regresará a Inglaterra feliz y relajada. Sobre todo, relajada.

Nathaniel se tragó las ganas de abrir los ojos como platos; en su lugar, se llevó una mano nerviosa a su pelo platino y desvió la mirada hacia las bailarinas hindúes para asegurarse de no asesinar a su cuñado allí mismo. —Sabía que había algún interés personal detrás de todo esto. Pero ¿con ella? —se relajó ligeramente al saber que, al menos, Arthur no tenía ningún interés en la señorita Rothinger, claro que la posibilidad de que Arthur le rompiera el corazón a la prima de la Reina Victoria no era mucho más favorable—. Por favor, mantén tus sucias manos lejos de mi invitada de honor. ¡Lo que me faltaba! Que una mujer despechada empezara a hablar pestes sobre nosotros por tu culpa. Aléjate de ella, te lo advierto.

—¿Despechada? Nate, te aseguro que la Marquesa de Ailsa disfruta de una aventura pasajera tanto como yo, y como deberías hacerlo tú. Así te quitarías esa expresión de aburrimiento que llevas siempre. ¿Por qué no bebes un poco? —ofreció el pelinegro, cogiendo otra copa del lacayo, para ofrecérsela.

—Sabes que yo no bebo. Nunca he bebido, y no voy a empezar ahora.

—Como quieras, entonces se la llevaré a la Marquesa —decidió el Duque—. Hace tiempo que no degusto las carnes pálidas y tiernas de nuestra patria. Será un placer perderme entre sus cabellos rubios, y no hablo solo los de su cabeza —ultimó para más horror de Nathaniel, que no pudo detener a su cuñado cuando este dio media vuelta para acercarse a la Marquesa, dejándolo solo.

Nathaniel pasó las siguiente hora consternado.

Después de los vergonzosos bailes hindúes, la concurrencia se trasladó al jardín. Él habría preferido permanecer en el interior de la elegante mansión, discretamente apartado junto a los ministros. Sin embargo, su responsabilidad era vigilar a Arthur. Las exóticas flores no despertaban su interés y sus penetrantes fragancias le resultaban sumamente irritantes. Al la postre, una dama se acercó y lo tomó del brazo, invitándolo a pasear. Él apenas le prestó atención. Se comportó con cortesía, aunque ella se esforzaba por captar su interés con sutiles coqueteos.

Un día de lo más horrible.

Y la cosa no mejoró mucho cuando alguien del servicio le comunicó que sus hijos habían llegado.

¡Lo que le faltaba! Ver a sus intachables cuatro hijos en medio de ese caos. Claro que la idea de que la señorita Rothinger se uniera al disparatado evento del Duque de Wellington tampoco le hacía ni pizca de gracia; solo esperaba que se comportara adecuadamente y que no protagonizara ninguna escena bochornosa.

Después de un par de vueltas más, durante las cuales tuvo que soportar una interminable charla sobre flores y plantas, sus ojos captaron en la distancia un cabello rojo. La señorita Rothinger había entrado en el jardín, acompañada de sus cuatro vástagos. De inmediato, se llevó el monóculo al ojo para observarla mejor. Ella no llevaba bonete, lo cual habría sido lo adecuado para un paseo por el jardín. Sin embargo, esto era una minucia en comparación con el desatino de sus hijos, que vestían unos horribles atuendos de colores chillones adornados con motivos florales. ¡Qué disparate era aquel!

Para colmo de males, sus hijos no cesaban de reír a carcajadas mientras conversaban alegremente. No podía negar que los modales de la institutriz eran impecables; como siempre, demostraba un porte refinado y educado. Sin embargo, su carácter explosivo y odioso era imposible de ocultar.

—¿Son sus hijos? —preguntó la Marquesa de Ailsa, acercándose con una expresión de sorpresa, como si todos los infortunios del día estuvieran destinados a confluir en ese momento.

—Mis sobrinos, sin duda —intervino su cuñado, provocando una mirada nada halagadora por parte de Nate. En ese instante, lo único que deseaba era asesinarlo y ya no se esforzaba por disimularlo—. Eran así de ruidosos antes de la desgraciada muerte de mi hermana Tara —recordó Arthur y Nate cerró los ojos con fuerza ante la mención de su difunta esposa; claro que el Duque de Wellington tenía todo el derecho de hablar de su hermana cuando le apeteciera y eso no podía recriminárselo. Menos aún, cuando por su culpa, ese hombre había perdido a su hermana.

—¿Le gustan los niños, Su Excelencia? —preguntó la Marquesa de Ailsa, evidentemente fascinada con Arthur.

—Los adoro —mintió descaradamente Arthur, aunque solo Nate lo sabía.

La Marquesa, al oírlo, se lo creyó y se deshizo como la mantequilla ante él.

—Son preciosos —añadió la mujer que tenía colgada de su brazo y que, por un momento, había olvidado.

—Sigamos con el recorrido —los instó Arthur, lo que llevó a Nate a tener que soportar otra interminable explicación sobre hierbas y otras necedades varias mientras se desplazaban hacia un pequeño lago rodeado de majestuosos árboles.

La mujer que tenía al lado dejó caer, apretándose más a él, que si no se quitaba del sol en ese mismo momento y se refugiaba en algún lugar fresco, acabaría desmayándose por el calor en cuestión de minutos. Sin embargo, y gracias a Dios, alguien más acudió a su rescate, liberándolo

a él de la obligación de acompañar a la dama a algún lugar apartado. Eso lo había salvado del coqueteo continuo.

Agradeció con el corazón quedarse solo.

Justo en ese momento, cuando empezaba a sentir que podía respirar un poco, llegaron a un lugar reservado para continuar con la fiesta. Allí, un tentempié estaba dispuesto en mesas, bajo una enorme pérgola de mármol, y un grupo de músicos afinaba sus instrumentos, listos para amenizar la velada. Músicos ingleses que contrarrestaban con la música hindú que habían estado escuchando hasta entonces.

—¡Señorita Rothinger! —chilló a pleno pulmón el pequeño Arthur, atravesando la pérgola acompañado de otros infantes de su edad. Se lanzó a los brazos de la institutriz, quien se había quedado rezagada en un segundo plano, alejada tanto de los invitados como de los miembros del servicio, sola en su intermedio entre dos mundos.

¿Desde cuándo hablaba tan bien el pequeño Arthur?

Aquella fiesta era un despropósito de familias entremezcladas con infantes de todas las edades incordiando en cada rincón. Nathaniel deseaba con toda su alma que llegara a su fin. No era adecuado que los niños estuvieran presentes en las fiestas de los adultos, pero su cuñado así lo había querido, y parecía que nadie, salvo él, tenía objeción alguna a todo aquel desacierto. Incluso las damas de compañía de la Marquesa de Ailsa parecían disfrutar, lanzando exclamaciones y halagos a los pequeños. Con sus rizos rubios y cabellos negros, los niños parecían no terminar nunca de recrearse en sus juegos.

Había hijos de familias importantes hindúes también, y Nathaniel vio a sus propios hijos, con los que todavía no había hablado, jugar con algunos de ellos. Los jardines estaban rebosantes de vida, gritos, risas, comida, diversión y, sobre todo, de una desvergonzada falta de decoro social.

La situación se tornó insalvable cuando su cada vez más insoportable cuñado ordenó al servicio que trajera pelotas para las criaturas. En un momento dado, cuando Nathaniel ya no podía más y solo podía contemplar la escena con impotencia, su cuñado le quitó la pelota que llevaba Oliver en las manos y, exacerbando aún más la fiesta, se la pasó a él, retándolo a jugar.

De repente, y ya bastante enfadado, Nathaniel se vio con la pelota en las manos. Su monóculo cayó del ojo, quedando colgado del cuello. La Marquesa de Ailsa rio y el resto de los presentes lo miraron expectantes. Se la devolvió a Arthur con una sonrisa fingida mientras Oliver, su primogénito, trataba de recuperar la pelota alzando las manos.

La inapropiada escena habría concluido al cabo de unos momentos. Su cuñado habría cogido la pelota y se la habría devuelto a Oliver, las mujeres se habrían cansado de los niños, de las plantas y del jardín. Él habría propuesto regresar al interior de la propiedad, y todo habría quedado en un mal recuerdo.

Sin embargo, la señorita Rothinger, tal como Nathaniel había temido, perdió los papeles. Durante el juego con las pelotas, había desarrollado una especie de camaradería con Oliver. Por eso, de repente, se lanzó ágilmente y atrapó la pelota justo cuando esta pasaba por encima de la cabeza del niño, todo ello acompañado de alegres carcajadas.

—¡Señorito Oliver! —exclamó, alejándose unos pasos con rapidez—. ¡Cójala!

Como era de esperar, la pelota se le escapó a Oliver. Voló por los aires mientras sus manos daban una palmada, terminando por golpear el rostro del Gobernador.

Recibió el impacto con la misma profunda indignación y ofensa con la que había soportado la sonora bofetada de la señorita Rothinger días atrás.

Llegados a ese punto, la escena aún podría haber concluido poco después. Pero fue Arthur

quien decidió alargarla, riendo a boca suelta mientras cogía la pelota, otra vez, que había rebotado cerca de él y la lanzaba de vuelta a Oliver. Sin embargo, no coordinó bien el tiro y la pelota comenzó a subir... y a subir... pero no bajó. Se quedó firmemente encajada entre las ramas del árbol más cercano, poniendo fin al juego de manera tan abrupta como ridícula.

—No hay nada de qué preocuparse, hay más pelotas con las que jugar —comentó el Duque de Wellington mientras Nathaniel aún trataba de recuperarse del impacto que había recibido; seguro que tenía la nariz roja. Se pasó la mano por la cara un par de veces y luego se dio cuenta de que su monóculo se había roto. Gracias a Dios, no se había roto en su ojo, sino mientras lo tenía colgado del cuello.

Alzó la mirada hacia la señorita Rothinger, pero esta había desaparecido de su campo de visión. Simplemente se había esfumado, junto con Oliver y otros niños, incluidos sus propios hijos.

Pese a las carcajadas que la escena había suscitado entre los invitados, fue una evidente exhibición de vulgaridad... sin mencionar que él había sido arrastrado a ella, primero por culpa de su cuñado y luego por culpa de la señorita Rothinger. ¿Por qué había decidido esa mujer, del diablo, coger la pelota y lanzársela en la cara? Frente a la Marquesa de Ailsa, sus hijos, las damas de compañía y demás invitados ilustres.

—Quizás sería prudente retirarnos al interior —sugirió finalmente una voz—. El calor parece querer asfixiarnos.

Nathaniel Canning, sin siquiera mirar a su cuñado, giró elegantemente sobre sus talones y emprendió el camino de regreso hacia la mansión. Agradecía no ser el anfitrión, pues estaba libre de tener que fingir una sonrisa con la Marquesa de Ailsa. Sin embargo, en medio de la multitud que se retiraba, sus ojos avistaron una cabellera roja, ligeramente alborotada, y no pudo resistir acercarse a ella con bastante mal humor. Con una seriedad medida en su semblante, clavó su mirada en la suya, encontrándose con una sonrisa, aunque las mejillas de la señorita Rothinger se tiñeron de rubor.

—Mis disculpas, Su Excelencia, no era mi intención que la pelota le alcanzara —expresó ella con toda la sinceridad que pudo reunir—. ¿No le resulta peculiar cómo siempre termino envuelta en algún percance junto a usted?

No, no le parecía raro en absoluto.

Los presentes comenzaron a rebasarlos, adelantándolos por el camino. Incluidos el Duque de Wellington y la Marquesa de Ailsa. Nathaniel se limitó a enarcar sus dos cejas rubias.

—¿A usted le parece peculiar? —inquirió, deteniéndose en seco en mitad del jardín.

—Lo veo un poco malhumorado —dijo ella—. Espero que no sea por su monóculo, estoy convencida de que tiene más en casa.

—Señorita Rothinger, no encontramos a Amelia —los interrumpió la pequeña Jennifer—. Estábamos jugando al escondite y ahora no la vemos.

—Será mejor que la busquemos, entonces —resolvió Emma, sin perder la calma.

—Vengo con usted; a estas alturas, dudo de si mi hija está en buenas manos. Si no la encuentro en cinco minutos, señorita Rothinger, espero que sea capaz de hacer las maletas esta misma noche. De hecho, aunque la encuentre, preferiría que las hiciera.

"No recuerdo haber sentido tal vergüenza en toda mi existencia. Y para colmo, él no me ofreció ni una sonrisa de ánimo ni una palabra gentil. Aunque todos se burlaran de mí a carcajadas, no me importaba, porque le había demostrado mi lealtad al señorito Oliver; de hecho, hubiera sido la primera en reír si le hubiera ocurrido a alguien más. ¡Golpear al mismísimo Gobernador con una pelota y romperle su preciado monóculo! Al final, me vi

obligada a reírme de mí misma. Él, por supuesto, no se rio en absoluto y me trató con una frialdad que helaba los huesos. Pero, en verdad, no esperaba nada más de él y ya no podía hacer nada por remediar lo ocurrido. Mi pupilo sabía que contaba con mi ayuda sin importar cualquiera que fuera la situación, eso era todo con lo que quería quedarme".

Capítulo 18

Incontrolable

Las lágrimas más amargas que se derramarán sobre nuestra tumba serán las de las palabras no dichas y las de las obras inacabadas.
Harriet Beecher.

Emma sentía la mirada acusadora y exigente del Gobernador clavada en su nuca. ¿Dónde se habría metido la señorita Amelia? No podía haberle sucedido nada malo, pues en la propiedad del Duque de Wellington abundaba la seguridad, y los sirvientes estaban siempre atentos a las necesidades de los más pequeños.

—No debería haberse distraído con el juego de la pelota, señorita Rothinger —dijo el futuro vizconde Canning, con voz autoritaria, mientras se abrían paso entre la multitud y buscaban con la mirada por los rincones de los salones.

—No fue una distracción, mi señor. Si se hubiera acercado a nosotros en cuanto llegamos, habría sabido que el señorito Oliver tenía una vergüenza paralizadora ante la idea de mezclarse con otros niños. Unirme a él, fue una manera de animarlo a jugar y de hacerle saber que tiene en mí, mi señor, un apoyo incondicional. Aunque le parezca ridículo y vergonzoso, pero los sentimientos mi pupilo están por encima de sus juicios morales.

Nathaniel enarcó sus dos cejas por enésima vez en ese día. A esas alturas, ya debería saber que no podía ganar a la señorita Rothinger en una discusión. Ella siempre tenía un argumento para cualquier cosa de la que se le acusara.

Era peor que sus adversarios políticos: más discutidora, más astuta y valiente.

Emma, con su vestido de lino oscuro, se esforzaba por mantener la calma mientras iban de un salón a otro en busca de la niña. Afortunadamente, había dejado a los demás pupilos bajo el cuidado de una de las doncellas del Duque de Wellington, lo que le permitía concentrarse en la búsqueda sin preocupación por los otros niños.

Juntos, se movieron a través de los salones llenos de risas y conversaciones banales, saludando a los invitados solo cuando era absolutamente necesario. Los dos comenzaron a explorar las habitaciones menos concurridas, preguntando a los sirvientes y vigilando cualquier señal de la niña.

Finalmente, sus pasos los llevaron a un ala más tranquila de la mansión. Pasaron por un pasillo adornado con retratos ancestrales hasta llegar a un pequeño cuarto adyacente a otro salón. Emma abrió la puerta con cautela, revelando una estancia acogedora y ligeramente iluminada por el sol que entraba por las ventanas. En el silencio del cuarto, ambos escucharon débilmente la música y las voces que venían del salón contiguo.

—¿Y podría usted decirme qué clase de atuendos llevan mis hijos?

Emma se paró en seco y se giró para mirarlo. Él llevaba un magnífico traje chaqué de colores grises, estaba guapo; no podía negarlo, a pesar de la seriedad y austeridad de su atuendo. El Gobernador no era un hombre que vistiera colores vivos, ni siquiera colores; sus ropajes siempre iban de los grises a los azules, pasando por algunos negros. Claro, que eso no le extrañaba a Emma. Pero sí le molestaba que quisiera imponer su misma vestimenta, triste, a los pequeños.

—La clase de atuendos que deben llevar los niños de su edad, mi señor. La clase de atuendos que indican que son infantes felices, que crecen en un hogar sano —lo miró a los ojos, sin importarle que la mirada de él fuera tan penetrante y exigente como de costumbre; al fin y al cabo, ya se había retado con él otras veces. Y ya no le daba tanto miedo. De hecho, nunca le había dado miedo, a pesar de que él pretendiera dárselo.

—No es usted consciente de la vergüenza que me está haciendo pasar, señorita Rothinger. Mis hijos no necesitan demostrar su felicidad a través de vestidos ridículos. Son los hijos del Gobernador, representantes de un hogar decente con normas estrictas y necesarias.

—Sea como sea, ya no puede devolver el recibo de la modista, mi señor —respondió ella con una tranquilidad que delataba su preparación para tal regañina. No le sorprendía en absoluto el enfado del Gobernador.

—¿Cómo...? —Nathaniel se llevó la mano a su pelo platino, mirándola con renovada desaprobación—. ¿Ha utilizado mi nombre para pagar a la modista?

—¿Acaso pretende que sea yo quien pague la ropa de sus hijos, mi señor? —replicó ella con una chispa de burla en la voz, desviando la mirada hacia la ventana del pequeño cuarto—. Gracias a Dios.

El gobernador la siguió y, al mirar por la ventana, sintió cómo una ola de alivio lo inundaba. Allí, en el jardín, bajo la luz del sol, vieron a Amelia. La niña jugaba tranquilamente, ajena a la preocupación de su padre y de la institutriz. A su lado, un niño hindú compartía su risa y sus juegos. La niña se había distraído, y no había regresado al interior de la propiedad junto al resto de invitados, por eso no la habían encontrado. Además, una joven doncella estaba junto a los dos infantes. Así que no había absolutamente nada de lo que preocuparse.

—Parece que la señorita Amelia ha encontrado un nuevo amigo —comentó Emma, con un orgullo discreto por el buen comportamiento de sus pupilos en la fiesta y por cuánto estaban disfrutando de la jornada.

Se lo merecían. Merecían conocer a otros niños. Jugar y reírse, lejos del luto de su propiedad. Ojalá su tío los invitara en más ocasiones. El Duque de Wellington parecía ser la antítesis del Gobernador, un hombre avezado a la diversión y acostumbrado a dejar las preocupaciones a un lado.

—Es el hijo de uno de los príncipes hindúes que viven en Calcuta —informó Nathaniel, considerando que, quizás, en el fondo todo aquello no era tan mala idea. Los ánimos se habían relajado mucho en la ciudad desde que él se había acercado más a los autóctonos y el Doctor Devi había ido a su casa. Y una fiesta como esa, aunque pareciera una locura, podía aumentar la confianza de los hindúes hacia él.

Las excentricidades de su cuñado y de su institutriz, una vez más, le brindaban ayuda de forma inadvertida en su carrera. Él nunca se permitiría actuar o expresarse como lo hacían aquellos dos, pero tenía que admitir que, paradójicamente, su falta de contención ocasionalmente resultaba beneficiosa.

—Espero que no tenga nada en contra de los autóctonos, mi señor. Sería muy decepcionante que así fuera —Lo miró de reojo. ¿Cómo podía ser que un hombre tan serio y petulante resultara tan guapo? El Gobernador tenía un perfil muy bonito, en el que hasta sus pestañas rubias brillaban junto a su barba perfectamente recortada.

—No sea ridícula, señorita Rothinger. Lo que debería contarme, ahora mismo, es por qué se atrevió a llevar a mis hijos al río sin mi permiso —replicó él, devolviéndole la mirada.

Sus ojos se cruzaron y, sin querer, ambos recordaron ese día en el salón de invitados. Ese beso robado, esa pasión desmedida. Ambos habían hecho un esfuerzo por olvidarlo, pero ahora

sus esfuerzos parecían inútiles.

—Le dejé una nota, mi señor. Al no recibir respuesta, deduje que no tenía objeción alguna a nuestra pequeña excursión al río. Fue un día encantador, debo decir, mi señor. Debería haberlos visto, divirtiéndose, lanzando piedrecillas al agua y correteando de un lado para otro.

«¿Cómo era posible que una criatura tan vulgar lograra no solo ser guapísima sino también parecer rebosante de vida?», se preguntó Nathaniel, observando como ella se emocionaba al hablar de los pequeños. Se notaba que desvivía por ellos, más que cualquiera de las institutrices anteriores. El amor de la señorita Rothinger por sus hijos parecía ser real.

—No recibí ninguna nota, señorita Rothinger —respondió él, más calmado. Claro que el silencio de ese cuarto lo ayudó a tranquilizarse. Era un lugar estrecho, al lado de un salón que daba a los pasillos, muy acogedor y bien iluminado.

Ningún campo era de un verde tan claro como lo eran los ojos de la señorita Rothinger. Nathaniel se había obligado a olvidarse de esa mujer, ocupado con la llegada de la Marquesa de Ailsa y sus obligaciones como Gobernador. Pero, ahora, de nuevo estaba frente a ella. Y, por si fuera poco, parecía ser que la señorita Rothinger se había esmerado un poco más ese día por oler a flores silvestres. Seguramente se había echado algunas gotitas de más de su perfume para ir a la fiesta.

Emma sabía que, en la faz de la Tierra, no existían ojos iguales a los del Gobernador. Y se quedó quieta, perdida en ellos. La invadió una frialdad deliciosa, una relajante sensación de seguridad y peligro al unísono.

Ambos eran conscientes de la necesidad de regresar. Trataron de apartarse de la ventana y poner distancia entre ellos. Sin embargo, justo cuando se dirigían hacia la puerta para abandonar la habitación y volver a la planta baja de la mansión, un estruendo proveniente del salón contiguo los detuvo en seco. El estruendo llegó acompañado de una risa femenina y susurros masculinos. Nathaniel, por supuesto, reconoció de inmediato ambas voces: eran la Marquesa de Ailsa y su cuñado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, pero el Gobernador le hizo un gesto para que hablara en voz baja—. ¿Quiénes son? —indagó Emma en un susurro, mientras más risas y susurros se escuchaban al otro lado.

Nathaniel no podía dar crédito. Aunque, en realidad, sí podía. Pero no quería. Su cuñado, finalmente, había cumplido con sus amenazas desde el principio de la fiesta. Había seducido a la Marquesa de Ailsa, y esta parecía estar encantada entre sus brazos. Solo esperaba que esa mujer no pidiera nada más después de eso. Porque sabía que su cuñado no se lo daría, y no deseaba que la prima de la Reina Victoria volviera a Londres con el corazón roto por culpa de su cuñado. Eso sería un desastre, porque no había nada peor que una amante despechada.

—Me suenan sus voces, pero... ¿No podemos salir? —siguió insistiendo Emma, quien no era ignorante de cómo llegaban los niños al mundo, pero no sabía todo lo que un hombre y una mujer podían llegar a hacer. Sabía que era necesaria la cópula para la reproducción del ser humano y de cualquier animal, pero desconocía los placeres que podían rodear a ese acto final y necesario para la continuidad de la especie.

—No sería lo más indicado, señorita Rothinger —dijo Nathaniel, observándola con intensidad, complacido con su inocencia.

Si en algún momento, Nathaniel Canning, había creído que los infortunios de esa jornada habían llegado a su fin, se había equivocado por completo. Verse encerrado con la señorita Rothinger, la mujer que lo había conducido a la locura algunos días antes, empujándolo a besarla como un loco, mientras oía a otra pareja deleitándose con los placeres de la carne, era poco más

que una tortura para un hombre como él. Quien se había contenido durante tres años.

Su deseo sexual había muerto junto a su esposa.

O eso había creído él hasta conocer a la institutriz.

Y ahora apenas podía contenerse.

Su virilidad se tensó al ver cómo la señorita Rothinger se sonrojaba cada vez más y más, a cada jadeo que oían. Decidió cerrar los ojos para regularse.

Emma no sabía lo que estaba ocurriendo a ciencia cierta. Pero sabía que era algo que la alteraba. Se apartó de la puerta, dando un paso hacia atrás, y por ende, un paso más cerca del Gobernador, quien la había seguido para salir de allí, sin éxito.

—¿Estamos encerrados? —preguntó ella, con un hilo de voz, mirándolo de reojo.

—No veo el modo de salir, señorita Rothinger, al menos hasta que ellos se vayan.

Nathaniel tenía los ojos cerrados y sus pestañas rubias le acariciaban los altos pómulos. Ella dejó que su mirada vagara brevemente por su largo cuerpo, consciente, como en otras ocasiones, de aquella profunda atracción que nunca antes había sentido ni experimentado por ningún hombre. Una oleada de pura excitación que exacerbaba sus sentidos sensibilizaba cada nervio y aceleraba los latidos de su corazón. Todos sus instintos la advertían que era una locura, peligroso para ella. Y en cambio, esos mismos instintos, le indicaban que con él estaba segura. No era de extrañar que se sintiera confundida.

Ni siquiera Sylvie la había hecho sentir tan segura nunca. De hecho, le hizo sentir todo lo contrario: pánico de estar a solas con él.

El Gobernador podía ser un tirano, un déspota, pero sin embargo podía confiar en él, en muchos aspectos era previsible y su sentido del honor muy estricto.

El abrió sus ojos y sus miradas oscurecidas se encontraron. Ambos se deseaban, y ambos estaban excitados. Los continuos jadeos y lamentos al otro lado de la puerta no los dejaba pensar en otra cosa que no fuera en la ansiedad que sentían.

Ella jamás había probado hombre alguno.

Y él llevaba mucho tiempo sin probar a una mujer.

Al cabo de un instante, los dos pasos que los separaban desaparecieron.

Emma contuvo el aliento, con la mirada clavada en la suya. Él entrecerró los ojos, bajó la cabeza despacio, y la besó, por segunda vez. Sintió que el frío del Gobernador la quemaba, y que sus labios toscos le exigían más y más, abriéndose paso entre sus labios para acariciarle la lengua con la suya. Ella jadeó flojo, temiendo que la oyeran las personas que estaban al salón, y él la apretó contra su torso. Los besos del Gobernador liberaban a otro ser en ella, un ser pasional y excitable. Emma se sintió rodeada por su fuerza, por su mandato y se dejó llevar, rodeándolo con sus brazos, colgándose de su robusto cuello.

Sus lenguas se acariciaron durante largos segundos. Emma aprendió a respirar en la boca de él, con sus entrañas deshechas y sus pezones completamente endurecidos. Saboreó a ese hombre, y el impulso de satisfacer su voracidad, que subía como la fiebre, la llevó, esta vez, a acariciarle la nuca y a introducir sus dedos femeninos en su pelo plateado. Quería negarse a hacerlo, pero lo deseaba demasiado. Deseaba tocarlo.

Ya estaba hecho. Se había cernido sobre ella sin poder controlarse más. En cuanto abrió los ojos y la encontró mirándolo, con esa mirada verde repentinamente oscurecida por el deseo, no pudo seguir regulando su necesidad. La atrapó entre sus brazos y la besó con hambre voraz; no ayudaba en nada que ella fuera tan pasional, tan atrevida como para acariciarlo y hundir sus pequeños dedos en su pelo frondoso, provocándole un hormigueo y un escozor intolerables.

La sentía tan viva, tan necesitada de todo aquello como él, y tan dispuesta, que se negó a

pensarlo mucho cuando le tomó una mano y la obligó a acariciarle la entrepierna.

Emma notó como su mano derecha volaba del pelo del Gobernador a su entrepierna. Él mismo la había obligado a tocarlo allí, pero no le desagradó esa iniciativa, ni se asustó. Con curiosidad, y deseo, lo tocó por encima del pantalón, sintiendo la dureza de su cuerpo. Sintió aquello, el miembro masculino, duro contra la tela y contra su mano, palpitante. Debía de dolerle mucho, y quiso aliviarlo, pero no sabía cómo. Lo oyó gruñir. Pero cuando ella quiso abrir los ojos, él volvió a atrapar su boca.

—Quiero ayudarle —susurró ella en cuanto pudo separarse un poco de él, y sus alientos se entremezclaron—. Pero no sé cómo... —confesó, aturdida, sintiéndose diminuta ante ese hombre.

La conmoción que le produjeron esas palabras, la sensual caricia de su mano femenina sobre su miembro, terminaron de nublarle el juicio a Nathaniel, quien, con un movimiento rápido, liberó su masculinidad y dejó que ella lo tocara, piel con piel.

Emma sintió una roca dura, larga y flexible en su mano, no se atrevió a mirar, solo tocó. Le hincó los dedos, masajeó esa parte tan íntima de él, sin saber muy bien cómo, y él le apretó los senos sin dejar de besarla. Sus besos eran cada vez más húmedos, y ambos estaban empezando a sudar.

Emma ya no sentía nada, salvo una necesidad urgente de alcanzar algo desconocido.

Desesperada, se desabrochó la camisa de su vestido con la mano que tenía libre y permitió que él le bajara el corpiño para liberarle los pechos. Bajo las manos del Gobernador, sus pechos se hincharon todavía más, y sus pezones rojos se endurecieron como botones antes incluso de que sus dedos masculinos los encontraran. Los dedos del Gobernador la acariciaban y sus sentidos se exacerbaban más y más.

Nathaniel Canning jamás había disfrutado tanto del sexo como en esa ocasión. La necesidad urgente que lo acuciaba a permitir que la señorita Rothinger le acariciara su virilidad era apabullante, única, incomparable. No era que no supiera que eso estaba mal, o que se hubiera olvidado de su honor y de su moral. Era que estaba tan excitado y caliente, que lo único que quería era que esa mujer lo liberara de una vez por todas.

La señorita Rothinger era su perdición.

Claro que, si en algún momento, quiso arrepentirse, en cuanto percibió que ella se desabrochaba la camisa y le permitía tocarle los pechos sin ninguna barrera, ya no hubo lugar para el arrepentimiento.

Los senos de la institutriz se le escapaban de las manos. Eran grandes. No solo grandes, más grandes de lo que otras mujeres tenían. Eran enormes, y apenas podía abarcarlos. Apretarlos, hundir sus dedos en ellos, coronar su recorrido en sus pezones rojos (los cuales vio con una ojeada rápida entes de regresar a sus labios irritados y completamente enrojecidos) era poco más que un delirio. Estaba delirando, esa la realidad.

Con un fuerte gruñido, que se sumó al orgasmo alcanzado por la mujer que había estado retozando en el salón de al lado hasta entonces, Nathaniel empujó a la señorita Rothinger encima de una mesa cercana, forzándola a abrir las piernas para él colocarse en medio de ellas.

Ella se dejó empujar; no solo se dejó, sino que agradeció sobremanera tener un lugar en el que poder sostenerse, pues sus piernas ya no aguantaban más. Sintió las manos del Gobernador sobre las suyas y la instó a moverlas de arriba a abajo sobre su virilidad. Ella obedeció, y él le subió las faldas para tocarle la intimidad por encima de las enaguas.

La acarició en esa parte donde nunca nadie la había acariciado, y descubrió que sus enaguas estaban completamente empapadas. Él apretó sus dedos fuertes y largos contra sus carnes más

tiernas, por encima de la tela, y ella se regocijó. Se lamió los labios ante esa caricia, aunque le dolían mucho por la presión que había sentido todo ese tiempo sobre ellos. Nathaniel tiró la cabeza hacia atrás, y ella notó que las venas de su miembro se tensaban contra la piel suave de sus pequeñas manos.

Maldijo para sus adentros. La señorita Rothinger le estaba causando un terrible dolor que ya no tenía marcha atrás. Con sus pechos al aire y mientras la tocaba por encima de las enaguas, sintiéndola completamente empapada, decidió liberarla de esa ropa e introducir sus dedos en su intimidad de forma directa. Hizo resbalar su dedo índice entre los pliegues carnosos de esa mujer y la oyó retozar, gemir, suplicar. Solo tuvo que tocarla un par de veces más para sentir como ella se apretaba contra él. La observó mientras alcanzaba el clímax, la vio ponerse roja como su pelo, y percibió dos gotas de sudor resbalando por sus generosos pechos. Fue entonces cuando él también se dejó ir en las manos de ella, regándola por completo, esparciendo su simiente en las piernas de ella y sus manos femeninas.

Ambos se habían liberado. Ella se dejó caer encima de la mesa, tal y como estaba, y él se quedó unos segundos solo mirándola, admirando su belleza. Por un momento, creyó que, si se dejaba ir una vez, ya no la desearía más. Pero al verla en esa posición, abierta de piernas hacia él y con sus senos rígidos, supo que quería más, mucho más. No se conformaría con eso, y se maldijo por ello otra vez. La quería toda, quería perderse en ella, colocarse encima de su cuerpo y hacerla suya mientras la embestía sin piedad.

Pero no.

No podía.

¡Qué caray!

¿Y ahora qué?

—Creo que ya se han ido —la oyó decir después de un buen rato, cuando él ya se había subido los pantalones.

Capítulo 19

El difícil arte de ser institutriz

Una institutriz debe ser una figura de autoridad y guía, pero también de comprensión y cariño. Su labor no es solo la de impartir conocimiento, sino también la de nutrir el espíritu y cultivar la alegría en los corazones jóvenes que se le han confiado.
Mary Balogh.

Decidieron regresar a Canning's House antes de lo previsto. No solo porque ni Nathaniel ni Emma estaban en condiciones de continuar con la fiesta como si nada hubiera ocurrido, sino porque la pequeña Amelia, mientras ellos se distraían en la habitación, había roto una de las cristaleras de colores que el Duque de Wellington tenía en los jardines. Ese incidente llevó a Arthur a decirle a su cuñado que sus hijos eran «unas criaturas ruidosas y horribles, y la pequeña Amelia la peor de todos ellos».

—Vuestro comportamiento ha sido verdaderamente bochornoso —recriminó el Gobernador a sus hijos en cuanto llegaron a casa y se reunieron todos en el vestíbulo—. Me habéis dejado en evidencia frente a la alta sociedad de Calcuta —añadió, bajo la mirada incrédula de Emma. A ella le dolió en el alma ver cómo los cuatro pequeños bajaban la cabeza, abatidos y conscientes de haber defraudado a su progenitor. ¡Pero si solo eran unos niños! Y no habían hecho nada malo.

Nathaniel estaba enfadado. Con los niños, por no haberse comportado como él esperaba de ellos. Con la institutriz, por no haberlos controlado ni guiado como él necesitaba que lo hiciera. Pero, sobre todo, estaba enfadado consigo mismo. Lo que estaba ocurriendo era el producto de su propio descontrol y permisividad. El producto de no saber refrenar sus propias pasiones y deseos.

Era imperdonable. ¿En qué momento había empezado a perder el control de su vida?

—Mi señor, si me lo permite... —trató de abogar Emma por los niños.

—No, no se lo permito, señorita Rothinger —la cortó él, haciendo que el peso de sus palabras cayera sobre el vestíbulo de Canning's House, sombrío y apagado, y sobre ella.

«¡Ay, Dios mío!», pensó ella. ¿Cómo era posible que ese fuera el mismo hombre que la había besado, acariciado, y deseado apenas un par de horas antes? Apenas podía creer que lo que habían hecho fuera real.

Él representaba todo lo que ella detestaba en ese mundo.

Y estaba convencida de que, para él, ella tampoco era nada conveniente.

—Pero...

—¡A vuestras habitaciones! —zanjó Nathaniel, incapaz de seguir en la misma estancia que la señorita Rothinger; incapaz de escuchar otro más de sus argumentos indiscutibles. Estaba harto.

Harto de no poder sobreponerse a ella. Emma era para Nathaniel un enigma desconcertante y una fuente constante de turbación. En un mundo donde él había erigido muros de disciplina y control, donde cada acción se regía por una rigurosa ética del deber y la autoridad, Emma era como una tormenta que barría con su alegría despreocupada y su carácter desentendido todo lo que había construido.

Para Nathaniel, Emma era un torbellino que había puesto su vida patas arriba. Sus interacciones con ella eran un vaivén entre el enfado y la atracción, entre el deseo de cambiarla y la fascinación por su carácter irreprimible. En el fondo, aunque no lo admitiría fácilmente, Emma representaba todo lo que él había perdido al someterse a la rigidez de sus propias normas. Ella le mostraba un mundo donde la felicidad no era un objetivo distante alcanzado solo a través del esfuerzo y la disciplina, sino algo que se podía hallar en el presente, en el simple acto de vivir.

Su presencia lo desarmaba, lo desconcertaba y, en momentos de debilidad, incluso lo fascinaba.

Todavía no podía asumir que, un par de horas antes, esa mujer de ojos verdes brillantes y cara pecosa, le hubiera dado un placer inmenso, del que no estaba seguro haberse quedado completamente saciado.

Emma observó como los niños desfilaban en orden hacia la segunda planta mientras el Gobernador también desaparecía del vestíbulo, quedándose sola.

Una ola de culpabilidad la invadió. El Gobernador era un hombre de principios estrictos, que se movía en un universo donde la disciplina era la máxima virtud y el desorden, el mayor de los pecados. Para Emma, su actitud rigurosa y su constante necesidad de control eran como una cadena invisible que amenazaba con aprisionarla. Ella, que se deleitaba en la libertad y la improvisación, se sentía sofocada por su presencia, como si cada uno de sus movimientos estuviera siendo juzgado y medido contra un estándar imposible.

Sin embargo, más allá de la frustración que le provocaban sus exigencias y su rigidez, Emma no podía evitar ver una profunda tristeza en él, una falta de alegría que la conmovía a pesar de todo. En el fondo, ella intuía que el Gobernador había construido esas murallas alrededor de sí mismo para protegerse de algún dolor profundo, de la pérdida de Tara.

Emma no se arrepentía de su tiempo allí. Había llegado a amar a los niños, sus curiosidades y debilidades, y sabía que los echaría de menos. Pero también sabía que su espíritu libre y su deseo de enseñar a través de la alegría y la creatividad no encontrarían un terreno fértil en un ambiente tan controlado y restrictivo. Había intentado, con todas sus fuerzas, adaptarse y encontrar un equilibrio, pero siempre había sentido la sombra del Gobernador, su desaprobación silenciosa, como una barrera insalvable.

Era mejor marcharse. Antes de que Su Nobilísima la echara.

Más allá del dolor que le causaba abandonar a esos niños a quienes deseaba ayudar, se encontraba el hecho insalvable de lo que había ocurrido entre el señor y ella. Era imposible seguir allí cuando... cuando los límites se habían sobrepasado.

No sería decente continuar con su labor, como si nada, cuando lo que la unía al padre de las criaturas ya no era solamente un beso robado... sino mucho más. Si cerraba los ojos, seguía notando los dedos del Gobernador en su intimidad, seguía sintiendo el peso de su miembro entre sus manos, los besos de él en sus pechos...

Lo ocurrido había sido algo carnal, visceral.

No podía declararse enamorada de él. Porque se creía incapaz de amar a un hombre así. Un hombre que castigaba a sus hijos por ser felices.

Pero ya no podía negar que, Nathaniel Canning, a pesar de ser el hombre más odioso de la Tierra, provocaba en ella emociones incontrolables. La excitaba de un modo irrefrenable, y la llevaba a hacer cosas que jamás había hecho a sus treinta y un años.

Lo deseaba; sí, era eso. Lo deseaba con todo su ser. Jamás había rozado el cielo, jamás se había liberado sexualmente como lo había hecho con el Gobernador Canning y, en el fondo, le gustaría descubrir mucho más, descubrir hasta donde podía llegar su cuerpo entre las manos de

él. Dejarse ir, enloquecer contra él.

Debía marcharse.

Eso era lo correcto.

Había desterrado el recuerdo del beso. Su orgullo y su terquedad habían podido con él.

Pero negar que Su Nobilísima la había regado con su cálida humedad y que ella había hecho lo mismo con él, era imposible.

Le temblaron las piernas cuando empezó a subir por la escalinata de Tara. Apenas se atrevió a mirar el retrato de la difunta esposa del Gobernador, pues estaba llena de culpa.

¿No se suponía que solo los hombres disfrutaban de esos encuentros? ¿Cómo había podido ella disfrutar tanto cuando todo lo que había hecho estaba mal? Como mujer de treinta y un años e institutriz de jóvenes debutantes, sabía que una verdadera dama jamás debía mostrarse como ella se había mostrado. Pero lo cierto era que había explotado, y se había deleitado con cada uno de esos actos inmorales.

Creerse enamorada de él era impensable. ¡Solo pensarlo le resultaba impactante! Sin embargo, debía admitir que se sentía inquieta, pues dudaba mucho que llegara a olvidarlo a algún día.

Fuera como fuera, lo que había sucedido no era el comienzo de nada. Sino más bien el final. Habían cedido a la tentación, por algún motivo que se le escapaba. Ahora debían despedirse.

Con el corazón encogido, se dirigió a la habitación de los niños, una espaciosa estancia donde los cuatro dormían en camas separadas. Las pesadillas que los aquejaban no habían desaparecido por completo, aunque habían mejorado un poco.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación de los niños, su mano temblando ligeramente antes de girar el pomo. Sabía que los encontraría abatidos; el eco de la reciente regañina del Gobernador aún resonaba en la casa. Con un suspiro, empujó la puerta y entró.

La vista que la recibió le rompió el corazón. Oliver, el mayor, estaba sentado en el borde de su cama, mirando al suelo con una expresión de tristeza y frustración. Amelia, la niña mayor, estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y una mirada desafiante que apenas ocultaba sus lágrimas. Jennifer, la hermana menor, estaba abrazada a un almohadón, sus ojos grandes y llenos de tristeza. El pequeño Arthur, de tan solo tres años, estaba acurrucado en su cama, abrazando su osito de peluche con fuerza.

¿De veras quería irse y dejarlos a merced de esos tiranos de Canning's House?

—Hola, mis pequeños—dijo Emma suavemente, tratando de infundir un poco de calidez en la fría atmósfera de la habitación—. ¿Cómo están, señoritos?

Amelia giró rápidamente la cabeza hacia ella con su rostro enrojecido por la ira.

—Estaríamos mejor sin usted, señorita Rothinger —dijo con dureza—. Todo esto es culpa suya. Papá está decepcionado de nosotros por su culpa.

Emma sintió una punzada de dolor en el pecho, pero mantuvo la calma. Se acercó lentamente a Amelia, intentando ser comprensiva. Sabía que las exigencias del Gobernador sobre esos niños habían dejado una huella traumática y no podía culparlos.

—Señorita Amelia, siento mucho que piense eso. Nunca he querido causarles problemas —respondió con ternura.

Oliver levantó la cabeza y abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero la cerró de nuevo.

—No es culpa de la señorita Rothinger... —susurró Jennifer, en una voz apenas audible.

Arthur, demasiado pequeño para entender completamente la situación, simplemente miró a Emma con ojos llenos de inocencia y confusión.

Emma se acercó a Oliver, colocando una mano reconfortante en su hombro.

—Sé que están pasando por un momento difícil, señoritos. Quiero que sepan que siempre he querido lo mejor para ustedes. A veces los adultos también cometemos errores, y lamento mucho si los he lastimado de alguna manera.

Amelia soltó un bufido y giró la cabeza, mirando por la ventana, pero Emma notó un temblor en su labio. La señorita Rothinger se acercó a Jennifer y Arthur, arrodillándose para estar a su altura.

—Los quiero mucho a todos —confesó en un susurro—. Y espero que algún día puedan perdonarme, si sienten que les he fallado.

Con esas palabras, Emma se levantó, llena de culpa. Sabía que necesitaban tiempo y espacio para sanar, y aunque las palabras de Amelia la habían herido profundamente, su amor por los niños permanecía inquebrantable. Al salir de la habitación, lanzó una última mirada hacia ellos, todavía llevaban los vestidos que ella les había comprado; telas de colores vivos que contrarrestaban con sus semblantes tristes. Esperaba de corazón que les fuera bien en la vida.

No se sentía culpable por haberles brindado la oportunidad a los niños de ser felices. Pero sí por haber sucumbido al deseo. Si no hubiera permitido que el Gobernador la besara, seguiría luchando por quedarse allí. Luchando por ellos.

—¿Lo ve? ¿Ve lo que ha conseguido? —la interceptó el ama de llaves con los labios fruncidos—. Su terquedad ha logrado que los niños sufran más. Aquí, la estructura y la disciplina son fundamentales. Sin ellas, los niños se sienten perdidos. ¿Ahora lo entiende? Tal vez piense que su manera es mejor, pero solo ha traído confusión y más problemas a esta casa. Debería haber considerado el impacto de sus acciones desde el principio.

—No vine aquí para imponer mi voluntad ni para desestabilizar su mundo. Vine para ayudar a los niños a encontrar un equilibrio, para mostrarles que pueden cumplir con sus deberes sin perder su esencia y felicidad; soy una institutriz, no una carcelera. Es evidente que nuestras visiones son diferentes, y lamento profundamente cualquier frustración que les haya causado. Sin embargo, no puedo quedarme en un lugar donde mis esfuerzos son constantemente socavados y malinterpretados. Estoy convencida de que se alegrará mucho de saber que he decidido marcharme.

Con esas palabras, Emma se giró y se dirigió hacia su habitación para recoger sus pertenencias. Ya no estaba de humor para seguir hablando con la señora Manderley, ni para ver cómo se alegraba de su partida. Ni para recordar como el ama de llaves le había contado que el Gobernador solía seducir a las institutrices.

Solo quería irse. Huir de la vergüenza.



Debía pedirle matrimonio.

Era lo único que se le ocurría después de pensarlo encarecidamente durante más de una larga hora.

¿De qué otra manera podía enmendar su error? Al fin y al cabo, y a pesar de la buena predisposición de la señorita Rothinger a todo lo ocurrido, él había sido quién la había besado y la había instado a tumbarse sobre la mesa. Él era el hombre, el caballero de honor que se había bajado los pantalones. Y sí, ella había vibrado con cada una de sus caricias, temblado con cada uno de sus besos y hasta había llegado al orgasmo al tocarla en su intimidad. Ella había demostrado estar tan llena de vida como la había imaginado, y eso que apenas tenía experiencia.

Emma lo había rodeado con sus brazos delgados, le había acariciado el pelo y le había tocado el miembro de buena gana. Pero era una mujer. Y no podía culparla por ello, pues la superaba en edad y experiencia.

Ignoraba si era virgen. Pero suponía que sí, y eso incrementaba su deber de pedirle matrimonio. La había pervertido con su necesidad, la había tocado sin pudor y se había dejado ir sobre sus piernas sin remordimientos. No solo eso, sino que todavía la necesitaba.

Era una tontería negar que la quería para él; sexualmente hablando. Eso lo sorprendía, pues aunque había sido feliz con Tara, no la había deseado de un modo tan ferviente como lo hacía con la señorita Rothinger. Había querido a Tara y el lecho matrimonial fue aceptable. Si en algún momento, se había sentido decepcionado, se consoló con la idea de que Tara era perfecta para ser su esposa y le otorgaba una tranquilidad insuperable.

Pero con Emma... era puro deseo lo que lo ataba a esa mujer. El deseo más carnal y visceral que podía sentir un hombre. Sentía que se iba a morir si no la hacía suya. La quería para él, eso era todo.

Porque, ni en el mejor de los casos, podía creerse enamorado de ella. Al contrario, seguía considerándola una mujer vulgar y completamente inadecuada de la cual, seguramente, se aburriría una vez saciado su deseo sexual. Aunque lo de aburrirse sonaba demasiado idílico; más bien pasaría el resto de su vida lidiando con problemas y tratando de sobrevivir en el caos que, seguramente, la señorita Rothinger provocaría a su alrededor. Ella no era su igual en el escalafón social y su matrimonio sería un completo desastre; ella era incapaz de ser la esposa de un Gobernador.

La prueba física estaba en su monóculo roto, aquel que había dejado sobre su escritorio mientras él deambulaba por su despacho bajo la atenta mirada de Tara. Pobre mujer, seguramente se revolvería en su tumba si supiera que estaba a punto de colocar a alguien tan impropio en su lugar.

Ah, pero él mismo se había puesto los grilletes. Era su obligación, nada más que eso. Nunca llegaría a querer a la señorita Rothinger como había querido a su difunta esposa.

Hizo sonar una de las campanitas.

—Haga venir a la señorita Rothinger —ordenó al señor Fairchild en cuanto este apareció por la puerta de su despacho.

—Mi señor, la señorita Rothinger se ha ido hace unos minutos. Pensaba que usted estaba al corriente.

—¿Se ha ido?

—Sí, mi señor.

"Salí de Canning's House con el corazón comprimido. No era fácil dejar esos niños. Era lo correcto, pero eso no lo hacía menos doloroso. En todos mis años como institutriz, era la primera vez que sentía que había fracasado. Además, me sentía culpable por no haber logrado encontrar un equilibrio, por no haberme contenido y haberle frenado los pies al Gobernador. Oliver, con su seriedad precoz y su deseo de complacer. Amelia, con su espíritu combativo y su necesidad de amor, aunque nunca lo admitiría. Jennifer, tan dulce y sensible, buscando siempre la aprobación. Y el pequeño Arthur, cuyo inocente abrazo siempre lograba arrancarme una sonrisa incluso en los días más difíciles. Los amaba a todos, y dejarles me dolía más de lo que hubiera imaginado. Pero ya no era digna de ser su institutriz,"

Capítulo 20

Juntos por los niños

Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres.
Pitágoras de Samos.

Debería considerarse afortunado de que ella se hubiera ido por su propia voluntad. En realidad, le había hecho un favor. La señorita Rothinger no buscaba asegurarse a ningún hombre, ni se comportaba como una cazafortunas. Otra mujer en su lugar habría esperado pacientemente sus disculpas y quizás habría exigido más si él no le ofrecía matrimonio. Pero ella no. Como siempre, demostraba una admirable valentía. Era independiente.

Aunque no podía negar una ligera decepción. Le habría gustado hablar con ella al menos una sola vez antes de su partida. ¿Por qué la señorita Rothinger no podía mostrar un poco más de sumisión a sus deseos? ¿Por qué siempre tenía que ser ella quien tomara la iniciativa?

—¿Se ha ido? —interrumpió su hijo mayor en el despacho, provocando que tanto él como el señor Fairchild lo miraran sorprendidos.

—Oliver, ahora no es el momento...

—Mis disculpas, señor —intervino el niño, ya no tan pequeño a sus once años—. Lamento sinceramente cualquier decepción que hayamos causado en la casa de nuestro tío —se disculpó, inclinándose con cortesía. Nathaniel se había acostumbrado a que su hijo mayor lo llamara «señor», aunque ya no recordaba si había sido una solicitud suya o una decisión propia del niño.

Las niñas, por su parte, lo referían como «papá» o «padre», pero siempre con profundo respeto... quizás, hasta miedo.

Habían quedado atrás los días en que todos se hablaban con mayor familiaridad entre ellos. Tara había asegurado una educación propia de los hijos del Gobernador, estricta y sin muchos aspavientos; no obstante, también había compartido juegos con ellos y les había brindado un amor maternal genuino. Hubo un tiempo en el que la calidez llenó sus corazones.

Ya no recordaba cuándo fue la última vez que sostuvo a Oliver en brazos. Pero sí recordaba vívidamente la inmensa felicidad que sintió el día en que nació. Su primogénito, su mayor orgullo. Era el vivo retrato de Tara, aunque tuviera los ojos azul cobalto como él. Verlo frente a él, con el porte erguido, aunque tímido e inseguro, le hizo recordar días menos oscuros. Días en los que ese joven, una vez fue un bebé consentido entre sus brazos.

—Acepto tus disculpas, Oliver —suavizó su tono de voz y su expresión—. Espero que no vuelva a ocurrir. A estas alturas, tú más que tus hermanas, sabes que eres el representante de la familia Canning. Eres el futuro de una familia con prestigio, que ha ganado todo lo que tiene mediante el esfuerzo y haciendo las cosas correctamente.

—Lo sé, señor —asintió Oliver, removiéndose incómodo, y tomando aliento para añadir algo más—. Pero, si me permite decirlo, señor, la verdad es que sí me gustaría que algo similar volviera a suceder.

Nathaniel abrió los ojos con sorpresa, y el mayordomo, percibiendo la tensión en el aire, decidió retirarse discretamente para dejar al padre y al hijo a solas.

—¿Qué has dicho?

Oliver levantó la mirada del suelo y encaró a su padre. —Señor, amé a mi madre con todo el amor que un hijo mayor puede sentir —confesó el niño, con los ojos empapados por el valor que estaba teniendo y por el recuerdo de Tara. Nathaniel notó entonces que su hijo todavía llevaba el brazalete negro sobre sus ropas nuevas, de un verde vibrante, llenas de vida, que Emma le había comprado.

—No me he olvidado de ella, y jamás lo haré —aseveró con voz firme, aunque temblorosa —. Pero, la señorita Rothinger, mi señor, me ha hecho ver que mis hermanos y yo necesitamos un poco de... normalidad. Solo eso, mi señor: normalidad. Me gustaría que quitáramos las cortinas negras y que descubriéramos los espejos. Desde que murió mamá... he sentido que... — Oliver se rompió y empezó a sollozar, sin mover las manos que había colocado educadamente tras su espalda ni tambalear sobre sus pies, solo bajando y subiendo sus hombros por los sollozos cada vez más fuertes que lo ahogaban en un llanto contenido por años.

Nathaniel abrió más los ojos y tragó saliva. Hundido en su propio dolor, ahora se daba cuenta de que apenas había pensado en el dolor de sus hijos. O que, quizás, había pensado demasiado en ellos y los había querido proteger, resguardándolos de la dolorosa verdad de la muerte de su madre, manteniendo su recuerdo intacto en cada esquina. Pero, al hacerlo, los había sumido en una sombra perpetua, negándoles la luz y la vida que tanto necesitaban.

Oliver, con sus lágrimas silenciosas, era un reflejo del amor inmenso que sentía por su madre y del sufrimiento que había soportado en silencio. Nathaniel se sintió conmovido hasta lo más profundo de su ser, su hijo jamás había hablado con él de esa manera. De hecho, ni siquiera había hablado con él hasta ese día.

Ahora era el momento en el que él decidía si seguía educándolo como la sociedad exigía, y lo obligaba a recomponerse para seguir con las normas establecidas, marcando una distancia insalvable entre ambos.

O lo consolaba como su corazón, bastante derretido en contra de sus deseos, deseaba hacer. Sus padres no habían sido especialmente autoritarios con él; sino que él mismo había sido quien se había autoimpuesto una rígida autoridad para llegar lo más lejos posible. Y Tara, siendo hija de un Duque, lo había ayudado a imponer una educación propia de la alta sociedad inglesa.

Oliver se avergonzó profundamente por llorar frente a su padre. Todas las lágrimas que se había permitido derramar siempre habían sido a altas horas de la noche, en su cama, cuando sus hermanos menores dormían profundamente. Estaba convencido de que era una decepción para su padre, pues él era el Gobernador de la India, un hombre fuerte, exitoso, al que jamás había visto mostrar debilidad alguna. Con el rostro empapado, Oliver dio media vuelta, dispuesto a retirarse de forma bochornosa y patética. No había logrado ser el hombre que había pretendido ser al presentarse frente a su padre.

Sin embargo, antes de que pudiera retirarse, sintió una mano firme que lo tomaba por el hombro, obligándolo a girarse. Su padre, con una ternura inesperada, lo estrechó con fuerza, envolviéndolo en sus brazos robustos y arrodillándose hasta quedar a su altura. Se quedó helado, sumido en el calor de aquel abrazo, pues no recordaba que su padre lo hubiera abrazado jamás. Se sintió protegido y comprendido tras muchos años de soledad absoluta y miedo. Desde la muerte de su madre, su padre se había alejado de él y de sus hermanos, y había convertido la casa en una cárcel oscura a la que él mismo se había acostumbrado... hasta la llegada de la señorita Rothinger.

—No quiero que se vaya —sollozó Oliver, sintiéndose seguro para hablar—. No quiero que la señorita Rothinger se vaya, papá. Sé que no ha estado mucho tiempo aquí, pero me gusta y quiero conocerla más.

Nathaniel le dio dos palmadas en la espalda a su heredero y se apartó de él, recomponiéndose de la repentina efusividad que había mostrado. —Está bien, iré a buscarla. Pero no te prometo nada, esa mujer es terca como una mula.

—Yo también quiero que vuelva —se unió a ellos una vocecita dulce que había estado espiando desde la puerta, Jennifer.

—Yo no —se enfurruñó Amelia, abriéndose paso entre Jennifer para colocarse frente a su padre—. Pero... este vestido me gusta mucho —reconoció, cogiéndose los volantes de la falda—. ¿Crees que la señorita Rothinger me comprará más vestidos, papá?

—Señorita Rothinger —balbuceó el pequeño Arthur, dando pasos cortos hacia él.

—¿Desde cuándo hablas tan bien tu? —preguntó Nathaniel a su hijo menor, sin dejar de sorprenderse, aunque sabía la respuesta—. Bien, iré a buscarla. Pero espero que esto no sea un pretexto para seguir comportándoos como lo habéis hecho hoy, y sirva para que seáis agradecidos y mejoréis vuestra educación —se estiró de nuevo, abandonando el despacho y a sus cuatro hijos para ir tras la señorita Rothinger que, al parecer, se había ganado un extraño lugar en su familia.

No podía dejar que sus errores afectaran de nuevo a sus hijos. Por culpa de él, no tenían madre. Lo mínimo que debía hacer era permitirles la compañía de la señorita Rothinger, si era lo que tanto deseaban. Eran sus hijos, y a pesar de que intentaba otorgarles la mejor de las educaciones, debía ceder un poco.



La decisión estaba tomada, a pesar de que no podía permanecer quieta en una sola posición dentro de aquel carruaje de alquiler. Estaba llegando al puerto, subiría al primer navío de regreso a su patria, Inglaterra. Enfrentaría las acusaciones de Sylvie y su familia, pues no podía seguir escondiéndose en un lugar donde nada había salido como lo había planeado.

La familia Canning no era para ella.

Tan solo les había causado dolor.

En cuanto puso un pie en el puerto, el aire cargado de sal y despedidas la azotó. Con su maleta, su bonete negro y pasos decididos, comenzó a buscar el camino hacia el navío que necesitaba. Apenas había visto India, a pesar de ser un lugar tan soñado y esperado.

Lo único que había visto eran las cuatro paredes sombrías de Canning's House.

—¡Señorita Rothinger! —escuchó una voz familiar—. ¡Señorita Rothinger!

—¡Doctor Devi! —se alegró ella al ver al médico que la había salvado de la ruina social—. ¿Cómo está?

—Oh, señorita Rothinger —sonrió el hindú, vestido con una camisa blanca muy larga, que le llegaba hasta las rodillas, y un pantalón ancho del mismo color—. Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y usted? ¿Qué hace por aquí? Ya sabe que últimamente las cosas en Calcuta no están muy bien para que una dama como usted esté sola —dijo él, en medio del ajetreo y vaivén de personas.

—Solo quiero encontrar el navío que me lleve de vuelta a Inglaterra, Doctor Devi.

Fue en ese momento, mientras hablaban, que Emma sintió una presencia imponente detrás de ella. Se giró y allí, montado en un majestuoso caballo blanco, estaba el Gobernador. Su figura destacaba contra el cielo azul y el resplandor del sol, creando una imagen que parecía sacada de un sueño.

—Doctor Devi —saludó el Gobernador al médico—. Señorita Rothinger, ¿sería tan amable de subir al caballo conmigo? —Extendió su mano grande y pálida el Gobernador, hacia ella.

—Lo siento, mi señor. Pero no encuentro ningún motivo para hacer tal cosa —se negó ella, frunciendo ligeramente sus labios rosados y apartándose de él, dándole la espalda para buscar entre el gentío—. He venido hasta aquí para encontrar un barco que me lleve hasta Inglaterra, si quiere puede ayudarme.

Nathaniel desmontó de su caballo y se acercó a ella, sin soltar las riendas de su montura. —Por favor, señorita Rothinger, necesito hablar con usted un momento.

—Bien, yo me despido, pero si algún día necesita mi ayuda, señorita Rothinger, esta es mi dirección —El doctor Devi le entregó una tarjeta a Emma, pero ella apenas le dio importancia, tan solo la guardó en su ridículo mientras Nathaniel la miraba fijamente en busca de una respuesta.

—No hay nada de lo que hablar, Su Nobilísima. Siempre ha querido que me marchara. Solo le estoy facilitando las cosas —argumentó, sin apenas mirarlo a los ojos. No podía hacerlo, si lo miraba, se moriría de la vergüenza—.

—Y usted siempre quiso quedarse, en contra de mi voluntad. ¿A qué viene esto, señorita Rothinger?

—Será mejor que cada uno retome sus respectivos caminos, Su Excelencia. Por razones evidentes, no puedo seguir siendo la institutriz de sus hijos —insistió Emma, abriéndose paso a través de la multitud en el bullicioso puerto. Se dirigió hacia un buque inglés, decidida a preguntar por su embarque. Pero los pasos del Gobernador, firmes y decididos la seguían como una sombra. Su imponente figura, destacándose entre la multitud, la mantenía bajo su constante vigilancia.

Emma aún no acababa de creerse lo que habían hecho, la manera en que se habían entregado el uno al otro. Recordó vívidamente el primer día en el que lo vio y cómo supo, desde entonces, que era un hombre arrogante y peligroso.

—Los niños quieren que regrese, señorita Rothinger —dijo él con voz firme.

Emma se detuvo en seco y lo miró directamente a los ojos, olvidando por un momento su vergüenza. —¿Desde cuándo escucha a sus hijos, Su Excelencia? Durante un mes no he visto que usted se acercara a ellos lo más mínimo.

—No voy a discutir sobre la relación que tengo con mis hijos con usted —respondió él, con tono de reproche.

—Por supuesto, no pretendía que discutiera sobre sus hijos conmigo —ironizó Emma, con una chispa de desafío en sus ojos—. Al fin y al cabo, ha estado menoscabando mi labor desde el principio.

El Gobernador se acercó más a ella, aprovechando que se había detenido. Ella dio un paso hacia atrás, instintivo. Renuente en ese instante a sentir incluso el roce de su cuerpo. Era raro que dos personas pudieran compartir la más profunda de las intimidades y después, al poco tiempo, rechazar hasta el más leve roce entre ellos.

—Me he dado cuenta de que estaba equivocado —se tragó él orgullo—. Por alguna razón, que no termino de comprender, mis hijos la quieren en su vida. Y no pretendo ser yo quien les haga daño, de nuevo.

Ella alzó el mentón, con la determinación reflejada en cada rasgo de su rostro. —Lo único que entiendo es que debo irme. Este lugar no es para mí. Y usted lo sabe tan bien como yo.

—Está logrando que el Gobernador de la India le implore que se quede —respondió él, con una mezcla de incredulidad y resignación en su voz.

Emma volvió a mirarlo, encontrando en sus ojos una expresión que no esperaba encontrar en el hombre que una vez consideró tan distante y arrogante.

—No puedo quedarme, Su Nobilísima —repitió, a pesar del dolor que sentía por los niños. ¿De veras ellos querían que se quedara? ¿Acaso habían hablado con su padre?

—Mil disculpas, señorita Rothinger. Se las debo, soy consciente de ello —aceptó él, trayendo a coalición el tema que Emma había tratado de evadir—. Usted es una dama, y yo un caballero. Es mi deber asumir la responsabilidad de lo ocurrido —siguió Nate, sin creer lo que estaba diciendo, pero muy consciente de que era necesario—. Lo que ha ocurrido ha sido un error imperdonable —Emma no esperaba una declaración de amor, pero aquellas palabras le parecieron insultantes; por suerte, la mayoría de las personas que los rodeaban no los entendían y quien podía entenderlos, no podía escucharlos debido al bullicio—. Si lo desea, estoy dispuesto a enmendarlo. Aunque usted carece del refinamiento que precisa un hombre de mi estatus y deberá trabajar mucho para poder asumir las funciones que mi esposa debe realizar, y a pesar del hecho que no tenemos nada en común salvo, al parecer, un deseo detestable, cásese conmigo.

Emma se quedó sin aliento. Y no solo por el hecho de que el mismísimo Gobernado de India le acabara de pedir matrimonio, sino por el modo en el que lo había hecho. Nada le parecía más humillante que aceptar la propuesta de matrimonio de un hombre que la consideraba tan inferior y detestable. Aunque, a decir verdad, ella pensaba algo parecido de él.

—No deseo fastidiarle su momento de caballerosidad y gloria, pero no se me ocurre una manera menos alentadora de pasar el resto de mis días que la de estar atada a un hombre como usted —se rio ella—, Su Nobilísima. Por favor, no sienta la necesidad de enmendar ningún tipo de error, pues el verdadero error sería continuar uno cerca del otro. Lo libero de su obligación. Ahora, si me disculpa, tengo que embarcar...

A Nathaniel se le pasó por la cabeza dejarla ir. Ella tenía razón, lo mejor para ambos era que se marchara de una vez por todas; solo así podría recuperar su paz. Pero la imagen de Oliver llorando lo sobrevino; eso, y que no quería que se fuera.

—Emma —la tuteó, cogiéndola por la mano y obligándola a mirarlo—. Le prometo que me alejaré de usted; mis hijos están por encima de mis deseos. Quédese con ellos, yo me haré a un lado. Al fin y al cabo, usted ha demostrado tener más habilidades para ayudarlos que yo. Solo le pido que siga las normas de la casa.

—No deseo seguir viviendo en una casa en donde está prohibido abrir las cortinas, mi señor.

—No, por supuesto que no —comprendió él, soltando su mano—. Ordenaré que el luto por Tara llegue a su fin mañana mismo.

—No me malinterprete, no deseo que se olvide de su esposa... —se sintió mal ella, al ver como el Gobernador cedía ante sus demandas. No pretendía quitarle el lugar a la madre de esas criaturas—. Solo quiero que los niños tengan la oportunidad de ser felices, de recuperarse de la tragedia. Esto no es sano, mi señor. No es sano para sus jóvenes mentes ni para sus corazones. Merecen tener una oportunidad genuina de superar la muerte de su madre; manteniendo su recuerdo vivo como algo beneficioso, y no como un obstáculo para su desarrollo.

—Pensé que, si hacía que el recuerdo de su madre permaneciera vivo en casa, para ellos sería menos dolorosa su ausencia —confesó Nate, reflexionando en voz alta—. No me había parado a pensar en que eso, en realidad, les estaba haciendo más daño.

Emma relajó su postura y sonrió. Le fue imposible no sonreír, pues le pareció todo un logro que el Gobernador, por fin, hubiera entendido algo tan importante. —¿Ha hablado con los niños? —quiso saber el motivo de ese cambio, asegurarse de que no eran solo palabras banas,

producto de la necesidad de ese hombre de seguir teniéndola cerca. El ama de llaves le había hablado muy mal de él y de su fama con las mujeres, pero a esas alturas, no podía creerla demasiado. No solo por lo venenosa que ella había demostrado ser, sino por el modo en que el Gobernador le había pedido matrimonio tras lo ocurrido. Si él hubiera hecho lo mismo con las otras institutrices, ya estaría casado. Dudaba mucho de que muchas mujeres, en su situación, negaran una oportunidad como esa, la de casarse con un Gobernador.

—Oliver ha venido a hablar conmigo. Y me ha pedido encarecidamente que usted no se fuera, incluso me ha pedido que volvamos a la normalidad, lo que eso supone finalizar el luto.

—Si puedo realizar algunos cambios en la propiedad, por el bien de los señoritos, entonces estoy dispuesta a volver. Solo quiero que dejemos claro, mi señor, que esto es por ellos. Y que no volveremos a cometer el error que hemos cometido hoy.

—De ahora en adelante, su puesto como institutriz ya no se discutirá más, señorita Rothinger. Sé que hará un buen uso de su nueva posición, y que sabrá respetar los límites. Espero que los horarios no cambien y que las normas sigan cumpliéndose.

—Sí, mi señor. Como usted diga.

Capítulo 21

Lo que realmente importa

Enseñar a los niños a contar es bueno, pero enseñarles lo que realmente cuenta es mejor.
Bob Talbert.

Emma Rothinger regresó a Canning's House con renovadas esperanzas y un propósito claro: ejercer su profesión sin más distracciones. La imponente mansión, sumida en un perpetuo luto desde la muerte de la madre de los niños tres años atrás, necesitaba un cambio para el bien de sus pupilos. Y, con el beneplácito del Gobernador, Emma estaba decidida a llevar a cabo esa transformación. Una transformación que parecía muy lejana a ese primer día en el que llegó allí.

Hizo llamar a los niños en el gran salón, donde la recibieron con evidente alegría. Incluso la señorita Amelia parecía menos enfadada y más receptiva.

—Señorita Rothinger, me alegro mucho de que haya vuelto —confesó Oliver, el mayor, mientras los otros niños asentían con entusiasmo, formados en una fila como solían hacer cuando se les llamaba; al estilo militar.

El Gobernador, tras convencerla de quedarse, la acompañó de vuelta al carruaje de alquiler en un silencio cargado de significado. Ninguno de los dos había dicho una palabra más después de acordar que, de ahora en adelante, los niños serían lo más importante para ambos.

Emma los sonrió con calidez, sintiendo una ola de afecto por los pequeños. —Yo también me alegro de estar de vuelta, señorito Oliver. ¿Un abrazo? —Se arrodilló para estar a la altura de ellos y abrió los brazos con la intención de que rompieran filas. El pequeño Arthur fue el primero en lanzarse hacia ella, inocente y cariñoso. Luego vino Jennifer, seguida por un tímido Oliver. Emma pensó, por un momento, que Amelia no se uniría al abrazo colectivo; pero finalmente, la niña cedió y se unió al tierno momento.

Un momento ansiado por los cinco.

La atmósfera en el salón comenzó a transformarse; las sombras del pasado se desvanecieron ligeramente ante la luz de la esperanza y el cariño que Emma se esforzaba por transmitir. Emma debía olvidar al Gobernador y restringir su comunicación con él a lo estrictamente necesario. Ambos debían ser lo suficientemente sensatos como para priorizar el bienestar de los pequeños y dejar de lado sus deseos imposibles.

Lo ocurrido entre ella y el señor de la casa era imperdonable. Y aunque, gracias a Dios, él no la había culpado ni la había insultado por haberse dejado llevar, no podía permitirse el lujo de volver a caer entre sus brazos.

La propuesta de matrimonio del Gobernador había sido, como mínimo, insultante. Ella no deseaba atarse a un hombre por obligación, especialmente sabiendo que él la despreciaba tanto como ella a él. Además, por muy humillante que fueran sus palabras, él tenía razón en una cosa: no estaban en el mismo escalafón social. Su relación era casi imposible, y destinada a terminar en fracaso.

Cualquiera que fuera el deseo que los había llevado a la locura de entregarse el uno al otro, este ya se había desvanecido. Solo les quedaba olvidarse y superar la vergüenza.

—Vamos a hacer algunos cambios en esta casa —les dijo Emma con una sonrisa

alentadora, después de un largo y sentido abrazo, poniéndose de pie—. Será una forma de dejar atrás el luto y de empezar a crear nuevos recuerdos felices.

Los niños la miraron con curiosidad y algo de aprensión, pero aceptaron con pequeños gestos de asentimiento mientras ella les explicaba, con las mejores palabras posibles y adaptadas a su edad, la importancia de dejar ir el dolor y de superar el duelo. Ellos, como niños, debían y necesitaban crecer en una atmósfera sana.

Comenzaron con las pesadas cortinas negras que cubrían las ventanas, permitiendo que la luz del sol inundara las habitaciones por primera vez en años. Las abrieron una por una, y un pequeño ejército de doncellas comenzó a sustituirlas por unas de color azul cobalto, llenas de vida y alegría, que, al parecer, habían estado allí antes que las negras.

Al principio, los pequeños se mostraron reacios a traicionar la memoria de su madre, pero a medida que avanzaron, las risas comenzaron a llenar la casa; comenzaron a comprender que, algo tan simple como permitir que la luz del sol entrara en las habitaciones, no suponía ninguna traición a la memoria de Tara.

Jennifer se colgaba de las cortinas y las empujaba juguetonamente mientras el señorito Oliver reía con entusiasmo y se enrollaba en ellas. Amelia, aunque se cansó pronto, ordenó a un par de doncellas que continuaran con la tarea en su lugar. Y el pequeño Arthur aplaudía con deleite entre los brazos de Emma.

—¿Qué significa todo esto? —los interrumpió la señora Manderley en el salón de desayunos, el tercer salón que liberaban de la oscuridad—. ¡Señorita Rothinger! ¿No se había marchado? —la miró, incrédula.

—Sí, señora Manderley. Me había marchado, pero he regresado por petición expresa de Su Nobilísima —respondió ella con una calma imperturbable, cuidando de no sonar abrupta pero dejando claro que no tenía intención de ceder al miedo. Desde aquella acalorada discusión en el salón de invitados, el ama de llaves había dejado de importunarla, aunque su presencia continuaba siendo una sombra constante que la acechaba desde cada esquina—. Y ahora soy la institutriz oficial de los señoritos. Mi lugar en esta casa ya no es cuestionable.

La señorita Rothinger vio como el ama de llaves torcía el gesto con evidente desaprobación, mirándola de arriba a abajo con esa autosuficiencia que la caracterizaba desde el primer día en el que la conoció. Solo que ya habían pasado muchas cosas entre ellas dos, y Emma ya no podía justificarla por su actitud. Esa mujer era mala, y eso no tenía nada que ver con que su trabajo fuera duro o con que sufriera por la pérdida de su señora. La señora Manderley le había dicho cosas muy horribles y, además, había difamado al Gobernador sin ningún pudor, tachándolo de libertino. Cuando, a todas luces, y a pesar de lo ocurrido, Nathaniel Canning era muchas cosas, menos un libertino. ¿Un libertino le hubiera pedido matrimonio tras un solo desliz que no había culminado? No.

Gracias a Dios, su sentido práctico y su habilidad para evaluar cada situación de manera crítica le permitían comprender que la señora Manderley, por alguna razón que no lograba entender completamente, deseaba tener un control absoluto sobre Canning's House y sobre su señor. De hecho, si lo pensaba con más ahínco, todavía no sabía nada sobre ese doctor que intentó manchar su reputación. El Gobernador no había vuelto a hablar del tema. Y ella, sinceramente, había tratado de olvidarlo todo para poder concentrarse con su labor.

—Esto ya se ve mucho mejor, ¿verdad? —comentó Emma, intentando infundir entusiasmo en los niños, ignorando el semblante cada vez más pálido y torcido de la señora Manderley que la miraba como si quisiera arrancarle la cabellera.

—Sí, señorita Rothinger —respondió la señorita Amelia, con una pequeña sonrisa, cediendo

un poco.

—¿Acaso se ha olvidado usted de su madre, señorita Amelia? —inquirió el ama de llaves a la niña.

A Emma le pareció que todo el ardor de Calcuta se le infiltraba por debajo de sus faldas y le consumía las entrañas. De hecho, estaba convencida de que sus pecas estaban enrojeciéndose al fuego vivo. La señorita Amelia, después del mayor de los hermanos, era la que más estaba sufriendo con todo aquello.

Pues era una niña que, a todas luces, fue muy apegada a su madre. Y, como futura mujer, iba a echar mucho de menos a la figura materna de la que había sido privada. El solo hecho, de que un adulto con el mínimo de raciocinio, le hiciera una pregunta tan insidiosa y dolorosa, hizo que Emma se alterara del todo a pesar de la calma que había querido reunir. Le costaba mucho que la señorita Amelia confiara en ella, que se abriera a los cambios, y no podía permitir que esa mujer, con toda su maldad, siguiera infundiéndole dolor y miedo a esa criatura.

—Señora Manderley —intervino Emma, avanzando hacia adelante y posicionándose entre el ama de llaves y la pequeña Amelia, impidiendo que aquella mujer tuviera la oportunidad de ver a la niña—. Le agradecería enormemente que no se entrometiera en mi labor. No le corresponde hablar con los jóvenes de la casa ni intentar educarlos; esas responsabilidades son mías. Y no tengo la menor intención de permitir que nadie me las arrebate. He vuelto, como le he dicho, por petición expresa del señor de esta casa. Así que no voy a consentir que siga poniendo en duda mis métodos.

Los ojos avellana de la señora Manderley se oscurecieron y apretó los puños contra su falda.

—Usted lo ha dicho, señorita Rothinger. Sus responsabilidades se limitan a los niños. No le permito que modifique las estancias. La disposición de las cortinas queda bajo mi dirección.

—Siempre y cuando Su Nobilísima no ordene otra cosa, ¿verdad? —Sonrió Emma, encontrando cierto placer en la creciente impotencia que se reflejaba en las facciones de esa mujer insoportable y odiosa—. Poseo el permiso del señor de la casa para efectuar todos los cambios que considere necesarios en la propiedad. Si tiene alguna sugerencia o queja, le recomiendo que se dirija a él directamente. Ahora, si nos disculpa, tenemos mucho trabajo por delante.

Le dio la espalda a la señora Manderley e instó los niños a abandonar el salón de desayunos, en el que cuatro doncellas ya estaban quitando las cortinas negras que ellos habían descorrido.

—¿Nos estamos olvidando de mamá? —preguntó la señorita Amelia con la voz quebrada, cuando los cinco se quedaron solos en otra estancia, moviéndose de un lugar a otro de la casa.

Era la primera vez que Emma veía a la pequeña al borde del llanto. Ni siquiera cuando rompió la cristalera de colores de su tío la había visto tan afectada. Las palabras de esa «vieja bruja» habían hecho mella en su, ya de por sí, corazón roto.

Emma se arrodilló frente a Amelia, tomando sus pequeñas manos entre las suyas y mirándola con ternura.

—Señorita Amelia, dejar el luto no significa olvidar a su madre —le dijo con voz suave y reconfortante—. Ella siempre estará en su corazón y en sus recuerdos. Llevar colores alegres no borra el amor que siente por ella, ni los momentos que compartieron. Ella querría verla feliz y disfrutar de la vida. Honrar su memoria es vivir como ella habría querido que lo hiciera. ¿De veras cree que su madre hubiera querido que su hija viviera así? ¿En la oscuridad?

—¡No! —estalló Oliver—. Mamá nunca habría querido eso.

Amelia arrancó a llorar y se dejó abrazar por Emma, quien la apretó con fuerza entre sus

brazos y la consoló. Siempre había sabido que, tras esos comentarios ácidos, había una niña que sufría en silencio.

Al día siguiente, un poco más recuperados y dispuestos, comenzaron a retirar las sábanas y fundas negras que cubrían los muebles.

—Vamos a guardar todo esto en el ático —dijo Emma—. Y traeremos nuevas telas, colores vivos que nos alegren el día y nos animen a mejorar.

Mientras trabajaban, Oliver se detuvo frente al retrato de su madre que colgaba en las escaleras principales. Con un suspiro profundo, se desató la cinta negra que llevaba atada al brazo.

—Es hora de dejar esto, ¿verdad? —preguntó Oliver, con una voz quebrada pero llena de una nueva resolución.

—Sí, señorito. Es hora de dejarlo ir.

Oliver se dirigió al jardín, donde un pequeño banco bajo un gran árbol había sido uno de los lugares favoritos de su madre. Con cuidado, ató la cinta negra a una de las ramas bajas, dejándola ondear suavemente con la brisa.—Te echo de menos, mamá —susurró, dejando que las lágrimas rodaran por su rostro—. Pero quiero que sepas que estarás siempre en mi corazón, y que intentaremos ser felices, como tú hubieras querido.

—Ella estaría muy orgullosa de usted, señorito Oliver —lo reconfortó la institutriz, colocándole una mano sobre el hombro.

El niño asintió, secándose las lágrimas, y juntos regresaron a la casa para continuar con la transformación. Con cada cortina retirada, cada sábana negra reemplazada, la casa iba renaciendo, reflejando el cambio que también estaba ocurriendo en sus corazones.

A medida que los días pasaban, la casa de la familia Canning se iba llenando progresivamente de risas y voces alegres. Los niños, antes tan ensimismados en su dolor, empezaban a jugar en el jardín y a participar en las actividades cotidianas con un entusiasmo renovado. Emma, al verlos, sintió una profunda satisfacción. Canning's House ya no era un mausoleo de dolor, sino un hogar lleno de vida y esperanza, y en cada rincón, Emma podía sentir la presencia amorosa de la madre de los niños, pero de una manera mucho menos dolorosa y restrictiva.

En Canning's House aún había algunas habitaciones cerradas con llave, espacios prohibidos para Emma y para cualquier otro miembro de la casa por orden estricta del Gobernador, era una de sus normas inquebrantables. Esas habitaciones, misteriosas y vedadas, despertaban la curiosidad de Emma. Le habría gustado abrirlas, descubrir por qué eran tan importantes y continuar con la transformación de la casa, pero sabía que debía respetar las órdenes del Gobernador si no quería volver a entrar en una espiral de discusiones con él.

Emma comenzó a impartir clases a los niños, siguiendo la rutina diaria del Gobernador. Además, dedicaba tiempo extra a enseñarles música y arte, fomentando sus talentos y curiosidades naturales. Las mañanas empezaban temprano, entre las seis y las siete, con el desayuno en el salón, seguido de horas de estudio en el salón de clases. Por las tardes, a menudo salían al jardín para lecciones al aire libre o caminatas educativas, aprovechando el buen clima y la naturaleza circundante y alargando un poco los horarios impuestos por el padre de los niños.

Emma también dedicaba tiempo a enseñarles francés, a menudo a través de juegos y canciones, haciendo el aprendizaje divertido. A lo largo del día, inculcaba valores morales y buenos modales, guiando a los niños para que fueran respetuosos y considerados.

Pasaron las semanas, e incluso los meses, de esta manera. Emma se dedicaba por completo a sus pupilos, ganándose el afecto y el respeto de los niños que, cada día que pasaba, la amaban

más y más. Su vida diaria se centraba en su educación y bienestar, mientras que la figura del Gobernador se volvía cada vez más distante.

Apenas lo veía, pues él pasaba la mayor parte de su tiempo en las Oficinas del Gobierno o atendiendo otros asuntos lejos de la casa. De hecho, ni siquiera hablaban. Todo cuanto debían decirse era siempre a través de notas escritas o mensajes a través del mayordomo.

Se convirtieron en dos extraños viviendo en la misma casa, que ni se miraban si alguna vez, por alguna razón inevitable, se cruzaban. Emma trataba de no mirarlo nunca a la cara, ni de emocionarse demasiado cuando sentía su aroma en algún rincón de la propiedad.

Lo evitaba a toda costa, como si él fuera el verdadero sinónimo de la muerte, de la desgracia.



Nathaniel Canning se mantenía ocupado fuera de casa con sus numerosas obligaciones como Gobernador. Su jornada comenzaba temprano, mucho antes del amanecer. Salía de Canning's House con la primera luz del día, dirigiéndose a las Oficinas del Gobierno, donde su presencia era constantemente requerida.

Sus días estaban llenos de reuniones con funcionarios, negociaciones con líderes locales y revisión de informes administrativos. Nate supervisaba el progreso de diversos proyectos de infraestructura, desde la construcción de caminos hasta la mejora de los servicios públicos. Era conocido por su meticulosa atención al detalle y su insistencia en la eficiencia y la transparencia.

Incluso en los raros momentos de descanso, Nate prefería pasar su tiempo en la biblioteca gubernamental o en su despacho personal, revisando documentos y preparando estrategias . Todo esto le permitía evitar cualquier interacción innecesaria con la institutriz.

En las escasas ocasiones en que sus obligaciones lo llevaban de regreso a casa, lo hacía tarde por la noche, cuando los niños ya estaban dormidos y Emma se retiraba a sus aposentos. Se movía silenciosamente por la casa, asegurándose de no cruzarse con ella. Si alguna vez, por alguna razón inevitable, sus caminos se cruzaban, ambos se comportaban como dos extraños, evitando cualquier contacto visual o conversación. La distancia entre ellos era evidente, y Nate se aseguraba de mantenerla, por el bien de los niños.

No podía permitirse otro error con esa mujer. Era completamente necesario que se mantuviera alejado de ella, a pesar de que su presencia en Canning's House era ineludible. La propiedad se había llenado de su presencia, cada rincón olía de su perfume a flores silvestres. Además, ella se había encargado de cambiar el ambiente de la propiedad.

Los días de luto habían quedado atrás, como una tormenta que finalmente cedía paso a un cielo despejado. Los espejos, antes cubiertos en señal de respeto, ahora reflejaban su elegante figura mientras se deslizaba por los pasillos. Las ventanas, abiertas de par en par, permitían que la luz dorada del sol bañara las habitaciones, infundiendo nueva vida a los muebles que resplandecían con un brillo renovado. Las risas infantiles, frescas y melodiosas, volvían a llenar el aire, y los pasos alegres de los pequeños resonaban por toda la casa, imbuyéndola de una alegría casi olvidada.

Al principio, todo aquello le molestó.

Pero con el paso de los días, fue asimilando que era lo mejor para todos.

Además, la presencia de Tara continuaba impregnando cada rincón de su existencia. A menudo, sus noches se poblaban de sueños en los que ella aparecía, tan real como en vida, y

durante el día tenía la inquietante sensación de oír su voz y, en ocasiones, de verla de pie frente a él. Sus retratos, colgados en las paredes, parecían observarlo con una mirada penetrante, siempre presente, siempre vigilante.

Lo peor de todo era que su presencia no era suficiente para olvidarse de Emma.

Pensaba en ella mucho más de lo que desearía hacer y solía rememorar su reencuentro en casa del Duque de Wellington, sintiendo necesidad de algo más.

Jamás había sido de los que se quedaban prendados de una mujer. ¿Qué sentido tenía? El amor era algo propio de las jovencitas, de las personas sin oficio, que gustaban de perder el tiempo en un ideal inexistente.

Pasaba largas horas en compañía de su fiel secretario, el señor Kamis. Durante ese tiempo, la propiedad vio la llegada de algunos invitados, entre ellos la Marquesa de Ailsa. Esta última, lejos de mostrar señales de afectación por el Duque de Wellington y su breve romance, se mostró bastante serena al partir de regreso a Inglaterra. Incluso añadió un par de comentarios que lo dejaron perplejo:

—Me alegra descubrir que sus hijos reciben una educación libre del luto y la rigurosidad que percibí el primer día que entré en su propiedad. Por un momento, temí que usted estuviera aferrándose a la pérdida de su esposa, y pensé que eso podría afectar su desempeño profesional. Pero veo que no es así y me alegrará comunicarlo a mi prima.

Aquellas palabras lo obligaron a pensar más en Emma a lo largo de los meses. De nuevo, sin darse cuenta, ella era la que lo ayudaba. No quería pensar en la institutriz. Pero en ocasiones (o, la verdad fuera dicha, la mayor parte del tiempo) era consciente de que esos risueños y brillantes ojos verdes , ese pelo rojo como el fuego, esa piel pálida y esa nariz salpicada por pecas se colaban en su mente, formando imágenes indeseadas.

«Pronto recuperaría la normalidad», se repetía a sí mismo.

Capítulo 22

Reencuentro

Las palabras son sólo piedras puestas atravesando la corriente de un río. Si están allí es para que podamos llegar al otro margen, el otro margen es lo que importa.
José Saramago.

Emma sentía como si hubiera transcurrido una vida entera cuando recordaba sus primeros días en Canning's House. En el último año, su vida había retomado el habitual curso semiplacentero que le proporcionaba su labor, devolviéndole una sensación de dicha.

Bueno, tal vez «dicha» no fuera la palabra exacta. Pero al menos estaba contenta. Le encantaba la vida en Calcuta. Los ánimos en la ciudad se habían relajado considerablemente desde las revueltas, y ella había logrado entablar una profunda amistad con el doctor Devi y su encantadora esposa. Cuando el Gobernador le concedía un día libre, siempre recibía una invitación de los Devi para explorar más a fondo la majestuosa India. De esta manera, había visitado lugares emblemáticos y había comenzado a vivir el sueño que siempre había anhelado. Hasta había logrado olvidarse, un poco, del accidente de Sylvie, el hijo menor del Barón de Munchassen.

Siempre había algo que hacer. Le gustaba dar clases, entablar conversaciones interesantes con el señor Herming y perderse en los jardines de la propiedad junto a los niños. Incluso, había algunas visitas sociales que hacer y recibir, unos cuantos tés y otros eventos a los que acudir. Había logrado hacer amigos.

Siempre había querido formar su propio hogar y tener un marido y unos hijos a los que querer. Pero se conformaba con amar a sus pupilos. Debía de abandonar ese sueño, pues ya lo había intentado con Sylvie, y había salido mal.

De la petición de matrimonio del Gobernador era mejor no hablar. Aquello había quedado enterrado en su memoria como un mal recuerdo que solo salía a flote cuando, obligatoriamente, debía cruzarse con él. El Gobernador era el único detalle de su vida, sobre el que se negaba a pensar si quiera. Porque pensar en él le resultaba doloroso y había decidido evitar ese dolor. Apenas habían hablado durante ese año. Seguían comunicándose a través de notas, y cuando debían estar en la misma habitación, evitaban mirarse.

Fuera como fuera, ese día Emma se sentía bastante acalorada y sonrojada tras una larga caminata con los señoritos a través de los jardines de la propiedad, practicando los modales en un encantador picnic. Los niños la habían hecho correr, y ahora se encontraba en una barca con ellos, remando con todas sus fuerzas a través de un pequeño lago que el vecino de los Canning había tenido a bien prestarles para concluir la jornada con un toque de encanto. La última semana había sido un tanto severa con ellos, ya que habían tenido que asistir a varios eventos en casa del Duque de Wellington, y ella los había obligado a aprender los mejores modales necesarios para cada situación y etiqueta para evitar que otra cristalera terminara rota.

Por eso, ahora se merecían un descanso.

Oliver remaba con todas sus fuerzas, manteniendo el mismo ritmo que ella, mientras las pequeñas cantaban canciones y Arthur, entre sus faldas, aplaudía entusiasmado, bien protegido para no caerse al agua.

El agua del lago brillaba con una calma envidiable, ella estaba tranquila y su corazón henchido ante los rostros de felicidad de los pequeños. Pero pronto se percató de que había un hombre apoyado en un árbol, mirándolos fijamente. Un caballero, si no se equivocaba. Se protegió los ojos del sol con una mano e intentó ver si lo conocía.

—¡Papá! —gritó de repente Amelia, poniéndose de pie en la barca—. ¡Eh, papá! ¡Hola! —gritó la niña, haciendo aspavientos con las manos.

—Señorita Amelia, no debería... —intentó poner orden ella.

—¡Papá, mira cómo vamos en barca! —se levantó entonces Jennifer, y ese fue el último movimiento que la embarcación soportó, volcándose al instante y tirándolos a todos al agua.

Ah, gracias a Dios el lago no era profundo, y tanto Emma como Oliver podían poner los pies en tierra firme.

—¡Salid inmediatamente del agua! —oyeron la voz enfadada del Gobernador—. ¡Qué es este despropósito!

Jennifer y Arthur salieron del lago en brazos de la señorita Rothinger mientras que Amelia y Oliver lo hicieron entre los dos, ayudándose el uno al otro. Todo ello entre risas y gritos alborotados, formando una auténtica algarabía. Emma miró a Nathaniel, parecía verdaderamente enfadado. No lo recordaba de esa manera desde el incidente del sapo.

Pero no le importó. Los enfados de ese hombre habían dejado de importarle hacía mucho, si es que alguna vez lo habían hecho.

Observó a los niños con una sonrisa hasta que estuvieron a salvo fuera del lago. En ese momento, ellos formaron filas, como siempre, frente a su padre. Pero con la diferencia de que, esa vez, ninguno de ellos tenía el semblante serio ni llevaba ropas negras. Los cuatro vestían atuendos informales de colores llamativos que Emma había escogido para ellos, aunque ahora chorreaban ridículamente.

Por un momento, Emma creyó que el Gobernador iba a hacer sonar la campanilla para hacerlos callar. Pero luego comprendió que era imposible que llevara una en los bolsillos. En su lugar, él estiró el mentón, y se llevó el monóculo sobre su ojo derecho para observar de arriba a abajo sus hijos con la mandíbula apretada.

¡Por el amor de Dios! Emma estuvo tentada de echarse a reír junto a los pequeños. ¿A quién pretendía intimidar a esas alturas? Pero, por ridículo que pareciera (absurdamente ridículo, de hecho), su primer pensamiento fue que debía tener un aspecto espantoso con el vestido empapado, el pelo pegado por mechones a su cara y la cara completamente roja. Su segundo pensamiento igual de ridículo fue que él debía de haber estado observándola durante un buen rato, mientras navegaba por esas aguas relajadamente, olvidándose de todo por unos instantes.

Sus sentimientos eran harina de otro costal. Tuvo la sensación de que se le removían las entrañas... o de que, de repente, tuviera unas ganas de vomitar increíbles. La ponía nerviosa, no podía negarlo.

—¿Puedo ayudarle en algo, Su Nobilísima? —le preguntó con máxima cortesía, evitando mirarlo a los ojos. Pues si lo hacía, ella se acordaría de cada detalle acontecido en esa habitación solitaria en casa del Duque de Wellington. Y eso no podía pasar.

—He venido para hablar con usted, señorita Rothinger —contestó él con la fría arrogancia de un hombre que se creía el dueño del mundo—. Y debo agradecer que no lo haya hecho acompañado por alguien, pues me hubiera usted arruinado el día por completo con este espectáculo tan grotesco.

—Muy bien —lo encaró ella, mirándolo directamente a la cara, ligeramente molesta por sus palabras. Ambos habían firmado una tregua y esta había durado un año. Pero parecía que el

Gobernador se había levantado ese día dispuesto a romperla, por el motivo que fuera.

—¡Silencio! —ordenó él y el coro de risas infantiles cesó—. ¡Volved a casa ahora mismo! Ya sabéis que vuestra salud es delicada y las aguas de este lago no son precisamente limpias.

—Si me lo permite, mi señor...

—No —la cortó él, mirando con el ceño fruncido como los cuatro infantes empezaban a alejarse de ellos—. No se lo permito, señorita Rothinger —se estiró él más, autoritario.

Ah, la distancia había hecho que Emma olvidara un poco esa personalidad tan detestable. La manera exigente que tenía ese hombre de querer que todo a su alrededor moviera al son de su respiración perfecta y contenida.

¿Cómo se atrevía? ¿¡Cómo se atrevía!? ¿Y cómo se atrevía a regresar frente a ella de esa manera para destrozar su paz una vez más? Pese a su empeño en no pensar en él, sus noches habían estado plagadas de pesadillas y sueños que se alternaban entre la esposa de ese hombre y él mismo. Evocando recuerdos indeseados. No le gustaba volver a verlo.

Pero era el señor y tenía derecho a hablar con ella si lo precisaba.

—Quizás prefiera esperar a que me cambie, Su Nobilísima —se dio cuenta ella de que su vestido oscuro seguía goteando.

—No, no tengo tiempo, señorita Rothinger —volvió a cortarla, sin mirarla. De hecho, no la había mirado a la cara ni una sola vez a pesar de que ella sí lo había hecho.

—Solo quería informarla de que ninguna institutriz acudió a mi llamado.

—Me lo suponía, mi señor, ha pasado un año desde entonces —decidió moverse ella, poco a poco, hacia la propiedad. No quería que la humedad le calara los huesos. ¡Pero qué egoísta era ese hombre! ¡Hacerla estar de pie de ese modo!—. Podría haberme dejado una nota para informarme de ello —le hizo ver—. No era necesario que cruzara los jardines.

—Señorita Rothinger —la siguió él, con las manos cruzadas por detrás de la espalda y los hombros estirados—. Sería justo que me dejara terminar de hablar.

Nathaniel frunció el ceño. La familiar irritación que sentía en presencia de esa mujer, de la señorita Rothinger, regresó como si no se hubiera olvidado de ella durante los meses transcurridos. No le apetecía en absoluto volver a verla. La opinión que le merecía no era buena, solo la toleraba por el capricho y deseo de sus hijos. Y le avergonzaba recordar que le había pedido matrimonio. No había podido escoger a una mujer menos adecuada para ser la esposa de un Gobernador.

¡Y para colmo lo había rechazado!

La vio de espaldas, caminando por delante de él. Había intentado no mirarla a los ojos, y hasta el momento lo había conseguido. Ahora, lo único que veía de ella era su moño rojo empapado y pegado a su nuca y sus ropajes mojados. La escena le recordó a ese día de lluvia a lomos de su caballo, cuando la encontró en medio de la revuelta de los hindúes. Había pasado un año desde entonces. Sin querer, Emma Rothinger, había logrado lo que ninguna institutriz había logrado antes: permanecer en su casa. Y eso que, con diferencia, ella era la peor de todas ellas.

«No se imaginaba una peor manera de vivir la vida que estando atada a él». Eso le había dicho.

¿Por qué se había grabado esa frase a fuego en su mente? Al igual que su imagen mientras la pronunciaba: polvorienta y cargando una maleta en medio del puerto.

¿Qué demonios tenía para que pensara que debía convertirla en su esposa? Por suerte, se había recuperado por completo de todo aquello y en ese momento agradecía que lo hubiera rechazado.

Percibía el aroma de la señorita Rothinger a escasos metros por delante de él.

—Lo que usted diga, mi señor —la oyó decir con esa voz fuerte y femenina, mostrándose siempre tan educada cuando en realidad era transparente como el agua; tan evidente que no le hacía falta mirarla dos veces para saber que no lo respetaba lo suficiente a pesar de sus palabras almibaradas.

—He venido para decirle que, ya que es usted la institutriz oficial de mis hijos y no hay ninguna otra que pretenda sustituirla, deberá venir con nosotros a Inglaterra.

Emma se paró en seco y se giró sobre sus talones. Sus miradas se encontraron sin vacilar después de tanto tiempo. Él sintió que perdía todo el control que había estado teniendo hasta entonces y a ella le flaquearon las piernas, pero ambos disimularon. —¿A Inglaterra, mi señor?

Se sentía irritado. Y ese no era un sentimiento bueno para alguien como él, que debía guardar las formas, aunque en caso de permitírselo, solía enfrentarse a la causa que lo motivaba de la mejor manera posible.

Sin embargo, ¿cómo se libraba de sí mismo? ¿Cómo se enfrentaba a su propia incapacidad de tratar a la señorita Rothinger como una empleada más? Ella sonreía demasiado y hablaba con demasiado entusiasmo, siempre.

Simple y llanamente, no tenía nada que ver con él.

Pero seguía prendado de ella. A pesar de lo mucho que ella le desagradaba, estaba obsesionado.

—¿Hay algún inconveniente?

—Acepté este trabajo porque se encontraba en una ubicación de mi preferencia, mi señor —respondió ella y la vio refregarse las manos.

—¿Tiene frío? —se sorprendió él, pues aunque ella hubiera caído al agua, hacía un calor sofocante.

Emma sostuvo el aliento. No era frío, era miedo. El miedo del que había huido al abandonar Inglaterra. No quería regresar y que Sylvie la encontrara para acusarla de intento de asesinato. Nadie la creería si contaba que había intentado abusar de ella. Pues él era el hijo de un Barón, y un hombre respetado por la comunidad, mientras que ella solo era una institutriz que debía apañárselas sola. Quizás, en el peor de los casos, debería de acudir a sus hermanos. Pero eso, precisamente, era lo que había tratado de evitar todo ese tiempo. No quería contarles que había aceptado una propuesta de matrimonio sin informarles y que los había comprometido de un modo imperdonable con un hombre sin escrúpulos.

—Sí, mi señor. Como le he dicho, agradecería mucho que me diera la oportunidad de cambiarme —dio un paso lejos de él, apartando su mirada.

Era evidente que ella no quería saber nada de él.

Nathaniel apretó los puños por detrás de su espalda.

—Puede dejarme la respuesta en una nota, señorita Rothinger. El Duque de Wellington va a casarse con su doncella y celebrará su boda en Inglaterra. Creo que ha llegado el momento de regresar, aunque sea un poco más tarde y nos perdamos el enlace. Me gustaría que los niños conocieran su país, la propiedad de su tío y a su nueva esposa. También será una oportunidad para que conozcan a sus abuelos. Creo que me he explicado con claridad. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos de los que ocuparme.

¡Al final era cierto! ¡Al final el tío de sus pupilos iba a casarse con su doncella! Aunque, para ser sinceros, la señorita Jane había resultado ser la hija pérdida de un príncipe de Inglaterra y la reina Victoria le había concedido un título recientemente. Así que no era una plebeya del todo a pesar de haber crecido como tal. Se alegraba por ambos. Pues el Duque de Wellington por fin había logrado encontrar la felicidad y ella era un encanto, una mujer que sabía como llevar

cualquier situación. Los niños ya la conocían, pues habían coincidido con ella en algunos eventos, pero sería bueno para ellos conocerla mejor en Inglaterra y visitar su país de origen. Sobre todo, sería una magnífica oportunidad para conocer en persona a sus abuelos, con los que ahora, tan solo se habían carteado.

Debería alegrarse. Pero no podía hacerlo.

Lo miró hasta que desapareció de su vista. Después clavó su vista en sus manos, entrelazadas con fuerza.

Odiaba a ese hombre con todas sus fuerzas, no lo soportaba. Dudaba mucho de que él fuera capaz de hacer lo mismo que había hecho el Duque de Wellington, casarse por amor sin importar la opinión de los demás. Sí, le había propuesto matrimonio, pero por obligación. El Gobernador jamás sería capaz de superar sus prejuicios hacia las personas de clases bajas a pesar de «tolerarlas».

Capítulo 23

Renacer entre las llamas

De las cenizas, un fuego será despertado. Una luz, de las sombras, surgirá.
J.R.R. Tolkien.

Después de que los niños, con una emoción desbordante ante la perspectiva de conocer su país de origen, insistieran día y noche para que la señorita Rothinger los acompañara, ella no tuvo más remedio que ceder. A Emma se le partía el corazón cuando pensaba en separarse de ellos. En Inglaterra, los señoritos iban a necesitarla más que nunca, pues allí las normas de conducta y etiqueta eran más rigurosas. Además, debía apoyarlos emocionalmente, pues iban a conocer a sus abuelos y a mucha más gente importante.

Quizás Sylvie no la encontrara. No tenía por qué saber que estaba trabajando para el Gobernador. Así que se acogió a esa posibilidad para decirle a Su Nobilísima, a través de una nota, que sí iba a viajar con ellos.

Sin embargo, cuando todo estaba listo: las maletas hechas, los billetes comprados y la casa organizada para aguardar el regreso de su señor, comenzaron a ocurrir cosas extrañas.

Emma comenzó a notar cómo sus sueños, aquellos que involucraban al Gobernador y todo lo que él representaba, empezaban a desvanecerse, dando paso a pesadillas cada vez más intensas sobre Tara. La difunta esposa del Gobernador comenzó a perseguirla por las noches, con una expresión de angustia en el rostro, en sus ojos negros, como si la estuviera culpando por llevarse a los niños de esa casa.

Lo más perturbador de todo fue que los pequeños también comenzaron a ser atormentados por los mismos sueños. Habían disfrutado de un año de paz y tranquilidad, pero ahora se despertaban a medianoche, gritando y pidiendo auxilio. Emma, con el corazón oprimido, se veía obligada a levantarse con frecuencia para consolarlos y tranquilizarlos, susurrándoles palabras de alivio mientras los arropaba de nuevo hasta el amanecer.

Por eso, aquella mañana, Emma se levantó de la cama de Arthur agotada. No había logrado conciliar el sueño en toda la noche y, según le había informado el mayordomo, el señor Hastings, faltaban solo dos días para partir. Todavía faltaban unos minutos para las seis de la mañana, la hora en que solía despertar a los pequeños para empezar el día.

Se levantó sintiendo las piernas pesadas y la cabeza atorada, pero se las ingenió para llegar a su habitación, que quedaba al lado de la de los niños, para refrescarse. Vació la jarra de agua en la tina y se empapó el rostro buscando despertarse del todo, como si no lograra recuperar el control de su cuerpo. Sentía sus dedos cortos y pálidos hinchados, y apenas podía abrir los ojos.

Pestañeó con fuerza, haciendo chocar las pestañas rojas contra sus mejillas varias veces, y sacudió la cabeza ligeramente mientras se secaba, con cuidado de no marearse. ¿Por qué estaba tan cansada? Con la visión algo borrosa, pero suficiente como para vestirse, salió de su habitación dispuesta a no dejarse vencer por el agotamiento. Ese día había planeado explicarles a sus pupilos como deberían comportarse durante el viaje, a bordo del navío y estudiar un poco de geografía, para que conocieran la ruta que harían desde allí hasta Inglaterra.

Al abrir la puerta de su habitación, una sensación de mareo la invadió, obligándola a apoyarse en el marco para mantener el equilibrio. La casa, que había recuperado gran parte de su

antiguo esplendor, parecía envuelta en la misma atmósfera opresiva y siniestra que encontró al llegar.

Caminó lentamente por el pasillo y volvió a la recámara de los niños. Al empujar la puerta, se quedó paralizada en el umbral.

Las camas estaban vacías y las doncellas, que normalmente los ayudaban a vestirse, no estaban. Las camas, deshechas y todavía calientes, eran la única prueba de que los niños habían estado allí.

—¿Dónde están? —murmuró para sí misma, dando un rodeo por la habitación. Sus pasos eran lentos, pesados por el agotamiento y la creciente ansiedad. Entonces, a pesar de lo extenuada que se sentía, algo llamó su atención.

Allí, atado al cabezal de la cama del hermano mayor, estaba el lazo negro que el señorito Oliver había dejado en uno de los bancos del jardín. Emma se quedó inmóvil, tratando de comprender qué significaba.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Se esforzó por mantener la calma, pero cada fibra de su ser le gritaba que algo terrible estaba sucediendo. La voz del pequeño Arthur la sobresaltó, su llamado infantil resonó como un eco en mitad de la silenciosa casa. Sin perder un instante, salió de la habitación tan rápido como pudo, siguiendo el sonido de su voz.

Con paso ligero, oyendo el sonido de sus propios pasos junto al sonido de los niños en la lejanía, llegó a una habitación enorme. Una habitación presidencial, con una amplia cama de doseles en medio y armarios grandes.

Era una habitación de matrimonio. Pero no la había visto antes, tampoco se había acercado a esa zona de la propiedad hasta entonces. Buscó a los pequeños con la mirada, pero no había rastro de ellos. Lo único que vio fue que la cama estaba desecha y la puerta de un armario abierta, como si alguien se hubiera levantado y vestido.

Pero no tuvo tiempo de seguir mirando. Los niños no estaban y otro grito la alertó, sus voces venían de la primera planta.

Descendió por la majestuosa escalinata principal, aquella que se hallaba adornada con exquisitos ornamentos hindúes y molduras doradas. Sin embargo, de pronto se detuvo en seco, con el corazón latiéndole desbocado. El retrato de Tara, que siempre había presidido con dignidad su lugar de honor, había desaparecido. En su lugar, donde uno esperaría ver la huella del paso del tiempo, colgaba ahora una misteriosa cortina. Con la mano temblorosa, se estiró, pues la cortina se encontraba a una altura considerable, y la apartó con cautela. Se quedó helada al descubrir un túnel oculto detrás de ella. No era muy grande, pero lo suficiente como para que una persona se colara a través de él.

La casa del Gobernador, de estilo colonial, de repente le pareció pequeña y asfixiante. Las cortinas azules parecieron volverse otra vez negras y los espejos se cubrieron de sombras.

—¡No! ¡Suélteme! —la voz firme y clara del joven Oliver rompió el aire tenso, y Emma, presa de una repentina alarma, corrió hacia el origen del sonido, armándose de valor.

—¡No os marcharéis de aquí! ¡Esta es vuestra casa!

Emma, sin detenerse, tomó uno de los jarrones del pasillo mientras corría cada vez más rápido hacia una de las habitaciones que siempre habían permanecido cerradas. Al llegar, vio a la señora Manderley en un despacho femenino, arrastrando a los cuatro niños con ella. Sin vacilar, Emma lanzó el jarrón con todas sus fuerzas hacia la mujer. Pero este cayó al suelo sin éxito.

—¡Suelte a los niños ahora mismo, señora Manderley!

—¡Usted! ¡Usted, señorita Rothinger! Es la culpable de todo —La señaló el ama de llaves,

con sus ojos de color avellana llenos de locura.

—¡Auxilio! —decidió gritar Emma, con la esperanza de que alguien del servicio acudiera en su ayuda. Pero sus gritos cayeron en el vacío, como lo había hecho el jarrón que yacía destrozado en el suelo, sin lograr respuesta alguna.



Nathaniel había tenido una noche de sueño intranquilo. De hecho, las últimas noches habían sido igual de agitadas. Desde que tomó la decisión de viajar a Inglaterra y dejó todo su trabajo en manos del señor Kamis, las pesadillas se habían intensificado.

El sonido de algo rompiéndose lo sacó bruscamente de su sueño inquieto, y sintió el peso de las noches sin descanso que había experimentado recientemente; le dolía mucho la cabeza. Pero no quiso seguir en la cama.

—¡Auxilio! —oyó la voz de la institutriz resonando por la propiedad, llena de urgencia y temor.

Nathaniel se levantó de un salto, se colocó su bata y salió de la habitación a toda prisa. La casa parecía estar más silenciosa de lo habitual, como si el mismo aire contuviera el aliento. Pasó por la gran escalinata principal, donde notó con sorpresa que el retrato de Tara ya no colgaba en su lugar habitual. La ausencia del cuadro, una presencia constante durante tantos años aumentó la sensación de inquietud que lo invadía. Sin mencionar, por supuesto, que en su lugar hubiera un túnel del que él desconocía su existencia.

Al llegar al despacho de Tara, que había estado siempre cerrado, encontró a Emma frente a la señora Manderley, quien retenía a sus cuatro hijos entre sus manos y los amenazaba con un cuchillo.

—¿Qué sucede aquí, señora Manderley?

Emma lo miró con los ojos llenos de urgencia.

—Señor Canning, necesitamos hablar sobre sus hijos —dijo el ama de llaves—. No se los puede llevar.

—Señora Manderley, ya me transmitió su preocupación por mi partida hace unos días, y le dejé claro que necesitaba regresar a Inglaterra. No entiendo por qué involucra a mis hijos en esto ni por qué los retiene —explicó Nathaniel, con una mezcla de frustración y desconcierto en su voz, mientras miraba al ama de llaves con confusión—. Suéltelos ahora mismo —ordenó con firmeza, notando cómo Oliver estaba cogido por un brazo de la enloquecida mujer, mientras que Amelia estaba en el otro. Jennifer y Arthur permanecían cogidos de la mano.

—Su Nobilísima, ellos no pueden irse. No pueden dejar Canning's House —respondió el ama de llaves con su voz temblorosa, revelando una angustia profunda.

—¿Ha perdido el juicio? Mis hijos irán donde yo vaya —replicó Nathaniel con firmeza, sus ojos buscando los de la ama de llaves, queriendo ver alguna señal de raciocinio—. No entiendo por qué está haciendo esto, pero no lo voy a tolerar—. ¡Señor Fairchild! —mandó a llamar al mayordomo, pero nadie respondió.

—No hay nadie, mi señor —aclaró la señora Manderley—. Les di a todos un día de descanso, incluido al viejo señor Fairchild que no es capaz de contradecirme.

—¿Con qué derecho ha hecho tal cosa?

Nathaniel quiso dar un paso adelante para liberar a sus hijos de las garras del ama de llaves, pero el olor a humo lo sorprendió. Se giró rápidamente y vio con horror que una llamarada

enorme empezaba a envolverlos a todos.

El fuego crepitaba vorazmente, devorando todo a su paso.

—Oh, no se preocupe, Su Nobilísima. Ha sido mi hermano.

—¿Su hermano?

—Sí, mi señor. Mi hermano, el doctor Hastings.

Nathaniel abrió los ojos al igual que lo hizo Emma.

Emma tragó saliva, al tiempo que comprendía por qué el doctor Hastings siempre le había parecido familiar. Pues ambos, tanto la señora Manderley como el médico, tenían los ojos de color avellana. ¡Eran hermanos! ¡Y lo habían estado ocultando!

—¿Cómo que su hermano, señora Manderley?

—Mi hermano vino conmigo a Calcuta, mi señor. Jamás nos hemos separado. Él siempre ha cuidado de mí, a cambio de unos pequeños pagos, por supuesto. Pagos que la señora Tara, generosamente, realizaba.

—¿Mi esposa? —inquirió el Gobernador, comenzando a toser por el humo del incendio que se propagaba rápidamente, devorando el vestíbulo.

—Sí, la señora Tara —señaló el ama de llaves un talonario que había sobre la mesa del despacho de Tara. Ese había sido el rincón de su esposa para organizar la propiedad, los sirvientes, los eventos, enviar invitaciones, cartas y pagar a algunos empleados. Nathaniel se había olvidado por completo de su talonario, y jamás pensó que la señora Manderley lo usaría.

¡Lo había estado robando! Y no se había dado cuenta. Pero ¿cómo? Ese talonario estaba vinculado con una cuenta de su esposa, que él sabía cerrada desde que falleció.

Nathaniel se quedó paralizado por un momento, sus pensamientos confusos por la revelación y el humo asfixiante. La traición de la señora Manderley era evidente, pero el cómo lo había hecho seguía siendo un misterio que necesitaba resolver. Ahora, sin embargo, la prioridad era sacar a los niños y a Emma de aquel infierno creciente.

—Tenemos que salir de aquí.

—¡Nadie va a salir de aquí, mi señor! ¡Nadie se irá de Canning's House! ¡Nuestro hogar! Oh, Su Nobilísima, usted no lo entiende. He hecho tantas cosas para que seamos una familia... para que me mire... para que... ¡Pero la señorita Rothinger lo ha estropeado todo! ¿Cómo se ha atrevido a besarla en esta casa? ¡Nuestro hogar!

—¿Nos ha estado espiando?

—Con la señora Tara no se mostró tan apasionado, mi señor. Pero pensé que si la eliminaba, usted se fijaría en mí. Si eliminaba a la perfecta y envidiable señora Canning y yo asumiría su lugar, usted terminaría amándome como yo lo amo. ¡Pero no ha sido así! ¡Y me niego a quedarme sola aquí! ¡Hoy moriremos todos!

Los niños arrancaron a llorar desesperadamente y Nathaniel apretó los puños contra sus piernas.

—¡Gobernador! —oyeron una voz fuerte desde el exterior—. ¡Gobernador! ¿Está usted ahí dentro? ¡Voy a buscar ayuda!

—¡Es el doctor Devi! —reconoció Emma al instante, algo esperanzada.

La señora Manderley estaba desesperada. Y la envidia la había corrompido. No solo había matado a la esposa del Gobernador, sino que ahora pretendía matarlos a todos. ¡Enamorada del Su Nobilísima! Emma apenas podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Por supuesto que hacía tiempo que había dejado de confiar en esa mujer, pero jamás imaginó que podría llegar tan lejos. ¡Qué cruel!

La única salida que les quedaba era la ventana de ese despacho. No podían volver atrás,

estaban acorralados por las llamas. Emma dio un paso hacia la traidora, pero de repente vio como una sombra se le cruzaba por delante. Una sombre muy real, que tomó forma de mujer con un camisón blanco y el pelo negro despeinado.

—¡Tara! —gritó Nathaniel—. ¡Tara! —La reconoció al instante, a pesar de su aspecto deteriorado.

—¡Oh, sí, mi señor! Esta es la parte que no le he contado. Su esposa no murió en aquel accidente con el caballo, pero perdió por completo el juicio. ¡Está loca! Y yo no pude terminar de matarla, así que mi hermano me ayudó a fingir su muerte, a colocar otro cuerpo en el ataúd cuando usted dio media vuelta. Todo este tiempo, su esposa ha estado viviendo aquí —rio la señora Manderley—. Escondida en los túneles de la propiedad. Vamos, Tara, no molestes, ¿cómo te has escapado de tu habitación? Hoy también será tu fin.

—¿Por eso me pidió que cerráramos las habitaciones de mi esposa? —comprendió Nathaniel, con una mezcla de horror y asombro—. Pensé... pensé que lo hacía por su honor, por respeto a ella.

—Oh, también, mi señor. Quise matarla, pero ya ve... no pude terminar el trabajo. En el fondo, la señora Tara había sido buena conmigo. Además, la necesitaba para firmar los talones. Su letra era muy complicada de copiar.

El horror de la revelación dejó a Nathaniel sin palabras por un momento. Tara, su amada esposa, estaba viva pero profundamente alterada. El fuego crepitaba a su alrededor, aumentando la urgencia de la situación. Nathaniel debía actuar rápidamente.

—Tara... —la llamó, acercándose a ella, a ese cuerpo delgado que antes había sido regio, a esa espalda curvada, que antes había sido recta.

Los niños tampoco podían creer lo que veían. Miraban a su madre como si estuvieran viendo a un fantasma. ¿Todo ese tiempo ella había estado allí? ¿Todo ese tiempo la habían visto de verdad? Cuando por las noches creían tener pesadillas... o cuando se quedaban dormidos... la habían tenido siempre cerca. Al pasar la mayoría del tiempo fuera de casa, Nathaniel no había podido verlo. Ni descubrirlo.

Cuando se sentía observado a través de los retratos, que ahora sabía conducían a unos túneles de los que él desconocía su existencia, fue verdad... Ella lo estaba mirando.

Nathaniel sintió una mezcla de culpa y horror al comprender la magnitud de su ceguera. Sus pensamientos se entrelazaban con las llamas que rugían a su alrededor, pero debía concentrarse en salvar a su familia.

—Tara, soy yo, Nathaniel. Estoy aquí para llevarte a casa —dijo, su voz firme pero suave, intentando alcanzar a la mujer que había sido su esposa.

Ella lo miró, pero Nate supo que aquellos ojos oscuros ya no eran los mismos que él recordaba. Su esposa había perdido el juicio y estaba irreconocible, como si una sombra hubiera caído sobre su espíritu. Aun así, por un breve instante, tuvo la sensación de que ella lo reconocía, de que lo observaba con una comprensión fugaz. No solo lo reconoció a él, sino que también dirigió su mirada a Emma, como si una chispa de la mujer que fue alguna vez brillara nuevamente.

Emma sintió la mirada de la esposa del Gobernador posarse sobre ella. La señora Manderley había logrado ocultarla de todos los ojos, como si fuera un secreto guardado en las sombras de la casa. Aquellas noches en las que la había visto no habían sido meras pesadillas. De repente, comprendió que esa mujer, la señora de la casa que no estaba realmente muerta, los había visitado a todos en sus sueños. Tara la conocía, la había estado espiando, y Emma lo supo por el modo en el que la miraba, con una mezcla de reconocimiento y locura propia de quien ha

perdido las facultades.

—No se moleste, mi señor. Su querida esposa no puede entender una sola palabra. El accidente con el caballo la dejó completamente aturdida para siempre.

—¡Mamá! —gritó Oliver entre sollozos.

—¿Usted provocó el accidente? —inquirió Emma, con el corazón en un puño y las lágrimas en los ojos.

—¡Por supuesto! —rio la señora Manderley—. ¿Todavía no lo habéis entendido? Yo drogué a ese caballo para que se alterara y la señora cayera. Porque quería el Gobernador para mí —Miró a Nate con ojos de enamorada y Emma sintió repulsión—. Y os he estado drogando a todos, con las medicinas que mi hermano me daba, para controlaros, para controlar vuestros sueños y haceros dormir cuando lo necesitaba. Pensé en actuar solo contra usted, señorita Rothinger. Pero cuando supe que el Gobernador quería marcharse, supe que jamás me amaría... Y ahora, todos vamos a morir aquí.

—¡Mamá! —volvió a lloriquear Oliver al ver a su madre, al reconocerla a pesar de su aspecto irreconocible. Pues su madre siempre había sido hermosa, sana y con un porte elegante. La mujer que estaba de pie frente a ellos, no era más que una sombra de lo que había sido. Su pelo negro estaba desordenado y sus ojos envueltos por profundas ojeras.

Tara miró a su hijo a los ojos, y el pequeño sintió que no había pasado el tiempo. Que nada había ocurrido entre ellos. Que era una mañana más a punto de empezar el día juntos, de jugar en el ático y de disfrutar de la compañía de ambos.

—¡Suelta a mis hijos! —oyeron todos la voz de Tara, su voz quebrada, tan lejana a la que un día había sido, pero su voz.

Tara se abalanzó sobre la señora Manderley, su cuchillo en mano, empujándola hacia una habitación contigua envuelta en llamas. —¡Tara! —gritó Nate, corriendo tras ella. Pero no pudo detener a su esposa, a la que había recuperado por unos breves instantes, mientras se adentraba en el fuego junto al ama de llaves. Lo último que vio de ella fue una sonrisa serena mientras empujaba a la señora Manderley más y más hacia las llamas. Lo miró con una extraña paz en su rostro, con una sonrisa que parecía perdonarlo por todo, como si le diera permiso para vivir de nuevo.

—¡No hay tiempo que perder! —oyó la voz desesperada de Emma mientras los techos comenzaban a derrumbarse. Emma corrió hacia Arthur y Jennifer, tomándolos entre sus brazos y abriendo las ventanas del despacho.

Nathaniel tomó a Oliver y a Amelia.

Los seis escaparon de Canning's House por la ventana, hacia el jardín trasero, entre jadeos, tosiendo y profundamente alterados.

"No podía creer lo que acababa de suceder. Todo ocurrió tan rápido, como un sueño del que no puedes despertar. Tara, arrojándose a las llamas con la señora Manderley... ¿Cómo llegamos a eso? La mansión, que siempre había sido tan imponente y llena de secretos, ahora se consumía en el fuego, llevándose con ella a aquellos que habíamos conocido, odiado y temido. Tara... ¿Lo hizo por nosotros? ¿Fue su manera de salvarnos, de redimir todo lo que había pasado? Su mirada, esa última sonrisa... Parecía tan en paz, tan dispuesta a dejarlo todo atrás, incluso a nosotros. Me cuesta comprenderlo, pero siento que, de alguna manera, me dio una oportunidad. Nate, pobre Nate, perdió a su esposa por segunda vez, pero esta vez fue diferente. Vi en sus ojos el dolor, sí, pero también un tipo de liberación. Tal vez porque ella lo perdonó en el último momento, porque le dio la libertad que ambos necesitaban".

Capítulo 24

El vestido verde

En la adversidad, descubrimos lo que somos realmente.
Epicteto.

No se había permitido llorar ni una sola vez desde la trágica pérdida de Tara. Pero allí, en el jardín trasero, mientras los braceros y otras almas caritativas luchaban desesperadamente por sofocar las llamas, finalmente se derrumbó.

Nathaniel Canning, Gobernador de la India, se dejó caer sobre sus rodillas y empezó a llorar, abrazándose a sus cuatro hijos.

Se sentía culpable por no haber descubierto la verdad antes, por haber estado tan lejos de casa y de sus hijos, siempre absorto en sus obligaciones. Sin embargo, extrañamente, también se sentía liberado. Saber que la muerte de su esposa no había sido su culpa y que, al final, había podido volver a verla y que ella, de alguna manera, lo había perdonado con la mirada, le había quitado el peso tan grande que había estado cargando durante todo ese tiempo.

Un duro golpe, sin duda. Pero aquello lo estaba haciendo reflexionar profundamente. Saber que la señora Manderley, con quien había confiado tanto durante todos esos años, lo había traicionado y había causado tanto daño a su familia, era motivo suficiente para darse cuenta de que nadie más, salvo él, podía cuidar bien de sus hijos. Debía ser un verdadero padre para ellos, no solo una figura autoritaria que imponía normas. Necesitaba escucharlos, comprender sus miedos y anhelos. Y ellos, a su vez, necesitaban ser escuchados, necesitaban sentir que su padre estaba presente, no solo en cuerpo, sino también en espíritu.

Toda la vida había intentado no cometer ni un solo error. Y ahora se daba cuenta de que ese había sido su mayor error: querer controlarlo todo. Había deseado tener tanto control sobre cada aspecto de su vida que se había olvidado de lo más importante.

Ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo en su propia casa.

«Qué irónico», pensó.

Había estado tan enfocado en evitar fallos que había fallado en lo más esencial: en ser un verdadero padre y esposo.

Todas aquellas exigencias para los demás y para sí mismo ahora le parecían ridículas. Si hubiera sido menos autoritario, y más comprensivo, más humano, quizás se hubiera dado cuenta del gran mal que había tenido bajo su techo durante más de diez años.

—Papá, ¿era mamá? —preguntó Jennifer. Aunque recordaba a su madre, la imagen que tenía de ella, combinada con la apariencia deteriorada de la pobre mujer, la hacían dudar.

Nate no supo qué responder. ¿Cómo podía contarles a sus hijos, cuyas mentes inocentes eran incapaces de comprender la maldad humana, que su madre había estado viviendo todo ese tiempo con ellos, encerrada y torturada por una mujer enloquecida? La verdad era demasiado cruel y compleja, un peso demasiado grande para sus jóvenes corazones.

—Sí, señorita Jennifer —respondió Emma, acercándose con el rostro manchado de humo y el vestido rasgado por algún clavo de la ventana por la que habían saltado todos—. Era su madre, quien siempre ha cuidado de vosotros. ¿Lo ve? Ella os ha salvado de las garras de la señora Manderley porque nunca os dejará de amar, esté donde esté.

—¡Era mamá! —gritó Amelia—. ¡Era mamá! Y nos ha salvado a todos.

Oliver asintió, y el pequeño Arthur se limitó a contemplar las llamas de Canning's House, que se estaba reduciendo a las cenizas.

Nate miró a Emma con profundo agradecimiento, como si viera al mismísimo sol brillar ante él. Sin ella, sin su perseverancia y su amor desinteresado por sus hijos, a pesar de las injusticias que tanto él como la señora Manderley le habían infligido, quizás sus hijos ahora no estarían allí, a salvo, con él. Emma, con su disposición a encontrar respuestas, soluciones y argumentos, siempre lograba hacer que la vida y sus problemas parecieran más llevaderos.

Desde el primer día en que llegó a su casa, ella había sido un rayo de luz.

Una luchadora que no se rendía ante nada ni nadie.

Emma estaba convencida de que el Gobernador jamás había llorado en público. Ni siquiera en privado. Verlo derramar las lágrimas que nunca se permitió derramar, mientras abrazaba a sus hijos, le hizo comprender una parte de él que no sabía que existía.

Nathaniel Canning era capaz de amar.

Tras toda esa fachada autoritaria y arrogante, había un hombre que había amado sinceramente a su esposa y que era capaz de hacer cualquier cosa por sus hijos (aunque a veces, de modo erróneo).

—¡Su Nobilísima! ¡Señorita Rothinger! —se acercó a ellos el Doctor Devi, corriendo—. ¿Se encuentran bien? —se agachó para dar una ojeada rápida a los infantes y al Gobernador—. Lamento no haber podido correr más para evitar que la casa se incendiara, Su Nobilísima.

Nathaniel observó al médico hindú y se dio cuenta de que sus ropas tradicionales blancas estaban manchadas por el humo del incendio y mojadas por haber ayudado a traer agua.

—Al contrario, debo agradecerle su ayuda, Doctor Devi —sinceró, recomponiéndose para ponerse de pie. No podía permitirse ser débil. Ahora, más que nunca, debía ser fuerte, por su familia.

—Sí, Doctor Devi, gracias —Sonrió Emma—. Gracias por ayudarnos tanto.

—Lo cierto es que vine porque me pareció sospechoso que el doctor Hastings comprara tanta salvia divinorum. Hace tiempo lo vi adquiriendo esta planta, que provoca alucinaciones, mareos y sueño, pero no me atreví a cuestionarlo entonces. La barrera entre los ingleses y los autóctonos era demasiado alta y temible como para acusar a un médico inglés. Sin embargo, gracias a la pequeña amistad que hemos trazado mi esposa y yo con la señorita Rothinger, esta vez, cuando vi al doctor Hastings saliendo con un buen paquete de salvia divinorum de uno de los bazares de mi amigo Rajú, decidí seguirlo. Observé cómo se movía de forma sospechosa por los jardines y luego, tras ver las llamas comenzar, lo vi salir corriendo —explicó el Doctor Devi —. Temía por su seguridad, señorita Rothinger. Y por la de todos los ocupantes de la casa.

—No hay tiempo que perder —resolvió Nathaniel, dirigiéndose con firmeza a los hombres que se habían acercado a él, sus hombres, trabajadores leales, sus lacayos.

—Rápido, reunid a la guardia para apresar al doctor Hastings —ordenó su secretario, el señor Kamis, quien se había unido al grupo de hombres que habían tratado de sofocar el incendio.

—Oh, no será necesario, Su Nobilísima. Nosotros lo tenemos —informó el Doctor Devi con una mezcla de orgullo y miedo, pues normalmente los autóctonos no se inmiscuían en las cosas de los «blancos», por miedo a represalias.

—Bien hecho, doctor Devi —lo felicitó Nate, asintiendo hacia él con gratitud—. Bien hecho. —Le dio dos golpecitos en el hombro.

¿Quién le hubiera dicho que, al final, sería un autóctono quien lo ayudaría en lugar de su

propia gente? Como hombre de política, Nathaniel Canning solía ser bastante cordial con todos, esforzándose por quedar bien sin comprometer sus propios ideales. Sin embargo, era un hombre de ideas fijas, inquebrantables. Ahora, con todo lo que estaba sucediendo, sentía cómo sus convicciones comenzaban a tambalearse y cambiar.

¿Era justo que el Imperio Británico siguiera imponiendo impuestos en un país que no era el suyo? De hecho, ¿era justo que él fuera el Gobernador de personas tan distintas a él?

El fuego había arrasado con todo en Canning's House, reduciendo la majestuosa mansión a montones de cenizas humeantes , solo quedó de pie la escalinata de molduras de oro. Hasta los caballos del establo huyeron, incluyendo el caballo rojo de Tara, con el que tuvo el accidente.

El doctor Hastings, acusado de sus acciones nefastas, fue llevado ante la justicia. Las pruebas eran contundentes y no hubo clemencia para él. Fue sentenciado y puesto en manos de la ley, enfrentando las consecuencias de sus actos, desde ayudar a su hermana a matar a la esposa del Gobernador hasta el incendio de la propiedad.

Entre la devastación y el dolor, Nathaniel encontró un atisbo de esperanza en la comunidad que se había unido para enfrentar la tragedia, ingleses e hindúes, hombro con hombro. Sentía la ausencia de su cuñado profundamente, consciente de que tendría que darle explicaciones cuando lo encontrara en Inglaterra. Sin embargo, Emma, con su fuerza y dedicación inquebrantables, no los abandonó ni un solo instante, brindando apoyo y consuelo en aquellos momentos de oscuridad; tanto a él como a sus hijos.



La situación había sido abrumadora. Sin embargo, y por suerte, hubo muchas personas que los ayudaron.

Creía que había olvidado por completo al Gobernador en ese año que había pasado desde la última vez que se besaron. Pero cada vez que se acercaba a él, obligada por las circunstancias, se sentía perturbada. Le hubiera gustado poner más distancia, pero no era el momento. Los niños la necesitaban más que nunca, al igual que necesitaban a su padre, cosa que obligaba a ambos a compartir mucho tiempo juntos. Todo ese tiempo que había tratado de evitar hasta entonces.

Pero ¿viajar a Inglaterra con ellos en primera clase? El Gobernador había insistido en ello, y era comprensible, puesto que él solo no podía hacerse cargo de los cuatro infantes, a pesar de la presencia de dos lacayos y un par de doncellas que los acompañarían en el viaje.

Pero ¿varios meses completos? ¿Estando tan cerca de él? La idea era espantosa. Claro que ella dormiría en un camarote aparte, con los señoritos.

Sin importar cómo hubiera llegado a esa situación, se encontró atrapada a las pocas semanas del incendio. El Gobernador aceleró el viaje para que los niños tuvieran algo diferente en lo que pensar cuanto antes.

Y pronto descubrió que su camarote estaba ubicado justo frente al suyo.

Emma se puso uno de sus vestidos de viaje, uno que había comprado a última hora antes de embarcar. Pues todas sus pertenencias se habían quemado junto a la propiedad. Era sencillo, pero adecuado a su posición, y de un color un poco más alegre que los que solía llevar normalmente. No tenía muchas opciones para escoger, así que alternaría ese con los otros vestidos marrones y oscuros que debía vestir según su condición y que también había tenido que comprar.

—Señorita Rothinger, ¿es cierto que en Inglaterra hay más castillos que en cualquier otro lugar del mundo? —preguntó Amelia, mientras se acurrucaba en la cama tras haber pasado el día

correteando por la cubierta y Emma le acariciaba el cabello. Todos habían embarcado sin problemas, y por unos momentos, los niños parecían haberse olvidado de la señora Manderley y de su madre.

—Ah, Amelia, Inglaterra es una tierra llena de historia y maravillas. Hay muchos castillos, cada uno con su propio cuento de caballeros y damas, de valientes hazañas y secretos antiguos. Algunos son grandes y majestuosos, construidos para reyes y reinas, mientras que otros son más pequeños, escondidos entre verdes colinas y misteriosos bosques. Le prometo que, cuando lleguemos, le mostraré tantos como podamos.

—¿Mis abuelos viven en un castillo? —siguió preguntando Amelia.

—Creo que más bien se trata de un «Manor House». Una casa solariega, típica de la nobleza rural, rodeada de extensas tierras.

—Ya tengo ganas de ver la casa de papá, la casa en la que él creció —comentó Oliver, tumbado en su respectiva cama, un poco alejada de las demás.

—Su casa, señorito Oliver. No olvide que usted es el heredero, sus abuelos estarán muy orgullosos de conocerlo y hará bien en mostrar mucho interés en la propiedad; eso les agradará.

—Señorita Rothinger, ¿podría dejar de tratarnos con tanta formalidad? —preguntó Jennifer, a punto de caer dormida en una camita cercana a la de Amelia—. No me gusta que me llame «señorita».

Emma rio con dulzura.

—Oh, señorita Jennifer, entiendo que no le agrade, pero esas son las normas que se nos imponen. En todo caso, podríamos consultar a su padre si desea que esa formalidad entre nosotras desaparezca —dijo mientras se levantaba de la cama de Amelia y se sentaba junto a Jennifer, inclinándose para darle un beso en la frente—. Pero, sea cual sea el tratamiento, quiero que sepa que mi cariño por usted y por sus hermanos no cambiará en absoluto.

Hubo unos suaves golpes en la puerta que interrumpieron la conversación, y Emma bajó la luz del candil en el camarote antes de echar un vistazo rápido al pequeño Arthur, que ya dormía en su camita, y abrió la puerta.

—Señorita, el Gobernador ha pedido que le entregue este paquete y que le transmita que la espera en el gran salón del trasatlántico en unos minutos —informó una doncella que los acompañaba y que ya los había servido en Canning's House; era una mujer de confianza, ajena a las maquinaciones de la señora Manderley. Con ellos también viajaba el mayordomo, el anciano señor Fairchild, aunque tenía planes de retirarse en casa de su hermano menor en cuanto llegaran a Inglaterra, incapaz de seguir trabajando y muy arrepentido por no haber descubierto al ama de llaves—. Yo me quedaré con los niños en cuanto usted se despida de ellos, no se preocupe.

Emma frunció su frente pecosa y cogió la caja entre sus manos. Cerró suavemente la puerta del camarote tras la partida de la doncella. Con curiosidad, desató el lazo que sujetaba el paquete, revelando un exquisito vestido verde. El tejido era suave al tacto, con detalles delicados que hablaban de una confección cuidadosa y costosa. La tela relucía con un brillo sutil bajo la luz del candil, y Emma admiró maravillada el elegante diseño.

Un vestido así no solo era un regalo de lujo, sino un despropósito. Con las manos temblorosas, Emma acarició la tela y se imaginó luciéndolo en el gran salón del transatlántico. Pero solo eran eso: imaginaciones.

No podía aceptar. Ni el vestido ni la invitación. No era adecuado. El día en que había optado por quedarse como institutriz de los niños Canning, renunciando al puerto y a la búsqueda de un barco para partir, había prometido no repetir aquel error. No podía permitirse acercarse a ese hombre de nuevo. Él la había humillado de todas las maneras posibles. Incluso en el

momento en el que le pidió matrimonio, él la relegó a una posición muy inferior, como si fuera lo peor que podría pasarle a un hombre de su posición.

¿Por qué debería ponerse un vestido de él? ¿Por qué debería ir a su encuentro en un salón de baile? No, definitivamente, eso no iba a suceder. Además, no quería atraer demasiada atención. A pesar de haber intentado dejar atrás todo lo ocurrido, Sylvie seguía siendo un problema latente. No deseaba que alguien la reconociera, si es que alguien podía hacerlo, y le informara al Barón de Munchassen que estaba de regreso en Inglaterra.

Lo mejor para todos era que ella declinara esa invitación. Si el Gobernador había confundido su amabilidad con algo más, se había equivocado por completo.

Pero justo cuando iba a dejar el vestido colgado en un biombo, buscando algo de intimidad lejos de las miradas de los niños, que ya estaban prácticamente dormidos, una nota cayó del paquete que había sostenido un tanto torpemente entre sus manos.

"Sé que quizá considere rechazarlo, pero le ruego que acepte. Solo deseo expresar mi profundo agradecimiento por todo lo que ha hecho por mi familia en estos días de dolor. Reconozco que he sido descortés, desconsiderado y mal educado. Permítame redimirme".

Emma sostuvo la nota, escrita por el puño y letra del Gobernador, una caligrafía que reconocía bien debido a todas las notas que se habían intercambiado a lo largo de ese año. La releyó unas diez veces, dejando que las palabras resonaran en su mente.

Había sido un año difícil desde que llegó a Canning's House, pero también había encontrado un propósito y una conexión especial con los niños que ahora amaba como si fueran suyos, pues jamás había tenido a unos pupilos tan jóvenes, y ellos se hacían querer demasiado.

Mientras contemplaba el vestido verde que había dejado colgado del biombo con su propia percha, recordó las lecciones de madurez que había aprendido a lo largo de su vida, desde niña.

Sus reticencias iniciales cedieron ante la idea de comenzar de nuevo, de dejar atrás el pasado tumultuoso y abrirse a nuevas posibilidades en Inglaterra, su tierra. No era solo una noche en el gran salón del transatlántico; era un gesto de reconciliación y gratitud, una oportunidad para limar asperezas entre ambos y mirar hacia adelante sin ese muro invisible que los separaba desde... en fin, desde que ambos perdieron el control de sí mismos en la propiedad del Duque de Wellington.

Pero no volvería a pasar.

Decidió ponerse el vestido, apreciando su elegancia y la generosidad del Gobernador. Mientras lo ajustaba, obvió conscientemente cualquier sentimiento que pudiera surgir hacia él, optando por la práctica y la consideración hacia su situación actual. No había espacio para ilusiones ni para distracciones sentimentales; solo el deber y la necesidad de hacer lo mejor para los niños y para sí misma después de haber sobrevivido a un incendio y a toda clase de maldades.

Necesitaba un descanso.

Con determinación palpable y un latente nerviosismo, Emma avanzó con paso firme hacia el esplendoroso salón, después de dejar a los pequeños a cargo de la doncella, y sin más lujos sobre ella que el vestido. Cada paso resonaba con el eco de sus pensamientos mientras se preparaba para lo que la noche pudiera depararle. Solo quería dejarle claro a ese hombre, que había llorado frente a ella como un niño pequeño, que era capaz de olvidar sus besos, sus caricias, y empezar de nuevo como si nada hubiera ocurrido.

Con el vestido verde acariciando su figura, Emma respiró profundamente, recordando los deberes y la promesa que había hecho a sí misma y a los niños que tanto amaba. No permitiría

que las emociones desbordaran su corazón; en cambio, mantendría la calma y la compostura que habían sido su guía hasta esa noche.

Sonrió alegremente cuando entró al salón, decidida a no tener miedo de que alguien pudiera reconocerla. Al fin y al cabo, eso era bastante improbable, pues ni ella era conocida en la alta sociedad ni el Barón de Munchassen era tan importante como para ello. Y, como no podía ser de otra manera, la primera persona a la que vio fue al Gobernador, elegante, sombrío y soberbio, al otro lado de la estancia, conversando con una dama rubia muy guapa que estaba de pie y bebía una copa de champán.

De haber podido marcharse, de forma disimulada y regresar a su camarote, lo habría hecho de buena gana. Pero el Gobernador no tardó en girar la cabeza en su dirección.

¡Ay, Dios mío! Todos eran tan elegantes y llevaban recogidos tan elaborados... que ella parecía una prima recién llegada del campo con su sencillo recogido y su cuello vacío. Posiblemente había en la estancia más de una docena de personas que conocían al Gobernador, pero nadie la conocía a ella.

Alzó la barbilla y se quedó parada cerca de la puerta. El Gobernador arqueó sus cejas y esos ojos de color cobalto toparon con los suyos. Sus dedos rozaron el monóculo que le colgaba del cuello mientras la mujer que tenía al lado comenzaba a demostrar algo de impaciencia al ver que el Gobernador había dejado de darle su atención.

Había olvidado lo gélidos que podían llegar a ser los ojos de ese hombre, tan diferentes de ese día en el que lloró o ese día en el que la besó. Había olvidado su capacidad para atravesar el cráneo de la persona que miraba.

Ah, pero nunca olvidaba ser ella misma. Eso estaba claro. Así que sostuvo su mirada, sin importar lo pequeña que pudiera sentirse entre las personas distinguidas que abandonaban India para regresar a su patria. Le lanzó un desafío silencioso. Y él, terriblemente guapo y atractivo, apartó sus dedos del monóculo y empezó a cruzar el salón para llegar hasta ella.

Para su mortificación, notó cómo se ruborizaba.

Capítulo 25

Extraordinariamente atractiva

El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos.
Marcel Proust.

El esplendor del salón se reflejaba en los vestidos adornados con joyas y los rostros cuidadosamente maquillados de las damas que lo llenaban. Sin embargo, de pronto, todo el mundo del Gobernador se redujo a una sola figura que entraba en el majestuoso salón del transatlántico: la institutriz.

Emma, envuelta en el elegante vestido verde que él mismo había seleccionado para ella, se movía con una gracia innata que dejaba a su paso un aura de sencillez y belleza. Su cabello rojo como el fuego, recogido de manera simple, sin adornos ni joyas que distrajeran de su rostro anchito y femenino, la hacía parecer una flor silvestre en un jardín exuberante, destacando no por la opulencia, sino por la pureza de su presencia.

Tras el devastador incendio, todos habían perdido sus pertenencias, y él había considerado imperativo adquirirle un par de vestidos a la mujer que tanto los había ayudado. Las medidas, las había obtenido en secreto de los vestidos sencillos que ella misma había comprado.

Conocía la tenacidad de Emma y, por un momento, temió que rechazara su gesto. Pero allí estaba. Y al verla lucir el vestido, aceptando su regalo, sintió un extraño orgullo masculino.

El color resaltaba sus ojos verdes, y la silueta del vestido moldeaba su figura a la perfección, destacando su hermoso y generoso busto. Era muy atractiva.

El salón se desvaneció en un murmullo distante mientras sus ojos la miraban solo a ella. La miró como si fuera la primera vez, olvidándose de la mujer de la alta sociedad que se había acercado para hablar con él poco antes.

Se dio cuenta, con una claridad que lo sorprendió y lo dejó traspuesto, de que sentía algo por ella.

Estaba enamorado de sus discusiones, argumentos y su forma de ser.

No era solo admiración o gratitud, ni la necesidad de disculparse; era un sentimiento profundo que había estado creciendo en silencio, un sentimiento traicionero que iba en contra de todo lo que él creía y respetaba.

Siempre recordaría a su difunta esposa con especial cariño y algo de culpa. Pero ahora que sabía la verdad de lo ocurrido con el caballo y que ella, de alguna manera, lo había liberado del tedioso luto que había estado cargando, sabía que podía empezar de nuevo. Tara lo había liberado. En sus ojos negros pudo ver el perdón.

Además, lo que sentía por Emma, a pesar de todas sus reticencias, era más intenso. Su amor por Tara había ido creciendo con el tiempo, con la llegada de los hijos y la convivencia.

Pero Emma... Emma era puro fuego, algo incontrolable. Algo que, sin necesidad de haber compartido nada más que el aire, se aferraba a sus entrañas y lo obligaba a perseguirla como si fuera un manantial en un desierto. El mismo fuego que ella encendía en su interior, solo podía apaciguarse en ella misma.

Emma le sostuvo la mirada, desafiándolo en silencio, como siempre, y él sintió que todas

las barreras que había levantado se desmoronaban.

Anduvo, casi sin darse cuenta, hasta ella.

—Señorita Rothinger, me alegra que haya aceptado mi invitación.

—Para serle sincera, Su Nobilísima, he estado a punto de declinarla —A Nate no le sorprendió; de hecho, podía imaginársela con ese gesto tan suyo que ponía cuando se ofendía por algo—. Pero al leer la nota me he dado cuenta de que ambos necesitábamos una tregua sincera. O, más bien, ponerle fin a nuestras diferencias. Ahora vamos a nuestro país, y allí, como bien sabe, las apariencias son mucho más importantes que en Calcuta. Es necesario que, por el bien de sus hijos, limemos nuestras asperezas de una vez por todas.

En el pasado, a Nate, esa idea le hubiera parecido fabulosa. Pero ahora que había reflexionado sobre sí mismo y sobre la vida que quería llevar, le apetecía cualquier cosa menos limar asperezas con la señorita Rothinger. No quería olvidarse de lo que vivió con ella un año atrás, ni quería que ella lo hiciera.

—¿Le apetece que la acompañe a buscar algo de beber? —obvió él la conversación, sin saber muy bien qué responder. No estaba acostumbrado a tener que lidiar con sus propios sentimientos. La vez que le pidió matrimonio a Emma fue por obligación, por honor. Ahora, se arrepentía de haberlo hecho de una manera tan poco acertada. De nuevo, se daba cuenta de que el control que había ejercido sobre su vida solo había sido profesional, formal, de cara a la galería. Jamás se había molestado en controlarse a sí mismo, en saber qué quería realmente.

—Sí, mi señor —respondió ella, algo confundida por el cambio de conversación. Emma siempre había sido un libro abierto para él, una mujer fácil de descifrar que gesticulaba con cada uno de sus sentimientos. Antes lo consideraba un defecto; la consideraba vulgar. Pero ahora se daba cuenta de que ella, en realidad, lo superaba con creces. Pues Emma Rothinger era de esa clase de personas que sabían qué querían y sentían en cada momento. No como él. Ese era el mayor triunfo en la vida.

El Gobernador le ofreció el brazo, y ella lo aceptó. Sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas, y podía sentirla algo nerviosa a pesar de su determinación de no mostrarlo. ¿Sentía ella algo por él? ¿Sentía algo más que atracción? Dudaba mucho de que ella pudiera enamorarse de un hombre como él, pues no tenía ni había mostrado ninguna cualidad masculina de aquellas que las damas suelen esperar en un caballero. No era atento, ni adulador, ni sabía cómo halagarla.

De repente, se sintió terriblemente torpe. Sobre todo, al recordar lo que ella le dijo ese día en el puerto: «No imaginaba un destino peor que el de estar casada con él ».

Llegaron, en silencio, a una amplia mesa con una selección de manjares que los miembros de la tripulación se encargaban de servir a requerimiento de los pasajeros. Alrededor del salón había ventanas desde las que se podía ver el mar y una banda de músicos tocaban algo tranquilo en una esquina. Era un lugar lujoso en mitad del océano, un lugar para personas que pudieran pagar todo aquello.

—¿Le apetece una copa?

—Preferiría una limonada, mi señor. No me gusta beber.

—Ya somos dos —replicó él, que jamás bebía si no era estrictamente necesario por cortesía o formalidad en algún evento.

Emma lo vio alejarse un poco de ella para regresar con su refrigerio y con un vaso de alguna otra bebida para él. Todavía no podía creer que estuviera compartiendo la velada con el Gobernador, en un salón pomposo, en la primera clase de uno de los transatlánticos más famosos del mundo. Pero menos podía creer que él, precisamente esa noche, le pareciera tan guapo.

Siempre le había parecido un hombre atractivo. Pero había algo nuevo, una ligera suavidad en la expresión de su rostro masculino, que le otorgaba un aire inalcanzable. Su pelo platino parecía brillar más que nunca, su barba bien recortada irradiaba una luz blanca casi cegadora. No le extrañaba para nada que las damas de la alta sociedad intentaran acercarse a él.

Su atractivo era innegable, no solo por su apariencia física, sino también por la elegancia y seguridad que emanaba de cada uno de sus gestos. Era un hombre que parecía tenerlo todo bajo control a cada segundo, un hombre que, incluso para tomar una copa, parecía que el copero debía de pedirle perdón cien veces por respirar a su lado.

—¿Quiere sentarse o prefiere dar un paseo por el salón? —le preguntó él en cuanto volvió, y Emma se ruborizó aún más. No estaba para nada acostumbrada a que el futuro vizconde Canning la tratara con tanta diligencia, aunque había cambiado bastante desde el incendio.

—Un paseo estaría bien —resolvió ella, que se veía incapaz de sentarse en una mesa con él sin temblar.

Con el vaso en la mano, lo siguió por el salón a paso lento, admirando la belleza del océano en mitad de la noche. —¿Qué la parece, le gusta?

—Sí, es un lugar muy agradable.

De nuevo, el silencio cayó entre ambos. Era una silencio espeso, muy ruidoso en realidad, y Emma apenas se atrevía a mirarlo a la cara a pesar de haber tenido toda la intención de arreglar las cosas esa misma noche. Solo quería que él olvidara lo sucedido, que ambos lo hicieran. Pero ¿cómo? Si estaba casi temblando a su lado. Y no era que no hubiera estado antes en su compañía después del incendio, pero siempre con la presencia de los niños. Ahora, los dos estaban solos. Con un puñado de caballeros y damas observándolos de reojo y cuchicheando a su paso.

—¿Puedo sugerirle salir a cubierta? —Señaló él una puerta abierta en el salón que daba a un lugar más tranquilo, igualmente iluminado, pero algo apartado del bullicio.

—¡Sí! —contestó ella, apresurando el paso.

Necesitaba aire.

Escapar de las miradas curiosas.

Salieron a cubierta, una zona del transatlántico destinada a funcionar como terraza del salón. Un lugar seguro desde el que se podía observar las olas. Emma sintió el frescor en su piel y respiró hondo, relajándose un poco.

—Me ha dado la impresión de que necesitaba un poco de aire, señorita Rothinger —dijo él —. Perdóneme si he malinterpretado sus gestos.

—En absoluto —se atrevió a mirarlo a los ojos de nuevo, un poco más recuperada—. Es la primera vez que me alegro de que estemos a solas. Me ha dado la sensación, por un instante, de que todos los ojos del salón estaban sobre nosotros. Y no es que sea una mujer tímida, pero...

—Es lo habitual, señorita Rothinger. Cualquier mujer que ande de mi brazo será observada. Están esperando a que me case. Llevo tres años viudo, ¿no es así? —la cortó él, dejando de mirarla para contemplar las suaves olas que se arremolinaban alrededor del barco.

—No recuerdo haberle dado mi pésame, señor —recordó ella entonces, sabiendo lo duro que había sido para el Gobernador ver como su esposa moría por segunda vez frente a sus ojos —. Mis disculpas.

—Lo ha hecho, señorita Rothinger —la miró él con una intensidad renovada, ahogándola en sus ojos cobalto, parcialmente iluminados por los farolillos dispuestos alrededor—. Lo ha hecho sin necesidad de palabras. Cuidando de mi familia.

—Era mi deber... —se sorprendió ella por el reconocimiento, sin saber muy bien qué decir, queriendo apartar los ojos de los de él, pero incapaz de hacerlo. Sentía que, si dejaba de mirarlo,

su vida se terminaría en un instante; vivir ahogada en esos ojos azules, era mucho mejor que vivir sin ellos.

—Lo que ha hecho por nosotros ha ido mucho más allá del deber; sé que quiere a mis hijos de forma sincera. Y por eso la he invitado hoy, para agradecérselo.

—Me encanta que por fin lo diga en voz alta, mi señor —bromeó un poco ella, incapaz de seguir soportando la tensión entre ambos, y la seriedad del momento.

—Y a mí me encanta cuando usted ríe, señorita Rothinger.

—Oh, no me diga eso, mi señor. Por mi risa me he ganado muchas veces el apodo de «coqueta».

—«Coqueta» —repitió él, recordando lo dura que había sido la señora Manderley con ella por eso, a pesar de que él nunca la vio de esa manera—. Creo que le debo un disculpa sincera, señorita Rothinger —Emma sintió como sus ojos se humedecían al oírlo. Lo cierto era que no había sido nada fácil trabajar para ese hombre, cuidar de unos niños a los que habían encerrado entre telas negras y normas sin sentido. Tampoco había sido fácil convivir con el ama de llaves o con el Gobernador, ambos bastante serios y autoritarios en todo momento. Por no mencionar lo difícil que había sido olvidar ese momento de pasión y sus consecuencias.

Nate vio como los ojos de Emma se humedecían. No la creía una mujer capaz de ponerse a llorar fácilmente, por lo que debía haberlo pasado realmente mal. Y ahora se daba cuenta de ello, ahora que empezaba a valorar los sentimientos de las personas.

Una lágrima silenciosa resbaló por el rostro de Emma y Nate, con un gesto decidido, la retuvo, limpiándola. Fue un gesto sutil, suave, pero que hizo que Emma se tambaleara sobre sus pies, al mismo ritmo en el que se tambaleaba el navío. La brisa fresca del océano no fue suficiente para apaciguar el ardor que sintió en su interior ni para aplacar su rubor.

—Su Nobilísima —quiso escapar, pero fue incapaz de moverse—. Pueden vernos —dirigió una mirada nerviosa hacia el salón, asegurándose de que nadie los estaba observando.

—No me importa, señorita Rothinger. Quizás, conociéndola como creo que la conozco un poco, se alegrará de saber que he dimitido. Ya no soy el Gobernador de la India, pues era incapaz de seguir siendo injusto con un país al que no pertenezco ni me debe nada. El doctor Devi me hizo ver cuántos prejuicios albergaba. Bueno, él... y su forma natural de mezclarse con los autóctonos, señorita Rothinger. Usted fue quien me acercó a ellos sin darse cuenta.

Emma lo miró, sorprendida, sus ojos reflejando una mezcla de incredulidad y comprensión.

—No sabía que mis acciones pudieran tener tanto impacto.

—Usted no solo ha ayudado a abrir mis ojos —continuó él, con su tono de voz gélido más suave—, sino que también me ha mostrado un camino diferente, uno donde la empatía y el entendimiento prevalecen sobre el poder y el control. Me he dado cuenta de que la verdadera justicia solo puede existir cuando uno se esfuerza por comprender a los demás, y usted me lo ha enseñado. Todo aquello por lo que luché desde joven, todas esas normas impuestas sobre mí mismo y mi familia... ahora me parecen ridículas.

Ella bajó su mirada verde, haciendo chocar sus pestañas rojas con las pecas de sus mejillas, conmovida por sus palabras. —No era mi intención cambiarlo, mi señor, solo trataba de hacer lo correcto.

—Y no necesita ser «coqueta», señorita Rothinger, usted posee un atractivo extraordinario que no necesita de artimañas —añadió él, acercándose un paso más—. Ahora, sin el peso del rango ni las responsabilidades que conllevaba, puedo ver el mundo con una claridad renovada, con menos prejuicios. Y en ese nuevo mundo, espero que podamos encontrarnos como iguales, señorita Rothinger, sin las barreras que antes nos separaban. Quiero...

¡Ay, Dios! No podía creerlo. Emma no podía creerlo. Había ido allí en busca de olvido, en busca de un nuevo comienzo. No podía creer todo lo que el Gobernador le estaba diciendo, simplemente no estaba preparada para ello; no después de haber pasado un año entero evitándolo, comunicándose con él a través de notas. Sí, era cierto que en las últimas semanas habían compartido más tiempo juntos, y que todo entre ellos parecía haberse normalizado, pero aquello... que ahora él...

—Me gustaría pedirle, señorita Rothinger, que reconsiderara...

—No —lo detuvo ella, dando un paso atrás, lejos de él, el mismo que él había dado un poco antes hacia ella—. No siga, por favor, Su Nobilísima. Yo carezco de la belleza y de la elegancia que cualquier otra dama pueda tener por muy educada que sea e instruida en el arte de la alta sociedad... Incluso, con este vestido, soy consciente de que jamás... No, mi señor. Sé cuál es mi lugar, y no quiero volver a cometer el mismo error de hace un año. He aceptado su invitación, como le he dicho, con la intención de empezar de nuevo. Pero solo aspiro a poder desempeñar mi profesión sin impedimentos. Solo eso, mi señor... —se alejó de él, acercándose al salón.

Nathaniel no podía creer que lo estuviera rechazando otra vez. ¡Por segunda vez! No estaba acostumbrado a encontrarse en mitad de una escena ridícula e ignominiosa. Y sentía que había hecho el ridículo por completo. No podía decir que había renunciado a su cargo por ella, porque sería mentira. Lo había hecho por principios. Pero por unos principios que ella, sin querer, había auspiciado y alentado. Por un momento había pensado que... ¡Qué estúpido!

Emma vio un destello de dolor en los ojos del Gobernador y se sintió culpable. Pero no estaba preparada para casarse con él. Con él ni con nadie. Todavía no sabía cómo serían las cosas con Sylvie cuando regresara a Inglaterra, quizás Nathaniel la viera con otros ojos cuando supiera que había empujado al hijo menor del Barón Munchassen escaleras abajo, dejándolo incapacitado para andar. Había hecho un daño terrible a un hombre que, aunque no era inocente, seguía siendo el hijo y el hermano de otras personas que, de seguro, reclamarían justicia por él. No sabía cómo terminaría, ni si seguiría en libertad mucho tiempo más.

Además, ¿podía ser realmente feliz con el Gobernador? ¿Y él? ¿Realmente él podría amarla para el resto de su vida? A su parecer, Nathaniel Canning estaba atravesando por un cambio muy importante en su vida, un cambio personal, y ella no debía formar parte de él hasta que se estableciera por completo.

Y sí, estaba enamorada de él. No podía negarlo a esas alturas.

Posiblemente él la odiara después de eso.

Capítulo 26

Atracción ineludible

Es increíble cómo alguien puede romper tu corazón y, sin embargo, sigues amándole con todos los pedacitos.
Ella Harper.

Ojalá pudiera sacársela fácilmente de la cabeza y del... ¿corazón? Un corazón que creía dormido y congelado con el paso de los años, y que ahora latía tontamente cada vez que la señorita Rothinger estaba a su lado. No se reconocía a sí mismo.

A bordo del transatlántico, el ex Gobernador encontró una variedad de actividades para ocupar su tiempo durante la travesía. El barco, un majestuoso gigante del océano, ofrecía todo tipo de entretenimientos y oportunidades para el ocio y la reflexión.

Por las mañanas, solía comenzar su día con un paseo por la cubierta, disfrutando del aire fresco del mar y observando el horizonte que parecía no tener fin. Ese momento le permitía meditar sobre sus decisiones recientes y apreciar la libertad recién encontrada. Con frecuencia, se detenía a conversar con otros pasajeros, intercambiando impresiones y aprendiendo de sus diversas experiencias y perspectivas. Y, por supuesto, intentando no mirar a la señorita Rothinger, quien revoloteaba a su alrededor con los niños, su risa clara y alegre resonando constantemente para su tortura y su humillación.

Después del desayuno, que se servía en el elegante comedor principal, se retiraba a la biblioteca del barco para evitar pasar más tiempo del necesario con ella. Ese refugio de calma estaba repleto de volúmenes que abarcaban desde la literatura clásica hasta los tratados de ciencia y política. Pasaba horas inmerso en la lectura, descubriendo nuevas ideas y recordando antiguos conocimientos, lo que le proporcionaba una profunda satisfacción intelectual, aunque no lograba distraerlo completamente de sus pensamientos sobre Emma y del modo en el que lo había rechazado.

El almuerzo solía ser un evento social donde compartía mesa con sus hijos. Era entonces cuando observaba a Emma mientras interactuaba con ellos y se maravillaba con su ternura y su paciencia.

A menudo, ella levantaba la vista y sus miradas se cruzaban, pero ninguno de los era capaz de decir nada. Era incómodo, sí.

Por la tarde, disfrutaba de actividades recreativas al aire libre, como jugar al críquet o al tenis en la cubierta superior, o bien de un tranquilo juego de ajedrez en uno de los salones. También asistía a los conciertos de música clásica que se ofrecían regularmente, deleitándose con las interpretaciones de talentosos músicos que hacían el viaje más placentero. Sin embargo, la presencia de Emma, siempre cercana, hacía que su mente vagara inevitablemente hacia ella y en sus palabras: «Yo carezco de la belleza, y de la elegancia que cualquier otra dama pueda tener... sé cuál es mi lugar, no quiero volver a cometer el mismo error». ¿Quién le había dicho a ella que no era bella? Cuando era la mujer más hermosa de todo el navío. Cuando, en realidad, muchos de los caballeros, casados y no casados, solían mirarla a cada instante; hecho que le causaría bastantes celos si no fuera demasiado seguro de sí mismo como para ello.

Al principio, su orgullo se sintió herido, y durante bastantes días no pudo evitar albergar

una pizca de resentimiento hacia ella, odiándola ligeramente en silencio. Sin embargo, con el paso del tiempo, fue capaz de superar su irritación y su altanero orgullo masculino. Fue entonces cuando se dio cuenta de una verdad más profunda: la señorita Rothinger lo había rechazado no por algún defecto suyo, sino por lo que ella percibía como sus propias imperfecciones como mujer.

¿Debía cortejarla? De ser así, no tenía ni idea cómo hacerlo. Pues con Tara todo lo que hizo, lo hizo por formalidad y protocolo.

¿Cómo enamorar a una mujer terca como la señorita Rothinger? ¿Una mujer por la que realmente sentía algo?

Antes de la cena, a menudo paseaba nuevamente por la cubierta. En ocasiones, Emma se unía a él, y esos momentos se convertían en tiempos de conversación sobre los infantes y banalidades del viaje. Su compañía era un bálsamo y, al mismo tiempo, una tortura, recordándole el rechazo que aún le dolía.

Las noches a bordo del transatlántico estaban llenas de entretenimiento y diversiones. En el salón principal se celebraban espléndidos bailes, pero él encontraba poco consuelo en ellos. Sin la presencia de Emma, aquellas festividades carecían de sentido y le resultaban insoportablemente vacías. Lo único que podía hacer era pensar en ella y en cada mujer que se le acercaba, solo veía su rostro.

Era de lo más exasperante. Tenerla tan cerca, y a la vez, tan lejos. Emma era demasiado atractiva para el bien de Nathaniel; quien, a pesar del rechazo, y tras haber superado esos días de aflicción, pretendía conquistarla. Pero ¿cómo? Él no era como su cuñado, un conquistador nato, un libertino y un seductor. Él no sabía nada de todo eso, no sabía como seducir a una mujer ni como convencerla. Además, ella tampoco se lo ponía fácil. Su carácter era duro, a pesar de ser cariñosa y alegre, era firme en sus decisiones.

Una mujer extraordinaria, sin duda.

Y ahora más que nunca, la quería para él.

Todavía podía sentir el sabor de sus labios si cerraba los ojos y evocaba aquel día... aquel día en el que había tenido el privilegio de desnudarla, tocarla, y llevarla al éxtasis. Anhelaba tenerla de nuevo entre sus brazos, pero esta vez en su cama, sin barreras ni reservas. Sin dudas ni prejuicios. Solo ellos dos y sus cuerpos entrelazados. ¿Había perdido el juicio? Tal vez. Quizás el ver a sus hijos al borde de la muerte y saber que su esposa había estado siempre en casa, enloquecida y escondida, debido a su falta de empatía y humanidad había provocado este profundo cambio en él.

Fuera como fuera, estaba harto. Harto de sí mismo y de todas esas normas.

Ahora, lo único que anhelaba era la felicidad sencilla y genuina. Soñaba con retirarse a la casa señorial de sus padres, la que algún día sería su herencia, y vivir allí en paz, en compañía de los niños... y de ella, Emma. Quería vivir al lado de esa mujer, de su risa contagiosa y de sus locuras.



No deseaba verlo.

Pero tuvo que hacerlo cada día durante varios meses. Sus pupilos demandaban la presencia de su padre, y en un navío, había pocas opciones para evitarlo. Además, esa era una oportunidad perfecta para educar e instruir a los niños, quienes practicaban sus modales y conocimientos con

los demás miembros de la primera clase antes de llegar a tierra firme.

Y no era que le guardara ningún tipo de rencor. No podía hacerlo después de que él se hubiera disculpado de un modo tan sincero y la hubiera felicitado por su labor con una admiración tan evidente. Pero sentía que le había hecho daño de algún modo, y que la convivencia se había vuelto bastante incómoda entre ambos. En lugar de alcanzar la paz, la tensión parecía haber aumentado. La idea que había concebido de una reconciliación definitiva se había esfumado por completo. ¡Ay, señor!

Tenía los ánimos por los suelos, pegados a las suelas de los zapatos. Aun así, se esforzaba por aparentar normalidad y reír siempre que podía. Oliver, Amelia, Jennifer y Arthur merecían verla feliz, y que estuviera por ellos al cien por cien.

Se había negado a ser su esposa por segunda vez.

¿Cómo iba... a olvidarlo de nuevo? El año anterior le resultó muy difícil hacerlo, aunque, la verdad fuera dicha, tampoco lo había logrado.

El ex Gobernador no poseía ninguna cualidad que le gustara o que admirara si quiera...salvo su porte. Claro que ahora, que él había confesado poseer unos valores humanos, como los de preocuparse por los hindúes, hasta el punto de renunciar de su puesto... ese puesto por el que tanto había luchado, quizás lo veía un poco diferente. Sí, lo veía un poco diferente, después del incendio y de la muerte de Tara. No solo él había llorado frente a ella, cosa que jamás hubiera imaginado, sino que Nathaniel Canning se había convertido en un padre mucho más atento, transformando todo ese control que había ejercido sobre los pequeños, en amor. En el verdadero amor que, de seguro, había sentido siempre por ellos, pero que se había negado a expresar.

Lo cierto era que la convivencia con él, aparte de la incomodad evidente, no era del todo desagradable. Sobre todo, lo que más disfrutaba Emma, eran los paseos antes de la cena. Cuando ambos, mientras los niños se preparaban en su camarote con la doncella para cenar y dormir, paseaban por cubierta hablando sobre las peculiaridades de todos y cada uno de sus pupilos. Era un rato agradable, en el que ella sentía el aire fresco en sus mejillas mientras conversaba con él y daba pasos lentos, admirando las vistas.

La compañía del Gobernador era un bálsamo y, a su vez, una tortura.

Se sentía descompuesta a más no poder.

¡Le había dicho que la consideraba «extremadamente atractiva»! Y no podía quitarse esas palabras de su mente. Pero ser atractiva no era suficiente para convertirse en la esposa de alguien como el Gobernador. Él mismo le había dicho, la primera vez que le pidió matrimonio, que la consideraba inferior. Y eso ella tampoco podía olvidarlo.

Al fin y al cabo, él había tenido razón al decir todo aquello. Por muy educada que fuera, jamás sería parte de la aristocracia o de la alta sociedad. Ella era una huérfana, con la bendición de haber recibido una buena formación con la que poder ejercer de institutriz. No como él, que venía de una familia noble y se había labrado una carrera política fulgurante, conocido por todo el país. Él era famoso, admirado por sus pares, respetado por las familias más influyentes. Podía verlo en el navío, cuando los caballeros se quitaban el sombrero a su paso y las damas se quedaban embelesadas al contemplarlo.

Cualquier mujer, en su sano juicio, querría ser la esposa de un caballero como él.

Pero ella no.

Porque sabía que podía terminar sufriendo mucho más de lo que estaba sufriendo en esos momentos.

—Me han informado de que mañana llegaremos a Inglaterra —la sacó de sus pensamientos Nathaniel, mientras ambos paseaban cómodamente por cubierta como cada noche, antes de la

cena. Emma se ruborizó ligeramente al darse cuenta de que se había quedado absorta en sus pensamientos, callada, y ni siquiera había escuchado gran parte de lo que Nathaniel le había estado diciendo.

—Sí, he oído algo entre las mujeres esta tarde, en el salón de bordados.

—¿Borda? —preguntó él, a pesar de que ambos solían eludir las preguntas personales.

—Lo cierto es que lo detesto —rio ella, permitiéndose un poco de cercanía; al fin y al cabo, hablar de bordados no comprometía a nadie—. Pero debo dar ejemplo a las señoritas Amelia y Jennifer, que están empezando a hacerlo muy bien.

—Es cierto; supongo que mientras Oliver y Arthur juegan con los demás niños junto a los hombres, las damas deben de encontrar sus propios pasatiempos. Hace bien, señorita Rothinger, de instruirlas en algo tan provechoso para su futuro.

Emma se mordió ligeramente el labio, pensando seriamente si debía decir lo que pensaba. —Provechoso no lo sé, mi señor; puesto que hacer florituras en una tela solo para pasar el tiempo me parece más bien un modo de relegar a las mujeres a una segunda categoría mientras los hombres se ocupan de cosas mucho más interesantes o importantes.

—Oh, por supuesto —asintió él, enarcando ambas cejas a la vez y rozando el monóculo con sus dedos, ese artilugio que le colgaba del cuello siempre. Emma supo que lo había molestado un poco, porque por mucho que él hubiera suavizado su carácter, seguía siendo el mismo. Y esa clase de opiniones, de seguro, no le merecían una buena valoración. Pero no le importaba, en absoluto, al fin y al cabo, si él se desencantaba con ella, recordando lo muy vulgar que era, mejor para todos.

Nathaniel sintió esa leve irritación conocida que había sentido en presencia de Emma en el pasado. Oírla hablar de un tema de manera tan impropia, le recordó todos los motivos por los que la había considerada inadecuada para ser su esposa. Pero, en lugar de desencantarse, sintió que esas opiniones tan disparatadas de la señorita Rothinger eran, en realidad, la chispa de su relación. Si Emma no fuera así, tan espontánea, tan inapropiada, tan descarada... él no la admiraría tanto. De hecho, quizás ni siquiera se hubiera fijado en ella. Era su personalidad, tan diferente de las demás, lo que lo encendía.

Era esa manera tan suya, de rebelarse contra las normas aún pareciendo tan bien educada, lo que lo motivaba. La miró de soslayo, y observó sus labios ligeramente humedecidos, pues ella se los acababa de morder ligeramente, como si hubiera tratado de contenerse antes de expresar su opinión.

No podía más. No podía aguantarlo ni un segundo más. En cuanto vislumbró un pasadizo solitario y apartado, apenas bien iluminado, la tomó de la cintura y la empujó hacia él. La cubierta, a esas horas, ya de por sí estaba bastante tranquila. Pero ese rincón, que parecía una antesala a alguna sala de máquinas o de material para el navío, estaba completamente abandonado. A nadie, en su sano juicio, se le ocurriría meterse ahí, pues había cuerdas en el suelo, lonas y toda clase de cachivaches. Nadie los veía ni podía verlos, pero ellos sí que podían contemplar el mar en la lejanía y sentir su humedad y su frescor. Hacía un poco de frío, bastante a decir verdad. Pues el clima cerca de Inglaterra poco o nada tenía que ver con el de India.

Pero él tenía calor. —Su Nobilísima —rogó ella, intentando zafarse de su agarre—. ¿Está intentando seducirme otra vez? —la oyó preguntar, bastante enfadada, pero con un ligero titubeo en su voz.

—He ideado mil maneras de seducirla a lo largo de estos meses, señorita Rothinger. Y, le aseguro, que no me he atrevido ni he sabido como ponerlas en marcha. No pretendo seducirla; es más, ni siquiera la retendré —la soltó de la cintura, pero no dejó espacio entre ellos—. Lo único

que pretendo es terminar con esta desesperación que me consume y que solo tiene cura en sus labios.

Emma se quedó muda. Él era el hombre más guapo que ella jamás había conocido. Y, con las tenues luces del navío que llegaban a ese recóndito lugar con dificultad, todavía le parecía más hermoso, pues su pelo brillaba con una intensidad propia, al igual que lo hacían sus ojos azules.

Emma sintió que su aliento se unía a la humedad del océano, que su respiración, cada vez más fuerte, quedaba suspendida en el silencio que se había formado entre ambos. Lo que sentía, lo que la devoraba por dentro, era algo demasiado intenso, algo que había retenido por mucho tiempo con bastante sufrimiento. Y ahora, allí estaba él, rogándole por algo que ella misma deseaba. Era una ansiedad del cuerpo y del corazón. ¿Cómo podían ambos liberarse de ese vínculo invisible que los había unido desde el primer día?

Comprendió que él le estaba dando una última oportunidad para detenerlo, por su silencio y su pasividad. Pero ella no se marchó, sino que lo miró a los ojos, a sabiendas de que apenas podía ocultar su anhelo, su deseo. Vio como él la devoraba con la mirada y entonces fue cuando volvió a cogerla por la cintura y la besó.

Había recordado tantas veces los besos que él le había dado, que fue como regresar al hogar. El calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos, la embriaguez del deseo más puro y carnal que pudiera existir. Ya conocía todo aquello, pero todo se renovó de una forma maravillosa. Quedó vencida por su beso y cedió a él, entregándose al torbellino de emociones que la golpearon con violencia.

Nate apenas podía creer que, al fin, pudiera tenerla entre sus brazos. Que pudiera volver a besarla, a sentir su sabor. A perderse en su perfume de flores silvestres y a enredarse en su pelo rojo. La sostuvo entre sus brazos durante un largo rato, besándola, aliviándose y sintiendo como ella se aliviaba al mismo tiempo. Pero, entonces, notó como ella se retiraba.

Notó como su cuerpo de mujer se tensaba, pero no de la manera que él quería. No de la manera que necesita. Se apartó ligeramente de ella, y la miró a los ojos, esos ojos verdes claros, sinceros. Estaban llenos de miedo.

La soltó de inmediato. —No puedo, Su Nobilísima —la oyó decir con la voz quebrada—. No puedo, lo siento.

Y tuvo que dejarla marchar, con mucho dolor y contención. Pero la dejó marchar.

"Lo deseaba con todo mi ser, estaba enamorada hasta los huesos de él, y cada vez más. Pero no podía, no podía entregarme a él sin más. La última vez fue dolorosa, humillante. Y yo cargaba con un pasado que iba a resurgir en cualquier momento. No era libre para amar a Nathaniel Canning".

Capítulo 27

La familia Canning

El amor de la familia y la admiración de los amigos es mucho más importante que la riqueza y el privilegio.
Charles Kuralt.

Nathaniel ya no podía adentrarse en ninguna estancia de Canning's House y disfrutar de la soledad y el silencio como lo había hecho durante las dos primeras semanas. Al llegar a Inglaterra y dejar atrás el transatlántico, su primer impulso fue el de dirigirse a la casa solariega de su padre, el actual vizconde Canning. En aquellos primeros días, las vastas y majestuosas salas de su infancia le habían ofrecido un refugio, un respiro del caos que había estado viviendo.

Volver a sus raíces, después de más de diez años, había significado mucho para él y para sus cuatro hijos, que se habían adaptado perfectamente a su hogar, al lugar al que pertenecían realmente.

Claro que el hecho de que sus padres se hubieran mostrado tan eufóricos también había ayudado mucho a que los pequeños se sintieran como en casa rápidamente o que, al menos, no tuvieran tiempo de pensar. De hecho, ni él mismo encontraba, en ocasiones, un par de minutos para hacerlo.

La mansión poco a poco se había ido llenando de sus hermanos, sus cónyuges (en el caso de tenerlos), sus hijos y sus familiares. Los Canning nunca habían sido tranquilos, salvo él, por supuesto. Él era el heredero, el hermano mayor... pero ni sus padres ni sus siete hermanos se parecían a él en lo más mínimo, para su desgracia.

El vizconde, un hombre de inteligencia aguda y humor sarcástico, solía refugiarse en la biblioteca para escapar del bullicio y las ansiedades de su esposa. A pesar de su cariño especial por Nancy, la pequeña, su desapego en los asuntos importantes de la familia y la propiedad revelaba una debilidad en su carácter que ponía nervioso a Nathaniel, quien siempre se había distinguido de su propio padre por su carácter firme y exigente, por tener metas muy claras y luchar por ellas.

En contraste, su madre, estaba obsesionada con casar bien a sus hijos, propensa a los nervios y a los excesos emocionales. Su comportamiento impulsivo, a menudo inapropiado, provocaba en Nate fuertes jaquecas, por lo que prefería mantenerse alejado de ella.

Como si soportar a sus padres fuera poco, sus hermanos habían acudido a la llamada de su madre para verlo e instalarse en Canning's House, provocando un alboroto aún mayor. Nicholas, el segundo hijo, llevaba el título del Barón Canning, un honor que había heredado de un tío sin descendencia. Estaba casado con Lady Beatrice, una mujer de aguda inteligencia y gran belleza. Los dos, junto a sus hijos George y Candence, paseaban frecuentemente por los vastos terrenos de la finca, disfrutando de la naturaleza y planeando sus próximas empresas filantrópicas, incordiándolo con frecuencia para que los acompañara y soportara sus tediosas conversaciones.

Nigel, el tercer hijo, era un oficial naval respetado. Junto a su esposa Eliza, una mujer de espíritu aventurero, disfrutaban de la calma que ofrecía la casa solariega después de sus emocionantes viajes. A menudo, se les podía ver discutiendo con fervor sin importarles lo más

mínimo los demás. Eran el vivo reflejo de la mala educación y la falta de cortesía, pero Nathaniel estaba obligado a soportarlos.

Natasha, la cuarta en la línea, había hecho un espléndido matrimonio con el Conde de Westford, Lord William. Juntos, organizaban cenas elegantes en el gran comedor de Canning's House, donde sus hijos Charles, Felicity y Edmund corrían alegremente, llenando el aire de risas y vitalidad. Nathaniel estaba orgulloso de esta hermana en particular.

Neville, el quinto hijo, era un hombre de letras, un escritor y poeta de cierto renombre. Según Nathaniel, un vividor y una carga económica para el vizcondado.

Nina, la sexta, era una mujer independiente y de espíritu libre. Había rechazado varias propuestas de matrimonio, prefiriendo su libertad y la posibilidad de viajar.

Noah, el séptimo, era un oficial dedicado. Pero demasiado libertino, derrochador y propenso a la mala vida para el gusto de Nate, que había perdido la esperanza de reconducirlo y que prefería eludirlo.

Finalmente, Nancy, la más joven, era una debutante vivaz y llena de ilusión. Aún soltera, disfrutaba de la vida social en Londres con frecuencia, y era la última esperanza de Nathaniel para que se casara con un hombre de buen título y fortuna que diera buen nombre a la familia.

Era una locura. En cuanto llegó la familia de su hermana Natasha, la última en llegar, fue normal encontrarse con invitados de todo tipo y a diario por los salones que se morían por saludarlo y conocerlo, a los niños jugando a los caballos y con espadas de madera, gritando y riendo sin límites y hasta rompiendo algún jarrón que otro a su paso.

El pequeño Arthur no tardó en convertirse en el preferido de los Canning, que abandonó sin miramientos a su padre y a Emma, asombrado por los primos, tíos y abuelos. Y Amelia, Jennifer y Oliver recibieron la adoración de todos igual, uniéndose a la algarabía sin pensarlo demasiado.

Todo le resultaba un tanto desconcertante. No estaba acostumbrado al bullicio; de hecho, lo había olvidado por completo. En ocasiones, hasta sentía una leve irritación. Y la charla constante entre sus hermanos y sus esposas iba cobrando fuerza y volumen con cada día que pasaba.

Los últimos miembros de la familia en llegar fueron el Duque de Wellington y su nueva y flamante esposa, Jane. A la que él ya conocía desde India. Su cuñado era insoportable, pero ella era aceptable.

—Conseguiremos un marido para Nancy antes de que acabe la temporada social del año que viene —anunció Natasha, Condesa de Westford y su hermana preferida—. No podemos permitir que siga soltera. Suficiente bochorno hemos pasado ya con Nina.

—¿No puedes vivir sin mencionarme, Natasha? —replicó la aludida, ganándose una mirada analizadora de Nathaniel a través de su monóculo.

—Simplemente te menciono como ejemplo de lo que no podemos permitir. Cuanto más tiempo le demos a Nancy, más probabilidades tenemos de que se convierta en una versión más joven y hermosa de ti —Nina se levantó del sillón, tirando un libro que había tenido entre manos sobre la mesa—. Si Nate no hubiera vuelto para poner orden en esta familia, habríamos corrido el peligro de tener a otra solterona en nuestras filas. Es un destino muy desagradable para cualquier muchacha, aunque tenga un hermano tan influyente, así que estoy segura de que ahora todo saldrá bien. No solo estoy segura, sino que es un gran alivio dejar de ser la única que piense por el bien de los Canning —terminó el discurso Natasha con un pequeño lloriqueo en su garganta.

Nathaniel bajó su monóculo con gesto cansado y cerró los ojos con fuerza. Desde que lo sacaron a rastras de su despacho, el mismo que una vez perteneció a su padre y que ahora ocupaba él, hasta el bullicioso salón donde todos, sin excepción, estaban congregados, había

mantenido la esperanza de pasar desapercibido. Pero no. Todos los ojos recayeron sobre él, a la espera de una respuesta.

—Todos los miembros de esta casa merecen su debido respeto —ordenó—. Pero en respuesta a tus alusiones, Natasha, coincido contigo en que es primordial encontrar a un buen marido para Nancy. Estoy seguro de que surgirán propuestas muy alentadoras durante la próxima temporada.

Dejó caer el monóculo por completo, cogió una cucharilla de la mesa más cercana y se concentró por completo en un pedacito de tarta que alguien le había ofrecido. En realidad, se estaba esforzando por no prestar atención al par de ojos verdes que lo miraban desde una esquina con especial atención.

No quería que su familia sospechara que ella, la institutriz de sus hijos era todo lo que él anhelaba en la vida. Tampoco quería que supieran que estaba intentando cortejarla, convencerla de que se casara con él, a pesar de haber sido rechazado dos veces. Mejor dicho, no le importaba que lo supieran, pero no tenía por qué dar esa clase de explicaciones a sus hermanos. Ni deseaba hacerlo.

No quería ni imaginar el alboroto si llegaran a descubrirlo ni cómo ellos la atosigarían si eso llegara a suceder. No deseaba que ella se asustara. Quería hacerlo a su modo, y cuando llegara el momento, anunciaría las buenas nuevas sin bombo ni platillo.



Podría haber prestado más atención a todo si no fuera por la multitud de personas congregadas en la casa solariega de los Canning. El invierno en Inglaterra era notablemente más frío que el clima al que se había acostumbrado en la India, pero la presencia de tantos invitados parecía infundir un calor especial al hogar. Emma había temido inicialmente encontrarse con personas semejantes al ex Gobernador, individuos que drenaran su energía y alegría, poniéndola nerviosa. Sin embargo, se sorprendió gratamente al descubrir que Nathaniel tenía tantos hermanos, cada uno diferente en su manera única.

Aun así, su llegada a la propiedad fue desafortunada y embarazosa. Debería haber ingresado por la puerta del servicio, pero Nathaniel, de alguna manera, la persuadió para que lo acompañara, igual que la obligaba a estar presente en casi todas las reuniones familiares. No era del todo correcto, pero él así lo había ordenado, y disponía de otros sirvientes o personas para forzarla a consentir.

Después de ese beso, había estado resuelta a esconderse, pero él parecía dispuesto a no permitírselo. La idea de renunciar, a esas alturas, le parecía un imposible.

¿Estaba intentando convencerla de que su relación era posible? ¿Convencerla de que ella podía ser la nueva y futura vizcondesa Canning? ¡Qué disparate!

Pero su llegada a la casa solariega de los Canning no solo fue embarazosa por entrar por la puerta principal como si fuera alguien importante. A mitad de camino, se había visto obligada a detenerse varias veces con el pequeño Arthur, que sufría mareos y vómitos. Cuando finalmente alcanzaron la propiedad, ella lucía desastrada: el bonete torcido, el cabello pegado por el sudor y el rostro encendido. Su apariencia desaliñada y común contrastaba abiertamente con los Canning, altos, rubios e impecables, inalcanzables.

Todos ellos poseían una belleza extraordinaria, cada uno con los mismos ojos azules que Nate, brillantes y fascinantes en su propia medida y tonalidades peculiares.

—Lo siento mucho —dijo ella con voz quizás demasiado fuerte cuando la recibieron en el vestíbulo los padres del ex Gobernador, un encantador matrimonio que no aparentaba la edad que tenía y que no parecía tener nada en común con su primer hijo, salvo los rasgos físicos—. El pequeño Arthur está agotado; Amelia no ha parado de quejarse durante todo el viaje, y Jennifer está a punto de romper en llanto. Será mejor que me retire.

—Bienvenida, señorita... —la saludó la vizcondesa, dirigiendo luego una mirada inquisitiva hacia su hijo, buscando respuestas tras las efusivas salutaciones que habían seguido a tantos años de separación.

—Señorita Rothinger —aclaró Nate, sin cambiar el gesto impertérrito de su rostro a pesar del despliegue que realizaron sus hermanos en torno a él, cada uno más impresionante que el anterior y con personalidades bien visibles y marcadas.

—Bienvenida, señorita Rothinger —terminó la frase la vizcondesa, acercándose a los niños entre besos y abrazos.

—Es un honor estar aquí, milady —reverenció ella, con el pequeño Arthur sollozando entre sus brazos y acalorada. Hizo la mejor reverencia que pudo con un niño a cuestas. El alboroto era tal, que nadie se había acordado de ayudarla.

—Señorita Rothinger, le presento a mi hermano Nicholas, Barón de Canning, y a su esposa, Lady Beatrice —Emma realizó otra reverencia costosa—. Lord Nigel y Lady Eliza.

—¡Oh, pero qué desconsiderado eres, cuñado! ¿Acaso no te das cuenta de que la pobre señorita Rothinger apenas puede seguir cargando al pequeño Arthur? —lo reprendió Lady Eliza, ganándose una mirada analítica del ex Gobernador, quien arqueó las cejas en su dirección. Lady Eliza dio dos pasos hacia Emma y tomó al pequeño entre sus manos, un gesto que la sorprendió, pues podría haberle pedido a cualquier otro miembro del servicio que lo hiciera.

Las presentaciones continuaron, con el evidente afán de Nathaniel de que todos la conocieran y con la bastante bien disimulada confusión de su familia por su interés en presentarles a la institutriz a cada uno de ellos.

Todos los Canning eran una especie de gigantes rubios, y sus cónyuges unas bellezas, ya fueran hombres o mujeres. La esposa del Barón Canning, sin ir más lejos, era una beldad de cabello negro, largo y ondulado, con unos preciosos ojos color caramelo, alta y voluptuosa, aunque un tanto altiva. Sin embargo, su altivez no resultaba del todo desagradable. De hecho, la persona que más difícil le resultó fue Lady Natasha, la hija mayor de los Canning, quien era la que más se parecía a Nate.

—Señorita Rothinger, un placer tenerla entre nosotros —le cogió la mano enguantada Noah, el pequeño de los hermanos, con una mirada pícara y una sonrisa maliciosa dirigida hacia su hermano mayor. Eran los ojos de un sinvergüenza.

Pero Nate pareció no darse cuenta de nada.

—Bienvenida —ultimó la más pequeña de todos, lady Nancy. De pelo largo hasta las caderas y unos ojos enormes y azules como el mar. Lady Nancy, concluyó al punto, era la más guapa de todos. Con facciones perfectas y una juventud envidiable—. Debe de haber sido un viaje muy largo —la sonrió ella con candor—. Ha sido todo un detalle que haya cargado con mis sobrinos durante todo el trayecto, imagino que debe de estar agotada.

—En efecto —intervino la vizcondesa, la matriarca, una versión envejecida de lady Nancy —. Señorita Rothinger, la acompañaran a la habitación infantil y luego a sus aposentos.

—Gracias —replicó, dirigiendo una mirada rápida a Nate, pero este no la miró.

La expresión del ex Gobernador era seria y tajante. ¿Lo había avergonzado? ¿Lo había dejado en ridículo tras creer, por un instante, que ella podría encajar en su familia? No le

extrañaría nada que así fuera; pero, en ese caso, había sido una decisión sabia no aceptar su propuesta de matrimonio. Nada hubiera sido peor que él se viera obligado a continuar con el compromiso después de unas palabras impetuosas.

Se había presentado frente a la familia Canning hecha un completo desastre. Con el abrigo traspuesto, las botas manchadas de un poco de vómito de Arthur y su bonete ladeado bastantes centímetros. Por no mencionar su cara roja y sus ojos demasiado brillantes por el cansancio.

Para colmo, se había puesto a hablar con la vizcondesa apresuradamente, queriendo despedirse cuanto antes.

Tenía ganas de llorar.

Pero debía alegrarse de que, al menos, había convencido al ex Gobernador de que ella no era la adecuada.

Capítulo 28

La verdad

Los secretos son mentiras disfrazadas de verdad.
Mary Balogh.

Mientras la cena avanzaba, Nate luchaba por no dejar que su mirada se posara en Emma. Su madre, la vizcondesa Canning, con su habitual hospitalidad, había organizado una cena informal en casa después de varias semanas de convivencia, y la señorita Rothinger había sido invitada a unirse a ellos, junto a los niños y los jóvenes de la propiedad.

Nate no deseaba que su familia sospechara que, con cada día que pasaba, se convencía más de que Emma era la indicada para ser su esposa.

Ella llevaba aquel vestido verde que él mismo le había regalado. Nunca la había visto más hermosa salvo esa noche en el transatlántico.

Claro que el vestido, aunque bonito y favorecedor, no rivalizaba con el esplendor de las mujeres Canning. Pero Nate no buscaba que Emma fuera impresionante; lo que le atraía de ella era su naturalidad, su forma de sonreír sin artificios. De hecho, era eso lo que lo había enamorado. Jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de enamorarse. Y no le importaba que ella, al principio, fuera todo aquello que él había odiado toda su vida; porque ahora, esos defectos eran lo que hacía que su amor creciera.

—Bueno, señorita Rothinger —dijo él, después de cenar, cuando la familia al completo estaba ocupada con diferentes actividades de ocio.

Se había acercado a ella después de que los niños se retiraran y ella se quedara sola.

—Mi señor —reverenció Emma con la cabeza, sentada. Apenas habían hablado desde ese beso robado en el barco. Emma se había encargado de que eso no sucediera, evitándolo a toda costa.

—Espero que todo sea de su agrado, señorita Rothinger —comentó él, sentándose frente a ella en la misma mesa solitaria mientras se estiraba los faldones del frac.

No reparó en las miradas indirectas de su hermana Natasha o de su hermano Noah, cada uno por motivos diferentes. Así como tampoco se fijó en los cuchicheos de su madre con su hermana pequeña, Nancy.

—Todo es inmejorable, mi señor —respondió ella, ladeando sus ojos verdes para no mirarlo directamente. Emma se sonrojó, pues aunque el ex Gobernador parecía no darse cuenta, ella sí notaba las miradas cada vez más curiosas de la familia Canning sobre ella.

—No he tenido ocasión de preguntarle si su habitación es de su gusto.

—Sí, gracias.

—¿Ha podido comunicarse con alguien de su familia aquí en Inglaterra? Puede invitarlos a Canning's House sin problemas.

Emma estaba a punto de resoplar. Era cierto que Nathaniel era un hombre de política, acostumbrado a hablar por interés. Pero lo conocía lo suficiente como para saber que ese despliegue de amabilidad no era algo propio de él. ¿De veras seguía con la intención de cortejarla? ¡Ella que pensaba que había desistido!

—Mi única familia en Inglaterra son mis hermanos, Joe Peyton y Jeremy Rothinger. Ambos

bastante ocupados, como suele ocurrir con los hombres. Quizás si hubiera tenido alguna hermana, ella hubiera estado más dispuesta a visitarme.

—¿Quiere que la lleve hasta sus hermanos? No me importaría hacer una pequeña excursión a la capital o a otro condado. Hace varias semanas que estamos aquí, y me vendría bien un poco de movimiento.

—En absoluto —negó ella con firmeza. A Emma nada le parecía más horrible que la idea de viajar a otro lugar. En Canning's House se sentía protegida, pues le daba la sensación de que en esa casa solariega, en un medio rural, los ojos y los oídos del Barón Munchassen no podían llegar—. Tengo mucho trabajo con los señoritos ahora que tienen tantos familiares con los que practicar sus modales. Me ha sorprendido encontrar a tantos niños aquí, mi señor. Y a tantos de sus hermanos. Así como también me sigue sorprendiendo el modo en el que los infantes participan en la mayor parte de las actividades de los adultos.

Nate inclinó la cabeza. En realidad, la idea de que los niños pasaran más tiempo con ellos había sido suya, para poder estar cerca de Emma todo el tiempo posible, a pesar de que ellos interrumpían las conversaciones de los adultos a cada momento y ponían a prueba su paciencia con frecuencia. Y no era que no le agradara pasar más tiempo con sus hijos, pero no se trataba solo de ellos, sino de toda la prole de la familia Canning, que no era poca.

—¿Imaginaba que era hijo único, señorita Rothinger?

Muchas personas hablaban solo con los labios, una cualidad que, hasta hacía poco, él había considerado indispensable. Pero Emma lo hacía también con los ojos, con los gestos... y con su alma. Hablaba apasionadamente, pues ella era todo pasión, todo fuego como su pelo rojo, siempre sencillamente recogido.

—No sabría decirle —divagó ella.

—Creo que a estas alturas no necesita ser cortés conmigo, señorita Rothinger. Sea sincera.

—La verdad es que temí encontrarme algo parecido a lo que encontré en cuanto llegué a su propiedad en Calcuta, mi señor —resolvió ella al fin—. Pero me alegra saber que su familia poco o nada tiene que ver con usted —Emma se sonrojó más, quizás porque se había dado cuenta de que su sinceridad había sido demasiada—. Quiero decir que... No esperaba que sus padres y sus hermanos fueran tan cariñosos, cercanos y con un corazón tan humano.

—¿Quiere decir que yo no soy cariñoso? ¿Que soy distante y que carezco de humanidad? ¿Son esos los atributos de los que carezco y que la han llevado a rechazarme en dos ocasiones?

¡Ay, Dios! Emma miró a los lados, pero si alguien oyó al ex Gobernador, nadie hizo ningún gesto para demostrarlo. ¿En qué momento la conversación había pasado de comentar la idoneidad de las habitaciones a discutir sobre las dos pedidas de matrimonio fallidas? Emma lo miró fijamente, buscando algún rastro de rencor en él. Pero no fue eso lo que vio, sino una necesidad genuina de saber por qué lo había rechazado.

—No sabía que usted solía discutir sobre estos temas de forma tan abierta, mi señor.

—Se sorprendería si supiera la cantidad de discusiones que he tenido en el Parlamento para ganar mi puesto, señorita Rothinger.

—Pero una vez me acusó de ser una discutidora.

Nate apretó la mandíbula. Sus comienzos con la señorita Rothinger no lo estaban ayudando ahora a conquistarla. —En mi defensa, diré que no la conocía bien, señorita Rothinger.

—¿Y ahora cree que lo hace? —inquirió ella, recordando su terrible pasado con Sylvie. ¿Tendría el mismo interés Nathaniel si supiera que ya había estado prometida antes? ¿Si supiera que había aventado a su prometido por las escaleras y lo había dejado en silla de ruedas?

—Sí, sin duda alguna. Es usted un libro abierto, señorita Rothinger y he pasado el tiempo

suficiente con usted como para leerla entera —Emma se sonrojó más y Nate pensó que sus pecas saltarían de sus mejillas en cualquier momento. Volvió a comprobar que sus ojos verdes eran de un color tan puro, tan salvaje que, si no tenía cuidado, podía perderse en ellos. Pero también vio un destello de miedo y de duda en ellos. —¿De qué tiene miedo, señorita Rothinger? —preguntó sin vacilar.

Emma tragó saliva. Debía ser verdad eso que decía Nate, que era un libro abierto. Pero no podía contarle la verdad, era demasiado vergonzosa. ¿Cómo explicarle, después de más de un año de convivencia, los verdaderos motivos de su viaje a Calcuta? Era indigno. —Mire a su alrededor, Su Nobilísima —respondió ella, una parte de la verdad—. Mire a sus hermanas y sus cuñadas. ¿Acaso cree que yo puedo igualarme a ellas? Usted me lo dejó muy claro una vez, jamás estaré a su altura. Lo que lo motiva ahora a todo esto, mi señor, no es nada más que gratitud y un sentimiento renovado al descubrir que no era tan mala como usted creía. Ha descubierto que mi vulgaridad queda subyugada a mi amor por su familia, y ahora cree que siente algo por mí. Pero solo es por sus hijos, por lo bien que se ha sentido cuando yo he estado ayudándolo tras el incendio. No es amor. No pertenezco a su mundo, ni nunca lo haré.

Emma Rothinger era una mujer con los pies muy bien plantados sobre la tierra a pesar de su aspecto, a priori, desenfadado. Ahora, ella le parecía mucho más exigente de lo que era él. Con un carácter más rígido y autoritario que se escondía bajo una aparente capa de sumisión y alegría. A su lado, ahora él parecía mucho más fácil.

¿Era realmente él quién estaba pensando todo aquello? Al ver a sus hermanos, algunos de ellos tan felices con sus respectivos cónyuges, la idea de la felicidad, antes una utopía o un cuento para damas, ahora le parecía más real. Aunque había sido feliz con Tara, apenas podía imaginarse su inmensa felicidad si lograra casarse con Emma Rothinger, la mujer más testaruda de Inglaterra.

Pero estaba dolido. ¿Por qué no reconocerlo? ¿Falta de humanidad? ¿Distante? Rozó su monóculo con la mano derecha y se lo llevó sobre el ojo para mirarla mejor. ¿Lo acababa de acusar de no tener corazón? Pero no tenía derecho a ofenderse, porque él mismo había creído carecer de él durante muchos años. Era solo ahora, delante de esa mujer de mirada verde y cara pecosa, que lo sentía latir.

—¿Pretende intimidarme con su monóculo?

—¿Eso cree que hago? Es solo un instrumento para poder ver mejor, señorita Rothinger.

—Sea como sea, creo que estamos discutiendo y no me gustaría convertirme en el centro de atención de la familia Canning.

—Tiene razón —dijo él—. Ya seguiremos más adelante.

¿Ya seguiremos más adelante? Emma apretó los puños contra sus faldas. ¿No iba a rendirse? ¿No iba a desistir? ¿De veras estaba enamorado de ella?



—Está enamorado de ella —resolvió Lady Beatrice, la esposa de Nigel, en cuanto Nate abandonó el salón poco después de que lo hiciera la institutriz.

—O quizás solo quiera ser educado con ella después de que lo ayudara con todo lo acontecido en Calcuta. Pensad que no debió ser fácil descubrir que la señora Manderley había intentado matar a Tara y que, luego, esta había permanecido encerrada en su propia casa durante tres años. Ha pasado por cosas muy duras, y puede que esté confundido —argumentó Natasha, la

hermana con más edad, casada con el Conde de Westford.

—Me cuesta creer que Nate esté confundido con algo —replicó Nina—. Yo creo que tú, Natasha, no podrías aceptar que una simple institutriz sea la nueva esposa de nuestro hermano mayor.

Natasha clavó sus ojos azules y gélidos sobre Nina y alzó una ceja rubia. —¿Crees eso de verdad, Nina?

—He de creerlo, puesto que te has pasado los últimos años humillándome en público y en privado por no haberme casado.

—Quizás, simplemente, quiero que hagas las cosas como es debido.

—Basta, chicas —La vizcondesa Canning, Blanca, se llevó las manos a las sienes, recostándose más en su sillón rosado—. Conseguiréis que me dé otra jaqueca.

—¿Otra más, querida? —rio el vizconde, Trevis, mientras aparentaba leer un libro en uno de los divanes más alejados de la familia, que estaba sentada en el centro.

—A mí me parece una mujer encantadora —comentó Nancy—. Y creo que es justo lo que nuestro hermano mayor necesita, una mujer natural, simpática.

—Pero es totalmente opuesta al ideal de Nate —convino Nigel.

—Jamás lo vi muy enamorado de su primera esposa, por mucho que todos la apreciáramos y fuera la madre de nuestros queridos sobrinos —sinceró Neville, el escritor.

El comentario los silenció durante unos minutos. —¡Nos la ha presentado a todos! —insistió lady Beatrice.

—Y quiere que esté presente todo el tiempo —añadió Lord William, el Conde.

—¿Desde cuándo Nate es un amante de los niños? —dijo alguien más.

—Es evidente que le gusta, y no puedo culparlo por ello, atributos no le faltan —resolvió Noah con esa mirada pícara, ganándose la mirada desaprobadora de sus hermanas.

—¡Oh, ya está bien! —Abrió los ojos Blanca—. De los matrimonios de mis hijos solo me encargo yo, vosotros no tenéis por qué discutir sobre esto. Si mi hijo mayor quiere casarse con una institutriz, primero deberemos investigar un poco sobre ella, ¿no es así, señor Canning?

El vizconde no dijo nada, solo asintió, sin apartar la mirada de su libro.

—Mamá, acabas de sonar muy clasista —se quejó Nina.

—No voy a señalar que mi hijo haya cambiado a la hija del Duque de Wellington por una niñera —declaró la vizcondesa con firmeza—. No soy clasista, Nina, bien lo sabes. Pero, como madre, tengo una responsabilidad, y lo mínimo que puedo hacer es conocer más sobre la señorita Rothinger.

—Permítale ser feliz, señora Canning —concluyó el vizconde con suavidad—. Nate siempre ha sido motivo de preocupación para mí. Pero ahora, por primera vez, hace algo movido por el corazón y no por el interés o el deber. Siempre tan obsesionado con su carrera, con sus obligaciones, con el apellido...

—¿Acaso no deberíamos todos estar preocupados por el honor de nuestro apellido? —inquirió Natasha con un tono de ligera incredulidad.

—Hija, hay cosas más importantes que el apellido Canning —zanjó Trevis, todavía con la mirada en su libro.



Mientras los Canning estaban en el salón, Emma vio, a través de la ventana de los niños,

como un carruaje con el emblema del Barón Munchassen se acercaba a la propiedad. Habían pasado algunos días tras la última discusión acalorada con el ex Gobernador.

Se le heló la sangre y tuvo que dejar al pequeño Arthur sobre la alfombra y cortar la conversación sobre vestuario con Amelia. ¿Cómo la habían encontrado?

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. —¿Se puede? —oyó la dulce voz de Nancy.

—Sí —contestó ella con la voz entrecortada y la mano sobre su pecho, estaba segura de que había palidecido. ¿Cómo la habían encontrado? ¿Se la llevarían para el juicio? ¿Sería puesta en prisión? ¿Debería empezar a escribir a sus hermanos? ¡Oh, no podía ser!

—Señorita Rothinger —Entró la bella y joven Nancy, con sus ojos azules tan diferentes a los de su hermano Nate a pesar de ser de la misma tonalidad—. ¿Está bien?

—Sí —repitió ella, casi con el mismo tono de voz que había usado para hacerla pasar. A la vista estaba que no, no estaba bien. Así que, sin más dilación, salió de la habitación infantil hacia el pasillo, pasando por el lado de Nancy y se asomó por la baranda del segundo piso para mirar el vestíbulo. Vio al viejo Barón Munchassen, seguido de su hijo menor, Sylvie y su hija mayor, Vivienne.

—Señorita Rothinger —notó la mano de Nancy sobre su hombro—. Creo que será mejor que nos sentemos en algún salón donde...

Emma levantó la mirada y encontró a la joven de los Canning con un entendimiento profundo. Habían sido ellos quienes la habían investigado y habían traído a Sylvie hasta allí. Podría haber sentido decepción, pues hasta entonces le había parecido una familia diferente. Sin embargo, no podía olvidar que pertenecían a la nobleza, con todas las connotaciones que ello implicaba. Esa era su verdadera naturaleza, por más amables que se mostraran todos.

Tenía razón, y siempre la había tenido. La sola idea de convertirse en la esposa de Nathaniel Canning le parecía ridícula.

—Señorita Rothinger —insistió Nancy con firmeza—. Antes de que saque conclusiones precipitadas, debe saber que mi hermano no tiene conocimiento alguno sobre esto y que, lo más probable, cuando lo descubra, se enfade bastante con mi madre. Yo misma me he enterado recientemente. Sé que Nate siente algo sincero por usted y, pase lo que pase, tiene mi pleno respaldo.

Ella se quedó paralizada. Aunque no le sorprendió demasiado que hubieran descubierto el interés de Nate por ella, pues él nunca había sido muy discreto al respecto. Era comprensible que, en una familia tan numerosa, hubiera opiniones encontradas sobre ella y su relación con el ex Gobernador. No podía enojarse con Nancy ni con todos al mismo tiempo. Tampoco podía culpar a aquellos que no la consideraran digna de convertirse en parte de su familia, pues incluso ella dudaba de tal cosa.

Capítulo 29

Algo tan visceral

En una institutriz está contenida toda la dignidad del conocimiento.
Charlotte Brönte.

Emma se preparó para lo inevitable. Toda la vida se había jactado de ser valiente, menos ese día en el que huyó de Inglaterra, completamente aterrada por lo que ella misma había hecho. Se había defendido de un hombre en un mundo en el que los hombres siempre tenían la razón. Aunque él hubiera intentado sobrepasarse con ella, a base de embustes y manipulaciones, todos la culparían a ella. De eso, estaba segura.

Con la mirada amable y comprensiva de la bella Nancy sobre ella, Emma se apartó de la baranda del segundo piso y se acercó a las escaleras. No tenía sentido seguir ocultándose. Al final, la verdad siempre encontraba su camino hacia la luz, y ahora parecía casi cegadora en su intensidad. Notó rápidamente la mirada de los Munchassen sobre ella. La miraron con una mezcla de rabia y triunfo, como si se sintieran los dueños de su vida desde ese preciso instante.

—Señorita Rothinger —dijo la vizcondesa Canning, girándose con elegancia hacia Emma —, tengo entendido que conoce a nuestros recién llegados de Minehead. ¿Es usted originaria de allí, verdad? Siento haberlos invitado sin avisarla, pero creo que todos necesitamos una explicación, ¿no es así?

Emma terminó de bajar las escaleras, sintiendo la mirada de Sylvie clavada en ella. Él había sido su mejor amigo; apenas podía creer que ahora se hubiera convertido en su peor pesadilla. Sylvie siempre había sido un hombre atento, cercano y cariñoso. En resumen, había sido todo lo que el ex Gobernador no era. Y ahora, al enfrentarlo, se daba cuenta de cuán engañosas podían ser las apariencias. Se había dejado llevar por sus propios prejuicios, a pesar de proclamarse una persona de mente abierta.

—Madre, ¿qué sucede? —Apareció Nate justo en el momento en el que ella puso un pie sobre la primera planta, cerca del recibidor.

—Hijo, te presento a la familia Munchassen. Este es el Barón Munchassen —Blanca indicó a un anciano de semblante severo—. Esta es la señorita Vivienne, su hija mayor —La joven hizo una breve reverencia, tambaleando ligeramente su elaborado peinado con tirabuzones—. Y él, querido, es el hijo menor del Barón, el señor Sylvie Munchassen, prometido de la señorita Rothinger.

La vergüenza y la humillación la recorrieron desde la frente hasta la punta de los pies, haciéndola sudar de un modo desagradable. ¿Prometido? ¡Él ya no era su prometido! ¡Ni nunca lo sería! Antes prefería que la llevaran a la cárcel. Miró hacia Sylvie, que iba en silla de ruedas, empujado por un lacayo, pero él se limitó a sonreírla, como si estuviera loco. ¿Acaso la caída por las escaleras le había afectado a la mente también? No, no era locura. Era cinismo.

«No hay que enfadarse nunca. Es contraproducente. También es innecesario», se recordó Nate a sí mismo una y otra vez mientras miraba a Emma. Ella no lo había mirado ni una sola vez, tenía los ojos clavados en su... «¿Prometido?» Y su «prometido» la estaba mirando a ella. Ese tal Sylvie, del que nunca había oído a hablar, era un hombrecillo sin más cualidad que la de tener un bonito y aparente afable rostro. Pero... ¿iba en silla de ruedas? No le costaría nada creer que

Emma fuera capaz de enamorarse de un hombre sin importarle su incapacidad para andar. Lo que sí le costaba creer era que ella hubiera estado enamorada antes.

La había besado lo suficiente como para saber que era inexperta. Y todos aquellos comentarios y juicios maliciosos de la señora Manderley, aunque ahora podían cobrar algo de sentido, caían en un saco roto por razones obvias. La señora Manderley había matado a su primera esposa y había intentado matar a sus hijos, así que sus acusaciones sobre la pureza de Emma eran inverosímiles e inútiles.

Además, lo que él estaba presenciando, más que un reencuentro entre enamorados parecía una «caza de brujas». Emma parecía asustada y él no recordaba haberla visto así nunca, ni el día en el que sus perros de caza intentaron devorarla ni el día del incendio. Ella siempre había sido valiente, audaz y jamás se había hecho pequeña ante nada. Pero ahora parecía encogerse, hacerse diminuta con cada palabra.

No sabía qué sentir. Primero, celos, una emoción que jamás había experimentado. Segundo, enfado, porque si era verdad, ella le había mentido todo ese tiempo. Y, por último, una necesidad de defenderla a toda costa, pues ella había estado a su lado en cada uno de los malos momentos vividos en Calcuta. Y no solo eso, no solo era agradecimiento, sino que, por muy mal que ella se portara con él, él siempre sentiría la necesidad de defenderla, pues era la mujer de la que estaba enamorado. ¡Enamorado!

¿Y engañado?

Nathaniel Canning no sabía lo que era el desamor. Pues nunca había sentido amor. Pero notó como su corazón y su cuerpo se estremecían.

—¿De qué va todo esto? —Dio un paso él hacia los Munchassen.

—Les presento a mi hijo mayor, Nathaniel. Hasta hace poco tiempo, se desempeñaba como Gobernador de la India, pero ha decidido regresar a su hogar. Este gesto nos ha llenado de orgullo tanto a su padre, el señor Canning, como a mí —explicó Blanca, con evidente admiración —. Porque él es quien va a administrar el vizcondado a partir de ahora y sabemos que lo hará magníficamente.

Tras intercambiar un par de saludos de rigor, todos se dirigieron a la biblioteca por invitación de la vizcondesa.

Emma permaneció junto a la ventana, observando en silencio mientras los sirvientes colocaban con cuidado las bandejas de té y galletas sobre la mesa. El ambiente, a pesar de la luz que entraba por las grandes ventanas y del reconfortante aroma a libros viejos, se sentía pesado y cargado de tensión. La vizcondesa Blanca rompió el silencio inicial con palabras amables, pero era evidente que una tormenta se avecinaba.

El Barón Munchassen fue el primero en hablar. Se enderezó en su asiento, su semblante severo aún más marcado por la luz que se filtraba a través de los cristales.

—Señorita Rothinger —comenzó, su voz profunda resonando en la biblioteca—, hemos venido a enfrentar una verdad inquietante y de la que usted huyó hace más de un año, dejando a mi hijo en este estado.

Emma sintió un nudo formarse en su estómago, uno aún mayor del que ya tenía, pero se mantuvo firme, sin apartar la mirada del Barón. No tenía por qué seguir siendo una cobarde.

—No sé de qué está hablando, señor —replicó, con voz tranquila, pasando poco a poco del miedo al enfado.

—No se haga la desentendida —intervino Vivienne, con un tono agudo y lleno de desdén; a Emma le pareció que su moño recargado se alzaba aún más altivo—. Tenemos testigos, los sirvientes, que afirman que usted intentó asesinar a mi hermano. Un acto tan vil y cobarde no

puede quedar impune, por mucho que se haya refugiado entre los muros de los Canning y esté utilizando sus ardides habituales para seducir a otro hombre decente. El Gobernador, el hijo mayor de la vizcondesa, no merece un destino tan deplorable como el que ha sufrido mi hermano Sylvie. Lo siento, Su Nobilísima —se giró entonces Vivienne en dirección a Nate, que también se había quedado de pie al otro lado de la estancia, cerca de una de las estanterías repletas de libros—. Pero debe saber que la señorita Rothinger, a la que nosotros conocemos muy bien, es una mujer «coqueta», y peligrosa; embaucó a mi hermano para que le pidiera matrimonio y luego atentó contra él.

Emma vio como Nathaniel se llevaba el monóculo al ojo y observaba a Vivienne con su seriedad habitual, a lo que la hermana de Sylvie titubeó un poco en su sillón. ¿Qué estaría pensando Nate ahora? ¿La creería capaz de todo aquello de lo que se la acusaba injustamente?

El silencio se apoderó de la biblioteca por unos instantes que se hicieron eternos. La tensión era palpable y Emma sentía cada latido de su corazón resonar en sus oídos. Decidida a no dejarse vencer por el miedo, respiró hondo y enfrentó a sus acusadores con firmeza.

—Es increíble que digas todo esto, Vivienne, cuando tú misma juraste ser mi mejor amiga —habló ella al fin, sintiendo como los engranajes de algo dormido en su cuerpo se movían entre chirridos de óxido, sintiendo como todo aquello que había callado después de todo lo acontecido, quisiera salir a borbotones—. No solo juraste ser mi amiga, sino que te alegraste mucho cuando supiste que tu hermano, Sylvie, había pedido matrimonio.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó el ex Gobernador, alzando sus dos cejas rubias a la vez —. Es cierto. Él es su prometido, señorita Rothinger —la encaró Nate, sin importarle demasiado lo que los demás pudieran pensar.

—No, mi señor —negó ella, frotándose las manos por delante de la falda, sin moverse de su sitio—. Él no es mi prometido. Sería incapaz de estar prometida con un hombre falto de honor y de palabra que intentó abusar de mí sin ninguna piedad mediante embustes y manipulaciones —sinceró, sin apartar la mirada de Nate.

—¡Lo que me faltaba por oír! —se enervó el viejo Barón—. Vizcondesa, le ruego que nos permita llevarnos a esta falsa institutriz para que podamos llevarla ante la justicia. Ella tiró a mi hijo por las escaleras y lo dejó en este estado. Es una enferma, una demente y un peligro para todos quienes les rodean.

—La señorita Rothinger se encuentra ahora bajo nuestra protección, Barón —respondió la vizcondesa Canning—. Si se precisa cualquier acción, la tomaremos sin duda. Pero preferiría darle la opción a la señorita Rothinger de defenderse.

Vivienne se llevó la mano a la frente y se tiró hacia atrás en el sillón. —No puedo creer que, después de todo, todavía tengamos que sentarnos y escuchar los embustes de la señorita Rothinger.

—Por lo que he llegado a conocer de la señorita Rothinger —dijo Nate, con una pizca de arrogancia y el monóculo bien ajustado—, puedo afirmar que no es una embustera. Desconozco los detalles de su relación con ustedes antes de que ella llegara a mi propiedad y se ocupara de mis hijos, pero si ella asegura que Sylvie intentó sobrepasarse con ella, yo le doy crédito a su palabra.

Emma apenas pudo contener un par de lágrimas que le rodaron por la mejilla sin querer. No se merecía la confianza de Nate en esos momentos, no después de haber sido ella la que no confiara en él durante tanto tiempo. Pero no fue una cuestión de confianza, sino más bien de vergüenza y de miedo lo que la había llevado a ocultar toda esa historia.

—Gobernador, creo que le debe una disculpa a mi hijo. ¿Cómo se atreve a creer a una «don

nadie» antes que a mí?

Emma dejó de frotarse las manos y apretó los puños. Eso era lo que se temía, que utilizaran su poder para opacar la verdad. Una «don nadie».

—Le sugiero que modere sus comentarios acerca de la señorita Rothinger —Nate cruzó la biblioteca y se colocó frente a ella, cubriéndola con su sombra—. O me veré obligado a defender el honor de la dama.

—Por favor, hijo —se puso nerviosa la vizcondesa también—. Mantengamos la calma.

—Quizás deberías haberlo pensado un poco mejor antes, madre, si pretendías atacar a Emma —dijo Nate, su tono firme y lleno de reproche.

Emma sostuvo el aliento y sintió cómo las lágrimas brotaban con más fuerza. Ser defendida, amparada y consolada por Nate, sin haberle revelado todo lo acontecido, fue un alivio profundo para su corazón solitario y herido. Siempre había estado prácticamente sola, obligada a defenderse por sí misma, sin padres y con dos hermanos siempre ocupados. Pero ese hombre, sin tener ningún lazo de parentesco con ella, estaba dando la cara por ella. No pasó por alto que él la había tuteado, con total confianza y sin vergüenza alguna.

—No pretendía atacar a la señorita Rothinger, ¡qué disparate! Es natural que una madre se preocupe por el futuro de sus hijos —Blanca dejó la taza de té sobre la mesita central—. Si lo quieres saber, Nate, también he invitado a venir a otras personas aparte de la familia Munchassen.

—Lo que me imaginaba —habló por primera vez Sylvie—. No es culpa de Emma, por supuesto que no. Ella suele coquetear de forma natural y sin maldad, pero el efecto que causa en los hombres suele ser bastante negativo. Tampoco la puedo juzgar por querer algo mejor que el hijo menor de un Barón, es normal que una dama aspire a un matrimonio ventajoso. Me llevé una espantosa decepción cuando, tras querer besarla inocentemente en mi casa, después de que ella se me insinuara repetidamente, me empujara con tal violencia que causara mi incapacidad. Emma, puedo perdonarte, si accedes a entrar en razón y regresar conmigo.

Todas las agujas del mundo parecieron clavarse en su piel. —Debes de haber perdido el juicio, Sylvie. El único motivo por el que acepté tu propuesta de matrimonio fue porque te consideraba un buen amigo, un buen hombre. Pero no solo me llevaste a tu casa bajo la excusa de tomar el té con tu hermana para aprovecharte de mí, sino que ahora sigues mintiendo. Vivienne, en Minehead no hay muchas personas con las que socializar; tú y yo éramos amigas. Por favor, di la verdad, ¿la tarde en que tu hermano menor sufrió el accidente, él te invitó a tomar el té con nosotros?

Vivienne se quedó callada, recuperando la postura en el sillón. Pero el silencio fue roto por unos toques en la puerta. —Mi señora, Joe Peyton y Jeremy Rothinger acaban de llegar —anunció el mayordomo.

¡Sus hermanos! Emma no podía creerlo. No podía creer que sus hermanos hubieran ido hasta allí. ¡Oh, pobres! ¡Y ahora debían presenciar tan horrible escena! Ella, que había intentado por todos los medios no involucrarlos, los había arrastrado a esa terrible situación. Aun así, cuando vio el pelo negro de Joe y sus ojos bicolor entrando por la puerta, así como a su hermano de sangre, Jeremy, no pudo evitar alegrarse. No solo se alegró, sino que se acercó a ellos entre lágrimas y sonrisas, sin saber muy bien qué decirles.

—Emma, ¿qué está pasando aquí? —no tardó en preguntar Jeremy, que había ido hasta allí tras la invitación expresa de la vizcondesa Canning, pidiéndole que viniera para ver a su hermana.

—Sí, Emma, ¿qué ocurre? —preguntó Joe, su hermano adoptivo y futuro Conde de

Norfolk, clavando sus ojos (uno marrón y otro gris) sobre los Munchassen. Joe daba miedo a la gente. Pero a ella no. Ella sabía que, tras su larga lista de delitos, él era bueno con quien lo merecía.

En apenas unos minutos, sus hermanos conocieron la verdad completa. Se enteraron de su versión de los eventos con Sylvie, de las alegaciones de los Munchassen, y del interés del Gobernador por ella. Descubrieron cómo la vizcondesa Canning había urdido un plan meticuloso para investigarla y reunir en la propiedad a todas las personas relacionadas con ella. Entre medio, por supuesto, hubo diferentes discusiones, acusaciones y reproches.

—No toleraré que se ponga en duda el honor de mi hermana. Es más, si pudiera levantarse, lo sacudiría como la alimaña que es —comentó Jeremy, visiblemente enfadado. Jeremy poseía una complexión robusta, propia de su vida como marine, y su cabello negro contrastaba con unos ojos similares a los de Emma—. Esperó a que yo estuviera lejos de Minehead para aprovecharse de ella. Un verdadero hombre, un caballero, habría pedido permiso antes de pedirle matrimonio. Mi hermana, por muy independiente y fuerte que sea, tiene un hermano mayor, un hombre que es responsable de su vida.

—Tampoco es la primera historia de este tipo, ¿verdad, Sylvie? —preguntó Joe con ironía —. Yo también crecí en Minehead, ¿lo has olvidado? ¿Acaso has olvidado aquellos días en los que nos cruzábamos en ciertos círculos sociales? Tu reputación con las mujeres no es precisamente impecable.

Emma abrió los ojos con sorpresa, al igual que Vivienne y el anciano Barón Munchassen. Parecía que ninguno de ellos conocía esa faceta de Sylvie. Sin embargo, Joe era un hombre de mundo, un vagabundo conocedor de los entresijos de la sociedad. A Emma no le resultó sorprendente que supiera los secretos de Sylvie después de haber vivido tanto tiempo en la misma ciudad.

El Barón Munchassen frunció el ceño con severidad hacia Sylvie. —¡Basta ya de tus juegos ociosos y de tus indiscreciones! ¿Acaso no puedes mantener un mínimo de decoro y respeto por una vez en tu vida? Y tú, Vivienne, juro por Dios que como estés ayudando a tu hermano a acusar a una mujer inocente, os desheredaré a ambos y os echaré de mi casa a patadas. ¿Es cierto que la señorita Rothinger te atacó sin justificación o hiciste algo para merecerlo, Sylvie? El hermano de la joven tiene razón, deberías haberle pedido permiso a él antes de proponerle matrimonio. Es más, deberías haberme pedido permiso a mí también. Pero, como siempre, actuaste según tus caprichos. Por tu bien, y el tuyo, Vivienne, espero que no me hagáis hecho viajar desde Minehead hasta aquí solo para hacer el ridículo.

Vivienne palideció y su mandíbula se destensó en un llanto casi infantil. —Lo cierto es que ese día Sylvie no me invitó a tomar el té en su casa, es todo lo que sé papá, lo prometo.

Emma suspiró aliviada. Esa confesión era suficiente para ayudarla. Buscó los ojos de aquella mujer que había sido su amiga, y esta le devolvió la mirada arrepentida. Minehead no era un lugar muy grande, por lo que ella y Vivienne habían sido buenas amigas en el pasado, hasta que Sylvie se entrometió. Era normal que una hermana siempre abogara por su hermano, pero el padre parecía tener más sentido común.

—¿Qué motivos tendría yo para inventarme que ella me empujó escaleras abajo? —preguntó Sylvie.

—¡Y yo lo volvería a empujar! —se enfadó el Gobernador, siendo la primera vez que Emma lo veía enfadarse—. ¿Cómo se le ocurrió invitar a una dama a su casa sin la presencia de otra? ¿Cómo se le ocurrió pedirle matrimonio a sabiendas de que tiene dos hermanos que se ocupan de ella? Creo perfectamente a la señorita Rothinger cuando dice que usted intentó abusar

de ella y no le quedó más remedio que defenderse.

Nathaniel estaba furioso y ya no podía seguir fingiendo que no lo estaba. La sola idea de imaginarse a Emma sola, en manos de ese hombre que, a todas luces, parecía un enfermo mental, lo alteraba. Tenía ganas de asestarle un merecido puñetazo y romperle la nariz.

Pero él debía admitir su propio error, pues él tampoco había pedido permiso a los hermanos de Emma para casarse con ella. Él también había pecado de egocéntrico y no la había valorado como merecía.

—Lo que pienso, Sylvie —dijo Joe con voz firme—, es que te has obsesionado con mi hermana. Pero sería mejor que la olvidaras; de hecho, te aconsejo que salgas de esta biblioteca y de esta casa, y que jamás vuelvas a acercarte a ella.

—¿Para esto me habéis sacado de mi casa? —refunfuñó el viejo Barón Munchassen—. ¿Para darme la tabarra con vuestros disparates? Miladi —se levantó el anciano, dirigiéndose a la vizcondesa—. Gracias por la invitación, pero mucho me temo que no alargaré mi presencia aquí ni un minuto más.

Emma apretó los labios y se limpió las lágrimas con un pañuelo que alguien le había dado.

—No se van a ir de esta casa hasta que le pidan disculpas a la señorita Rothinger —impuso Nate.

—Exacto, mi hermana merece una disculpa pública —convino Jeremy, acercándose a Sylvie con gesto intimidante—. Claro que me parece poco en comparación a lo que ella ha tenido que sufrir todo este tiempo. Si fuera un caballero, lo retaría a un duelo ahora mismo...

—Quizás deba hacerlo yo —se ofreció Nate.

—¡No! —se alzó la vizcondesa de su diván—. ¡No habrá ningún duelo en mi casa! Señor Sylvie, le agradecería mucho que se disculpara con la señorita Rothinger inmediatamente. Me alegro mucho de haberle hecho venir, así como me enorgullezco de haber traído también a los hermanos de la joven. Ahora sabemos toda la verdad y quien merece ser defendido y quien no.

La atmósfera en la biblioteca se volvió aún más tensa cuando, de repente, el sonido de unos disparos resonó con fuerza, sacudiendo el aire y haciendo que todos se sobresaltaran. Emma se llevó una mano al pecho, el corazón latiéndole desbocado, mientras Jeremy y Joe instintivamente se pusieron en guardia, buscando la fuente del peligro y Nate se ponía delante de ella para protegerla.

En medio del caos, algo asombroso ocurrió. Sylvie, que hasta entonces había permanecido inmóvil en su silla de ruedas, se levantó de un salto, revelando una agilidad que nadie había sospechado. Con movimientos rápidos y desesperados, se escabulló detrás de un sillón cercano, buscando refugio.

La sorpresa fue palpable en los rostros de todos los presentes, especialmente en los de Vivienne y el Barón Munchassen, quienes observaron la escena con incredulidad. La verdad, en toda su crudeza, acababa de emerger de forma ridícula.

—¡Lo siento, mamá! —se escuchó desde la ventana la voz de Noah, el séptimo hijo de la vizcondesa, el oficial—. ¡Estaba practicando con el arma!

La vizcondesa, todavía con la mano sobre el pecho, se acercó a la ventana para asomarse con la cara roja. —¡Te he dicho miles de veces que en esta casa las armas están prohibidas, Noah!

Nathaniel cruzó la biblioteca con pasos decididos, sus ojos llenos de furia. Sylvie, aún escondido tras el sillón, apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Nathaniel lo alcanzara. Con una fuerza implacable, lo levantó del suelo sujetándolo por la camisa, y en un solo movimiento fluido, le propinó un puñetazo certero en la nariz. Sylvie soltó un grito de dolor,

llevándose las manos al rostro mientras la sangre empezaba a brotar.

—¡Así se comporta un cobarde! —espetó Nathaniel, con la voz temblando de rabia—. Engañando a todos y escondiéndose cuando las cosas se ponen difíciles.

La habitación quedó en silencio. Emma sintió un extraño alivio al ver a Nathaniel defender su honor con tal vehemencia. Sylvie, por su parte, se tambaleó, sus ojos llenos de terror y sorpresa, enfrentando finalmente las consecuencias de sus actos y mentiras.

—Qué vergüenza, Sylvie —fue lo último que oyeron todos de la voz de Vivienne antes de que el viejo Barón Munchassen, junto a su hija, abandonara la propiedad sin mirar atrás, dejando a su hijo sin carruaje y a merced de los Canning y los hermanos de Emma.

"Ver a Sylvie levantarse de su silla de ruedas y correr a esconderse me dejó atónita. Siempre había pensado que lo conocía, a pesar de sus defectos, que sabía quién era. Pero en ese momento, se rompió la imagen que tenía de él. Todo lo que creía saber sobre su carácter se hizo añicos. Su cobardía y engaño quedaron expuestos de la manera más clara y dolorosa. ¿Cómo había podido hacerme creer que lo había dejado paralítico? Y luego Nathaniel... Él, que siempre había mantenido una distancia respetuosa, cruzó la biblioteca con una furia controlada, levantó a Sylvie del suelo y le dio un puñetazo en la nariz. El sonido del impacto, la sangre que brotó de la herida, todo fue tan visceral. Pero lo que más me sorprendió fue la sensación de alivio y gratitud que me invadió al ver a Nathaniel defenderme con tal fervor. Jamás había sentido algo así antes, como si, por primera vez, no estuviera sola en mi lucha. Mi corazón latió con fuerza, una mezcla de miedo, alivio y algo más que no pude identificar del todo... algo más... el amor. Mi mente se remontó a todos los momentos difíciles que había atravesado sola, la soledad y la desesperación de tener que defenderme en un mundo que siempre había sido hostil, incapaz de cargar a mis dos hermanos con mi vida, de molestarlos. Pero ahora, con Nathaniel a mi lado, el hombre que había decidido amarme, sentía que las cosas podían ser diferentes. Había esperanza para una huérfana como yo, para una simple institutriz."

Capítulo final

Emma se encontraba frente a la ventana de su dormitorio esa misma noche, mucho más tarde, cepillando su cabello rojo y ligeramente ondulado, cuando Nate abrió la puerta del gabinete sin anunciarse.

—He conversado con sus hermanos —anunció Nathaniel apresuradamente, deteniéndose justo antes de cruzar el umbral, con sus ojos azules brillando como el cobalto—. Me han otorgado su permiso para pedirle matrimonio, siempre y cuando, por supuesto, usted esté de acuerdo.

Emma dejó su cepillo sobre el tocador de la habitación que los Canning le habían asignado. Era una estancia lujosa, mucho más de lo que ella necesitaba siendo una simple institutriz. Pero ahora comprendía que el ex Gobernador había sido quien había ordenado que la instalaran allí, desde el principio. Desde el principio, él la había presentado a su familia como alguien especial.

A pesar de que ella ya lo había rechazado en dos ocasiones.

—Es usted un digno adversario, Su Nobilísima; no se rinde en una discusión —dijo Emma, vestida con un camisón blanco sencillo pero nuevo, que ella misma había comprado tras el incendio—. Y pensar que me tildó de «discutidora» tiempo atrás...

—Es una cualidad que perfeccioné durante mi carrera política. Pero usted es una «discutidora» nata, nació discutiendo, estoy convencido de ello. Es una terca y una mujer mucho más complicada de lo que soy yo. Aunque he tardado en descubrirlo. ¿Ocultarme su pasado con ese mequetrefe? ¿Negarse una y otra vez a mi petición de matrimonio? ¿Era eso lo que le daba tanto miedo? La hubiera creído, señorita Rothinger —Entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí, y Emma se sorprendió a la vez que se alegró de que Nate rompiera un poco con las normas—. ¿Por qué no se da cuenta? De que la creería una y mil veces —aseveró, acercándose más a ella todavía, llenándolo todo con su presencia, con su cuerpo alto, su pelo platino y su aroma a jabón masculino.

—¿Es esta otra petición, mi señor? —sonrió ella, sintiendo cómo su cuerpo y su alma se liberaban después de que la familia Canning hubiera puesto a Sylvie en un carruaje de vuelta a Minehead y de que sus hermanos hubieran sido invitados a pasar la noche en la propiedad, disfrutando todos juntos de una agradable cena que le permitió ponerse al día con ellos.

Jamás se había sentido tan feliz. Tan arropada y con tantas esperanzas de futuro. Ahora, se alegraba mucho de que todo se hubiera estropeado con Sylvie. Porque si se hubiera casado con él, jamás lo habría amado ni habría sido feliz.

—Es otra petición, Emma —dijo él, arrodillándose frente a ella y abandonando el formal "usted"—. Porque sé que sientes lo mismo que yo. Porque sé que estamos destinados a estar juntos, a pesar de nuestras muchas diferencias que, al final, han resultado ser afinidades.

Emma sintió un hormigueo intenso en su cuello y en sus mejillas mientras se acercaba a él, acariciándole suavemente el pelo platino. Arrodillado frente a ella, su cabeza descansaba entre sus manos, y ella lo acunó con ternura, deslizando sus dedos por su mentón, su cabello, y su nuca.

Él se dejó acariciar, apoyando su cabeza en sus pechos, embriagándose con el perfume de Emma. De la mujer que, sin pretenderlo, se había convertido en su delirio, su amada.

—Mmm —la oyó gemir.

El camisón de Emma iba deslizándose sobre su piel hasta sus pies gracias a los hábiles

movimientos de Nate, que quería sentir el calor de esa mujer, piel con piel. Su mano ya estaba bajo su seno derecho y su boca se movía hacia su pezón rojo. Lo tocó con la lengua, entonces ella dejó escapar un jadeo, apretándole más la cabeza contra ella.

Fue cuestión de segundos que Nate se pusiera de pie y la alzara en brazos para tumbarla en la cama, ya desnuda.

Completamente desnuda frente a él, mostrándole su piel pálida sin pudor.

Ella abrió las manos sobre su torso y le quitó la camisa. Era amplio, de músculos fuertes, y poderosos. Se cogió a su espalda mientras él la besaba con ímpetu en la boca, en las orejas y en el mentón. Emma ya no tenía vergüenza ni reparos, lo deseaba. Lo quería más que nunca. Y sería una tontería seguir negándose el placer de sucumbir a la tentación. Sus besos toscos se sentían como un bálsamo para su cuerpo angustiado y anhelante, sus caricias la enloquecían y todo él la excitaba, provocándole una abundante y calurosa humedad entre sus piernas, que se preparaba para recibirlo. Sus manos femeninas se deslizaron con suavidad por el cuerpo del ex Gobernador, ese hombre que una vez odió tanto y que ahora parecía amar con todo su ser, y se detuvo justo en su miembro, ese miembro que ya había tocado una vez y que volvía a estar preparado para ella: duro. Lo oyó jadear con brusquedad.

—Dios, Emma, me vuelves loco. Siempre lo has hecho —le confesó él con un gruñido en sus oreja mientras le apretaba los senos con urgencia.

—Hazme tuya, Nate —lo tuteó por primera vez con la voz rota por el deseo y la agonía—. Quiero ser tuya.

Oh, él siempre la había imaginado así: apasionada. Y no lo defraudaba. Ella era puro fuego si se dejaba ir. Ahí estaba, debajo de él, retorciéndose con cada caricia, sudando con cada gemido, liberándose con cada beso. Había esperado eso durante más de un año, desde ese día en el que se entregaron (parcialmente) en casa del Duque de Wellington; desde entonces, la había imaginado una y mil veces desnuda, loca de placer. De hecho, fue ella quien le bajó los pantalones, acariciándole el miembro como lo había hecho esa vez, dándole un placer inmenso con su desvergüenza y su pasión. Fue ella quien volvió a besarlo en los labios y le arañó la espalda.

Pero fue él quien la acarició en su intimidad, sintiendo toda la humedad entre sus dedos, resbalando a cada roce. Y fue él quien la penetró con fuerza, con una profunda y maravillosa embestida, que a ella, pese las gotitas de sangre que liberó, no le dolió.

Era virgen. Completa y satisfactoriamente virgen. Y era suya. Para siempre.

Ella gimió y él tiró un poco de su pelo rojo como el fuego. Lo que no esperó fue que ella tomara la iniciativa y quisiera darse la vuelta. Era una posición que él solo había probado con alguna que otra prostituta, pues su primera esposa jamás se hubiera atrevido a tanto. Pero ella, con toda su inexperiencia y su cuerpo virgen, se había liberado de su penetración y se había puesto de cuatro patas para él, para que la penetrara de espaldas.

¡Y eso solo era el principio! No podía ni imaginar los deleites que le esperaban en el futuro, con ella como esposa. La agarró de las nalgas y la penetró sin más dilación, viendo su hermosa cadera, su espalda y como su pelo rojo le caía en cascada por los lados. La cogió de los pechos mientras se movía dentro de ella.

Emma apenas lo había pensado cuando se puso en esa posición. Pero tenía la curiosidad suficiente como para querer saber si, de espaldas, él también podía penetrarla. Y sí, así fue, él no tardó en volver a entrar en ella, en cogerla de las nalgas y después de los pechos, en jadear de forma tosca y masculina detrás de ella. Lo que siguió fue una agonía y un éxtasis salvajes y jadeantes por parte de ambos. Oyó el grito final de Nate que se mezcló con el suyo propio y

luego sintió como la regaba por dentro de ese líquido cálido y espeso que una vez ella ya había visto y tocado. Ese chorro caliente en su interior hizo que se tumbara en la cama, todavía de espaldas a él.

Nate se tumbó al lado de esa mujer, de esa nigromántica de la pasión. Ella era todo cuanto quería en su vida. La miró fijamente mientras ella parecía ligeramente dormida, estudió y memorizó su nariz puntiaguda, sus pecas rojas, su carita redonda. Jamás se había sentido tan deleitado por una fémina y le dio miedo, le dio miedo hasta donde podía llegar por ella. Sentía que sería capaz de matar si fuera necesario, solo por verla sonreír. No le extrañaba para nada que los hombres se obsesionaran con ella, pues era la mezcla perfecta de virtud, inocencia y lujuria, indecencia.

—¿Te casarás conmigo ahora, Emma Rothinger?

Ella abrió sus ojos verdes con un brillo travieso, y sonrió con cierta maldad. —No —bromeó y rio—. Todavía no, Nate.

Emma sabía que lo amaba. Y sabía que iba a casarse con él. Pero le encantaba el gesto que ponía Nathaniel Canning cada vez que lo rechazaba, era un poco cruel, sí. Pero se lo merecía por todas las humillaciones pasadas.

Bebió de su mirada azul, de esos ojos gélidos que se derretían ahora con ella y luego lo besó en los labios. Lo besó en el cuello, en el torso y le acarició el miembro de nuevo, sintiendo como, poco a poco, este volvía a endurecerse. Nate era un hombre muy atractivo, muy hermoso, bien proporcionado, de colores rubios y rostro masculino.

Ambos estaban relajados, pero no saciados. Así que ella no lo dudó mucho cuando se colocó encima de él. —¿Cómo sabes todo esto, Emma Rothinger? —preguntó él, sonriendo un poco (algo extraño).

—No lo sé, simplemente lo deseo —sinceró ella—. Deseo ponerme aquí, así —Se deslizó sobre su miembro hasta sentirse llena de él e, instintivamente, empezó a saltar para darse placer a sí misma y dárselo a él. Vio como él gruñía y fruncía el ceño.

Nate estaba en el paraíso. Emma saltando sobre él, mientras sus cuantiosos pechos subían y bajaban al ritmo en el que ella misma quería darse placer era, sin duda, la mejor experiencia de su vida. La dejó hacer, ayudándola de vez en cuando con el ritmo mientras la cogía de sus generosas caderas, y se dejó humedecer por su cálido interior, liberándose poco después junto a ella, llenándola de nuevo con otro pequeño chorro caliente.

Emma era deliciosa.



La boda se llevó a cabo con prisa dos meses después, en una ceremonia espléndida que correspondía al rango del ex Gobernador. Invitados de todos los estratos sociales felicitaron a la nueva pareja oficial del Imperio Británico, entre ellos el Duque de Wellington, la Marquesa de Ailsa y los hermanos de la novia. Todos compartían la felicidad por el enlace, especialmente los Canning, quienes encontraron en Emma a una cuñada, nuera y tía extremadamente cariñosa y agradable. Era todo lo que Nate no era, lo cual iluminaba la propiedad. Incluso la vizcondesa, tras haberse disculpado con su nuera por haber invitado a los Munchassen a su hogar, se regocijó sinceramente por su unión.

Los niños. ¡Oh, los niños! Todos ellos rebosaban de alegría. Oliver, Amelia, Jennifer y el pequeño Arthur adoraban a Emma, cada uno a su manera y según su entendimiento. Oliver y

Amelia no olvidarían jamás a su madre, y Jennifer siempre tendría presente que Tara había sido su madre. Sin embargo, el pequeño Arthur solía llamar "madre" a Emma y la amaba de todo corazón, aunque por supuesto siempre le recordarían quién era su verdadera progenitora, como era debido.

La ceremonia se llevó a cabo en la imponente iglesia de St. James, donde las vidrieras antiguas lanzaban reflejos de luz dorada sobre los asistentes.

Emma, radiante en su vestido blanco de seda, caminaba hacia el altar con una gracia y una alegría que iluminaban su rostro. Su cabello, recogido en un elegante moño, estaba adornado con pequeñas flores blancas que resaltaban su belleza natural. Cada paso resonaba con una mezcla de emoción y serenidad, consciente de que no solo estaba haciendo su entrada hacia una nueva vida como esposa, sino también como madrastra de cuatro niños encantadores.

Los hijos de Nathaniel estaban presentes, vestidos con trajes a medida que reflejaban la solemnidad y la alegría del evento. Oliver, el mayor y más responsable, lucía un frac negro que le confería una apariencia digna y madura. Amelia, con su vestido de encaje blanco y una tiara delicada en su cabello, parecía una princesa de cuento de hadas. Jennifer, la más vivaz de todos, llevaba un vestido rosa pálido que combinaba perfectamente con su cabello rizado y sus ojos azules brillantes. Y el pequeño Arthur, con sus pantalones cortos y una chaqueta azul marino, irradiaba una inocencia encantadora mientras se aferraba a la mano de Emma con una mezcla de curiosidad y afecto.

El ambiente en la iglesia estaba lleno de expectación y alegría, con los invitados admirando la belleza de la novia y la elegancia del novio. Los Canning observaban con orgullo a Emma, sabiendo que habían encontrado en ella no solo una pareja para Nathaniel, sino también una figura materna amorosa y comprensiva para sus nietos. Entre risas y lágrimas de felicidad, la unión de Emma y Nathaniel marcaba el comienzo de una nueva era no solo para ellos, sino para toda la familia que ahora se formaba bajo el techo de los Canning.

—¿Crees que lo habrán notado? —preguntó Emma la noche de bodas, con su camisón de novia, una prenda exquisita y de la más fina seda de color verde que, por supuesto, había sido escogida por su recién estrenado marido, Nathaniel.

—Y si lo han notado, no me importa, señora Canning —bromeó él, tumbado en la cama con su ropa de dormir mientras observaba como Emma miraba su barriga en el espejo.

—¡Oh, señor Canning! Está usted irreconocible —le siguió la corriente ella, apartándose del espejo—. ¡Usted, saltándose las normas! —rio ella, tumbándose a su lado.

—Por ti, Emma, rompería todas y cada una de las normas de este mundo —aseveró Nate, acariciando el vientre, todavía plano de su recién esposa, que albergaba el fruto de su amor—. Creo que será una niña —añadió con cariño—. Una preciosa niña de pelo rojo que amará a sus hermanos mayores y volverá locos a sus padres.

Emma rio. —Me encantaría que fuera una niña, Nate. Siempre he querido tener mis propios hijos, pero una hija... Una hija sería un sueño demasiado perfecto.

Epílogo

El sol se filtraba suavemente por las ventanas de la amplia sala de estar de la finca Canning, pintando patrones de luz y sombra sobre los muebles y las alfombras gastadas por los años. Emma, ahora Emma Canning, observaba con una sonrisa tranquila cómo los niños jugaban en el jardín trasero, correteando y riendo bajo la supervisión atenta de Amelia, que ahora tenía dieciocho años y se había convertido en una hermana mayor dedicada y cariñosa para sus hermanos menores.

Nathaniel entró en la habitación con un par de cartas en la mano, su cabello ya moteado de gris plateado, pero con la misma mirada intensa y gélida que había cautivado a Emma desde el primer día que se conocieron. Se sentó a su lado en el sofá y le tendió una de las cartas.

—Es de Oliver —dijo con orgullo en su voz mientras Emma abría el sobre—. Dice que está listo para seguir mis pasos en la política. Quiere que le guíe y manda saludos para ti.

Emma leyó las líneas escritas a mano con una emoción cálida. Oliver, ahora en sus veinte años, se había convertido en un hombre serio y comprometido con su deber, influenciado por la presencia constante de Nathaniel y la educación de Emma.

—Estoy segura de que será un gobernador tan respetado como lo fuiste tú, estoy orgullosa de él —respondió Emma, colocando la carta sobre la mesa baja. Nathaniel le apretó la mano con gratitud y se acercó para darle un beso en la mejilla.

Nathaniel estaba enormemente agradecido con esa mujer por haber llegado a su vida y por haber sido como una madre para sus cuatro hijos, que tanto habían sufrido en la niñez.

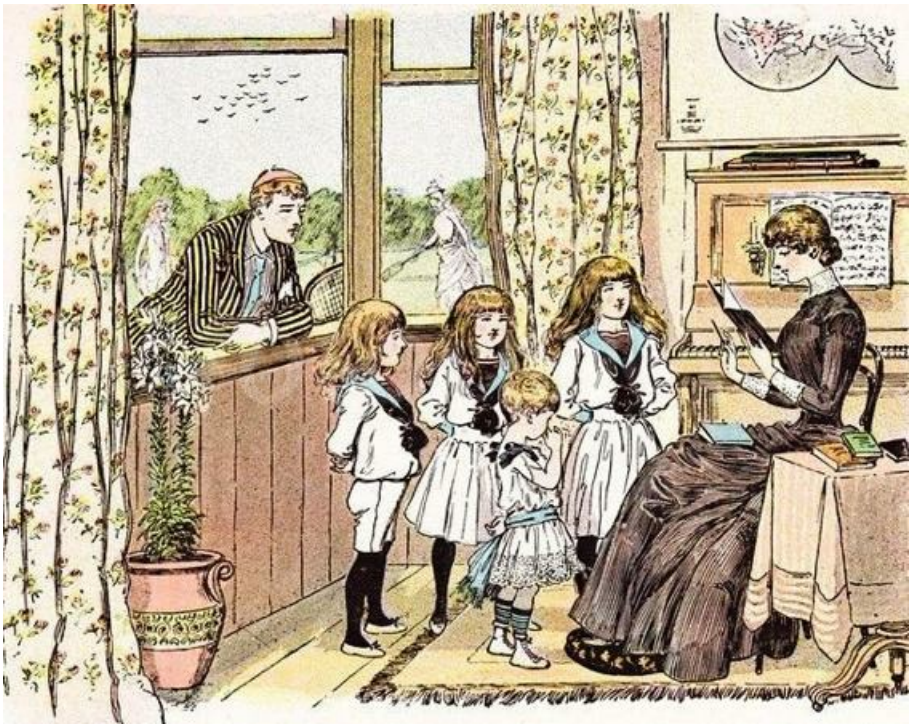
En el jardín, Jennifer, Arthur y la pequeña Flor jugaban, sus risas flotaban a través de la ventana abierta, sin importar que algunos de ellos ya fueran mayores. La vida en la propiedad de los Canning había florecido con la presencia de Emma, sin prejuicios ni demasiadas exigencias, trayendo consigo una mezcla de tradiciones antiguas y nuevas aventuras que se habían mezclado con la numerosa familia Canning a la perfección.

Los días estaban llenos de conversaciones serenas en la biblioteca, paseos por los campos dorados al atardecer, y las risas de los niños llenaban los rincones de la casa ancestral.

A medida que el sol se ponía lentamente en el horizonte, Emma miró a Nathaniel con gratitud. Ella también estaba agradecida por haberlo conocido y por haberse convertido en su esposa. Recordó todos los desafíos que habían superado juntos desde su encuentro en Calcuta.

Habían construido un hogar donde el amor, la comprensión y el respeto florecían día a día a pesar de que un día, en el pasado, no fue así.

Y así, mientras el crepúsculo envolvía su mundo en tonos dorados y púrpuras, Nathaniel y Emma Canning sabían, con certeza y felicidad en sus corazones, que su historia no había hecho más que comenzar.



Nota de la Autora.

Al llegar al final de una saga, como lo es la Saga de los Diarios Nobles, siempre me pregunto si te habrá gustado. Si todos los libros habrán estado a la altura de tus expectativas o cuál habrá sido tu protagonista favorito. Personalmente, he amado a todos y cada uno de los protagonistas de esta Saga. Pero el que más ha llenado mi corazón ha sido Nathaniel, pues aunque parecía un personaje bastante típico, ha demostrado ser capaz de reflexionar y cambiar. Y donde Emma parecía ser una persona fácil, ha resultado ser más complicada de lo que todos esperábamos.

Pero ahora, hablemos de lo que se viene.

¿Conoces ya mi Saga de Pasiones Legendarias? Son los cuentos que todos conocemos, pero con las partes que no nos habían contado. Te prometo que, si mis historias te han gustado hasta ahora, esta nueva saga te encantará.

Quiero darte las gracias por acompañarme una vez más, por leerme, por tus comentarios, por seguirme y, en definitiva, por estar aquí: al otro lado de las letras.

¿Ya me sigues en Amazon? Si lo haces, estarás siempre al corriente de mis nuevos lanzamientos y mis promociones.

Amazon España: https://www.amazon.es/stores/Maria-Isabel-Salsench-Oll%C3%A9/author/B07H7QJ86J?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

Amazon Estados Unidos: https://www.amazon.com/stores/Maria-Isabel-Salsench-Oll%C3%A9/author/B07H7QJ86J?language=es&ref=sr_ntt_srch_lnk_1&qid=1720084660&sr=8-1&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true



Y, también, puedes seguirme en las redes para que tengamos un contacto más directo:
Instagram:https://www.instagram.com/maribelsolle.escritora/?hl=es
Página web: www.maribelsolle.com

Besos,
Maribel.

Libros en esta serie

Saga Diarios Nobles

Los Diarios Nobles es una saga de mujeres que en su época fueron marginadas por un motivo u otro. Cada libro es una historia de superación personal. También hay amor, mucho amor.

El Diario de una Bastarda

El odio convertido en atracción
Dicen por ahí que quien juega con fuego, se quema.
Alice Smith es una bastarda y no soporta que se lo digan. Ha vivido siempre a la sombra de sus perfectas hermanas reconocidas por la sociedad y lo único que desea es llevar una vida tranquila lejos de las habladurías. Por fin encuentra la paz en Francia o eso piensa hasta que... un hombre muy apuesto y de ojos plateados le hace pedir perdón de rodillas, humillándola en público. Ese será el inicio de una rivalidad en la que Alice buscará recobrar su dignidad. Sin embargo, lo que no espera es enamorarse en el camino...
Hugo Silvery es un acaudalado noble de origen inglés que se ha instalado en Francia para dejar correr sus vicisitudes lejos de la reprobación de su padre. No soporta a la gente de clases inferiores y así se lo demuestra a Alice, a la que considera poco más que una campesina, pero no contaba con que ella fuera la mujer más hermosa que había visto nunca. Y será la belleza femenina lo que le hará difícil despreciarla por ser una bastarda.

El Diario de una Heredera

El deber convertido en pasión
A veces, el amor de tu vida llega después del error de tu vida.
Amélie es una rica heredera que vive bajo una identidad falsa, lo único que desea es vivir lejos de sus enemigos y llorar la muerte de su hermano en paz. Ella cree que puede escapar de su destino hasta que... un caballero de ojos dorados la descubre y la obliga a reclamar su herencia.
Galán Goldener es un oficial del ejército con una misión: cuidar y proteger a la hermana del coronel Ringwood. Él solo quiere cumplir con la promesa que le hizo a su mejor amigo en el lecho de muerte, pero no espera verse atraído por su protegida y sentirse condenadamente culpable por ello. Él es su protector y, a la vez, su mayor perdición. Dos corazones resentidos a punto de abrirse a una escandalosa pasión. ¿Conseguirán apaciguar su deseo? ¿O romperán con todas las normas y se amarán sin condiciones?

El diario de una Cortesana

Lo imposible convertido en obsesión.
La mejor manera de evitar la tentación es caer en ella.
Cuando le impiden casarse con el príncipe George de Inglaterra, a una dama del siglo XIX solo le quedan dos opciones: entrar en un convento y deshacerse de su hijo o convertirse en cortesana y luchar.
Cassandra es la hermana perdida de los Caballeros de Bristol, los hermanos más ricos y

prestigiosos de Inglaterra, pero también es una cortesana. Su belleza única y su conversación inteligente la han convertido en la mujer más solicitada del país. Lo tiene todo, absolutamente todo. Menos el respeto del hombre al que ama.
George es un príncipe de Inglaterra destinado a casarse con una princesa, pero Cassandra se convierte en su obsesión.
Una joven sensible y un hombre con el corazón de metal, ¿qué puede salir mal?

El diario de una doncella

El duque de Wellington, conocido como el soltero más deseado y errático del Raj Británico, se ve obligado a enfrentar un duelo al amanecer por el honor de su amante. Sin embargo, la llegada repentina de Jane, una simple doncella, cambia el rumbo de los acontecimientos cuando el duque resulta herido de bala.

«—¿Qué demonios hace usted aquí? ¿Ha venido para seguir atormentándome como el ominoso cuervo que es?
—No soy un pájaro de mal agüero, muy señor mío. Soy Jane.

—¿Jane, qué más?—Jane titubeó. Lo cierto era que no tenía un apellido que pudiera decir en voz alta, decir que se apellidaba «FitzGeorge» la delataría—. ¿Es huérfana?

—Sí, señor, soy huérfana.

—Lo que me faltaba. Una huérfana en mi habitación, hará usted que el estatus de esta propiedad descienda.

—Si la presencia de una simple sirvienta sin apellidos hará que la excelentísima propiedad del Duque de Wellington pierda estatus es que quizás este no sea tan elevado como uno espera».

Jane es valiente y algo impertinente; por eso, cuando es sancionada en la casa de sus señores por llegar tarde, decide buscar al duque de Wellington y pedirle que interceda ante su señor para recuperar sus derechos en el trabajo. Sin embargo, Wellington, cautivado por el carácter intrigante de Jane, la obliga a convertirse en su doncella mientras se recupera de la herida de bala. Jane, quien guarda un peligroso secreto en su pasado, acepta la oferta.
La curiosidad convertida en deseo

El diario de una institutriz

La felicidad del Gobernador Canning se basa en su carrera política. No es feliz. Desde la muerte de su esposa, no ha manifestado ningún interés en relaciones sentimentales ni en ninguna otra mujer. Sus cuatro hijos ocupan un lugar prioritario en su vida, siendo su principal foco de atención después de cumplir con sus responsabilidades políticas.

Emma es una bomba pelirroja; su astucia y su carácter fuerte y rebelde la distinguen. Aunque no encaja exactamente con la imagen de la institutriz ideal que el Gobernador Canning habría preferido, decide aceptarla debido al evidente afecto que sus hijos sienten por ella.

Donde él es todo seriedad, Emma irradia alegría. En lugar de silencio, ella llena el espacio con sus risas. Donde se espera orden, Emma parece crear un encantador caos. Y justo en el momento en que deberían aplicarse normas estrictas, Emma opta por romperlas, añadiendo una chispa única y vibrante a la vida de la familia Canning.

Última entrega de la Saga Diarios Nobles, no te la puedes perder.